

# MADRID EN LA PROSA DE VIAJE I

Estudio y selección  
de José Luis Checa

MADRID EN LA LITERATURA









**MADRID  
EN LA  
PROSA DE VIAJE  
I**





# MADRID EN LA PROSA DE VIAJE I

(siglos XV, XVI, XVII)

Estudio y selección de  
José Luis Checa Cremades



Comunidad de  
**Madrid**

Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32  
28014 MADRID



**MADRID EN LA LITERATURA**

Ref.: 0397



Comunidad de  
**Madrid**



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Vista de la fachada del Alcázar de Madrid (Detalle)*,  
Anthony van der Wyngaerde, Biblioteca Nacional de Viena  
(Cod. Min. 41).

Esta versión digital de la obra impresa  
forma parte de la Biblioteca Virtual de  
la Consejería de Educación de la  
Comunidad de Madrid y las  
condiciones de su distribución y  
difusión de encuentran amparadas por  
el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)

Dirección editorial: Agustín Izquierdo  
Diseño de cubierta: M.<sup>a</sup> González-Conejero Hilla  
Gestión administrativa: Luis Menéndez Pacheco  
Ricardo R. Álvarez Fernández  
Sección de Publicaciones de la Consejería de Educación y Cultura



© Comunidad de Madrid.  
Consejería de Educación y Cultura  
Secretaría General Técnica, 1992.

Depósito legal: M. 34.553-1992  
I.S.B.N.: 84-451-0529-9

Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado



# Presentación

*La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.*

*Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.*

*Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.*

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ  
Consejero de Educación y Cultura



# Introducción

## La capitalidad de Madrid: fin de la Corte trashumante

*Los reyes españoles mantuvieron hasta Carlos V una Corte trashumante. Desplazamientos de alcázar en alcázar y de monasterio en monasterio no sólo no impedían una buena gobernación, sino que, muchas veces, facilitaban a los monarcas el cumplimiento de sus obligaciones devotas o la práctica de la caza. Entre los siglos XIII y XV Burgos, Sevilla y Toledo sucesivamente fueron sedes de la Corte sin que ninguna de ellas llegase a prevalecer como asiento del poder. Una nueva mentalidad nace con Carlos V quien, a pesar de sus continuos viajes, propendió a residir en Toledo. Poco después su hijo Felipe II, si bien compartía largas estancias en Valladolid, su ciudad natal, con otras en Toledo, decidió en 1561 crear una Corte estable. Madrid fue el lugar elegido.*

*Hubo motivos para el nacimiento en España de una Corte estante, pero también los hubo para que el lugar elegido para situarla fuese los antiguos territorios de Mantua Carpetana. Veremos por separado unos y otros.*

## Los motivos de la estabilidad

*Antes de que Felipe II decidiera en 1561 trasladar la Corte desde Toledo, antigua capital visigoda, a Madrid ya*

*había cristalizado en toda Europa la idea de Monarquía y sus instituciones -Francia e Inglaterra a la cabeza- se articulaban ya por entonces en un complejo aparato de gobierno centralizado en una ciudad que era simultáneamente asiento de la burocracia, residencia del rey, lugar desde donde se articulaban las diferentes partes del territorio y de los núcleos de población y medio de conexión con otras organizaciones estatales. Los Habsburgo, en cambio, que habían creado en España el primer gran Estado de la modernidad con proyección internacional, carecían, a mediados del siglo XVI, de un centro político y cortesano estable desde donde administrarlo.*

*Razones militares, administrativas, comerciales, sanitarias y de prestigio e importancia histórica explican el establecimiento de una Corte permanente en España. Posibilitaron el hecho fenómenos como la consolidación de una economía dineraria, concretamente la transformación de los impuestos en monedas o créditos bancarios, o el desarrollo de la red vial. Lo convierten en una necesidad histórica las nuevas exigencias del Estado Moderno renacentista filipino derivadas sobre todo del crecimiento espectacular de los organismos administrativos y de la fastuosidad y aparato de la institución monárquica: era preciso crear un centro conocido y fijo de poder desde donde partiera la acción administrativa y confluyera la soberanía del monarca, un lugar donde la economía del Estado enlazara todos sus hilos. La Corte viajera ya no podía enfrentar la nueva situación.*

*La fijación de una Corte estable en España fue, pues, una necesidad política e históricamente ineludible.*

## **Los motivos de la capitalidad**

*Mucho se ha escrito sobre los motivos que movieron a Felipe II a elegir a Madrid como sede de su Corte<sup>1</sup>. Antes de 1561 nada hace sospechar tal elección. Bajo Carlos V, la villa sólo es una ciudad de segundo orden, un «poblachón manchego», con buen clima y alrededores boscosos, pero sin una historia sobresaliente, a pesar de su pequeña ejecutoria*

*de nobleza, que pueda compararse con la de otras ciudades castellanas. No obstante, su condición de urbe sin símbolos religiosos ni culturales, sin Universidad ni obispado, su lealtad a la Corona de antiguo acreditada, atraen la atención de un monarca que busca una capital para su Imperio que viva por y de la Administración, un centro cultural y una villa cortesana. Por otra parte, mientras en Segovia aún perdura el rescoldo de las Comunidades, en Toledo la influencia de la Iglesia es demasiado fuerte y el urbanismo incómodo y Valladolid ha alimentado un importante foco protestante, Madrid tiene, en cambio, la ventaja de ser una ciudad secundaria sin una clara significación política.*

*Se ha apuntado también como causa la existencia de un castillo real como la fortaleza del Alcázar, antigua fortaleza árabe reconstruida por Carlos V y que Felipe II remodelaría convirtiéndola en edificio representativo de la Monarquía y en torno al cual surgiría una nueva ordenación territorial.*

*También se ha aludido al privilegiado entorno natural de Madrid. Un sistema de segundas residencias reales plasmaría la idea de una ciudad capital, concebida como morada preferencial y oficial de la familia real y sede del poder, rodeada de un cinturón de lugares de esparcimiento y placer cercanos a la Corte. Desde Madrid los Reyes de España podían desplazarse a estos parajes, que por entonces ya empiezan a ser llamados Reales Sitios, haciendo viajes de corto radio. Precisamente la nueva capital equidistaba de dos de ellos: al sur con el Retiro Real de Aranjuez, creación de Carlos V y al norte con el Escorial, fundación de Felipe II. Bipolaridad calculada entre la feraz vega del Tajo y sus frondosos jardines y la austeridad del palacio-monasterio. Las residencias de la Zarzuela, Valsaín y el Pardo, de abundantes recursos cinegéticos para las monterías reales y los palacetes de campo de Aceca y Vaciamadrid, el centro de descanso de La Fresneda, la dehesa del Quejigal, Fuenfría y los pabellones de reposo como la Casa de Campo, complejos que aunaban en un mismo centro el santuario, el cazadero, el jardín y la morada, completaban el cinturón en torno a Madrid.*

*Se han apuntado también como causas el clima seco de la región<sup>2</sup>, la pureza del aire<sup>3</sup>, las amplias reservas de leña o la calidad de las fuentes de agua en la región.*

*Parece ser, sin embargo, que el motivo más determinante en la mente de Felipe II para otorgar la capitalidad a Madrid fue el emplazamiento central de la ciudad en el territorio peninsular<sup>4</sup>. No cabe duda que, en un siglo dominado por la geometría y la emblemática, la idea de centralidad debió ejercer un poderoso atractivo sobre un hombre tan amante de la planificación racional como Felipe II.*

*Para José de Sigüenza:*

*«Contentóle sobre todo (a Felipe II) la villa y comarca de Madrid... porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes los negociantes de sus Reinos y proveer desde allí a todos ellos»<sup>5</sup>.*

*El historiador Cabrera de Córdoba resumió la situación:*

*«El Rey Católico, juzgando incapaz la habitación de la ciudad de Toledo, ejecutando el deseo que tuvo el Emperador su padre, de poner su Corte en la villa de Madrid (...) determinó poner en Madrid su real asiento y gobierno de su Monarquía, en cuyo centro está. Tenía disposición para fundar una gran ciudad, bien proveída de mantenimiento por su comarca abundante, buenas aguas, admirable constelación, aires saludables, alegre cielo y muchas y grandes calidades naturales, que podían aumentar el tiempo y el arte, así en edificios magníficos como en recreaciones, jardines, huertas. Era razón que tan gran Monarquía tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio de corazón, que su principado y asiento estén en el medio del cuerpo para ministrar igualmente virtud a la paz y a la guerra a todos los estados»<sup>6</sup>.*

*En el mismo sentido:*

*«El Rey don Felipe la tiene elegida para su habitación y morada. Dejado el sitio ser sano o la comarca muy buena, hay otra causa muy justa que es la que toca Titelman sobre los salmos letra M. en la bula supersalmos: «Rex et princeps debes esse in medio Regni non lateri in angulo»<sup>7</sup>.*

*Pero Madrid no fue una mera capital artificial promovida a sede de la Corte y gobierno central por motivos de política coyuntural o por la voluntad soberana del monarca. Factores económicos, que ya apunta Sigüenza, influyeron también en la decisión.*

*Vemos, por ejemplo, que en el siglo XVI, el mapa de Castilla evoluciona en dirección sur atraído por el foco sevillano, mientras que la Meseta Norte, cuyo centro es Burgos, entra en decadencia. Consecuentemente, Madrid gana importancia estratégica al ocupar un lugar central en el eje económico y de comunicaciones formado por Burgos-Valladolid-Sevilla. También influye una solución de específicos problemas geoestratégicos de la política financiera de los Habsburgo: a finales del siglo XVI, el reino de Castilla era el punto de encuentro de una red de prósperas ciudades y villas conectadas entre sí por un tejido comercial y financiero. El estancamiento de la producción agrícola y la elevación de los precios puso en peligro este sistema interdependiente de economías al tiempo que favoreció la entrada de productos extranjeros en los mercados castellanos. Toledo era de hecho todavía un centro importante en la economía interciudadana castellana, pero su urbanismo, vetusto pese a las obras de modernización emprendidas, apenas podía adaptarse a las crecientes exigencias burocráticas de una Corte cada vez más necesitada de espacio. El traslado de la capitalidad desde Toledo a Madrid en 1561 marca el comienzo del fin de esta situación. La reciente capital, que empieza a atraer recursos primarios desde todos los puntos del Imperio, es punto de encuentro entre la Meseta Norte y la Meseta Sur y, consecuentemente, lugar privilegiado de comunicaciones e intercambios comerciales<sup>8</sup>. Desde Madrid el poder controlaba, en efecto, los accesos a la gran cadena de intercambios económicos y humanos entre las dos Castillas. Así, por ejemplo, en relación a la Mesta, el campus matritensis estaba enclavado aproximadamente en la encrucijada de las oscilaciones de la cabaña real entre los pastos andaluces y las dehesas y los pastos leoneses y sorianos<sup>9</sup>. Se prefirió que el poder se estableciese en un centro estratégico de intercambios económicos.*

## La consecuencias de la capitalidad: auge social

*Alcanzada la capitalidad, Madrid logra gran auge social en las últimas décadas del siglo XVI: la red urbana de la ciudad se reorganiza y la vida económica de la región evoluciona rápidamente. Bajo Felipe III, la villa reemplaza definitivamente a Toledo como ciudad principal del interior. La nueva capital exporta servicios gubernamentales a cambio de impuestos y renta, esto es, proporciona a las clases terratenientes la posibilidad de acceder al Estado a cambio de las rentas de las propiedades que éstas le aportan. Esta situación de lugar privilegiado de transacciones económicas convierte a Madrid en la única ciudad importante de ambas Castillas.*

*En la segunda mitad del siglo XVII, la villa, como centro político y residencial de las élites gobernantes, reúne simultáneamente las cualidades de residencia del monarca, sede de la vida política y social y corazón de una burocracia todopoderosa. Ninguna otra ciudad española alcanza, en efecto, entonces tan alto grado de centralización y monopolio en la provisión de servicios políticos y sociales para una élite aristocrática. La Corte convive con instituciones tales como Chancillerías, Sello Real, Secretarías, Consejos, Audiencia, Tribunales, que, al generar un activo tráfico de cargos oficiales, convierte a Madrid en lugar apetecido por los buscadores de favores y prebendas. Para Ringrose: «Madrid era una capital política...Su principal actividad era la producción de servicios, la elaboración y ejecución de política»<sup>10</sup>.*

*Tampoco en ninguna otra capital europea encontramos una aristocracia tan poderosa, ni siquiera en la Roma de los Colonna y los Orsini o en el París de Luis XIV. Los nobles no buscaban tanto dinero en metálico como otras «mercedes» tales como cargos lucrativos en España o en las Indias, rentas vitalicias, tierras u otros privilegios. Por otro lado, familias aristocráticas venidas a menos se arrojan el derecho de que les socorra una Corte que se ha convertido en lugar de referencia obligada donde los favores, cargos, patronazgo y pensiones circulan libremente.*

*En definitiva, la nueva capital vive entonces de la riqueza que genera la monarquía española, de su sistema impositivo y de las funciones creadas por la presencia de la Corte.*

### **La consecuencias de la capitalidad: crecimiento demográfico y expansión urbana**

*La instalación de la Corte en Madrid transforma la vida ciudadana. El poder -la Casa Real y las mil setecientas personas que, entre miembros y funcionarios del Consejo Real, secretarios del rey y funcionarios civiles y eclesiásticos, formaban el gobierno central- y los servicios que genera actúan como reclamos y focos de atracción para diferentes grupos sociales.*

*En la cúspide de la pirámide de estratificación social está una comunidad extranjera formada por diplomáticos acreditados o de paso, principalmente embajadores y nuncios apostólicos, banqueros y hombres de negocios. Este grupo mantiene un contacto directo con los dignatarios de palacio y los ministros y participa en las actividades sociales de la Corte de cuyas prerrogativas disfruta también.*

*En segundo lugar se sitúan las altas dignidades eclesiásticas, los aristócratas y una población flotante que llega a Madrid a la búsqueda de prebendas y sinecuras cortesanas. Los informes de los embajadores venecianos Contarini y Donato describen a este grupo.*

*Un tercer segmento social está formado por los comerciantes venidos de toda la península, los manufactureros (carpinteros, zapateros, sastres y demás oficios), sirvientes mal remunerados atraídos por la élite de los hacendados y burócratas, la aristocracia o el clero.*

*Al final de la escala encontramos a personas con ocupaciones anciliares, hidalgos empobrecidos, artistas, poetas, un ejército de parásitos, pobres necesitados y vagabundos beneficiarios de las instituciones de caridad<sup>11</sup>. Las novelas picarescas del siglo XVI y principios del siglo XVII, sobre todo Mateo Alemán y Quevedo, describen con singular realismo a este grupo social.*

*Lynch resume la nueva estructura social de Madrid:*

*«Comprendía una parte a nobles cortesanos y burócratas, gentes que vivían de rentas y cargos, junto con trabajadores subempleados o parados y hordas de aventureros y mendigos»<sup>12</sup>.*

*El aumento de la población es, pues, un rasgo constante a partir de 1561. Sólo durante el lapso 1601-1606, en el que Madrid pierde temporalmente la capitalidad en beneficio de Valladolid, disminuirá el crecimiento de la población, pues, a partir de 1606, continúa la desordenada expansión demográfica, sobre todo con la llegada de emigrantes de toda Castilla. La crisis de subsistencias de 1630-31 arrojará a la ciudad a habitantes de los pueblos de Castilla, tanto es así, que, en 1632, se arbitran medidas para frenar las olas migratorias. Sigue de todos modos afluyendo regularmente población gallega, asturiana y vasco-navarra, y la expulsión de los moriscos en 1610 apenas frena este crecimiento demográfico.*

*Veamos las cifras de los censos parroquiales<sup>13</sup>: de los 20.000 habitantes de mediados del siglo XVI, se pasa, en 1570, a 35.000 personas, a 65.000 en 1600, 108.000 en 1617 y 130.000 en 1620. La expansión continuará hasta 1660 y, en 1680, la población alcanza los 175.000 habitantes<sup>14</sup>. Madrid pasó, pues, de ser una ciudad de segunda o tercera categoría dentro de la red urbanizada en torno a Toledo, que sufre un colapso como centro principal de Castilla y cuya población industrial se desplazó hacia la nueva capital, a alcanzar una posición de predominio demográfico como ciudad mayor de España.*

*El aumento de la población implica también un crecimiento urbano. Madrid crea nuevas infraestructuras ciudadanas capaces de hacer frente a la presión demográfica de modo a adaptar el medio ciudadano a las necesidades de la Corte creando un «habitat» adecuado. La ciudad empieza a extenderse más allá de sus murallas y, en 1566, se construye una nueva cerca. Para Jerónimo Quintana:*

*«(Fue) tanta la extensión y aumento de casas y edificios sumptuosos, que de dos mil y quinientas y veinte casas que tenía Madrid cuando Su Majestad trajo desde Toledo a ella*

la Corte (...), en las cuales cuando mucho habría, conforme a buena razón y prudente discurso, de doce a catorce mil personas, y había, el de mil quinientos y noventa y ocho, en que Su Majestad murió, repartidas en trece parroquias, doce mil casas, sacado el cómputo de ellas de los libros del Real aposento, y en ellas, conforme a las razones y conjeturas que se pueden fundar y hacer en una máquina tan grande, que se ponen en manos y consideración del Lector, trescientas mil personas, y más, y no debe causar admiración, pues en la ciudad de Granada cuando la perdió el Rey Chico, se hallaron doscientas mil personas»<sup>15</sup>.

La escasez de edificios dignos para albergar a ministros y cortesanos y sus séquitos determina la construcción de nuevas viviendas, pues el vetusto edificio del Alcázar no tiene capacidad para cobijar a la tropa de funcionarios recién llegados a la capital.

Se promulga una normativa para enfrentrar la situación. Así, la Regalía de Real Aposento introduce la obligación entre la población madrileña de ceder la mitad de la casa, generalmente los pisos superiores, para acomodo de ministros y séquitos oficiales, o bien pagar una tercera parte de valor en que fuera tasada. Las casas de Madrid quedaron así divididas en estas casas de aposento, viviendas de más de una planta destinadas a personas al servicio de la Corte y las llamadas casas de malicia, viviendas bajas y pequeñas eximidas de la obligación de dar alojamiento. Esta exención explica su rápida proliferación en el perímetro ciudadano -como no dejan de señalar las relaciones de los viajeros extranjeros-. Se ha repetido que ésta fue la única razón que explica la poca altura de muchas casas madrileñas. Pero Deleito ha apuntado también como motivo la construcción de conventos, que llevaba aparejada la limitación preceptiva de la altura de las casas colindantes con ellos<sup>16</sup>. Sea como fuere, y a pesar de una Real Cédula de 29 de Marzo de 1588 contra las «casas labradas a la malicia», Luis Cabrera de Córdoba señala que, a principios del siglo XVII, había en Madrid más de 4.000 casas de estas características<sup>17</sup>.

La Villa se ensancha hasta duplicar su perímetro, que se extendía desde la Puerta de Santo Domingo hasta la carre-

tera de Fuencarral, la Puerta del Sol, el Prado, Atocha, plaza de Antón Martín, Puerta del Hospital de la Latina y la Puerta de Toledo, siguiendo por la antigua muralla hasta el Alcázar. En la segunda mitad del siglo XVII, continúa la expansión del recinto urbano: según el plano de Texeira (Amberes, 1656), comprendía La Puerta de Alcalá, alturas de Santa Bárbara, Puerta de las Maravillas, portillo de San Bernardino, Puerta de la Vega, Puente de Segovia, parque del palacio, jardines de la Tela, Vistillas, convento de san Francisco, Puerta de Toledo y Buen Retiro.

Paralelamente, la nueva capital de la Monarquía y del Imperio emprende obras de mejora urbana acordes con su nuevo rango. Felipe II encarga a Juan Bautista de Toledo la reconstrucción de la Casa de Campo, empieza las obras para transformar la plaza del Arrabal, reforma el Alcázar, construye los conventos de la Santísima Trinidad, Santo Tomás, Santa Isabel y Monasterio de las Descalzas Reales, ordena a Juan de Herrera levantar sobre el Manzanares el Puente de Segovia, remodela edificios públicos representativos tales como puertas, locales municipales y cárceles, construye fuentes, embellece las calles plantando árboles y empedrándolas. Felipe III acelera el ritmo de las obras públicas: el arquitecto de Corte Gómez de Mora termina la Plaza Mayor entre 1617 y 1619, coliseo y centro de fiestas del pueblo y la nobleza, al tiempo que nacen nuevos edificios civiles de carácter público así como un sinfín de palacios barrocos destinados a la nobleza. También son de esta época los conventos de la Encarnación y el de Carboneros del Corpus Christi. En el terreno de la reformas urbanas, provee la llegada de agua a la villa y acrecienta el número de fuentes<sup>18</sup>. El reinado de Felipe IV ve el nacimiento, durante la década de 1630, en el confín occidental de la villa, del conjunto de palacio, teatro, ermita y jardines conocido como Buen Retiro, un centro de diversiones y descanso convertido en nuevo símbolo de la dignidad real. Simultáneamente, se construyen edificios tan representativos como el Colegio Imperial, san Antonio de los Portugueses, la capilla de san Isidro en la parroquia de san Andrés y la iglesia de san Ginés. Entre la arquitectura civil destaca el Palacio del Duque de Uceda y la Cárcel de Nobles,

*cuya bella apariencia sorprende a los viajeros franceses. Al reinado de Carlos II pertenecen la iglesia de las Calatravas y las Comenadoras de Santiago.*

*Pero este crecimiento urbano, normalmente hacia el lado este, no respondió a una planificación. Los viajeros Lord Roos y Antonio de Brunel señalan el hecho. Tan sólo la Plaza Mayor y el Buen Retiro incorporaron un principio orgánico racional. El motor transformador fue, en los demás casos, la libre iniciativa de los agentes humanos y económicos. La villa crece a toda prisa acuciada por las circunstancias sin que se tomen las medidas adecuadas para encauzar los ensanches. Los problemas de urbanismo apenas se plantean. Los particulares construyen apresuradamente locales para subvenir a sus necesidades. Los nobles se alojan provisionalmente a la espera de poderse construir un palacio. Los religiosos multiplican sus templos construidos con un sentido de propaganda fide.*

## **Viajeros extranjeros en Madrid (siglos XV, XVI y XVII): diplomáticos y curiosos**

### **ANTECEDENTES**

*Los viajeros extranjeros que visitaron España a comienzos de la Edad Moderna describieron en sus escritos a ciudades política o históricamente relevantes (Toledo, Sevilla o Valladolid) o a lugares dotados de indudable atractivo (Granada). Hay entonces motivaciones muy concretas para viajar (peregrinación al sepulcro del Apóstol Santiago, aventuras fronterizas junto al reino moro de Granada, asomarse al mar en Finisterre). La incitación caballeresca era muy fuerte. Así Lannoy, en España en 1405, peregrina a Santiago y lucha en la conquista de Granada. El húngaro Jorge Ehingen, que nos visita entre 1455 y 1457, entra a la península para luchar contra los moriscos granadinos junto con Enrique de Castilla. Un viajero alemán anónimo visita la catedral de Santiago, pelea en Granada y describe la situación de los árabes en Andalucía. El caballero bohemio*

*Rozmital, en España desde 1465, visita Santiago y el reino de Granada. Excepcionalmente, el portugués Machado, en lo que puede considerarse prefiguración de los viajeros diplomáticos del siglo XVII, viene a España en 1489 como acompañante de embajada para pedir la mano de la infanta Catalina para el príncipe de Gales.*

## VIAJEROS DIPLOMÁTICOS

*En la Edad Moderna cambian las motivaciones del viaje. El viajero de XVI, abandonado en muchos casos del ideal caballeresco, es un hombre cosmopolita que viaja para cumplir obligaciones políticas o diplomáticas (servir al rey o a la iglesia), por motivos comerciales o culturales. Esta transformación en la mentalidad viajera, patente en las descripciones de ciudades españolas de la primera mitad del siglo XVI, apenas deja huella, sin embargo, en las descripciones de Madrid anteriores a 1561. Así, para el embajador veneciano Andrea Navagiero o el humanista flamenco Enrique Cock la villa es todavía un lugar de paso hacia otras ciudades del que apenas merece la pena reseñar sus inmediaciones.*

*A partir de 1561 evoluciona la situación. El desarrollo de la diplomacia, que es uno de los rasgos característicos del proceso de formación del Estado moderno, y que en España es inseparable del nacimiento de la burocracia, la economía dineraria y el ejército, determina el establecimiento en Madrid, capital de un Imperio que rebasaba los límites peninsulares, de una numerosa colonia extranjera. Este grupo, preeminente en la recién creada Corte madrileña, forma el núcleo más representativo entre los viajeros extranjeros que escriben relaciones sobre el Madrid de los siglos XVI y XVII.*

*En la figura del diplomático, cuyo prototipo y antecedente viene de Venecia, confluye el defensor de los intereses del Estado que representa con el humanista cosmopolita. Ambos rasgos explican básicamente la temática bifronte de las relaciones de viaje escritas por los diplomáticos acreditados en la Corte madrileña.*

*De una parte, el «deber de los embajadores, al volver a estar cerca de los príncipes a quienes servían, de informar de las cosas que han llegado a su conocimiento mientras han estado en misión»<sup>19</sup> (Tiépolo), determina que los primeros libros de viaje sobre la capital de España presenten un carácter marcadamente oficial caracterizado por la utilización de una escueta prosa testimonial así como la alusión a unos temas recurrentes (modo de obrar de los gobernantes, vida del Rey y de la familia real, entorno cortesano, funcionamiento de la burocracia, intrigas en torno al poder)<sup>20</sup>.*

*Este carácter predominantemente «profesional» de la prosa viajera supuso también la adopción de un punto de vista «oficial» respecto a Madrid: para el viajero diplomático, la capital es sobre todo la Corte y como tal paradigma de España; el madrileño, prototipo del español. De ahí que, en las relaciones de diplomáticos, el informe oficial introduzca descripciones cortesanas o apuntes sobre el carácter de los españoles.*

*De otra parte, al funcionar el informe diplomático como premisa informativa para la toma de decisiones políticas por parte de los Estados soberanos, no siendo la diplomacia mera práctica de relaciones interestatales, sino observación directa de toda la realidad, quienes la ejercían no podían contentarse con reunir material estadístico sobre las fuerzas del Estado en el que estaban acreditados, sino que, además, debían aportar todos los datos no oficiales que ayudaran a comprender un determinado contexto político. Estos datos comprenderían cualquier información susceptible de ser puesta en correspondencia con los esquemas generales de la política, pero sobre todo los rasgos relativamente constantes de cuerpo social, lo que implicaba reducir a un denominador común explicativo el conjunto multiforme de los rasgos sociales observados. De este modo, los informes diplomáticos, abiertos a toda suerte de observaciones sobre la vida cotidiana, costumbres sociales y aspecto exterior de la ciudad, tendían a la creación de estereotipos descriptivos sobre Madrid.*

*La relaciones de viajeros extranjeros que visitan Madrid durante el Renacimiento reflejan fielmente esta pluralidad*

*de intereses. Veremos primero, como ejemplo, qué temas tocan en sus informes tres representantes típicos de la prosa diplomática ortodoxa:*

*El embajador veneciano Antonio Tiépolo, venido a Madrid para cumplimentar a Felipe II por su matrimonio con la archiduquesa Ana de Austria, describe los Estados del monarca, las causas de las agitaciones en los Países Bajos, el funcionamiento de instituciones tales como el Consejo de Estado y las incidencias de su misión diplomática.*

*La relación que Tomás Contarini presentó al senado veneciano en 1593 es, en cambio, un documento estrictamente cortesano y político centrado sobre asuntos tales como las relaciones del rey con las potencias extranjeras, retratos del monarca y la familia real.*

*Lorenzo Priuli, enviado por el senado veneciano a Madrid, traza, en su Relación de 1574, un retrato de Felipe II, de los principales ministros y secretarios del rey, enumera los Estados que componían la Corona española y da conocer el número y composición de sus Consejos.*

*En segundo término, un ejemplo de prosa diplomática bastante atemperada por descripciones localistas:*

*Camillo Borghese, llegado a la Corte de Felipe II como nuncio extraordinario de Clemente VIII, trata en su Relación de 1594 sobre los modos de negociar en Madrid, o describe cómo se administraba justicia en la capital, pero también define con exactitud las Casas de Malicia.*

*En tercer lugar se sitúan relaciones de viaje de finalidad no oficial. Personalidades adscritas a misiones diplomáticas no obligadas a informar sobre su legación describen Madrid por puro espíritu curioso. Animados por el espíritu de observación del testigo ocular, introducen consideraciones de historia política, religiosa, artística y arqueológica, analizan el estado de las ciudades, recursos de gobierno y el carácter de los habitantes.*

*Así, el archero holandés Enrique Cock, que acompaña a Felipe II en sus viajes, es autor de dos relaciones de viaje del monarca por España cuyo género literario, aunque participa parcialmente de la naturaleza de la prosa diplomática, al aproximarse también al género del itinerario, intro-*

duce observaciones sobre la historia local de los lugares visitados.

Los Pasatiempos, *del flamenco Jehan Lhermite*, también oficial del cuerpo de archeros de la casa de Felipe II, es un notable libro de viajes que dosifica con amenidad y precisión la evocación del entorno cortesano del monarca con descripciones de las residencias reales en donde vivió el autor (El Pardo, Aranjuez y sobre todo El Escorial).

\* \* \*

En el siglo XVII, cambios en la política exterior de los últimos Austrias incrementan la llegada a Madrid de viajeros diplomáticos o políticos. Los libros de viaje sobre el Madrid barroco, sin perder su carácter de informe oficial (descripciones de la vida cortesana, digresiones políticas), abren paso a otros intereses. El placer del viajero curioso los transforma en eruditas misceláneas, pues en la personalidad del diplomático alienta a menudo un curioso cosmopolita que no puede dejar de describir en sus relaciones todo lo que pasa delante de sus ojos.

Algunos ejemplos: Antonio Gramont, en Madrid durante 1659 para pedir la mano de María Teresa para Luis XIV, alterna la prosa política centrada en meticulosos análisis sobre la estructura de la administración hispana con coloristas escenas costumbristas. Des Essarts, del séquito del Mariscal Gramont, incluye, junto a la pintura de la Corte, evocaciones sobre las diversiones de los madrileños.

El abate Bertaut, que le acompaña en la misma embajada, es un letrado del Parlamento de Rouen que aprovecha su viaje a Madrid para escribir una crónica erudita de su viaje diplomático entreverada de consideraciones históricas y políticas, pero también de apuntes sobre la vida cortesana y las costumbres de los madrileños.

El sacerdote Jean Muret, que vino a España con Jorge d'Aubusson, embajador de Luis XIV en Madrid, a quien acompañó en su misión para gestionar asuntos sobre la dote de María Teresa, escribe desde Madrid varias cartas en las que la narración del acontecimiento cortesano convive con

*las descripciones de costumbres madrileñas (Semana Santa). Aquí el rigor político de la observación cortesana se atempera con la rápida pincelada sobre el carácter de los madrileños o la desenfadada crónica social.*

*William Edgeman, vinculado a una embajada diplomática de Carlos II de Inglaterra, sabe dosificar en su Diario el dato político con la observación curiosa sobre las diversiones y vida cotidiana de los madrileños.*

*El marqués de Villars, embajador de Luis XIV, mezcla en sus Memorias el dato político fidedigno con el color local madrileño.*

*Bartolomé Joly, que vino a España con una misión política -realizar una visita preceptiva a los monasterios españoles del Císter- escribe un Viaje a España en el que narra con tintes amargos el estado de bancarrota del país. Análogos intereses coexisten en las relaciones del alemán Jacobo Beylin, que representa a Corte de los Watemberg y del italiano Lorenzo Brindisi, procedente de la Corte napolitana.*

*En definitiva, los viajeros diplomáticos, aunque siguen reflejando en sus libros las costumbres de la Corte y la vida íntima de la sociedad española, y por razón de su cargo tienden a convertirse en cronistas oficiales atraídos por los entresijos del poder, buscan cada vez más a menudo el «color local», introducen imágenes del paisaje urbano madrileño y toda suerte de impresiones sobre la ciudad, apuntes sobre las vidas, costumbres y modos de vida en la nueva capital. La relación de viaje diplomático, político o cortesano con motivo de una embajada o misión, se consolida así como género literario mixto oscilante entre los informes sobre el funcionamiento de la administración (Camillo Borghese) y la carta informativa (Muret).*

*Más lejos de la prosa diplomática está uno de los mejores libros de viaje sobre el Madrid del siglo XVII, el Viaje a España, curioso, histórico y político en el año 1665 de Antonio de Brunel, y ello a pesar de que su autor, como preceptor de los hijos del gobernador de Nimega, Francisco Cornelio Aarseens de Sommerdyck, esté vinculado indirectamente a una misión política holandesa: los puntos de vista de Bru-*

*nel sobre la ciudad superan a los de sus contemporáneos. Estudiando precursoramente la influencia del medio físico sobre el individuo, consigue explicar hechos que otros viajeros presentan bajo el ropaje de lo anecdótico. De este modo logra acercarse con imparcialidad a las costumbres privadas de los nobles y el pueblo, a sus diversiones (corridas de toros, juegos de cañas), rasgos sociales (falta de higiene y limpieza en Madrid, pobreza en la capital) y, en última instancia, explicar las causas de la decadencia y ruina del Imperio. Brunel sitúa el hecho histórico en un contexto explicativo.*

*Al margen de la prosa testimonial hay finalmente un grupo de viajeros cuyas biografías nada o poco tiene que ver con la vida política, hombres de letras atraídos por el prestigio de la cultura española: en el siglo XVI, destacan el poeta Fulvio Testi y Lorenzo Megalotti, cronista de la estancia de Cósme III de Toscana en Madrid. En el siglo XVII, Jacobo Sobieski, padre de Juan III de Polonia, la marquesa de Gudannes y sobre todo su hija la Condesa d'Aulnoy, «profesional de la pluma» y autora de dos textos, Relación del viaje de España y Memorias de la Corte de España, que, aunque escasamente verídicos<sup>21</sup>, alientan una imagen de España que, en el siglo XIX, alimentaría a la imaginación viajera romántica. El caso de Mme d'Aulnoy ilustra muy bien cómo la mentalidad viajera del último cuarto del siglo XVII se muestra cada vez más receptiva frente a las «singularidades» españolas, prefiguración de la España pintoresca.*

## **Temas recurrentes en la prosa de viaje**

*Cuando los viajeros que llegan a Madrid describen la ciudad, tienden a destacar aquellos rasgos de la villa que más se oponen al propio sistema de relaciones sociales o a las costumbres del grupo humano del que proceden, sea por sentirse realmente sorprendidos por la novedad, sea por el deseo deliberado de impresionar a sus lectores o de brillar en los salones literarios (Joly, Bertaut). Algunos de estos*

topoi descriptivos sobre la capital son exclusivamente locales mientras que otros presentan alcance nacional.

Entre los primeros destacan las referencias a la inmunidad e insalubridad de la villa<sup>22</sup>, a la mala calidad de la comida, crecimiento urbano desordenado, cielo sereno, pureza del aire, exceso de carruajes, falta de armonía de la arquitectura, abundancia de población, pobreza de las viviendas, carestía de la vida, estrechez y escaso caudal del río Manzanares, riqueza cinegética de los alrededores... De los segundos merece recordarse la crueldad de la fiesta de toros y autos de fe inquisitoriales, que llegan hasta la prosa viajera del siglo XIX configurando la imagen romántica de España.

A la constatación de topoi sucede a menudo la oposición con los propios modos de vida, esto es, la comparación explícita con el país de origen como punto de referencia: Münzer mide a Madrid por el rasero de su Nüremberg natal; Navagero con el de Venecia; Camillo Borghese establece un paralelo entre los jardines de Aranjuez y los mantuanos de Mamirolo; Zuccaro compara la anchura y bellas perspectivas de los paseos de Aranjuez con la vía romana del Popolo; Bertaut se sorprende de que Madrid, a diferencia de otras ciudades, pueda sobrevivir sin tener un puerto o señala sin rebozo que la Plaza Mayor no es tan grande ni hermosa como la parisina Place Royal; Joly toma a menudo como punto de referencia la Corte francesa para enjuiciar la vida cortesana madrileña; Saville compara el hospedaje en Madrid con el de Grantham; Brunel el pavimento de las calles de Madrid con el de Montpellier o las dimensiones de la ciudad con las de Leyden o Utrecht.

En otras ocasiones, el punto de referencia son las propias categorías mentales o la propia escala de valores. Cuando la diferencia entre el modelo de origen y la realidad madrileña es demasiado grande, nace la crítica (D'Aulnoy), la opinión desfavorable (Muret) o la acerba y punzante denigración inmisericorde (D'Alcide de Bonnacase), que alimentan con nuevos datos la leyenda negra.

Inversamente, los topoi viajeros relacionados directa o indirectamente con algún aspecto del poder despiertan en

*general admiración y respeto y apenas provocan críticas. Las instituciones del Imperio español, incluso en su decadencia, impresionan favorablemente a los extranjeros. La misma ciudad cuyo urbanismo, costumbres, instituciones y vida privada de sus habitantes provoca en los viajeros diplomáticos o políticos comentarios suspicaces, paradójicamente ejerce una gran fascinación sobre ellos mismos precisamente porque es el centro de una monarquía universal cuyo esplendor y autoridad seduce a toda Europa. Así, el viajero francés A. Jouvin subraya que «Madrid, como Roma, somete a su obediencia a una de las mayores partes de Europa». De ahí que en el libro de viajes madrileño de los siglos XVI y XVII abunden topoi descriptivos tales como las intrigas cortesanas (Mme de Gudannes y Francisco de Bassompierre), semblanzas del rey (sobre todo de Felipe II), la familia real y evocaciones de la vida cortesana.*

*Semejante fascinación por el poder explicaría las referencias frecuentes a tres obras emblemáticas de la monarquía española: el Alcázar, asociado al dominio de Carlos V, el Escorial a la ideología contrarreformista del Rey Católico y, partir de 1640, el Buen Retiro, símbolo de esplendor del Madrid del Conde Duque de Olivares. La Cárcel de Nobles también atrae a viajeros como Brunel o Mme d'Aulnoy.*

*Abundan también los topoi culturales y artísticos: en general, el viajero que llega a Madrid, refinado y cosmopolita, valora con precisión y generosidad el patrimonio histórico y artístico de la capital y sus alrededores. Así, Alcalá de Henares, ciudad emblemática del urbanismo renacentista y la cultura humanista, sorprende al portugués Gaspar de Barreiros o al inglés Willian Bromley. En el monasterio del Escorial, Sobieski (1613), Barberini (1626) y Rubens (1628) describen las pinturas y libros de la biblioteca; Paolo Morigi, los lienzos de Cambiasso y Peregrino Tibaldi; Jehan Lhermite, muy cercano a Sigüenza, describe con meridiana precisión el palacio-monasterio. Los palacios, mansiones, jardines e iglesias de Madrid llaman la atención de Cassiano dal Pozzo, Brunel y Mme d'Aulnoy. Federico Zuccaro y Balthasar de Monconys alaban la belleza de los jardines de Aranjuez.*

## Géneros literarios

*Si, como hemos visto, el autor y la temática de los libros de viaje madrileños están fuertemente acotados, no puede decirse lo mismo de su género literario: así, Villars y Gramont escriben memorias; Howel, Muret y Mme de Gudannes, cartas; Bertaut y Des Essarts, diarios; Camillo Borghe-se y Tiépolo, relaciones de embajada; López de Hoyos, esas crónicas de sucesos memorables que son las relaciones de entradas y recibimientos a personalidades extranjeras ilustres, espectacular subgénero de la literatura de fiesta, textos de exaltación panegírica y espíritu celebrativo<sup>23</sup>; el cosmógrafo Zeiller, un itinerario; Barreiros, una erudita Corografía; autores anónimos guías de viaje o guías de caminos, como la descripción del camino de Irún hasta Madrid, verdadera literatura de información; D'Alcide de Bonnecase prefiere la sátira despiadada, la visión negativa y sesgada de usos y costumbres para poner de relieve los aspectos más denigrantes de la capital. Diego Cuelbis las descripciones universales. Mme D'Aulnoy, por su parte, escribe comprensivos libros de viaje emparentados formalmente con la relación o relato que alternan el memorialismo con un gran acarreo literario.*

*Así pues, formas diversas, y aun contrapuestas, de organizar un material narrativo o descriptivo complejo determinan una progresiva apertura formal de muchos libros de viaje de tema madrileño a estructuras literarias misceláneas que, sobre todo en la edad barroca, cuando es mayor la confusión entre géneros, poco o nada tienen que ver con las formas literarias tradicionales.*

## Conclusión: la presente antología

*El libro de viaje madrileño renacentista y barroco no ofrece una forma literaria uniforme. Híbrido oscilante entre la carta, el itinerario, el diario y la relación de viaje, sólo encontró un principio literario estructurante en el tratamiento recurrente de determinados topoi.*

*Tal realidad condicionó la ordenación temática de los textos en la presente antología. A la individualización de la información precedió una separación antitética de conceptos, lo que permitió formar grupos binarios (centro-periferia; Madrid-alrededores; Madrid-inmediaciones; vida pública-vida privada; individuo-comunidad; vida religiosa-diversiones públicas) que cubrían un espectro informativo de ideas antitéticas. Desbrozados los campos, los textos se agruparon en grupos temáticos homogéneos que individualizaban diferentes clases de información. Estos grupos surgieron reuniendo tópicos semejantes (así moda, carácter, costumbres sexuales, gastronomía constituyeron el grupo vida privada), lo que permitió pormenorizar diferentes tipos de información. Dentro de cada grupo, los textos se dispusieron cronológicamente, lo que introduce un principio de estudio diacrónico de las opiniones de los viajeros sobre una misma materia. Este estudio comparativo de puntos de vista sobre un tema permite recomponer parcialmente la realidad. La constitución de grupos temáticos se decidió valorando el interés histórico y literario de los textos.*

*La creencia de que el libro de viajes madrileño es el resultado de la interacción hombre-ciudad, movió a incluir datos sobre ambos. La información sobre las circunstancias endógenas del viajero de un lado y sobre la coyuntura histórica de la ciudad por otro, auxilian la valoración comprensiva de los textos. Fueron datos sobre la personalidad del autor, medio social, político, literario o artístico de origen, así como sobre la circunstancia social o política de la capital al que el texto se refiere: así, en el caso de A. Jouvin, probar la utilización de fuentes librescas permite conjeturar el carácter ficticio de su texto en detrimento de la observación directa de la ciudad. En otro caso, el oficio de embajador del Marqués de Villars introduce indicios de fiabilidad en sus observaciones sobre el medio cortesano. Se trata de un acercamiento crítico que introduce otro de carácter interactivo que compete plenamente a la teoría de la recepción.*

*El objetivo global de la presente antología ha sido ofrecer una selección articulada de testimonios textuales de viajeros sobre el Madrid de los siglos XV, XVI y XVII. Aunque*

los fragmentos incluidos no tienen un valor literario homogéneo, interesan en todo caso por la información que ofrecen sobre concretos aspectos políticos, sociales, o simplemente costumbristas, de la vida madrileña y su entorno de modo que, en su conjunto, delinear un panorama comprensivo, aunque siempre forzosamente fragmentario, que permite al lector recomponer la vida madrileña en un momento especialmente apasionante de su historia.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Vid. Manuel Fernández Alvaréz: *El establecimiento de la capitalidad de España en Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1960.

<sup>2</sup> Vid. Gil González de Ávila: *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos en España*, Madrid, Tomás Iunti, 1623.

<sup>3</sup> Vid. Agustín Gómez de Amezá: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949.

<sup>4</sup> Vid. Alfredo Alvar Ezquerra: *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*, Madrid, C.S.I.C., Centro de Estudios Históricos, 1985.

<sup>5</sup> Vid. Fray José de Sigüenza: *Historia de la Orden de san Jerónimo*, Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, XII, Ediciones Atlas, 1907.

<sup>6</sup> Vid. Luis de Cabrera de Córdoba: *Felipe II Rey de España*, Madrid, 1619.

<sup>7</sup> Citado por Alfredo Alvar Ezquerra, en *op. cit.*, p. 40.

<sup>8</sup> Vid. Pérez Bustamante: *La capitalidad de Madrid*, Madrid, 1963.

<sup>9</sup> Vid. Jean-Paul Le Flem: *Las Cuentas de la Mesta*, en *Moneda y Crédito*, 1972, núm. 121.

<sup>10</sup> Vid. David Ringrose: *Madrid y Castilla, 1560-1850*, en *Moneda y Crédito*, 1972.

<sup>11</sup> Vid. Callaham, Williams J.: *Pobreza y caridad en Madrid*, en *Historia* 16, núm. 13, 1977, pp. 49-52.

<sup>12</sup> Vid. Lynch: *España bajo los Austrias*, Barcelona, Península, 1972. En el mismo sentido estas palabras del Buscón de Quevedo: «Lo primero que debe saber usted es que en Madrid hallará a toda clase de tipos, papanatas y gente de gran ingenio, hombres muy ricos y otros muy pobres».

<sup>13</sup> Vid. Tomás González: *Censo de población de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid, 1829.

<sup>14</sup> Vid. Antonio Domínguez Ortiz: *La sociedad española del siglo XVII*, vol. I, Madrid, C.S.I.C., 1963.

<sup>15</sup> Vid. Jerónimo de Quintana: *Historia de la antigüedad y grandeza de Madrid*, Madrid, 1629.

<sup>16</sup> Vid. Deleito y Piñuela: *Sólo Madrid es Corte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1953.

<sup>17</sup> Vid. Luis Cabrera de Córdoba: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1644*, Madrid, 1857.

<sup>18</sup> Cuando el historiador Gil González Dávila llega al año 1612 del reinado de Felipe III, encabeza el capítulo LXXXIV de su libro con las siguientes palabras: «Mandó edificar la Plaza de Madrid, conducir sus aguas y levantar en el Reino otros muchos edificios, que se acabaron por ese tiempo». Vid. *Historia de Felipe III*, Madrid, 1771.

<sup>19</sup> Vid. Antonio Tiépolo: *Relación de España, 1567*.

<sup>20</sup> En el sistema de las soberanías estatales de los siglos XVI y XVII la diplomacia funcionaba como conducto de información

orientado a la negociación y planteamiento de empresas bélicas.

<sup>21</sup> Vid. Duque de Maura y A. González de Amezúa: *Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa d'Aulnoy*, Madrid, s.a., 374 pp.

<sup>22</sup> Los viajeros señalan el crecimiento urbano desordenado como causa de las malas condiciones higiénicas en las viviendas (ausencia de letrinas) e inmundicia y suciedad de las calles.

<sup>23</sup> Vid. Alenda, J.: *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1903.





# *Descripciones e impresiones generales*

## **Descripción general: Jerónimo Münzer**

Madrid es tan grande como Biberach. Sus arrabales son muy extensos; tiene muchas fuentes, víveres baratos y dos morerías habitadas por numerosos sarracenos.

(Jerónimo Münzer, *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*, 1494-1495.)

## **Lugares comunes madrileños: Marineo Sículo**

Saliendo de Toledo vamos a la villa de Yepes, lugar por su vino blanco muy nombrado, y de allí iremos a Ocaña a comprar guantes muy preciados. En cuya comarca está Lilio. Donde viniendo por arriba y casi atravesando buen trecho está la Villa de Madrid de grande y digna memoria. La cual algunos llaman *Mantua Carpetana*. Es lugar asentado en muy buena región y bajo cielo muy claro, y no solamente es grande y populosa, sino también noble y de muchos caballeros que en ella tienen sus casas y heredades muy ricas. Ha sido esta villa muchas veces aposento y morada de los Reyes de Castilla por las muchas y buenas cosas que en ella hay





Anthony van der Wynaerde: *Vista general de Madrid (1563-1570)*,  
Biblioteca Nacional de Viena, Cód. Min. 41.

para aposentar caballeros y gente principal. Corren por ella aires muy delgados, por los cuales siempre vi gente muy sana. A este lugar viniendo el Emperador don Carlos fue librado de la quartana que le había fatigado mucho tiempo. Tiene además este lugar grandes términos y campos muy fértiles, los cuales llaman lomos de Madrid. Porque cogen en ellos mucho pan y vino, y otras cosas necesarias y mantenimientos muy sanos. Hay fuera de esta villa cantería de pedernales muy grandes. De los cuales se aprovechan los edificios y muchos de ellos parecen en los muros que cercan y defienden la villa. Por lo cual el ingenioso poeta Juan de Mena en sus metros muy elegantes dijo que Madrid era cerca de fuego. Este lugar, aunque es villa, tiene y representa todas las partes de la ciudad. Dentro de la cual hay por número veinte iglesias, y más otras que están fuera de los muros. En el cerco de esta villa contamos ciento y veinte torres. Una cosa no dejaré de decir: que según la opinión de muchas naciones en este lugar nació el Pontífice Dámaso del cual en otra parte escribimos. Tiene también ahora otro santísimo varón llamado Isidro. El cual fue labrador y tan santo que Dios por sus obras y méritos reveló muchos milagros de su vida y después de su muerte. Los cuales fueron vistos y escritos por hombres de mucha autoridad y buena vida. Los cuales milagros yo leí escritos en un volumen de pergamino muy grande.

(Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España, Libro II, De las regiones y pueblos de España, Alcalá de Henares, 1539.*)

### **Noticias eruditas sobre la villa de Madrid: Gaspar de Barreiros**

*La Chorographia del portugués Gaspar Barreiros es un libro crítico y erudito de gran valor geográfico y anticuario. La experiencia del viajero, deseoso de criticar las «conjeturas de los modernos» basadas en un saber puramente libresco, guía un conjunto de observaciones culturales sobre el Madrid del siglo XVI.*



Madrid es uno de los mejores lugares de Castilla. Perteneció al reino y arzobispado de Toledo, ciudad de la que dista catorce leguas y está asentada en un altozano plano y descubierta por el norte. El nombre antiguo de esta villa es Mantua y así la llamó Tolomeo. Allí y en Toledo, Alcalá de Henares y Guadalajara se establecieron los carpetanos. A los nombres de estas villas nos referiremos en otro lugar. Por ello el arzobispo de Toledo y obispo de Gerona la llamó *Mantua Carpetana*<sup>1</sup>. Los mapas de Tolomeo sitúan erróneamente a Madrid más al oriente que Alcalá, estando, por el contrario, más hacia el occidente. Mas el verdadero emplazamiento de Madrid no es el que ahora tiene, sino otro a poca distancia de esta ciudad, un lugar que ahora llaman Villamanta que no sé donde está, como también sucede con Alcalá de Henares. Acerca del origen de la palabra Madrid se han dado etimologías bárbaras que parece excusado contradecir. Se dice comúnmente que estaba asentada en un lugar cercado de murallas y formada por casas de pedernal, que abunda en la comarca.

Madrid es un lugar situado en una buena comarca bien abastecida: abunda el pan, el vino, el aceite, la caza, las frutas y animales domésticos por sus buenos aires. La Corte fija aquí muchas veces su residencia. Tiene murallas de paredes de barro con muchas torres. Algunos dicen que son ciento treinta. Creo que tiene cuatro mil vecinos poco más o menos. A algunas personas podrán parecerles muchos menos, pues los nativos de cada lugar tienden a abultar el número de los habitantes de sus ciudades. La villa, vista desde algún castillo o desde cualquier altozano, parece tener muchos más. Si se la ve de cerca, porque la vista da una idea universal, propicia errores que luego desmiente la experiencia pormenorizada. Así, por esta razón y por otras que podrían aducirse se engañan la mayoría de los hombres al cuantificar el número de vecinos de una ciudad, especialmente cuando con-

<sup>1</sup> Casi todos los autores que tratan de Madrid le dan el nombre de *Mantua Carpetana*, deducido de las tablas geográficas de Tolomeo. El maestro Esquivel, que por orden de Felipe II medía la superficie de España, hallándose en Villamanta, que distaba de Madrid siete leguas, por las ruinas que observaba, creía fuese ésta la *Mantua* de Tolomeo.



fían en las palabras de los naturales del lugar, lo que me ocurrió en algunas ciudades de Italia y en otros lugares.

Tiene Madrid muchas iglesias y monasterios. Entre ellos uno de frailes llamado santo Domingo el Real, que este bienaventurado santo edificó y en el que viven más de cien monjas. Es casa muy honrada y de mucha devoción. En una capilla de este monasterio está la sepultura de don Pedro de Castilla, hijo del rey Alfonso XI. A su lado izquierdo hay otra sepultura de su hijo bastardo, cuyo cuerpo tiene hierros en los pies, porque el rey don Enrique, su tío, mató después al mencionado rey don Pedro, su hermano, en el castillo de Montiel y mandó poner dos hierros a sus hijos bastardos cuando eran niños, y cuando los mandó retirar eran hombres ancianos. En el monasterio de san Francisco de esta villa yace el cuerpo de la reina doña Juana, que fue mujer del rey don Enrique de Castilla. Su sepultura de mármol está en la parte del evangelio de la capilla principal. Extramuros se encuentra el monasterio de san Jerónimo.

Tiene Madrid buenas y muy pocas fuentes. Dice Lucio Marineo Sículo que el papa san Dámaso, coetáneo del bienaventurado san Jerónimo, nació en esta villa. Tanto se equivocó al decir esto como al afirmar que san Vicente y las santas Sabina y Cristeta, sus hermanas, nacieron en la ciudad de Ávila, porque, en realidad, Dámaso fue natural de la villa de Guimarães, y san Vicente y sus hermanas vieron la luz en Evora. En Ávila sufrieron martirio, y su casa ha sido convertida en un iglesia dedicada a su advocación y que llaman de san Vicente, y celebramos la fiesta de sus hermanas el día veintiséis de octubre.

(Gaspar Barreiros, *Chorographia*, Coimbra, 1561.)

## Madrid, ciudad insalubre

*Los intentos de la monarquía de Felipe II para procurar el ornato de la villa (Ordenanzas de 1567) no se concretaron en la adopción de decisiones en materia de salubridad e higiene. Esta falta de limpieza urbana será precisamente uno de los leit-motivs principales de la literatura viajera de tema madrileño.*

## ENRIQUE COCK

En verano, cuando sopla en remolinos el viento, la atmósfera se llena de polvo procedente de la basura, y lo lanza sobre el rostro de los viandantes. Mas si de mañana se atreve uno a cruzar las calles, en las que se funde el oro y la plata, no es precisamente olor a incienso lo que le llega a las narices, sino a inmundicias y a desechos domésticos, lo que provoca el vómito (como si en ayunas se mete uno en una pocilga). Antes, recién instalada la Corte real, al llegar la estación lluviosa, los caballos apenas podían pasar a causa del barro; ahora las calles han sido empedradas por decisión del Consejo.

(Enrique Cock, *Ursaria Sive Mantua Carpetana Heroice Descrita*, Madrid, 1584.)

## CAMILLO BORGHESE

*Camillo Borghese, nuncio en Madrid del Papa Clemente VIII, anota en su Diario las impresiones que obtuvo durante sus paseos por Madrid a finales del siglo XVI. Es una visión muy general y forzosamente superficial, pero que refleja certeramente detalles de la vida madrileña del momento.*

La ciudad de Madrid, cuyo nombre proviene de la voz morisca *Magerit*, que quiere decir lugar de los vientos, donde reside la Corte, está situada en el reino de Castilla la Nueva. La villa es bastante grande y está muy poblada. Las calles son largas y serían bellas si no fuese por el fango y la inmundicia que las invaden. Está situada entre colinas, y en muchos lugares tiene cuestas. Las casas son míseras y feas. Casi todas están construidas con tierra, y entre otras imperfecciones carecen de letrinas; por lo que todos hacen sus necesidades en el orinal cuyo contenido arrojan a la calle, cosa que produce un hedor insoportable. La naturaleza ha obrado de tal manera que en este lugar abundan las cosas odoríferas, pues de otro modo no se podría vivir. Si no



se limpiase a menudo las calles con diligencia, no se podría caminar.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España*, en *España en los siglos XVI y XVII*, documentos históricos y literarios, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

#### LAMBERTO WYTS

Tengo a esta villa de Madrid por la más sucia y puerca de todas las de España. Por las calles no se ve otra cosa que grandes *servidores* (como ellos los llaman), que son grandes orinales llenos de mierda que los madrileños vacían por las calles, lo cual engendra una fetidez insoportable y villana. Cuando uno se ve obligado a andar a pie por el fango, sus zapatos se ponen negros o rojos y parecen quemados. Esto no lo digo simplemente de oídas, sino por haberlo experimentado varias veces. Después de las diez de la noche, no es divertido pasearse por la ciudad, pues a partir de esa hora se oye volar orinales cuya porquería se vacía por todas partes.

(Lamberto Wyts, *Viaje por España*, en Gachard, *Noticia de los manuscritos relativos a la historia de Bélgica que existen en la Biblioteca imperial*, Bruselas, Leipzig, 1894.)

#### D'ALCIDE DE BONNECASE

Si es cierto, como algunos filósofos soñaron antaño, que los astros se alimentan de los vapores de la tierra, no creo que haya lugar en el mundo donde se haga peor carne que aquí. Yo participo en este banquete, y por ello puedo vanagloriarme de estar sentado a la mesa de los Dioses y comer dos veces una misma vianda. Quizá sea efecto de su soberbia creer que sus acciones más sucias (y que las otras naciones tratan de ocultar) merecen figurar escritas en los libros de



historia, pues a menudo hacen sus porquerías en el papel, como si fuesen obras dignas de ser impresas, y para darles mayor fama las hacen volar como si fuesen transportadas sobre las alas de la Fama. De ahí que se las llame dragones volantes. Ofendería a vuestros castos oídos si me extendiese más sobre estos asuntos, y advierto el delito que he cometido no habiendo gritado antes de lanzaros tan maloliente discurso: —¡*Agua va!*, como dicen aquí cuando se arrojan por las ventanas las porquerías.

(Robert d'Alcide de Bonnecase, *Relación de Madrid, u observaciones sobre las costumbres de sus habitantes*, Colonia, 1665.)

#### ANTONIO DE BRUNEL

Todo el mundo sabe que en Madrid, no habiendo arroyos que arrastren las inmundicias, ni alcantarillas que las reciban, lo arrojan todo a las calles; pero es una maravilla ver que allí el aire sea tan vivo y penetrante, que todo lo consume en un momento, pues tiene la misma propiedad desecante y corrosiva de la cal, que come el cuerpo sin que se sienta la podredumbre.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

#### FRANÇOIS BERTAUT

Las calles (de Madrid) son en su mayor parte anchas, pero no creo que jamás hayan quitado un volquete de barro; tanto hay por todas partes y tan infectadas están a causa de las basuras que allí arrojan, que creo que ello es la causa de que los españoles cuiden tanto en perfumarse. Por ello mismo, durante el invierno, a los carruajes les cuesta mucho trabajo moverse, porque, además de los grandes arroyos, que están compuestos de un barro muy espeso, hay en muchos sitios montones de otra clase de barro más seco, que, al parecer, está allí desde tiempos de Car-



los V. En verano, cuando ese barro se seca, forma un polvo insoportable, de manera que no parece que en ninguna estación del año las calles estén pavimentadas, aunque de hecho lo estén.

(François Bertaut, *Diario del viaje a España*, París, L. Billaine, 1669.)

#### A. JOUVIN

Esa plaza es la morada de los más ricos mercaderes de la villa, donde pueden pasear al abrigo del sol, del mal tiempo y de las inmundicias que se arrojan por las ventanas, de suerte que, en Madrid, de no ser por esos porches que hay en las calles grandes, todo el mundo se vería obligado a andar por encima de esas porquerías, y algunas veces a verse completamente ensuciado caso de no retirarse rápidamente cuando se oye gritar: —¡Agua va! Lo que me hace decir que no he visto villa en España que esté más sucia ni menos limpia que la de Madrid.

(A. Jouvin, *El viajero de Europa, donde están los viajes de Francia, Italia, Malta, España y Portugal*, París, D. Thierry, 1672.)

#### PIERRE DE VILLARS

La suciedad, visible por todas partes, hace que en invierno se formen en Madrid barrizales horribles. El polvo en verano es insoportable. Nadie se encarga de limpiar la ciudad. El río no es lo suficientemente caudaloso como para arrastrar las inmundicias. Por eso permanecen en las calles durante todo el año y sólo la pureza del aire remedia las consecuencias, pues si no habría infecciones. De ahí que se pueda decir que el aire y el agua son las únicas cosas buenas que hay en Madrid.

(Pierre de Villars, *Memorias de la Corte de España de 1679 a 1681*, París, 1893-1901.)



**Diego Cuelbis y los tópicos madrileños:  
aire sano, cielo sereno, situación privilegiada  
y exceso de población**

*De Diego Cuelbis y su viaje a España sólo se conocen las noticias que da él mismo a su entrada por Irún: «Aquí paso yo Cuelbis, natural de Leipzig con mi camarada Joel Koris y un mozo español mi criado natural de las Asturias. Le quatorze (sic) días del mes May de 1599 años a las diez del mediodía». La descripción de Madrid de Cuelbis es un sucinto borrador, un apunte fragmentario para una descripción corográfica más amplia de toda la península ibérica.*

Llego yo el XXIX días de Mayo el año 1599, sábado de Pentecoste (sic) cerca del Mediodía. (Madrid) está puesta casi en la mitad de España, proveída de todos los mantenimientos. La constitución del aire es muy sana, siendo casi segura de peste y otro mal contagioso por amor de la frescura que viene de la Sierra de Guadarrama . Tiene un cielo muy sereno y templado, sin demasiado calor o frío que infestan (sic) otras partes de las Españas. Es bastecida (sic) de la mayor parte de vino, sílice y piedras durísimas que se hallan cerca de allí; donde se dice que la villa de Madrid tiene muros de fuego. El río que pasa junto a la villa se llama Manzanares. No es hondo, pero harto ancho. Tiene muchos magníficos edificios y es una de las mayores ciudades de toda España, pero me bastará decir que es casi si grande como la ciudad de París. Está puesta en un montezuelo, sin tener muros que sean para la defensión, de manera que sin ningún trabajo se puede traspasar, no siendo más altos que un hombre alto o poco más. Tiene puertas que se cierran solamente por amor de la peste<sup>2</sup>. Tiene muchas iglesias, monasterios y hospitales ricos para los forasteros y enfermos. Hay mucha

<sup>2</sup> El viaje de Cuelbis a Madrid coincidió con la epidemia de peste que el año 1599, tras las anteriores de 1596 y 1597, diezmo a la población de la capital.

gente en Madrid, donde andan a media noche más hombres que de día por otras muy buenas ciudades.

(Diego Cuelbis, *Thesoro Chorographico de las Españas*, Ms Harl. 3822 del British Museum, citado por Antonio Domínguez Ortiz.)

## Una visión sesgada de la villa de Madrid: D'Alcide de Bonnecase

### EL SUELO

El suelo no es aquí más que arena y pedernal, y si produce algo es más bien para avergonzar la pereza de los habitantes que para mostrar su fertilidad.

### LAS AGUAS Y EL VINO

Las aguas están más llenas de arena que los orines de un enfermo aquejado de mal de piedra, y como son extremadamente delicadas y sutiles, se corrompen fácilmente; esto es lo que sirve de excusa a los alemanes para no beber aquí más que vino, aunque, a decir verdad, es tan malo que no creo haber tomado una sola gota de vino de España en Madrid.

Lo que más me desagrada es que, para meter un vaso de vino en el vientre, hay que sacarlo de otro, quiero decir que no hay aquí otros toneles que las pieles de macho cabrío que llaman *pellejos*, y que están tan untadas de pez, que a cada gota que bebo tengo la impresión de tragarme el san Crispín de un zapatero.

### EL PUENTE DE SEGOVIA

Mas yo creo que aquel buen príncipe se contentó con haber construido el puente dejando al cuidado de sus sucesores el que allí hicieran el río, e hizo, como se dice en nuestro país, el asa antes que el caldero; pues, para encontrar agua

allí, hay que hacer pozos, y se suele decir aquí que este puente espera al río como los judíos a la Mesta.

## LUBRICIDAD DE LAS MUJERES

Las viejas no se ocultan para mostrar que no están muertas. Las jóvenes son más escrupulosas y temen dar a conocer por la forma de su obra la del instrumento. Las hay, sin embargo, que administran con avaricia sus riquezas naturales y, complaciéndose en descubrir su belleza desnuda a ojos distintos de los del sol, toman por teatro de sus representaciones el agua del río Manzanares, y las cortinas de la noche, tras las cuales se exponen a la vista de todo el mundo que va a tomar el fresco por la orilla del lecho de esta ribera metafísica, y donde la oscuridad les es tan favorable, que su rostro, que podría enrojecer por su desnudez, es la parte más difícilmente reconocible, y donde el más mudo y menos escandaloso de todos los sentidos, que es el tacto, desempeña el principal papel con una libertad tan grande y segura, que a menudo el fraile se topa con la señora sin que al día siguiente se reconozcan en la iglesia.

## LA ARQUITECTURA

Han aprendido la arquitectura de los topos. La mayor parte de sus casas sólo son de tierra y semejan toperas de un solo piso. En las casas más ricas, la mula que llevó los ladrillos participa tanto en el mérito de la obra como el mismo arquitecto.

(Robert d'Alcide de Bonnacase, *Relación de Madrid, u observaciones sobre las costumbres de sus habitantes*, Colonia, 1665.)

## Loa al río Manzanares del «caballero del milagro»: el viaje ficticio de Rojas de Villandrando

*El Viaje entretenido del madrileño Rojas de Villandrando es una obra formada por fragmentos de diferentes géne-*



*ros literarios aunados por una común voluntad fantástica y picaresca. Loas, anécdotas, novelas, noticias de divulgación histórica y mitológica artificioosamente hilvanadas mediante cortos diálogos entre comediantes forman un conjunto misceláneo complejo próximo a la literatura llamada Ali-vio de caminantes. La loa al río Manzanares, una de las cuarenta que forman esta «comedia ambulante», es un monólogo pintoresco de un viajero ficticio cuya alabanza al río madrileño –tópico literario del Siglo de Oro– amalgama curiosamente erudición fácil, chispeante agudeza y sentimiento estilizado de la naturaleza. El fragmento estaría destinado a ser recitado en público, con desparpajo y lengua suelta, como introducción a una representación teatral y entretenimiento del auditorio.*

–¡Manzanares, por humilde, bien pudiera entre todos tener tu nombre!, pues si toda la riqueza de Sevilla, y aun el remedio de toda España, entra por Guadalquivir desde Sanlúcar, ya en Manzanares hemos visto toda la hermosura, alegría y recreación del suelo, grandeza y majestad del mundo, cifrada en su manso, cristalino y deleitoso río, donde ni las crecientes llevan los molinos, arrancan los árboles, hundén los navíos, ahogan los hombres, matan los ganados, destruyen los trigos, ni asuelan los cimientos. Porque si esos otros son grandes, es ayudados de muchos que los engrandecen. Pero éste con razón se puede llamar grande, dichoso y rico, pues no ha menester favor de ninguno. Y si verdad tenemos de decir, en él se halla cuanto en el mundo se puede desear, así de bosques, jardines y huertas, agua de San Isidro que beber y hondura en muchas partes donde nadar; de-jo su puente de oro en quien está engastado el diamante de este sagrado río, y vamos a su Casa de Campo. Si se hubiera de decir y alabar todo lo que hay en ella, pregunto qué lengua bastaría para tratar de su famosa cerca, cuartos, salas, repartimientos, arboledas, frutales, galeras, castillos, ninfas, pastores, corderos, peregrinos, todo hecho de hierba, con tan grande ingenio y admirable industria que se afrenta la naturaleza. Un laberinto que llaman Troya, fuentes tan diversas que hay en ella, pues por todas las juntas de los la-

drillos de una sala, salen mil hilos delgados de agua cristalina. Sus estanques, con tanta cantidad de pescados y cisnes, los relojes tan concertados, las flores tan odoríferas, los edificios tan suntuosos, los castillos tan insignes, con tantas piezas de artillería para batirles y asolarles, todo hecho de agua, con tan extraña perfección que ni tiene el mundo más que gozar, los ojos que ver, los gustos que pedir, ni los hombres que desear. Pues no quiero decir de lo que goza este famoso río en la casa del Pardo, que fuera proceder en infinito. Sólo digo que ni las riberas del Po, Rin, Gange, Tibre, Dan, Nilo, Tigris ni Eúfrates gozan de tantas recreaciones y frescuras como tiene Manzanares en poco más de dos leguas.

(Agustín Rojas de Villandrando, *El viaje entretenido*, Madrid, Imprenta Real, 1603.)

### **Generalidades sobre el Madrid de Felipe III según un noble polaco: Jacobo Sobieski**

*De «bastante ligeras y no abundantes en detalles» califica García Mercadal las impresiones generales sobre Madrid que anota el noble polaco Jacobo Sobieski en su Diario de viaje por España. Constituyen en todo caso una sugestiva visión impresionista de la capital llena de color local así como un vívido retrato de la Corte española de tiempos de Felipe III.*

*Jacobo Sobieski, padre de Juan III de Polonia, salió de Cracovia en 1607. Estuvo en la Corte de Enrique IV de Francia. Pasó después a la Corte de Inglaterra, y, en 1611, vino a España y Portugal. Regresó a Polonia en 1613.*

Lo que más me sorprende en España es que, teniendo un gobierno absoluto, los Reyes no hacen nada sin los Consejos, no firman nada sin ellos, ni siquiera la mínima cuestión de los asuntos públicos la determinan ellos solos. [...]

La Corte de Madrid era en mi tiempo muy numerosa; el Rey, desde el Corpus Christi hasta la Asunción, asistía públicamente a los oficios de la Iglesia, y por la tarde a las procesiones todos los días. [...] Los embajadores de las poten-

cias extranjeras y los notables acompañaban siempre al monarca en sus ejercicios devotos. No me faltó ocasión para ver a los caballeros y a las damas de España, sobre todo en un lugar boscoso lleno de árboles que llaman *el Pardo*, en donde se reúne toda la sociedad elegante: los caballeros en corceles de muy hermosa raza española y las damas en sus coches. Es un sitio que está en el camino que va hacia la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena. Hay allí una imagen religiosa con grandes y preciosos exvotos y donativos colgados. Entre la vigésima segunda y tercera hora todo el mundo suele salir de sus casas, porque en el mes de julio, en que yo he salido, hacía un calor insoportable. A mediodía y a primeras horas de la tarde no se ve a nadie por las calles. Las riegan arrastrando toneles de agua sobre carros tirados por bueyes. Las horas de vísperas son de una gran animación en Madrid. Las mujeres salen a la calle, pero las damas velan sus caras; sin embargo, si las saluda un caballero y se lo pide, se descubren el rostro con mucho gusto.

Tanto en España como en el mismo Madrid, la gente es muy devota: las iglesias están siempre llenas. Los templos carecen de bancos. Por ello las mujeres se sientan en el suelo, unas sobre almohadones bordados de oro, otras encima de almohadones de seda; hay quienes, finalmente, prefieren extender cueros para sentarse, cada una según su condición, de modo que el suelo de la iglesia semeja un rico tapiz.

Madrid, a pesar de ser ciudad, carece de murallas y puertas. Se puede entrar y salir por todas partes. Es bastante grande y está muy poblado. Posee magníficos palacios, que pertenecen a los grandes de España. Sus iglesias y monasterios están bien provistos de oro y plata. El *Palacio Real* no es muy grande, pero su exterior es hermoso y su interior está adornado con preciosas pinturas y magníficos objetos de mármol. En sus aledaños hay un jardín bastante ancho. Los padres carmelitas descalzos tienen en Madrid un hermano lego muy piadoso, el cual, en vida, como después de muerto, fue célebre por sus milagros. Yo pude verle un día. Siempre se reía. Tenía la cara redonda. Era de estatura media y su cabeza estaba cubierta de canas. Llevaba siempre una imagen de la Virgen colgada en la correa de un saco

de cuero, que ponía en la cabeza de la gente. Lo mismo hizo con nosotros.

A los españoles de Madrid les gusta mucho matar toros desde sus monturas. También les gustan las comedias, y más aún las tragedias. Rara vez se encontrará un ciudad española que no tenga actores, y Madrid nunca se priva de ellos.

(Jacobó Sobieski, *Diario del viaje por Europa desde 1607 a 1613*, Posnania, 1833.)

## Impresiones generales de viajeros franceses

ANTONIO DE BRUNEL

Habiendo salido el cinco de este mes de Lerma, nos acercamos el día nueve a Madrid, adonde estábamos deseando llegar cuanto antes, tanto para descansar un poco como para disfrutar de su clima templado, pues durante toda nuestra travesía por Castilla habíamos sufrido el frío, la lluvia y el viento de la región, que es tan inhóspita que cuando descubríamos algún lugar más civilizado que los demás nos acercábamos a él regocijados.

Por el lado por donde llegamos, esta ciudad no presentaba una bella apariencia; sin embargo, por la vertiente por donde está el Buen Retiro la vista es muy agradable. La ciudad no está rodeada de murallas. Todas las calles son anchas, pero también las más malolientes del mundo. Quienes saben calcular todas las basuras que allí se arrojan, dicen que se las perfuma todos los días con más de cien mil libras de inmundicias. El pavimento está tan destrozado, que es incluso peor que el de Montpellier; y las carrozas son tan pesadas que, cuando se las utiliza en lugares de suelo irregular, uno se siente peor que si le condenasen al suplicio de la rueda<sup>3</sup>. Madrid tiene unas dimensiones parecidas a Leyden o

<sup>3</sup> La carroza, que se habían generalizado como medio de transporte en Madrid y en otras ciudades a mediados del siglo XVI, propició más tarde la construcción de vías más anchas y rectas y el pavimentado de las calles principales

Utrecht. Las casas son extraordinariamente caras, y lo mismo puede decirse de todas las cosas.

Todo el mundo coincide en señalar que no hay ciudad de España que tenga tantos habitantes; es fácil creerlo, pues para su tamaño está bastante bien poblada; después de París no he visto ninguna otra ciudad donde haya tantas carrozas; sólo van tiradas por mulos y únicamente al Rey y a su gran caballero está permitido poner más de cuatro. No tienen mayor lujo que unos pocos dorados en las cerraduras.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

#### BALTHASAR DE MONCONYS

Los reyes de España han fijado su residencia en la ciudad de Madrid a causa de la pureza del aire que allí se respira. La ciudad está construida sobre una colina debajo de la cual hay una gran llanura. Es una ciudad mediocre, pero la más bella y mejor construida que existe en España. Aunque sus casas sean todas de ladrillo, no dejan de ser muy agradables a causa de su altura y de la cantidad de balcones de hierro dorado que hay habitualmente en cada ventana.

Las calles son largas, anchas y rectas y entre ellas destacan la calle Mayor, la *calle de Alcalá*, la *calle de Atocha* y la *calle de Toledo*.

El río que pasa por la ciudad, aunque pequeño, termina por parecer agradable a causa de los largos paseos que lo bordean, los pequeños prados que riega con sus aguas y las islas que forma, adonde va todo el mundo a tomar el fresco.

El *Puente de Segovia* es una bella construcción que el río no merece. Todo él está construido con piedra tallada y tiene una longitud de mil cien pasos y una anchura de setecientos veintidós. A ambos lados de esta construcción hay un gran muro sobre el cual, cada tres pasos, se levantan gruesas bolas de piedra que dan una buena apariencia.

A quinientos o seiscientos pasos de este puente, está la *Casa de Campo*, casa de recreo del Rey, que es una exten-

sión bellísima completamente cerrada por un recinto amurallado. El edificio no vale nada: a la entrada del jardín, sobre un gran pedestal de mármol, se ha erigido una estatua de bronce a Felipe II, completamente armado, a caballo, del mismo modo que Enrique IV está sobre el Puente Nuevo de París. Un poco más adelante hay una fuente enteramente de bronce que representa un castillo muy bien fortificado con multitud de cañones y soldados que lo guardan y de la cual brota agua. El campo es muy rico en caza y tiene bellos bosquecillos, donde pueden verse cuatro o cinco estanques. Entre ellos hay uno que está completamente rodeado de murallas en el cual hay habitualmente un barquito donde el Rey y los Infantes pasan sus momentos de esparcimiento.

Todos estos lugares a los que me he referido hasta ahora están a la orilla del río, enfrente de la ciudad. Por el lado de la *Puerta de Alcalá* está el paseo de los señores llamado *El Prado*. Está formado por dos grandes calles de unos cincuenta o sesenta pasos de largo. A un lado hay muchos árboles. Al otro, varias fuentes muy bellas con muchos asientos alrededor para descansar. En verano se riega este lugar para impedir que se levanten grandes polvaredas, pues pasan por allí muchas carrozas; desde las seis de la tarde hasta medianoche alcanzarán la cifra de unas setecientas u ochocientas.

Hay en la ciudad infinidad de bellas fuentes de jaspe, de mármol, provistas de estatuas. Las mayores proporcionan agua a toda la villa.

(Balthasar de Monconys, *Los viajes del Señor Monconys por España*, París, 1695)

A. JOUVIN

*Foulché-Delbosc ha insistido sobre el carácter ficticio del itinerario de A. Jouvin, quien, al parecer, no estuvo en España siendo sus descripciones una recopilación de datos de otros libros de viaje. Así también parece desprenderse de la fidelidad a las fuentes históricas que preside la descripción de la villa de Madrid de este viajero francés.*

Madrid es una ciudad de nueva planta, pues ha crecido casi a partir de la nada desde que los reyes de España instalaron allí su Corte a causa de la pureza y bondad del aire que se respira y de lo agradable del terreno que la rodea. Está situada a orillas del pequeño río llamado Manzanares, en cuyas riberas hay grandes praderas y hermosos paseos, aunque, por ese lado, Madrid esté un poco en un altozano que suavemente va descendiendo por el norte, donde está la *Puerta de Alcalá*. Allí arranca una gran calle llamada *calle Mayor* y también algunas otras calles no menos hermosas que están repletas de infinidad de cosas magníficas. En esto puede compararse con la ciudad de Roma, con la que guarda muchas semejanzas en forma y tamaño. También Madrid, como la Ciudad Eterna, es la morada del monarca más poderoso de la Europa cristiana. También Madrid, como Roma, posee los mayores tesoros del mundo y somete a su obediencia a una de las mayores partes de Europa.

(A. Jouvin, *El viajero de Europa donde se narran los viajes de Francia, Italia, España y Portugal, París*, D. Thierry, 1672).

## PIERRE DE VILLARS

*Pierre de Villars permaneció en Madrid en misión diplomática en los períodos comprendidos entre 1668-1669, 1671-1673 y 1679-1681. El hecho de que Villars incluya sus referencias a Madrid en sus Memorias de la Corte de España determina, como en el caso de otros viajeros que visitaron Madrid durante el siglo XVII (Hérault, Gramont, Lady Fanshawe y los autores que cultivaron el diario o la carta para describir la capital), una visión acentuadamente personalizada de la ciudad lastrada como documento histórico por un exceso de subjetivismo. Insiste, con todo, el embajador francés sobre algunos de los tópicos viajeros más usuales sobre el Madrid del siglo XVII (escaso caudal del Manzanares, suciedad) situados en el contexto de una obra que pretende reflejar la decadencia de España: «La idea que estas Memorias darán del Estado y Gobierno presente de Es-*

*paña tendrá sin duda poco que ver con aquélla que el poder y la política de los españoles había extendido en otro tiempo por el mundo».*

Los reyes de España han establecido su Corte en Madrid desde hace más de cien años. Madrid es una ciudad bastante grande que no tiene murallas. La ciudad está situada en el centro de un país muy desigual, despejado y seco. El arroyo llamado Manzanares, que pasa por Madrid, lleva poca agua en invierno y ninguna en verano. Sin embargo, los españoles, observando también en esto el mismo gusto desproporcionado que muestran en casi todas las cosas, han construido sobre ese arroyo dos puentes tan grandes, que diríase que tienen que unir las riberas del Rin o el Danubio.

Aunque la ciudad de Madrid está muy poblada, hay en ella, sin embargo, poca burguesía. La residencia del Rey y los cortesanos, los abundantes Consejos, tribunales y personas que de ellos dependen, muchísimos conventos de frailes y monjas integran la mayor parte de la ciudad. Fuera de esto, no hay más que algunos obreros para las cosas necesarias así como unos pocos comerciantes. No he visto ciudad en el mundo que tenga tantas carrozas en relación a su tamaño. [...]

Lo que depende de los hombres está completamente descuidado. Las cosas necesarias para vivir llegan a Madrid desde muy lejos, en coches tirados por mulas y en carros, que las traen con grandes gastos y en pequeña cantidad. El monopolio de los magistrados se extiende a todo, y desde que la moneda de cobre ha caído en descrédito, la carestía ha llegado a tal extremo, que los precios exceden en dos veces a los de la ciudad más cara de Europa.

(Pierre de Villars, *Memorias de la Corte de España de 1679 a 1681*, París, 1894-1901)

## **Un embajador marroquí visita la Corte de Madrid**

La ciudad de Madrid está situada sobre una elevación, a orillas de un gran río que baja de las montañas cubiertas de nieve. Esas montañas son las que separan esta región de otra

llamada Castilla la Vieja. Madrid se encuentra en la Castilla que lleva el nombre de Castilla la Nueva.

El río lleva mucha agua durante el invierno a causa de las nieves que caen sobre esas montañas; lo llaman Manzanares. Está atravesado por dos grandes puentes, uno de los cuales está admirablemente construido. El otro había sido destruido por la corriente y se estaban reuniendo materiales para su reconstrucción. Las pilastras están ya acabadas y han puesto encima sólidas vigas sobre las cuales pueden pasar los carruajes, los carros y otros vehículos, así como los viandantes.

Entramos, pues, en la villa: es una gran ciudad bien construida, vasta y espaciosa. Tiene una población considerable. Encontramos allí algunos prisioneros (musulmanes) alegres y contentos que proclamaban en voz bien alta la profesión de su fe y bendecían al Profeta: —¡que Dios le bendiga y le salude! y hacían votos de victoria por nuestro soberano el *Mansur billah*. Los niños cristianos repetían sus gritos. Pasamos, al entrar, por delante del Palacio del Rey. Lo vimos en pie, junto a una ventana y mirando desde detrás de una vidriera. —Aquél es— nos dijeron. Los prisioneros nos acompañaban sin dejar de lanzar gritos de alegría. Nos hicieron pasar por calles anchas, todas pavimentadas de piedra, hasta que llegamos a una situada no muy lejos de la del Rey. Era una mansión grande reservada al alojamiento de los embajadores llegados de los Estados lejanos y de alguna nación distinta de las cristianas. Se acostumbra, en efecto, a hospedar a estos en el Palacio del Rey durante tres días antes de que busquen ellos mismos una casa con habitación si vienen con la intención de residir y quedarse en Madrid algún tiempo. Los soberanos europeos tienen la costumbre de mandar aquí enviados, que llaman embajadores, y que hacen las veces de intermediarios entre ellos y los soberanos para la correspondencia y en los demás asuntos que tienen pendientes entre sí.

(Un embajador marroquí, *Viaje a España de un embajador enviado por Muley Ismael a Carlos II, y observaciones que hace en todo lo que vio. Hecho por los años 1680 a 1682*. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, Gg. 192.)





# *El paisaje urbano*

## **Crecimiento urbano de Madrid**

*El crecimiento urbano de Madrid después del asentamiento de la Corte no respondió a una planificación racional. No se tomaron las medidas adecuadas para encauzar los ensanches. En siglo XVII tan solo la Plaza Mayor y el Buen Retiro incorporaron un principio orgánico de crecimiento. El motor transformador fue, en los demás casos, la libre iniciativa de los agentes humanos y económicos acuciados por las necesidades creadas por la explosión demográfica. Viajeros como Lord Roos y Antonio de Brunel constatan en el siglo XVII la apariencia desigual y caótica del caserío madrileño.*

## **LORD ROOS**

Aunque Madrid tiene muchas calles bonitas y buenas casas, la escasa armonía que guardan las casas entre sí confiere a la ciudad una apariencia desigual y poco agradable a la vista. No es de extrañar, pues Madrid no tiene mar, río navegable, Universidad, ni producto local alguno con el que comerciar. Antes que como una ciudad, ha de considerársela como un asentamiento cortesano, un paraje donde hombres

de toda condición han edificado para poder llevar a cabo sus gestiones, unos de una manera, otros de otra, un gran señor aquí, un pobre más allá, pero no con la intención de terminar allí sus días, sino sólo sus gestiones. Y, verdaderamente, la disposición de los edificios en Madrid, si se comparan unos con otros, hace que esta ciudad parezca no tanto una realidad como el producto de una pesadilla, como si en una noche todos los vecinos hubieran decidido construir sus casas sin conocerse entre sí.

(William Cecil, Lord Roos, *Recepción como embajador extraordinario del Rey de España*, 1617.)

#### ANTONIO DE BRUNEL

Las casas –como todas las cosas– son aquí extraordinariamente caras. Sólo se construyen de ladrillo y tierra, pues escasea la cal, y porque la piedra ha de traerse desde el Escorial, que está a siete leguas de distancia. Una casa que pasaría por mezquina en cualquier otro lugar se vende aquí a veinticinco mil escudos. Cuando un hombre construye, se comprende enseguida que tiene mucho dinero ahorrado. Quienes han estado en los gobiernos de ultramar, derriban a su regreso sus casa y se construyen Palacios, por lo que se ve que han sido o virreyes de Nápoles o gobernadores de Flandes. Así esta ciudad, que es nueva y cuya mayor parte ha sido construida a la ligera y según los recursos de quienes querían habitar en ella, se embellece hoy mientras que la mayor parte de la renta del Rey va a parar a manos de quienes la administran.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

#### El hospedaje en Madrid

*Uno de los estereotipos descriptivos dominantes en las relaciones de los viajeros que visitan España es, junto a la impracticabilidad de los caminos, la deficiencia de los hos-*



*pedajes y posadas, la incomodidad de la villa para los forasteros. Brunel tituló uno de los capítulos de su Viaje «Miseria de las hospederías y su suciedad agradablemente descrita». Los viajeros ingleses recogen el tópico en relación a Madrid.*

ROBERT BARGRAVE

El hospedaje para forasteros en la ciudad es muy malo; los mejores alojamientos no son muy corrientes y las cuadras son caras y malas; el viajero tiene que comprar toda la comida, tanto la suya como la del caballo, o, si no él, su criado, mientras que los posaderos no hacen más que preparar la comida y poner la ropa de capa y las mantelerías...

(Robert Bargrave, *Relación de varios viajes y periplos*, Bodleian Library, Ms. Rawlinsin c 799, 1654.)

HENRI SAVILLE

Hasta tal punto, y en todos los sentidos, es peor (el hospedaje en Madrid) que en Grantham, que no puedo menos que desear verme transportado allí de algún modo, donde estoy seguro que me sería más fácil disfrutar de mayores comodidades que en cualquier otra ciudad de España. No hay casa en la que vivir, ni cama en la que descansar, ni coche en donde desplazarse, ni silla en la que sentarse, ni jardín en el que pasearse, que no esté arreglado de tal manera que sea imposible saber lo que es sin preguntarlo antes.

(Henry Saville, *Correspondence*, Londres, Camden Society, 1858.)

## Las casas de malicia

*La Regalía de Real Aposento introdujo entre la población madrileña la obligación de ceder la mitad de la casa, generalmente los pisos superiores, para acomodo de minis-*

*tros, o bien pagar una tercera parte del valor en el que fueran tasadas. Las casas de Madrid quedaron así divididas en estas casa de aposento, viviendas de más de una planta destinadas a personas al servicio de la Corte, y casas de malicia, viviendas bajas y pequeñas eximidas de la obligación de dar alojamiento. Camillo Borghese resume la situación. El viajero inglés Richard Wynn explica las razones de esta falta de homogeneidad de la arquitectura madrileña.*

## CAMILLO BORGHESE

Sus casas son bajas, la mayoría de un solo piso, porque quien las construye más altas tiene la obligación de ceder la mitad de la vivienda a Su Majestad, que se sirve de ella para darla a sus caballeros, a los grandes y a los embajadores de los príncipes. A todos ellos da casa para vivir.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España, en España en los siglos XVI y XVII*, documentos históricos y literarios publicados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

## RICHARD WYNN

*Richard Wynn fue uno de los miembros del séquito del Príncipe de Gales que vino a Madrid en 1623. El texto de Wynn es uno de los relatos más ricos en detalles sobre la vida y costumbres españolas de la época. Wynn observa perspicazmente el paisaje urbano madrileño, se sorprende ante el hecho de que todas la casa sean de una sola planta, explica qué eran las casas de malicia...*

El lugar no es más que un pueblo que, últimamente, ha adquirido importancia porque el Rey y su padre han fijado en él su residencia. Se yergue formando un círculo compacto en el que se hacinan los edificios, y que carece de patios interiores y jardines. Entramos en la ciudad por su extremo más

alejado, que era el más cercano al sitio en donde debíamos alojarnos. Al pasar por las calles, observé que la mayoría de sus edificios estaban contruidos con ladrillos, unos pocos de piedra, y que todos estaban adornados con balcones de hierro, que en algunos casos eran dorados.

Observé asimismo que muchos edificios eran de una sola planta, mientras que los restantes tenían cinco o seis pisos. Cuando pregunté la razón de esta singularidad, me dijeron que esos edificios bajos eran llamados *casas de malitia* (sic), porque aquí el Rey detenta un privilegio según el cual nadie puede construir casas de más de un piso sin su permiso, y según el cual por cada nueva planta que se levante, el Rey debe percibir la mitad de su renta, de modo que, para evitar esta carga, se han edificado muchísimas casas de un solo piso.

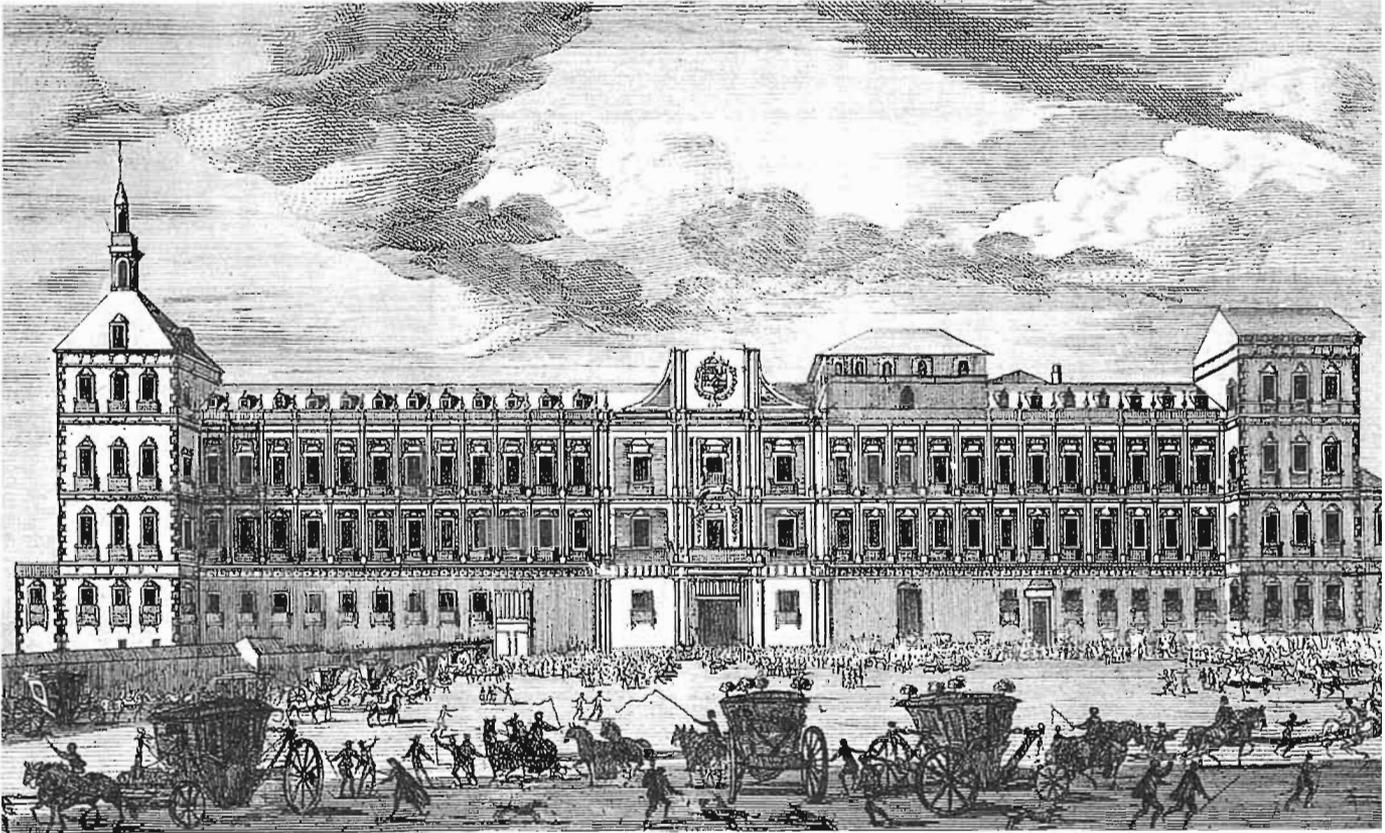
Atravesamos gran parte de la ciudad hasta que llegamos al palacio del duque de Monteleone, la mansión en donde debíamos alojarnos y en la que pasamos la noche. A la mañana siguiente, uno de los carruajes del Rey pasó a recoger-nos y nos dirigimos al Palacio Real. De camino, vimos que en las calles había un enorme gentío y gran abundancia de coches, todos tapizados de tela encerada en lugar de cuero. Todos los edificios por delante de los que pasamos eran como los que vi el día anterior, aunque algunos de los balcones estaban más ricamente adornados que los que había visto.

(Richard Wynn, *Relación del viaje del Príncipe Carlos y sus séquito a España el año 1623*, Oxford, Theatro Sheldoniano, 1729.)

## El Alcázar, edificio emblemático del poder

*Situado al borde de la meseta que domina el Manzanares, el Alcázar era una antigua fortaleza musulmana que, después de la Reconquista, habitaron los Trastámara. Bajo Felipe II, el edificio fue reformado, ampliado y embellecido por los arquitectos Luis de Vega, Juan Bautista de Toledo y Gaspar de Vega y, bajo Felipe IV, por Juan Gómez de Mora para ser utilizado sucesivamente como residencia y sede de*





Vista de la entrada del Alcázar, en *Theatrum Hispaniae*, Amsterdam, s. a.



*los organismos de gobierno de la Monarquía. Los cambios en el edificio dejaron su impronta en la fachada principal de piedra que, adornada con balcones de mármol, se orientaba hacia la ciudad; en la parte occidental conservaba todavía sus tritones, testimonio de su originaria función de fortaleza medieval; la fachada de la entrada principal era, en cambio, de estilo clásico. El interior del palacio, que se articulaba en torno a dos patios rodeados por pórticos y embellecidos con bustos, tenía una estructura compleja con muchas particiones que comprendían, además de las habitaciones reservadas a la familia real y servidumbre, infinidad de dependencias destinadas a los diferentes Consejos que componían el sistema «polisinodial» del gobierno de la Monarquía (Consejo de Castilla, Consejo de Indias, Consejo de Finanzas), salas de ceremonia decoradas con tapices flamencos y con lienzos de Rubens, Tiziano, Veronés y Velázquez. En este marco se desarrollaban los actos de una vida cortesana sometida a una rígida etiqueta. En 1734 un incendio destruyó parcialmente el Alcázar y más tarde el edificio fue totalmente demolido para construir el nuevo Palacio Real.*

ELOGIO DEL ALCÁZAR Y DE LA MONARQUÍA HISPANA:  
ENRIQUE COCK

He aquí el Alcázar Real, sustentado sobre columnas de mármol, obra de singular maestría, resplandeciente de artonados de oro, rodeado de bosque, en los que hay gran abundancia de ramosos ciervos. Bien hermosos son los principios de la mansión que en tu honor, oh Felipe, preparó para ti el sagrado Carlos, a ningún héroe inferior; pues dicen que, postergando su vieja Valladolid, gustó de esta tierra más que de todas las otras. Él es el verdadero progenitor de la patria y tú, retrato de tu padre, cuelgas las armas de los portugueses, conquistadas por tus triunfos, y gobiernas por las virtudes de tu padre en mundo pacificado. El palacio entero resplandece con los reales tesoros. Hay en él varios tapices, que representan con admirable maestría a los

viejos héroes y a sus hazañas; también hay pinturas, gloria de nuestro tiempo, obra de artistas flamencos, hechos por encargo del Rey Felipe; los cantores belgas, de melodiosa voz, son ornato de la capilla real, que no tiene par en el mundo».

(Enrique Cock, *Ursaria Sive Mantua Carpetana Heroice Descrita*, Madrid, 1584.)

## EL ALCÁZAR VISTO POR UN NUNCIO EN VISITA A FELIPE II: CAMILLO BORGHESE

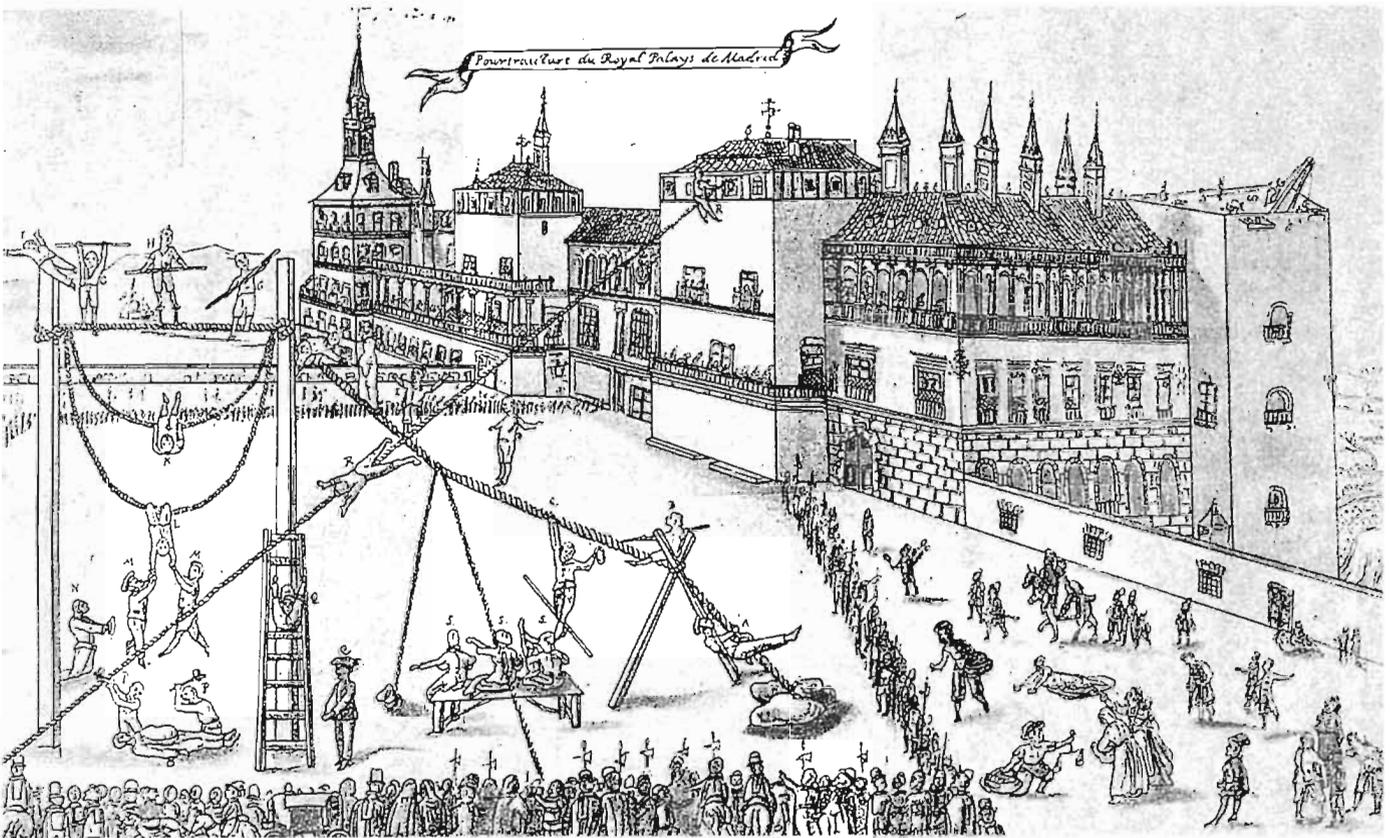
El Palacio Real, en el que sólo viven Su Majestad, el príncipe, la infanta y el cardenal de Austria, no es un edificio de gran valía para ser la residencia de un monarca tan poderoso. Tiene dos grandes patios con series de magníficas columnas que llegan hasta la techumbre. Saliendo de la escalera, tiene bellos corredores, pero las estancias son pequeñas. No vi ninguna de esas habitaciones que se extienden ininterrumpidamente unas tras otras, pues todo el palacio se revuelve en galerías. En su interior pueden verse muchos cuadros bellos. El edificio tiene delante una plaza al final de la cual está la Caballeriza, que es muy hermosa. Muchos albarderos vestidos de negro con la calza entera montan la guardia del palacio. Custodian al Rey, al Príncipe, la Infanta y al Cardenal.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España*, en *España en los siglos XVI y XVII*, documentos históricos y literarios publicados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

## EL ALCÁZAR SEGÚN LOS VIAJEROS FRANCESES

A. Jouvin

*La descripción del Alcázar de Jouvin reúne todas las condiciones de una guía de viajes: detalle en la presentación*



Tierras delante del Alcázar, ilustración del manuscrito original de Los Pasatiempos de Jehan Lhermite.

*de los monumentos y aporte de numerosos datos procedentes de fuentes impresas.*

Su Palacio, llamado Palacio del Rey, está al final de esa gran calle, delante de una gran plaza, desde la que se descubre toda la campiña de los alrededores, donde está situado cerca de la orilla del río, en el sitio más elevado de la ciudad. La fachada principal de ese Palacio por el lado que se orienta a esa gran plaza presenta un aspecto imponente, pero el interior desmerece del exterior. Hay allí dos patios y entre ellos arranca una gran escalera, que da entrada a todos los aposentos del Palacio; cuatro alas rodean cada patio con galerías sostenidas todo alrededor por columnas. La parte baja del patio está enteramente ocupada por mercaderes, que venden allí, como en una feria, toda suerte de baratijas. Detrás de ese Palacio hay un jardín pequeño que se extiende como en un valle, lo que confiere a esa parte del Palacio la apariencia de estar como en un altozano dotándole de un aspecto de fortaleza. Por el otro lado, hay un parque muy grande que va bajando hasta llegar a la orilla del río. En la gran plaza en donde se encuentran las entradas de este Palacio, se ven dos grandes cuadras repletas de caballos escogidos de entre los más hermosos de Andalucía<sup>1</sup>. En una de ellas están las monturas de silla, sin hablar de las mulas de carga. En esa misma plaza siempre hay un cuerpo de guardia formado por unos cien hombres.

Quienes ven ese Palacio por vez primera, dicen que Francisco I construyó el castillo de Madrid que está cerca de París siguiendo su modelo. Aquel monarca había estado en el Palacio de la villa de Madrid. Pero, a decir verdad, ambos edificios no se parecen en nada.

(A. Jouvin, *El viajero de Europa donde se narran los viajes de Francia, Italia, España y Portugal*, París, D. Thierry, 1672).

<sup>1</sup> La construcción de unas caballerizas suficientes para albergar el elevado número de caballos que había en el Palacio fue preocupación predominante de Felipe II. Luis de Vega planeó la construcción en 1553 y la ejecutó su sobrino Gaspar de Vega. Las caballerizas daban a la fachada Mediodía.



## Antonio de Brunel

El palacio está al final de la ciudad, sobre una altura casi imperceptible, en el lado por el se que llega. Tiene vistas sobre un riachuelo que pasa a un lado, en donde no hay nada que ver. Comparte un pequeño valle donde se ven algunas plantaciones por las que se puede llegar hasta la *Casa de Campo*, que es un casa de placer de escaso valor donde no hay más que algunos bellos paseos dentro de un bosque. Sobre este arroyo –pues más le conviene este nombre que el de río– Felipe II mandó construir un puente grande y ancho, pero el agua apenas moja algunas arcadas; por eso, creo que ha sido construido no tanto para servir de gran puente a un arroyo insignificante como para atravesar con mayor comodidad la depresión de este valle.

No hay nada sobresaliente en la casa del Rey; no es, sin embargo, tan mediocre como nos la habían descrito. Tiene por delante una plaza bellísima, cuya fachada no sería fea si el edificio se elevase un poco más y se hubiese erigido una torre. Hay allí dos patios cuadrados bastante grandes.

Todos los Consejos tienen lugar en el palacio, y el Rey puede acceder a todos ellos a través de galerías secretas. Ello hace que siempre haya mucha gente y gran estrépito en las horas en que los Consejos están reunidos.

En los aposentos reales todo está quieto y tranquilo, y nadie se mueve hasta la hora en que el Rey va a misa. Entonces se le puede ver. En ese momento sus alabarderos se colocan a todo lo largo de la galería por donde ha de pasar. Son alemanes, borgoñones y españoles. Serán unos doscientos o trescientos. Todos visten librea amarilla con bandas de terciopelo rojo. Son los únicos guardas del Rey. El Rey, cuando sale de su aposento, tiene ante sí al capitán de los mencionados guardas y va seguido de una o dos personas.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)



## *Balthasar de Monconys*

El *Palacio Real* no es un edificio del que se pueda decir que sea soberbio. Está construido en un barrio que se orienta hacia el río y la *Casa de Campo*. El frontispicio es grande y se halla flanqueado por dos torres. En medio hay tres grandes puertas separadas unas de otras por cinco o seis pasos, sin más detalle o artificio arquitectónico que infinidad de ventanas, todas ellas provistas de balcones dorados, lo que convierte a este Palacio en un lugar tan agradable como la plaza que tiene delante.

En su interior hay grandes patios divididos por una gran escalera por la cual se sube a los aposentos del Rey y la Reina, sin mayor problema, pues sólo hay catorce o quince alabarderos de guardia. En estos patios a los que me he referido hay infinidad de habitaciones, salas donde se administra justicia o donde tienen lugar los Consejos. Enfrente están las cuadras, donde hay habitualmente caballos de Andalucía, que son los más hermosos de España<sup>2</sup>.

(Balthasar de Monconys, *Los viajes del Señor Monconys por España*, París, 1695.)

## *Marqués de Villars*

El Palacio del Rey se encuentra situado en un extremo de la ciudad, hacia el Mediodía. Tiene una fachada de orden dórico que está construida en una piedra que presente una apariencia semejante al asperón. Termina, a la derecha e izquierda, con dos pabellones de ladrillos. Los otros tres lados de ese Palacio no guardan proporción entre sí y todos ellos están compuestos por infinidad de pequeños edificios de ladrillo y adobe. Al pie del Palacio el terreno, que va bajando hasta la ribera del Manzanares, está cercado por muros. Es un terreno muy propicio para terrazas y cascadas. Allí la tierra está sin cultivar, carece de vegetación, jardines y fuentes. Delante del Palacio hay una plaza bastante grande,

<sup>1</sup> Vid. nota pág. 32.

que Valenzuela, durante su privanza, cercó con dos pequeños muros de arcos llenos de adornos, con lo que la cerró a derecha y a izquierda.

(Marqués de Villars, *Memorias de la Corte de España de 1679 a 1681*, París, 1894-1901.)

## La Prisión de Corte

*La Cárcel de Corte, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, es uno de los edificios más importantes del Madrid de Felipe IV que han sobrevivido. El edificio, situado en la plaza de Santa Cruz, se construyó entre los años 1629 y 1643 y se destinó originariamente a prisión de nobles. En los siglos posteriores experimentó reformas y transformaciones. El llamado Palacio de Santa Cruz fue construido por Crescenzi (o por Gómez de Mora, según Kubler). En su relativa sencillez –torres cuadradas laterales con capiteles de pizarra, ladrillo enmarcado en granito, portada enmarcada coronada por un escudo y un ángel que destaca sobre el rojo de la fachada de dos pisos, doble patio inspirado en el Hospital de Tavera de Toledo– es un edificio que sorprende a los viajeros Antonio de Brunel y Mme d’Aulnoy.*

### ANTONIO DE BRUNEL

No hay edificio en esta ciudad que me parezca más hermoso que la cárcel. A pesar de todo, no me gustaría vivir en ella. Es una construcción maciza, larga y ancha cuyas ventanas están bien provistas de buenos barrotes de hierro que parecen haber sido puestos allí no tanto para seguridad como para adorno: en efecto, no sólo no están dispuestos en cuadrados y son más anchos que los de las verjas de los conventos de monjas, sino que, además, son dorados y están bellamente modelados, de modo que no es de extrañar que, equivocándome, tomase a este edificio a un primer golpe de vista por la casa de algún grande de España.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)



## MME D'AULNOY

[...] y no debo olvidar deciros que la prisión es uno de los edificios más hermosos de Madrid. Sus ventanas son tan anchas como las de las demás casas. Es cierto que tiene barrotes de hierro, pero todos ellos están dorados y, a una distancia bastante grande, nadie podría sospechar que fueron puestos allí para impedir que los prisioneros se escapen. Quedé sorprendida por la limpieza aparente de un lugar que tiene una finalidad tan desagradable. Pensé que querían desmentir en España el proverbio francés que dice: «No hay prisiones bellas ni feos amores».

(Marie-Catherine d'Aulnoy, *Relación del viaje de España*, París, Claude Barbin, 1691.)

## Paisaje urbano madrileño en Diego Cuelbis

*El Tesoro Chorographico de las Españas de Diego Cuelbis es un boceto de libro de viajes, una suma de apuntes e impresiones de un viajero prácticamente desconocido. Estos bosquejos descriptivos sobre las diferentes construcciones de Madrid constituyen una rara curiosidad, tanto por las noticias que suministran sobre edificios y calles del Madrid de finales del siglo XV, como sobre todo por el pintoresquismo de una jerga preñada de italianismos y galicismos, reminiscencia segura del paso del viajero por otros países.*

## EL PALACIO REAL

El Palacio es un edificio muy suntuoso, diviso y casi apartado en dos partes, y cada una teniendo su plaza. Una contiene los aposentos del Rey y otra las salas y posentas de la Reina. Edificó y restauró a él D. Carlos V en el año 1539, como se ve aquí escrito:

CAROLUS QUINTUS-ROMANOR. IMP.- HISP.  
REX- MDXXXIX



[...] (Dentro del Palacio hay tres pájaros que) son de grandeza de una águila, con unas barbas largas como cabras que se ven aún con sus plumas. Dicen que antes de algunos años son vistos en España, tienen cabeza de un mochuelo. No se han visto otros jamás semejantes en ninguna parte del Mundo, los cuales, asentados en el hospital de San Martín a Madrid, después de tres días son caídos en baxo de la tierra muertos [...] (Vi) un retrato hecho en Alemania por el famoso pintor Lucas Maler. [...] (El guardajoyas de la Reina) es la caja o recámara donde se guardan las más ricas cosas que se muestran en España. Está cerca de la Posenta Real, adonde hay un espejo a la mano derecha y parece toda la pared de vidrio. Es un tesoro inestimable. Aquí hay tres toisones del orden, de oro muy fino, piedras y diamantes preciosísimos. Segundo, hay tres cintas reales hechas de oro y piedras riquísimas de mucho valor. Tercero: hay un diamante cuadrado, lo cual estiman de 500.000 ducados. Cuarto: una perla que llaman orfana (sic) porque es solitaria y no tiene semejante. Estímanla en 50.000 ducados. Quinto: un anillo rico con un diamante oriental (sic) pintado. Sexto: oro muy fino, pedazo que pesa 18 libras y fue hallado en el río famoso Tajo, en el Reino de Portugal. Séptimo: un ramo entero como nacen (sic) en la India los saphires (sic), y hay unos 17 juntos. Un lilio muy rico con diamante encima con una corona. Fue dado al emperador D. Carlos Quinto del Rey de Francia D. Francisco primero prisionero por la rançon (sic) y liberación de su persona, con tal condición que por si ventura un Rey de España fuese preso en batalla del Rey de Francia se pudiese librar dando otro lilio por rançon (sic).

El Rey de España tiene unas cajas o cofres de plata fina llenas de grandes perlas y piedras preciosas, las cuales llevaron de las Indias, y esto es hoy tesoro del muy poderoso Rey de España.

## CABALLERIZA REAL

Enfrente del Palacio está la Caballeriza Real, un edificio grande donde están los caballos de Su Majestad y son más galanes y buenos caballos de España, llevados a la Corte de



todas partes de los Reinos; hay andaluces, y de ellos son mejores, gallegos, asturianos, de la provincia de Extremadura, bárbaros de Africa y muchos napolitanos, porque el Rey de España tiene en Nápoles una caballeriza de donde se manda mejores caballos de tres años para su corte y persona real; es casi un pecho y alcabala del Reino Neapolitano (sic). Hay algunos treinta o cuarenta según el tiempo, poco mas o menos.

#### PALACIO DE LA EMPERATRIZ

Doña María, hija del emperador Carlos Quinto y hermana del Rey Felipe II, mujer del emperador Maximiliano II y madre de Rodolfo II. Yo la he visto el 16 y 17 junio del año MDXCIX. Está muy flaca y vieja, teniendo muchas hermosísimas doncellas en su Corte. Hicieron una grandísima procesión y mucha lindísima música. La galería de la Iglesia fue ornada de muy ricas colgaduras y tapices de seda y oro. Una colgadura era la carta de España geographica, artificiosamente hecha con oro y plata fina muy grande. Las fronteras de Francia, puerto de Marsella y las victorias del emperador Carlos Quinto que ganó en Africa. Todo esto de mucha estima y valor. En los cuatro ángulos iguales están puestos altares y en pasando tuvieron música a cada uno de ellos. La emperatriz miró de una ventana en baxo. Su disposición es bien semejante al retrato del emperador Carlos su padre.

#### IGLESIA DE SANTA MARÍA

Está cerca de la plaza de San Salvador, al cabo de la calle de los Plateros. Dentro se ven escritos los nombres de los christianos nuevos y maranes<sup>3</sup> y heréticos condenados y quemados vivos del Officio de la Santa Inquisición.

#### IGLESIA DE CONSTANTINOPLA

Cerca de la Iglesia de Santa María. Es un monasterio de monjas, las cuales cada semana al sabbato (sic) tienen una

<sup>3</sup> Marranos o judíos conversos

música suavíssima vocale e instrumentale (sic). Una toca la orgel, otro taña el luyto y otra la pandora, violón grande, y una canta el *Magnificat* si dolcemente que es un espanto de oírla. A la fe de christiano que yo no he oído jamás más limpia y dulce voce humana, que un hombre es casi transportado de sí mismo.

#### MONASTERIO DE SAN JERÓNIMO

Hacia la parte oriental luego en saliendo de las casas sobre una altura, hay un monasterio de frailes hierónimos con aposentos y cuartos para recibimiento y huespedería de reyes, con una hermosísima y gran huerta, donde salió el Rey D. Felipe III cuando fue pregonado Rey de las Españas y fue llevado baxo un cielo dorado y portado de doce caballeros principales.

Monasterio de religiosos mercedarios, donde hay una imagen de nuestro Señor devotíssima y grande veneration.

#### EL PRADO DE SAN JERÓNIMO

A mano izquierda hay una hermosísima alameda que hace dos calles muy anchas y muy largas donde el verano a las vísperas andan por passar el tiempo con caroches y caballos todo el Mundo, habiendo mucha música hasta la media noche.

#### EL PUENTE DE SEGOVIA

Sobre le río Manzanares, tiene 400 passos (hay un dibujo a pluma del puente en el original).

#### LA CASA DE CAMPO

Al cabo casi desta puente, está cercada de un buen muro y tiene dentro muchos cuartos. Hay una galería hecha de mil



invenciones, unas representando pastores con sus corderillos, peregrinos, romeros, ninfas. Un laberinto en un pequeño compás. Hay muchas fuentes, y todas de estraña obra. Hay tres estatuas muy grandes. Hay una grande cantidad de pescados y muchos cisnes nadando por los estanques. Hay un rinoceronte y elefante muertos antes de ocho años.

## CALLES DE MADRID

La calle Mayor. Tiene Madrid riquísimos mercaderes por toda esta calle. La Joyería y Platería, como la *Ligeth* a Londres.

La calle de Toledo, donde hay una muy ancha place (sic); cerca está a mano derecha la Putería.

La calle de las Damas, cerca de Santamaría Magdalena.

La calle de las Infantas. Antiguamente se llamó Malseguera, porque mataron allí, y robaron capas y sombreros.

(Diego Cuelbis, *Thesoro Chorographico de las Españas*, Ms. Harl. 3822 del British Museum, citado por Antonio Domínguez Ortiz.)

## Las mansiones nobiliarias madrileñas del siglo XVII descritas por un coleccionista italiano: Cassiano dal Pozzo

*El viajero italiano Cassiano dal Pozzo (1588-1657), que formaba parte del séquito que acompañó en 1626 al cardenal Francesco Barberini en su misión diplomática en Madrid, escribió un detallado diario de viaje que contenía infinidad de noticias políticas, sociales, literarias y artísticas sobre Madrid. El diario de Dal Pozzo, que cubre todo el viaje de la legación desde Italia a España, constituye un valioso documento sobre la Corte de Felipe IV en los primeros años de su reinado. Dal Pozzo, erudito, mecenas y coleccionista de arte, es un viajero que, por su gran cultura e intensa curiosidad, está en situación privilegiada para juzgar las obras de arte. En Madrid reside en la Casa del Tesoro,*

*anexa al Real Alcázar, visita las Descalzas Reales y el Monasterio de la Encarnación. Debido al protocolo de su misión diplomática, hubo de recorrer, junto con Francesco Barberini, las principales residencias de los nobles de la Corte. Pozzo anota en su Diario la forma como era recibido por la aristocracia madrileña, describe la calidad y número de las personas que le recibían y analiza pormenorizadamente el lugar preciso de sus encuentros con los aristócratas, el entorno arquitectónico y las obras de arte.*

#### CASA DE LOS DUQUES DE PASTRANA

La casa es muy buena y está adornada con cuadros y objetos de plata, especialmente una balaustrada que rodea el estrado, de rica y hermosa apariencia. Estos nobles acostumbran a tener, en el ángulo extremo de la habitación donde reciben, un baldaquino, donde habían colocado una solitaria silla para el señor Cardenal y, alrededor, una fila de ocho o diez almohadones para las damas, quienes se sientan sobre ellos. En verano se colocan sobre una estera finísima que han traído de la India y en el invierno sobre alfombras turcas, de frente siempre a la puerta, que está abierta en todo momento para facilitar que entre el fresco, aunque, para estorbar la vista, ponen, a tres o cuatro pasos, un parapeto con pie movable hecho de tablas como los parafechos de maderas pintadas que se pliegan y vienen de la India.

#### CASA DE LOS DUQUES DE FRÍAS

Tiene buena casa, pero con entrada escasamente bella y de un estilo muy antiguo.

#### CASA DE LOS DUQUES DEL INFANTADO

Es buena casa, pero no tiene apariencia exterior y para llegar a la parte principal hay que atravesar varios patios.



## CASA DE LOS MARQUESES DE HINOJOSA

La Marquesa aparenta unos treinta años. Es menudita, de facciones graciosas, ojos oscuros, cabellos negros y espléndidos. Tiene una verruga sobre el ojo derecho y un lunar en la mandíbula izquierda, la boca algo crispada y en el labio superior, como muestra de temperamento cálido, un poco de vello negro [...]

Se fue a su oratorio, en el cual había tres cuadros del Cerrano, milanés, bastante buenos: un san Carlos que lloraba y un Cristo muerto en forma de piedad, un san Francisco que recibe los estigmas y la Virgen que ofrece el Niño al mismo Santo. Vi también un cuadro de los esponsales de santa Catalina con el Señor, de mano de Artemisa, y la cabeza de la Virgen hecha por el señor Voet, retrato de su discípula Virginia.

## CASA DE LOS DUQUES DE PEÑARANDA

Esta casa es bastante mala, sin apariencia ni aparato y con poco esplendor. Nos mostraron un crucifijo milagroso que perteneció y habló a san Francisco de Borja, abuelo del príncipe. Tenía un palmo de altura y a su pie las imágenes de la Virgen y san Juan. Contemplamos bufetes y objetos curiosos procedentes del Perú. Vimos el Oratorio, en cuyo altar había un tabla de gran perfección pintada por Guido Reni que representaba a la Virgen con el niño en brazos y a san Francisco en oración dispuesto a recibirle en sus manos, con un coro de ángeles. Había un san Jerónimo y otro santo obra de Correggio. En otras habitaciones contemplamos buenas pinturas, entre las que destacaba un retrato de Erasmo. Examinamos diversos muebles curiosos, entre ellos uno cuya parte central giraba y dejaba a la vista un espejo, invención cómoda y graciosa, bellos candelabros de plata, cuyas luces fueron encendidas al atardecer. Es un edificio muy bellamente emplazado y la ornamentación interior de la vivienda era mejor y con apariencia más moderna que otras que he visto en Madrid.

## CASA DE LOS DUQUES DE ALBURQUERQUE

Las estancias están muy bien adornadas con cuadros procedentes de Italia. Algunos de estos lienzos son pequeños y están pintados sobre piedra. Hay floreros de plata análogos a los de la Capilla de los Borghesi así como diversos relojes, entre los que destacaba uno en forma de galera que perteneció al cardenal Borghese.

(Cassiano dal Pozzo, *Diario de viaje a España*, 264 folios, Biblioteca Vaticana, 1626.)

### La Plaza Mayor<sup>4</sup>

*En el emplazamiento de la antigua Plaza del Arrabal, Felipe III encarga al arquitecto Juan Gómez de Mora la construcción, hacia 1619, de la Plaza Mayor, verdadero centro de la villa durante el siglo XVII. Entonces tenía dos funciones: servir cotidianamente de mercado y ser escenario grandioso de las fiestas de la Corte española. La Plaza Mayor fue, en efecto, el escenario público elegido por la monarquía austriaca para celebrar corridas de toros, cabalgatas, juego de estafermos, mascaradas, torneos, justas... Dos viajeros franceses ofrecen sendas visiones antitéticas del lugar.*

### ANTONIO DE BRUNEL

La *Plaza Mayor* es muy hermosa. Es un poco más larga que ancha, y a todos sus lados se ven casas uniformes, que son las más altas de Madrid. Todas ellas están rodeadas por dos o tres hileras de balcones, donde se apiñan los especta-

<sup>4</sup> Para la Plaza Mayor como escenario taurino, vid. págs. 69 y ss. Las descripciones de corridas de toros en la Plaza suelen empezar, en efecto, con una plástica presentación del escenario urbano (ver especialmente los textos de Carel de Sainte-Garde y Jouvin). Las relaciones de autos de fe celebrados en la Plaza también la describen (vid. págs. 166 y ss.).

dores los días que hay fiestas de toros, que son las ceremonias más célebres de España.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

FRANÇOIS BERTAUT

Esta plaza de ordinario es la cosa más fea del mundo, pues allí sólo se alojan comerciantes y gente artesana; los pórticos son feos, como los pilares de los mercados.

(Bertaut, *Diario del viaje de España*, París, Billaine, 1669.)

## El Retiro

*El conjunto de palacio y jardines llamado Buen Retiro, obra personal asociada a Felipe IV y a su valido el Conde-Duque de Olivares, comenzó a construirse en 1630 sobre las tierras que rodeaban el monasterio de san Jerónimo. Juan Gómez de Mora y Giovanni Battista Crescenzi trazaron los planos. Alonso Carbonel fue maestro mayor de la obra. Expresión de la dignidad y bienestar general de la decadente dinastía austríaca, fue concebido simultáneamente como residencia ocasional de los reyes, monumento al gusto real y escenario de fiestas, espectáculos, juegos y diversiones, así como lugar para la exhibición de las artes que darían brillo al reinado de Felipe IV. Los informes de los embajadores extranjeros que visitan la Corte dejan constancia de la polémica que suscitó su construcción. Así, el veneciano Francesco Corner, en Madrid antes de que comenzasen las obras, explicaba en su despacho: «Este edificio ha sido causa de general murmuración y el pueblo ha protestado ostensiblemente, en la creencia de que se le han impuesto numerosos tributos por este exclusivo objeto. Tampoco se estima su arquitectura. Este Retiro es, pues, el blanco de todas las críticas, aunque podemos pensar que, con el tiempo, se apaciguarán y quizá cambien también los gustos». No faltaron*

*tampoco los panegiristas. Así Mme d'Aulnoy encomió la belleza del Palacio, el esplendor ornamental de sus habitaciones admirándose de las bellas pinturas.*

#### UNA DESCRIPCIÓN GENERAL: FULVIO TESTI

*El poeta y diplomático Fulvio Testi, enviado a Madrid en 1635 como embajador del Duque de Módena, describe en una de sus cartas una conversación que mantuvo con Olivares, quien le había invitado personalmente para asistir a una comedia que habría de representarse en el Retiro en presencia del Rey en mayo de 1636.*

Me describió (Olivares) la disposición del Retiro, no sin un poco de satisfacción personal; y desde luego el edificio es suntuoso en extremo, aunque más por dentro que por fuera, y produce mayor impresión de la que uno espera juzgando por el aspecto externo. Luego habló de los edificios y jardines de Roma y habló también de perspectivas y pinturas, de teatros, de fiestas y justas y finalmente de poesía...Sabía cuán aficionado era al edificio del Retiro y a los placeres que allí había creado.

(Fulvio Testi, *Cartas*, ed. María Luisa Doglio, Bari, 1967.)

#### EL INTERIOR DEL RETIRO: ROBERT BARGRAVE

*En 1654 el comerciante inglés Robert Bargrave anota en su diario de viaje una descripción ocular del Palacio del Retiro. Es una imagen vívida de la riqueza artística del interior del edificio.*

Vi cuatro estancias: una sala de audiencias, un comedor, una alcoba de honor (probablemente para invitados) y una saleta, lo que, con las dos galerías largas, forma un lado del cuadrángulo principal. Las puertas de todas las habitaciones están dispuestas tan exactamente en el centro, que desde un extremo a otro se ve toda la extensión en perspectiva; y to-

das estas salas están adornadas con tapices y colgaduras de seda, plata u oro o con trabajos en relieve. Aquí torcimos y entramos en una sala cuadrada, con una regia balconada que la recorre en todo su perímetro y que está embellecida con colgaduras. Esto, sin embargo, no era más que la antesala de la sede del Consejo, que es una estancia mucho más amplia, igualmente dotada de una noble balconada a todo alrededor y con diez ricas mesas de mármol a los lados y un trono para Su Majestad el Rey en el extremo; por las paredes hay colgaduras de la mayor elegancia y el techo está pintado y ricamente dorado con las distintas armas de los veinticuatro reinos de España. De aquí se pasa a una larga galería, de cuyas paredes pendían hermosas pinturas. Esta sala da a un amplio patio, donde el Rey y la Reina suelen regalarse más en privado viendo combates de toros u otros animales salvajes. Después vi un teatro extrañamente dispuesto al efecto. Estaba provisto de diversas máquinas, escenarios y raros decorados. De aquí pasamos a otra larga galería, amueblada con gran abundancia de pinturas, todas ellas enmarcadas con ricas molduras iguales. Esta estancia desemboca en la sala de billar de la Reina. A continuación, vi el escritorio (o despacho privado) del Rey, cuyas paredes están recubiertas de terciopelo con trabajos de oro en relieve, el más rico que jamás he visto, y amueblado con una mesa de trabajo de mosaico de mármol y cuatro bufetes, dos de ellos de oro puro y otros dos de oro y ébano. Desde el escritorio se accede a otra galería para pasear, junto a la cual se halla otra hermosa galería adornada con tapices de seda y oro y una saleta de descanso aneja. Cerca se encuentra la galería roja, por la que se accede a los dormitorios del Rey y la Reina; en el dormitorio del Rey sólo hay una cama, pero en el de la Reina hay dos lechos unidos, hechos de ébano con una mesa proporcionada. Desde la alcoba de la Reina se pasa a un vestidor. Es un aposento adornado con ricas colgaduras y pinturas. También pertenecen a los aposentos de la Reina otra magnífica galería privada, de cuyos muros cuelgan nobles tapices y pinturas y una sala de aparato, en la que existe un glorioso trono para ella y cuyos muros se encuentran igualmente recubiertos con magníficas colgaduras, a través

del cual se accede a su comedor, ricamente decorado también, donde hay un hermoso trono en el que se sienta Su Majestad para las comidas.

(Robert Bargrave, *Relación de varios viajes y periplos*, Bodleian library, Ms. Rawlinsin c 799, 1654.)

## EL ARTE DE LA PINTURA EN EL PALACIO DEL RETIRO: JEAN MURET

*La pintura ocupaba un lugar preponderante en la decoración interior de la residencia del Retiro. El Salón de los Reinos, donde se celebraban las cortes, estaba adornado con cuadros de Velázquez como Las Lanzas, retratos de Felipe III y la Reina Margarita, retratos de Felipe IV y el príncipe Baltasar Carlos. El clérigo francés Jean Muret, que llega a Madrid en 1667 en el séquito del arzobispo de Embrún, queda sorprendido ante tal abundancia de lienzos.*

En el palacio (del Retiro) quedamos atónitos ante la cantidad de pinturas. No sé cuál es la decoración en otras épocas del año, pero cuando nosotros estuvimos allí, vimos más cuadros que paredes desnudas. Las galerías y escaleras estaban llenas, y lo mismo cabe decir de las alcobas y salones. Os aseguro, Sire, que había más que en todo París. Y no me extrañó en absoluto cuando me dijeron que la principal virtud del difunto monarca (Felipe IV) era su amor a la pintura y que nadie en el mundo sabía tanto de este arte como él.

(Jean Muret, *Cartas escritas desde Madrid en 1666 y 1667*, publicadas por Alfred Morel-Fatio, París, A. Picard, 1879.)

## EL EXTERIOR DEL RETIRO, JARDÍN DE RECREO DE LA FAMILIA REAL: A. JOUVIN Y ROBERT BARGRAVE

*Para muchos viajeros extranjeros que llegan a Madrid en el reinado de Felipe IV, el principal encanto del Retiro*



*residía en sus estanques con góndolas, jardines y parques, embellecidos considerablemente con plantas exóticas, árboles y numerosas fuentes dotadas de ingenios hidráulicos. El Retiro ofrecía, en efecto, a sus visitantes, pero sobre todo al Rey y al Conde Duque de Olivares, todas las ventajas de un refugio campestre que tenía además la virtud, a diferencia de Aranjuez, de no hallarse muy lejos de los habituales lugares de gobierno, sobre todo del Alcázar. Era el Retiro ante todo la residencia veraniega en la que la familia real vivía una media de cuarenta días al año. Las visitas de la Corte coincidían con el carnaval, la fiesta de la Asunción y las festividades que se iniciaban la víspera de san Juan.*

*A. Jouvin describe precisamente el lugar como palacio de recreo y centro de residencia esporádica para el Rey y su Corte y lugar también donde agasajar e impresionar a los visitantes extranjeros.*

*Robert Bargrave, por su parte, ve en los jardines la principal atracción del Retiro.*

Recorrimos esta pradera para subir al palacio del Rey llamado Retiro. Este palacio es un lugar de distracción y entretenimiento para el Rey, que va a vivir allí durante los días de mayor calor del verano a causa de sus fuentes y de las hermosas grutas que refrescan todos los jardines de ese hermoso palacio. Hay allí cuatro grandes pabellones enlazados por cuatro grandes edificios de alojamientos, que forman en el medio una plaza, donde hay un jardín a manera de parterre lleno de toda suerte de flores que pueden regarse en un momento por medio de una figura que se ve en el centro de un gran estanque que arroja agua por todas partes de su cuerpo. Sobre un pedestal de ese palacio, hay una figura de un caballo de bronce montado por el Rey Felipe IV. Es una pieza de singular valor y muy estimada por su postura. A menudo nos paseamos por los jardines de ese palacio, que están llenos de árboles frutales, hermosas avenidas, grutas de diferentes clases y hermosas fuentes, de suerte que los más fuertes calores del verano toman siempre una apariencia tan verde y agradable, que se tiene la impresión de estar

en los meses de primavera. Vimos allí algunos animales de países remotos, leones, un elefante, camellos, avestruces y otros que viven largo tiempo en España a causa de que allí los calores son casi tan grandes como en su país de origen<sup>5</sup>.

(A. Jouvin, *Viaje de España y Portugal*, París, D. Thierry, 1672.)

El principal motivo de fama del Retiro es un jardín amplio y dilatado, lleno de variedad de verduras, estanques, artificios acuáticos y caminos sombreados por los que el Rey gusta de pasear en carroza, a caballo y llega a hacer sus buenas excursiones por los distintos lugares.

(Robert Bargrave, *Relación de varios viajes y periplos*, Bodleian Library, Oxford, Ms. Rawlinson c 799, 1654.)

#### VISIONES CRÍTICAS: CORNEL Y ANTONIO DE BRUNEL

*Los testimonios de Corner, embajador de Venecia, y de Antonio de Brunel prueban que la construcción del Retiro fue objeto también de críticas, pullas y chistes y comentarios malévolos.*

El origen del edificio se ha convertido en tema preferente de chanzas. El emplazamiento estaba primitivamente ocupado por una colección de aves pertenecientes a la condesa; pero aun cuando las gallinas fuesen bonitas y de una especie bastante curiosa, no deja de causar asombro ni de parecer ridículo que el conde, a quien absorbían los cuidados de tan graves negocios, pudiese tomar tan marcado interés en contemplar gallinas. Todo el mundo llama al *Buen Retiro* el gallinero. Sobre ello se han escrito innumerables pasquines.

<sup>5</sup> Entre las instalaciones concebidas en el Retiro como pasatiempo destacaba la Leonera, que era una forma de diversión exótica. Construida en 1633 en la plaza central de las tres dispuestas a la entrada del palacio, según el modelo de la casa de fieras de Florencia, con una galería de observación alrededor, estaba diseñada para abrir sus puertas a animales obligados a combatir.

No hay quien no haga algún chiste acerca de las gallinas y el gallinero, incluso el cardenal Richelieu, aun en presencia de un secretario de Felipe IV que se hallaba en París.

(Testimonio de Cornel citado por Deleito y Piñuela, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, 1930.)

La casa del Retiro desmerece para tal Rey. El pueblo murmura mucho contra ella. La queja es la nota dominante, pues el precio que se ha pagado por ejecutar este trabajo es demasiado alto. Los impuestos sobre el pan y la carne que lo han sufragado han dejado hambrientos a los madrileños. El descontento es aún mayor, cuanto que –según se dice– se trata de un capricho del Conde.

(Manuscrito citado por Hume en *La Corte de Felipe IV*, cap. VII.)

A un extremo de la ciudad está el Prado, que es un paseo adonde se va a las carreras, y junto a él puede verse un gran edificio bastante bajo, que es una casa del Rey y que aquí llaman el *Buen Retiro*. El Conde Duque de Olivares, durante su ministerio, gastó muchos millones para construir un edificio que no vale gran cosa. Yo sólo he visto una parte y un lugar donde se prepara un comedia con máquinas que costará mucho. El empresario es un florentino. Hay en él dos teatros, en los que todos los días puede asistirse a representaciones. Los actores sólo cobran alrededor de un sol y medio; sentarse cuesta siete soles de Francia, de modo que toda la comedia cuesta entre quince y dieciséis mil soles. En cuanto a la composición y los sentimientos que allí se representan, no sabría decir nada a ciencia cierta, pues mi escaso conocimiento de la lengua no me permite juzgarlos. La representación vale muy poco, pues, exceptuados algunos actores que lo hacen muy bien, el resto no tienen aspecto de verdaderos comediantes ni el genio que se necesita para ser buenos actores. No se representa con antorchas, sino a plena luz del día, lo que no impide que las escenas sean deslumbrantes. Los atuendos de los hombres no son ricos ni adecuados para los temas representados. Una escena romana y griega se representa con atuendos españoles. Todas las

que he visto sólo tienen tres actos, que aquí llaman *jornadas*. Empiezan con una obertura musical, pero se canta tan mal, que su armonía semeja a los gritos de los niños. En los entreactos se representa una farsa, algún ballet o alguna intriga, lo que, a menudo, es lo más divertido de toda la obra. Por lo demás, como el pueblo se afana sobremanera por asistir a estas diversiones, apenas hay sitios libres. Los mejores sitios siempre se cogen con antelación, lo que es una señal de la ociosidad de este país, pues en todo un París, donde no hay representaciones todos los días, no se ve a la gente apresurarse tanto para coger sitio.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)





# *Usos, costumbres y carácter de los madrileños*

## **La moda madrileña: Camillo Borghese**

*En su Diario de viaje Camillo Borghese describe la vida en la Corte madrileña de los últimos años del reinado de Felipe II. Como nuncio del papa Clemente VIII, el viajero italiano observa de cerca en sus visitas a palacio la vestimenta de la familia real. Así, Felipe II «vestía de negro con un birrete, capa y espada»; la infanta Isabel «estaba vestida de negro, con velludo hecho a propósito, llevando en la cabeza gorra negra con una pluma blanca»; el príncipe Felipe «estaba vestido de blanco, con calza entera, espada dorada, capa y gorra a la manera del padre, pero con un gran penacho blanco». Finalmente, la descripción de atuendos se extiende a la manera de vestir de las mujeres y hombres de Madrid.*

La vestimenta de los hombres en este país es la media entera, casaca, sombrero y ferreruelo, o bien capa y gorra; junto a ellos desentonaría llevar gorro y ferreruelo. Este modo de vestir sería bello si la calza no fuera larga de talle, lo que la hace desproporcionada. Algunos, no muchos, llevan calzones a la sevillana, que llaman gregüescos, con los cuales no llevan capa ni gorra, sino ferreruelo y sombrero.





Dama del siglo XVI.

Las mujeres visten generalmente de negro y también los hombres. Como las monjas, se ciñen al rostro un velo que se echan de tal modo que les tapa la cara; si no fuese por la *Pragmática* que el Rey acaba de promulgar sobre este asunto, irían cubiertas del todo, tal como ocurría hace pocos años. Cuando no llevan este velo, se ponen collares con cuentas grandísimas; usan todas las mujeres comúnmente el blanquete, con el cual alteran el color naturalmente moreno de su tez, pero se dan tanto que parecen pintadas. Son por naturaleza pequeñas, pero llevan un calzado que llaman *chapines*. Éstos son tan altos que las convierten en personas de buena estatura. Por todo ello puede decirse que en España todas las mujeres tienen la cara de un mismo color y son en cierto modo altas.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España*. En *España en los siglos XVI y XVII. Documentos históricos y literarios*, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

### Carácter de los madrileños: Antonio de Brunel

*La ignorancia y provincianismo de los españoles es uno de los tópicos más frecuentes recogidos en las relaciones de los viajeros franceses. Antonio de Brunel, desde una perspectiva cosmopolita del viajero refinado, considera tales rasgos síntoma de la decadencia cultural del Imperio español. La confusión en el texto de Madrid, y los castellanos, con los españoles demuestra que, para el viajero cortesano de la época, Madrid es el paradigma de España.*

Es posible encontrar españoles tan ignorantes, que creen que no existen otras tierras que España, más ciudad que Madrid y otro Rey que el suyo. Cuando hablo de españoles ignorantes, me estoy refiriendo a estos buenos y puros castellanos que, no habiendo abandonado nunca su hogar, ignoran si Amsterdam está en las Indias o en Europa. La nobleza y los grandes apenas salen de Madrid, no van a la guerra ni

a los países extranjeros, a menos que les den algún cargo o los envíen allí. No tiene avisos de Gacetas ni noticias impresas o escritas, y jamás me he asombrado tanto como al ver que esta nación, que creíamos tan refinada, que estimábamos tan imperiosa y que pensábamos poseía el secreto de la Monarquía universal y dominaba bajo su yugo a todo el orbe de la cristiandad, tenga tan pocas personas que puedan pasar por grandes cabezas.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

## Costumbres sexuales

*Un cambio en la moral católica del siglo XVII propicia una relajación en los comportamientos sexuales de los españoles. En las clases superiores y nobleza sobre todo no son raras las uniones fuera del matrimonio, los hijos naturales y el adulterio. Los testimonios de costumbristas madrileños, como Zabaleta, Santos o Liñán y Verdugo, coinciden en este punto con las opiniones de los extranjeros que visitan el Madrid barroco. Los viajeros, escandalizados por lo que califican abiertamente de corrupción, insisten sobre la crisis de la institución del matrimonio: D'Alcide de Bonnecase fustiga duramente la hipocresía, inmoralidad y lubricidad de las mujeres madrileñas; Brunel y Mme d'Aulnoy, menos moralistas, se limitan a hacer una crónica de costumbres sociales.*

### D'ALCIDE DE BONNECASE

Las viejas tienen a gala el ser llamadas putas, y a las jóvenes no les agrada ser consideradas doncellas, ni tampoco el serlo, siendo este honor señal de la escasez de su mérito y belleza; si hay aquí alguna virtud en los claustros, es meramente corporal. En nuestro país se obtiene algo de las mujeres bajo promesa de matrimonio; aquí a los primeros avances, os dicen: «si para marido no, para amancebado sí». En

los contratos de matrimonio se establecen cláusulas según las cuales las mujeres pueden tomarse la libertad de hacer lo que les venga en gana. En una palabra, si no son zorras, lo parecen. Todo ello no les impide asistir asiduamente a las iglesias, aunque toda su devoción parece reducirse a rogar a Dios que les envíe buenos amantes. Sus confesores son muy indulgentes para con su fragilidad y les dan fácilmente permiso para comer carne en Cuaresma de modo a tener más fuerza para ganar su vida mediante el pecado.

(Robert d'Alcide de Bonnecase, *Relación de Madrid, u observaciones sobre las costumbres de sus habitantes*, Colonia, 1665.)

#### ANTONIO DE BRUNEL

Cuando se habla de los grandes gastos de los españoles y se desea saber cómo se arruinan, no habiendo entre ellos mucha pompa ni mucho lujo, todos quienes han vivido en Madrid me aseguran que son las mujeres quienes destruyen la mayor parte de las casas. No hay hombre que no tenga su mujer y que, además, no tenga tratos con alguna cortesana. Y como no las hay en toda Europa ni más vivas, ni más descaradas, y que entiendan mejor aquel maldito oficio, cuando llega a caer alguno en sus redes, lo despluman sin contemplaciones. En ninguna otra ciudad de Europa se encuentran más a todas horas...

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

#### MME D'AULNOY

Los más viven amancebados con una mujer. Esto no impide que estén unidos con otra mediante lazos matrimoniales. Frecuentemente, los hijos naturales se educan y viven junto con los legítimos. La pobre mujer legítima, que sufre viendo tales cosas y, prudente, calla, soporta pacientemente la situación. Es muy raro que los consortes riñan, y más



raro aún que se separen, como sucede con frecuencia en Francia. Poco molestan a la justicia los desarreglos domésticos. Me sorprende mucho que una mujer enamorada del caballero que le hace la corte, no tenga celos de la manceba. La mira por encima del hombro y la considera tan inferior y destinada tal vez a tan bajos menesteres, que no puede tomarla en consideración ni establecer comparaciones considerándola como su rival. De modo que un caballero suele tener esposa, manceba y querida. Esta última suele ser persona de alta alcurnia. Por ella, por cortejarla y conseguir su amor, arriesga el marido mil veces la vida.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

### **Gastronomía: Mme. D'Aulnoy**

No hay gentes en todo el mundo tan sobrias como las de aquí, y profesan tal horror a los intemperantes, que sus leyes no admiten la declaración de un testigo cuando se prueba que aquel hombre se ha embriagado alguna vez, y se le rechaza, después de reprender su conducta en un tribunal. Cuando alguien insulta a otro llamándolo borracho, esta injuria se venga con el asesinato. [...]

El vino en Madrid es fuerte y áspero. Si a esto se añade que lo conservan en pellejos recubiertos de pez, se podrá apreciar fácilmente sus malas cualidades. Así, no me sorprende que los hombres en general sean poco bebedores, pues mucha voluntad se necesita para emborracharse con un brebaje de tal sabor. Se vende muy barato, en exiguas cantidades, para los pobres, y para esta venta lo tienen todo el día en grandes lebrillos de barro, donde, aireándose y moviéndose mucho cada vez que meten el jarro en su interior, se avinagra, y apesta de tal modo que, al pasar por la calle cerca de una taberna, es necesario taparse las narices.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)



## La vida ociosa y libertina madrileña: Antonio de Gramont

*En las Memorias de Antonio de Gramont ocupa lugar preponderante la relación de su embajada en Madrid, adonde, en 1659, acude en viaje como oficial diplomático para pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV de Francia. El boato y ceremonial desplegado en la capital para su recibimiento demuestran no sólo la importancia de su misión diplomática, sino también su categoría de viajero de excepción. Aunque en las Memorias de este aristócrata, par y mariscal de Francia, predominen los juicios políticos sobre la administración hispana, no deja de haber en ellas certeros apuntes sobre la vida y costumbres en la Villa y Corte. Sorprenden la sensibilidad del viajero aristócrata determinadas prácticas sexuales del pueblo y algunas costumbres religiosas. El juicio condenatorio no se hace esperar: inmoralidad e hipocresía. Y, a continuación, como en Bertaut, Brunel, Jouvin o Joly, la persistente comparación con el país y cultura de origen y con la propia escala de valores.*

La mayor parte de la gente que vive en Madrid pasa las noches de verano en los prados y en las plazas públicas de la villa, donde, al primer silbido, todas las mujeres de mala vida (que puede decirse que abundan allí sobremanera) acuden, y entonces todo el mundo fornicaba a su gusto, de suerte que puede compararse este espectáculo al de los ciervos en celo, que tiene lugar a fines de septiembre en los bosques y, aunque ésto parezca fabuloso, es algo sin embargo cierto, pues lo he visto con mis propios ojos. Esta clase de mujeres, que se llaman *tapadas*, han perdido toda vergüenza, hasta el punto de que, incluso a pleno día, se cuelgan del cuello del primer hombre que llama su atención.

Abundan aquí toda clase de enfermedades venéreas; y la razón que explica que los españoles no acaben curándose jamás de estos males reside en su pereza para someterse a cualquier tratamiento y a la crasa ignorancia de sus cirujanos; pues, por lo demás, creo que hay tanto peligro de cogerlas en París como en Madrid. La seguridad por las calles es



allí grande y uno puede pasearse solo por la noche con su broquel sin correr peligro alguno.

No es fácil comprender la falta de devoción de algunos españoles y cómo convierten en mascarada a muchas prácticas religiosas. Nada hay más grotesco que verlos en misa con sus grandes rosarios colgados de los brazos, con los que mascullan los *pater noster* sin dejar de observar cuanto les rodea, y pensando, por tanto, mediocrementemente en Dios y en su Santo Sacrificio, y cuando llega la Consagración rara vez se ponen de rodillas. Su religión es muy acomodaticia. Sólo observan con rigor todo aquéllo que no les produce molestia. Castigarían severamente a quien usase la palabra de Dios en vano y a quien blasfemase contra los santos y los misterios de nuestra fe, porque hay que estar un poco loco —dicen— para cometer un crimen que no beneficia a nadie. No sienten el mínimo escrúpulo, en cambio, permaneciendo en los lugares más infames, comiendo carne todos los viernes y manteniendo públicamente a una treintena de cortesanas y teniéndolas todos los días a su lado. Sólo me estoy refiriendo a los libertinos, cuyo número es grande, porque es preciso convenir que, en todas las clases, siempre hay unas pocas personas animadas por una piedad sólida y que dan muy buen ejemplo. En cuanto a los frailes, apenas saben latín y mucho menos teología; pero hay entre ellos algunos que demuestran gran habilidad para desplegar toda suerte de intrigas. No es posible describir aquí la disipación y el desorden que reina en algunos conventos de religiosos.

(Antonio Gramont, *Memorias*, en *Colección de Memorias relativas a la historia de Francia*, París, Foucault, 1876.)

# *Esparcimientos y diversiones públicas*

*Las fiestas son una manifestación típica de la sociedad barroca madrileña. Canonizaciones, onomásticas, bodas de familiares regios, nacimientos de herederos al trono y visitas oficiales de reyes y príncipes extranjeros propician toda suerte de diversiones populares y fiestas profanas. Bajo Felipe IV, estas celebraciones tomaron la forma de regocijos públicos cuya vinculación a la vida de la Casa Real no excluía la participación del pueblo. Esta relación tan íntima entre el Rey y sus súbditos, característica de los festejos madrileños, se manifestó brillantemente en las corridas de toros y en las entradas solemnes a la villa. Otras formas de esparcimiento lúdico, como las romerías, juegos de cañas y mascaradas, quedaron, en cambio, mucho más circunscritas al pueblo o a la aristocracia. Los viajeros extranjeros de paso por Madrid describen con detalle la fiesta barroca madrileña.*

## **Juegos de cañas en la Plaza Mayor: Edward Hyde**

*La amplia Plaza Mayor de Madrid, con sus balcones y palcos, proporcionaba un grandioso escenario público para toda clase de espectáculos. Entre ellos destacaban los juegos de cañas, derivación incruenta de los torneos medieva-*



*les. Eran ejercicios caballerescos realizados como complemento de las corridas de toros a su inicio o final. El espectáculo fue descrito por Edward Hyde durante su estancia en Madrid en 1649.*

La mascarada<sup>1</sup> es un ejercicio que los españoles aprendieron de los árabes: cuadrillas de jinetes simulan atacarse con ferocidad; en la mano izquierda llevan una adarga y en la derecha una especie de caña, que, a un cuerpo del caballo, o a algo más, arrojan con todas sus fuerzas; contra ellas se defienden con adargas muy anchas, y tan pronto como han lanzado sus dardos, dan media vuelta a galope tendido para recibir el asalto de quienes acaban de atacar; y así, varias cuadrillas de veinte o veinticinco jinetes dan vueltas y se acometen recíprocamente. Al principio parece un ejercicio marcial; los caballos son muy hermosos y llevan bonitos arreos; los hombres van ricamente vestidos y tienen que ser buenos jinetes, pues en caso contrario, no podrían dirigir los rápidos movimientos y giros de sus caballos. Todo lo demás es demasiado infantil, pues los dardos no son más que juncos de tamaño grande. [...]

Después hacen carreras que se parecen a nuestro deporte de llevarse el aro con una lanzada, salvo en que corren dos cabalgaduras juntas. Gana el premio el jinete más veloz; al final hay un poste que les separa; desde que arrancan corren a toda velocidad unos cincuenta pasos, y los jueces están a la altura del poste para decidir quién es el primero en llegar a la meta.

(Edward Hyde, *La vida de Edward Earl de Clarendon*, Oxford, 1759.)

### **Mascaradas cortesanas en el Madrid barroco: Mme d'Aulnoy y William Edgeman**

*Aunque las mascaradas madrileñas se desarrollaban en espacios abiertos, sobre todo en la calle, no siempre confun-*

<sup>1</sup> Hyde llama mascarada lo que en el texto describe como juego de cañas.



dían en una masa indistinta a los habitantes de la villa: así las mascaradas cortesanas, al celebrarse en el ámbito palaciego, presentaban un carácter relativamente excluyente que marcaba distancias respecto de los esparcimientos callejeros del pueblo.

Generalmente celebradas a caballo, las mascaradas cortesanas eran la ocasión para que los nobles exhibiesen la riqueza de sus atavíos o sus habilidades como jinetes. Alentadas por Felipe IV, en ellas participaban aristócratas, ministros y embajadores e incluso miembros de la familia real. Así las describe la Condesa d'Aulnoy. Por su parte, el viajero inglés William Edgeman, en misión diplomática en Madrid entre 1640 y 1651, explica en qué consiste una mascarada.

Hicieron fuegos artificiales por todas partes, y fuimos al Palacio a ver la *mascarada* de ciento cincuenta señores que debían acudir allí. No sé por qué llaman así a esta diversión, porque quienes participan en ella no van enmascarados. De ordinario, escogen la noche más oscura. Todos los caballeros de la Corte montan en sus mejores corceles, que van cubiertos con gasas de plata y gualdrapas bordadas de oro y perlas. Los caballeros van vestidos de negro con mangas de raso de color, bordadas de seda y azabache. Llevan pequeños sombreros negros, con las alas recogidas con broches de diamantes, plumas a un lado, magníficas bandas y muchas pedrerías; además, la capa negra y la fea golilla, que siempre los desfigura. Montan a caballo como los turcos y los moros, es decir, a la jineta, siendo los estribos tan cortos, que sus piernas van encogidas y apoyadas sobre el lomo de sus caballos. No puedo acostumbrarme a esta moda. Dicen que cuando cabalgan de esa manera, pueden golpear con más fuerza y alzarse y adelantarse sobre aquel a quien atacan.

Mas, para volver a la *mascarada*, se reunieron en un lugar convenido (ordinariamente, en alguna de las puertas de la villa). Las calles por donde habían de pasar fueron cubiertas de arena, y a ambos lados había mástiles con cazoletas que iluminaban el camino. Pusieron faroles transparentes

tes, todos pintados, en las ventanas de las casas, lo que producía un buen efecto. Todos los caballeros llevaban abundante séquito de lacayos, que iban vestidos con trajes de tela dorada y plateada. Acompañaban a sus señores con antorchas. Sus amos avanzaban de cuatro en cuatro, al paso corto, llevando también cada uno una antorcha.

Atravesaron toda la villa con trompetas, timbales, gaitas y pífanos, y, cuando llegaron a Palacio, que estaba completamente iluminado, y cuyo patio también había sido cubierto con arena, hicieron varios ejercicios y corrieron unos contra otros empujándose para derribarse. El príncipe Alejandro de Parma, que es sumamente grueso, cayó y produjo el mismo ruido de una pequeña montaña que se desprende desde un lugar elevado. Les costó mucho trabajo llevarse.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

Vimos el *mascarado* (sic), según lo llaman, que consistía en que el Rey y los nobles, montados en bellos corceles y vistiendo rico y anticuado atuendo (con ciertos cambios de color, pues suelen llevar sólo el negro), daban una carrera, de dos en dos, con lanzas, como si fuesen a llevarse el aro, pero no había tal aro; y así hicieron en tres sitios: en la *Plaza Mayor*, en la *Puerta de Guadalajara* y en el *Palacio*, donde la joven Reina se sentó en una ventana para verlos.

(William Edgeman, *Diario de la embajada en España*, según un manuscrito de la Bodleian Library de Oxford.)

## Las mujeres en la romería de Santiago el Verde: Antonio de Brunel

*Las romerías madrileñas eran peregrinaciones colectivas a algún santuario situado habitualmente en las afueras de la ciudad. Parte del día se dedicaba a celebrar devota-*

*mente una festividad litúrgica y el resto del tiempo a esparcimientos profanos. Se compraba vino. Se vendía toda clase de objetos. No faltaba la música y la danza ni los juegos al aire libre y era posible transgredir el código de las buenas costumbres. Semejante a la parte profana de las romerías, eran las celebraciones de las fiestas de algunos santos. Así en Madrid, el 1 de Mayo, se conmemoraba la fiesta de Santiago el Verde en el sotillo, a la entrada de la Puerta de Toledo, con motivo de visitar una ermita consagrada a san Felipe y Santiago. Para solaz y diversión propia, la gente huía del centro callejero de la ciudad seca para acampar en los verdes de las cercanías del río Manzanares. La devoción era un pretexto para el galanteo, la diversión y las comilonas en una celebración donde se confundían igualmente todas las clases sociales.*

La galantería de esta fiesta consiste principalmente en la afluencia de mujeres que, precisamente, acostumbran a mostrarse en ella en su más deslumbrante belleza; por eso se ponen sus más hermosos vestidos, y no olvidan ni el bermellón ni el albayalde con los que buscan realzar todos sus encantos. Puede vérselas en diversas posturas dentro de las carrozas de sus pretendientes. Unas no se muestran allí sino a medias, y aparecen o medio tapadas o con las cortinas echadas; otras, en cambio, hacen ostentación de sus vestidos y belleza. Las que no tienen pretendientes que puedan o quieran darles carrozas, orientan las suyas hacia la romería, y bordean las calles o caminos que conducen hasta ella.

No está permitido hablar a las que van acompañadas por hombres; a las demás se las puede lisonjear todo lo que se quiera e incluso es posible dirigirles también palabras atrevidas sin que se ofendan.

En esta fiesta puede verse, además, muchos caballos espléndidos, que lucen para la ocasión hermosas sillas y cintas, con las que ese día se les ha adornado el lomo y la cola. Quienes los montan son, o pretendientes de las damas a las que han prestado sus carrozas, o personas que van a caballo a disfrutar de la romería por no tener carroza propia. Des-

pués de dar varias vueltas y recorrer todas las filas de carrozas, cuando anochece, todo el mundo detiene sus carrozas y empieza a comer dentro de ellas, a la sazón bien surtidas de toda suerte de viandas. Esto no se hace solamente en esta fiesta, pues casi todos los días, sobre todo los domingos, puede verse merendar a muchas personas en el lugar. A los españoles les gusta tanto comiscar en el campo (aunque no sea más que una cebolla, una ensalada, un poco de jamón o algún huevo duro) porque suelen hacer muy malas comidas en casa.

Puede verse también a algunas mujeres honradas que van con sus maridos, o a mujeres galantes acompañadas de sus enamorados, y cuando van con ellas se conducen tan discretamente, que apenas se atreven a mirar a nadie, ni siquiera a devolver un saludo.

Los burgueses modestos se acomodan por los campos de los alrededores, donde, a orillas del río o en algún rinconcillo de la pradera de verde trigo, meriendan cualquier cosa con mucha majestad y alegría en compañía de su mujer y familia o de alguna amiga.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

## Los paseos, forma natural de esparcimiento

*Frente a la irrupción violenta y ocupación de las calles de los divertimentos carnavalescos, los paseos por las calles de Madrid eran una forma ordinaria y natural de ocupación lúdica de los espacios públicos. La calle se convierte en el lugar de encuentro, intercambio humano, galanteo, recreo, pasatiempo y exposición a las miradas. Allí es posible una comunicación fluida dotada de un flexible código social; propicia, por ello, el feliz conocimiento y reconocimiento mutuo entre los ciudadanos. Los viajeros franceses Bertaut y Brunel observan minuciosamente estos esparcimientos de los madrileños. En la villa se acostumbra a pasear en coche o a pie, después de comer, dentro de la ciudad o por sus alrededores. Unas veces se prefiere el Prado*

o la Calle Mayor; otras, la Puerta de Toledo. En todo caso, por calles esmeradamente urbanizadas, con fuentes y árboles. El viajero Jean Hérault evoca insinuantemente la escena en una página de sus Memorias: las mujeres, embellecidas para la ocasión, pasean en coche o a pie acompañadas o no de un pretendiente o galán. Están dispuestas a recibir una dulce galantería cuando se separan de su amigo. El caballero más atento es aquel que, llegando el primero, se apresura a comprarles dulces o naranjas en los puestos públicos de las plazas y calles. A la puesta del sol, toman la cena dentro de los coches. El ciudadano del pueblo también acude para presenciar el desfile de las gentes distinguidas y, sentado en la pradera, toma un pequeño almuerzo.

#### JEAN HÉRAULT

Íbamos a menudo a los paseos públicos, que unas veces tienen lugar en un sitio, otras en otro; para eso hay días y momentos señalados. La costumbre es que, cuando uno se encuentra parado frente a una carroza en la que sólo hay mujeres, es preciso dirigirles algunas palabras, y esas palabras son habitualmente jocosas y a veces tienen algo más que un doble sentido. Ellas responden con mucha vivacidad; pero cuando un hombre acompaña a las mujeres y vosotros no le habéis visto, ellas os hacen una señal para que no digáis nada, porque van acompañadas, y, entonces, hay que permanecer callado.

Durante la canícula todos los paseos tienen lugar a orillas del río, cuyo lecho es muy ancho, en un lugar donde, todo lo más, hay un pie y medio de agua; eso no impide que se haya construido allí un puente de una extremada longitud y gran hermosura para pasar cuando hay mucha agua, lo que ocurre algunas veces, porque allí desemboca un torrente. Ese río se llama Manzanares.

(Jean Hérault, *Memorias del Señor Gourville relativas a la Historia de Francia desde 1642 hasta 1698*, París, E. Ganneau, 1734.)



## ANTONIO DE BRUNEL

Pasean por la *calle Mayor*, la villa, o por el Prado, cerca del *Retiro*, o cerca el río, debajo del *Palacio*. Los grandes señores acuden allí en sus carrozas con cuatro mulas y algunos lacayos más. Los pajes se sitúan en la portezuela. No van vestidos con libreas, sino casi siempre de negro. Apenas se ven criados de a pie que lleven galones de color como no sea sobre las mangas, y, si los hay, en algún otro sitio, es en muy pocos séquitos. Los del Rey, según me han dicho, son siempre los que van peor vestidos y están peor pagados.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

## FRANÇOIS BERTAUT

Todas las diversiones de Madrid pueden resumirse en el paseo y la comedia. Hay dos paseos: el *Prado nuevo* y el *Prado viejo*. Aunque se llama Prado, allí jamás hay hierba. El que separa el *Buen Retiro* del resto de la ciudad, está formado por tres avenidas de olmos que han sido plantados de trecho en trecho y que no son muy abundantes. Este paseo se extiende a todo a lo largo de la villa. Tiene siete u ocho fuentes con surtidores, que son muy corrientes en este país, y sin las cuales no se podría pasear por allí a causa del polvo, verdaderamente insoportable, que se levanta en los días de verano. El otro paseo está situado en el otro extremo de la villa y baja, en suave pendiente, hasta el prado que forma el arroyo del Manzanares. Este paseo es más agradable que el otro. En la pendiente, que es una avenida de olmos, hay también varias fuentes con surtidores.

En estos dos paseos y más allá del Manzanares, alrededor de un estanque que está detrás de la *Casa de Campo*, lo mismo que en la *calle Mayor*, donde la gente se pasea en otoño y en invierno, hay muchos varones mientras que apenas puede verse mujeres honestas ni damas de la nobleza, aunque se vea una infinidad de carrozas con mujeres, porque estas damas de la aristocracia apenas salen de sus casas

como no sea para visitarse entre sí, y, entonces, lo hacen montadas a caballo acompañadas de un escudero, y salen muy pocas veces a oír misa a las iglesias, pues tienen capillas en sus propias casas.

(François Bertaut, *Diario de España*, París, L. Billaine, 1669.)

## Corridas de toros

*Los viajeros extranjeros de paso por Madrid participan del entusiasmo que despertaron siempre entre los españoles los espectáculos taurinos. La Corte española del siglo XVII, sobre todo Felipe IV, alienta una fiesta nacional que se ha convertido en fiesta real. La reglamentación del espectáculo con una preceptiva que fija las reglas del toreo, las obligaciones de la faena, los ejercicios de gineta o las advertencias para torear con rejón constituye una fuente documental visible en las relaciones de los viajeros extranjeros por más que muchos de ellos se esfuercen en señalar que son testigos oculares del espectáculo.*

### LA PLAZA MAYOR COMO ESCENARIO TAURINO

*La fiesta taurina del siglo XVII tenía lugar en plazas públicas y, en el Madrid barroco, en la Plaza Mayor, donde habitualmente formaba parte del sistema de festejos públicos (junto con los juegos de cañas, mascaradas, batallas navales, cabalgadas, juegos entre fieras, torneos...) organizados para celebrar un hecho solemne –llegada del Príncipe de Gales (1623), visita del Archiduque Carlos de Austria (1624), entrada del Cardenal Barberino (1625), boda real (1650), nacimiento de Carlos II (1661)–. La Plaza transformaba su apariencia habitual: se enarenaba el piso, se abría el balcón real de la Casa de la Panadería, se arreglaban viviendas para ser utilizadas por grandes y embajadores, la guardia real se colocaba bajo los balcones, las mujeres nobles se engalanaban con sus mejores joyas; tapices y colga-*

*duras daban un brillante aspecto a la Plaza que se convertía en un paseo de carrozas.*

### *Francesco Barberino*

*El Diario de viaje del Cardenal Barberino ofrece una breve descripción de una fiesta real de toros en la Plaza Mayor de Madrid en la que destaca la descripción del escenario urbano y la veracidad y precisión de la información taurina: dardos arrojados contra el toro, peones que utilizaban capas, reparto de colaciones antes y después de la fiesta. Omite, sin embargo, detalles como el arrastre de los toros muertos por la mulas, que acababa de introducirse (1623).*

*El cardenal Barberino era sobrino del papa Urbano VIII y llegó a Madrid en 1626 en calidad de legado à latere para asistir al bautizo de la infanta María Eugenia.*

La estancia en Madrid, que duró desde el veinticuatro de mayo hasta el diez de agosto, transcurrió con fiestas ininterrumpidas: hubo comedias que se representaron repetidas veces frente a las ventanas de mi cuarto sobre tablados rodantes fabricados para la ocasión, de modo que me proporcionaron diversión sin necesidad de salir a la calle. Hubo también juegos de cañas y fiestas de toros.

Esta fiesta de toros requiere cuantiosos gastos y desembolsos, así como grandes preparativos. Se celebra en una gran plaza cuadrada que se abre en el centro de Madrid. Su cuadratura semeja a la de la *Place Royale*, si bien es un poco más pequeña.

La edificios que rodean a esta plaza tienen tres pisos. Están abovedados en la parte inferior y todos presentan idéntica simetría. Las ventanas de todas las casas tienen barandillas de hierro y forman un saliente. Los balcones que hay todo alrededor de la plaza están dispuestos en tres hileras, una debajo del otra. En ellos se instalan el Rey, la Reina, los miembros de la Corte, las damas y el resto de los caballeros que pueden acomodarse allí. Todos los miembros del séquito de Monseñor tenían un sitio propio en los balcones, sin confu-

sión ni desorden, tal y como ocurre en las asambleas de Francia. A todos ellos se sirvió una comida bastante sencilla a causa de la gran muchedumbre y de las dificultades de acceso.

El suelo de la plaza estaba totalmente cubierto de arena y sus accesos cerrados, salvo uno, donde se había construido un recinto del que salía el toro previamente azuzado para la lucha. Nada más abandonar su encierro, se lanza al toro gran número de cañas que prenden en su piel por medio de un agujijón o punta afilada encajada en dichas cañas. La bestia, al sentir el dolor, empieza a bramar con furia y se precipita hacia donde ve mayor aglomeración de personas. Estas, con sus capotes de tela roja o con utensilios análogos, enfurecen y aturden al animal de tal forma que acaba por no saber ya adónde dirigirse. Finalmente, cuando el toro se encuentra fatigado después de sus carreras en pos de alguna víctima, previa licencia concedida mediante un toque de trompeta, el torero se le aproxima blandiendo una espada, y los más diestros le seccionan los jarretes, o bien algún caballero, preferiblemente jinete, sale a la plaza empuñando un bastón poco mayor que una ana, con un hierro en un extremo, con el que asesta al toro tan certero golpe en el hueso posterior del cuello, justo entre los dos cuernos, que lo derriba dejándolo en tierra rígido y muerto. En ocasiones, debido a su falta de agilidad, puede sobrevenir la muerte del caballero o la de su cabalgadura.

En la corrida organizada en honor de Monseñor se dio muerte, uno tras otro, a veinticuatro toros, así como a un hermoso caballo del conde de Riela, y resultaron heridas algunas personas. Antes de que los toros salgan a la plaza, se retira de ella al mayor número posible de personas. Aun así, permanecen allí muchísimos hombres deseosos de lucir sus habilidades ante el Rey. Por ello no es extraño que alguien resulte muerto. El pueblo no aprecia el festejo si no se produce alguna muerte. Los orígenes de la fiesta se remontan a los moriscos o a los antiguos romanos. Concluida la fiesta, se distribuyeron dulces y aguas exquisitas en los balcones donde nos encontrábamos.

(Francesco Barberino, *Diario del viaje*, 1625, Ms 24917 de la Biblioteca Nacional de París.)



## *Antonio de Brunel*

*Antonio de Brunel y Carel de Sainte-Garde describen sendas corridas usuales u ordinarias, esto es, corridas costeadas por el Concejo de la Villa de Madrid y que se celebraban los días de san Isidro, san Juan y santa Juana. Las llamadas corridas extraordinarias o Fiestas reales corrían, en cambio, a cargo de la Casa Real y eran organizadas por la Mayordomía Real. Celebraban algunos hechos señalados (canonizaciones, bodas, nacimientos) y siempre eran más abundantes y brillantes que las celebraciones ordinarias, pues había más toros en su programa.*

*La precisa relación de Brunel –una fiesta de toros en la Plaza Mayor el día de san Isidro– refleja los progresos del espectáculo y la evolución de sus instrumentos y es el primer documento que da fe de la práctica de cabalgar un toro. Permite precisar además que, en 1655, aún no se empleaban banderillas, pues se arrojaba a los toros azagayas. No faltan las alusiones al carácter sanguinario del espectáculo.*

El día veinte de este mes pudo verse a todo Madrid congregado en la *Plaza Mayor* para asistir a la fiesta de los toros, que es una solemnidad tan elogiada que llega a comparársela con los espectáculos más hermosos de la antigüedad. En todas las ciudades de España se celebran varias, y por san Juan no hay una ciudad que se precie que no se regocije con diversiones de esta naturaleza. Es tal la estima en la que se la tiene en esta nación, que no testimoniar admiración por todos sus detalles causa idéntico disgusto a no verse preferida a todas las demás mujeres o no reconocer que el Rey de España es el monarca más gran de todo mundo.

La plaza presenta ese día un aspecto bellissimo. Toda ella se halla adornada con la flor y nata de la población madrileña, que , acomodada con la mayor pompa posible, se alinea en los balcones, a la sazón tapizados con telas multicolores.

Todos los Consejos adornan su balcón con terciopelo o damasco, del color que más les guste, en el que campea su escudo de armas. El balcón del Rey es dorado y está cubierto por un dosel. A cada lado del monarca se hallan respecti-

vamente la Reina y la Infanta mientras que, en un rincón, se encuentra su valido o su primer ministro. A su derecha hay un gran balcón, donde se acomodan las damas de la Corte. En todos los demás se apiñan toda suerte de personas, aunque ese día sólo se vieran hombres y mujeres lujosamente ataviados. Por esos balcones se paga un precio altísimo: los primeros, que sólo tienen capacidad para cinco o seis personas en la primera fila, cuestan veinte y veinticinco escudos. El Rey los alquila y destina a las personas más notables, embajadores y a otros invitados de los príncipes extranjeros. Pude ver yo, precisamente, la fiesta desde uno que había sido alquilado al conde de Fiesque y al señor Maseroles, agente del príncipe de Condé.

Debajo de estos balcones, hay tablados que sobresalen ligeramente en el conjunto de la plaza y están colocados entre los pilares de las galerías. Allí es donde se apiña la multitud que se acomoda como puede en sus sitios. Aunque estas fiestas sean muy corrientes, y en Madrid se celebren todos los años tres o cuatro veces al año, no hay vecino que no desee presenciarlas tantas veces como tengan lugar y no empeñe todos sus enseres antes de dejar de asistir a alguna de ellas por falta de dinero. La fiesta de este día se llama de san Isidro, patrón de la villa. Aunque no se considera fiesta real, la sufraga sin embargo el Rey: me han dicho que ese día regala a cada Consejo tres mil escudos. Las fiestas del día de san Juan y las que se celebran el mes de septiembre son las más apreciadas; bien es verdad que, entonces, entran en liza muchos caballeros o *toreadores* mientras que, en ésta de san Isidro, sólo participan hombres de a pie.

Se abren ese día cuatro accesos a la plaza, que está completamente cubierta de arena y desprovista de los puestos ambulantes que se ven allí otros días. Hasta la llegada del Rey, es posible pasear en carruaje o a pie por la plaza. Poco antes de su entrada, la guardia despeja a la multitud y se alinea en dos filas para recibirle. Mientras tanto, la gente se retira lentamente; y en cuanto Sus Majestades ocupan su balcón, se invita a salir a todo el mundo de la plaza, que, entonces, queda libre y vacía mostrándose plenamente en todo su esplendor. Cuatro o cinco alguaciles se mantienen con la ca-

beza descubierta delante de este balcón, y nada más ordeñárselo el Rey, el *intendente de los carros* los hace salir por el lado de la plaza donde estaban alineados. En un instante no se ven sino toneles y odres, que aquéllos llevan encima, vertiendo agua, tan bien distribuida que riega por igual toda la arena de la plaza. Después los carros desaparecen por las cuatro puertas y se da paso a quienes quieren torear. Más tarde se cierran todas las puertas.

Entra primero, entre estos intrépidos españoles, un hombre de Valladolid cabalgando un toro que había domado y acostumbrado a la silla y a la brida. Junto a él iba un hombre de a pie provisto de una pica. Se dirigió derecho hacia el balcón del Rey, y, después de hacerle una profunda reverencia, quiso mostrar las habilidades de su toro. Lo obligó a galopar y a dar vueltas. Pero ese animal, poco dócil y finalmente molesto, empezó a cocear con tanta violencia, que dio con el pobre campesino en tierra, quien, sin sorprenderse de su desgracia, corrió tras su toro fugitivo. Las risas y voces de todo el público no cesaron hasta que lo alcanzó; y volvieron a empezar tan pronto como un alguacil cogió las llaves del sitio donde estaban encerrados los toros bravos. Don Luis de Haro, según la costumbre, le arrojó las llaves, pues el Rey las da a su favorito y éste las tira desde el balcón a los alguaciles.

Es costumbre en esta fiesta soltar un toro tras otro. Los animales, según su bravura, embisten rápidos contra quienes participan en la liza. El toro dispersa con rapidez a todo el mundo, y los más torpes en su huida se tiran al suelo cuando no lo pueden esquivar, o bien le tienden sus capas y sombreros. El toro pasa por encima de los hombres sin hacerles el mínimo daño, porque, al dar el golpe, cierra los ojos, y casi siempre cornea al aire.

Esto es la parte divertida de *la Fiesta*. La parte seria comienza cuando los más diestros hunden entre los cuernos del toro unas flechas o pequeños venablos con pasmosa agilidad. Un barbero destacó en esta faena, pues nadie fue capaz de asestar golpes tan certeros como él.

Cuando el toro se siente malherido por estos venablos, que para sostenerse y quedar mejor plantados en el aire es-

tán adornados con aletas de papel rojo, se enardece aún más, se revuelve y esfuerza clavándose más profundamente el hierro que le punza. Se dice que estos animales tienen entre las astas una zona tan delicada y vulnerable que, cuando se les asesta allí el golpe, resulta mortal; y hubo algunos de esos campeones que lo escogieron tan bien, que consiguieron matar al toro de un solo golpe.

Cuando el animal ha sido hostigado, cansado suficientemente y empieza a debilitarse, suenan las trompetas, lo que indica que ha llegado el momento de desjarretarlo. Al punto le lanzan a las patas venablos y echan mano de la espada y el cuchillo tratando de alcanzarle en las patas traseras para cortarle los nervios. Cuando el pobre animal empieza a tambalearse o se le ve andar a tres patas, llueven sobre él por todas partes estocadas y tajos, que aquí llaman *cuchilladas*. Muestra entonces el populacho bien a las claras todo su instinto sanguinario, porque los que le pueden alcanzar no se creerían hijos de buena madre si no bañasen sus dagas en la sangre del pobre animal.

Cuando el toro deja de moverse, vienen las mulas al galope para arrastrarlo fuera de la plaza. Entonces se suelta a otro toro.

Ese día se mataron unos veinte toros y, al final de la faena, tenían todos la piel completamente destrozada. Algunas veces, cuando es difícil y peligroso acercarse a los toros, se suelta a los perros contra el animal. Resultaría entonces más agradable el espectáculo si, al mismo tiempo que los perros les tienen agarrados, no se los acribillara a golpes por delante y por detrás.

El único jinete que se presentó en esta fiesta fue el bufón don Luis de Haro, que también salió en la corrida de Aranjuez. Asestó una lanzada bastante certera; pero el Rey, temiendo que sufriese alguna desgracia, le obligó a retirarse nada más empezar.

Para esta clase de lucha es preciso cabalgar a la jineta, con estribos cortos, y no a la estradiota o la francesa, porque se correría el riesgo de perder una pierna de una cornada. El caballo no debe estar domado. Basta con que obedezca a las espuelas.



A menudo los toros embisten a los guardias que permanecen a lo largo de la plaza con sus alabardas y espontones preparados. Si consiguen matar al toro, éste les pertenece. Dos veces fueron derribados y atropellados, pero no obtuvieron premio ni victoria, ya que la res pasó por encima y su deber es dejarla muerta. Los alguaciles presentan un aspecto imponente sobre sus hermosas sillas de picar bordadas, montados sobre caballos completamente cubiertos de cintas y gualdrapas. Corren por todos los sitios adonde acuden los toros, y hubiera satisfecho no poco a la concurrencia ver cómo los toros les atacaban; pero eran tan rápidos en la huida, que escapaban siempre de sus cuernos.

La fiesta sólo alcanza el ápice de su solemnidad por la tarde. Por la mañana se lidian cinco o seis toros para quienes no pueden asistir por la tarde. No se observa el mismo orden, y, en la confusión de la plaza, a menudo ocurren desgracias. Me han dicho que ese día de fiesta, por la mañana, hubo muchas personas heridas y una muerta: una cornada saltó los sesos a un hombre después de haberle entrado por un ojo .

La fiesta sólo acaba cuando anochece. Entonces los galanes entregan la colación a sus damas.

Hay en toda esta diversión una cierta crueldad inveterada que ha venido de Africa y que no emigró con los sarracenos; porque, para la mayoría de los españoles, no hay mayor placer que combatir con el toro y la plebe no encuentra mayor disfrute que verter sangre. En Argel y en Túnez se celebran, según me han dicho, fiestas semejantes, pero con mayor pompa.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

### *Jacques Carel de Sainte-Garde*

*La Carta sobre los combates de toros de 8 de julio de 1665 de Carel de Sainte-Garde es sin duda el documento más completo del siglo XVII sobre las corridas de toros ordinarias publicado por un extranjero en el Madrid barroco.*



*Carel describe minuciosamente la arquitectura de la Plaza Mayor, sus adornos tapices y telas, lugar que ocupaban los espectadores, reyes, embajadores, Consejos, nobles, el pueblo, el boato y colorido de la fiesta, lujo de las damas de la Corte y familias principales, la abundancia de carrozas, comparsas de pajes, la entrada de los reyes... Reseña datos sobre el toreo de capa y sobre la manera de dar muerte a las reses y apunta un origen de las banderillas. Finalmente, da su parecer sobre la fiesta y aventura una hipótesis sobre sus orígenes árabes.*

*Jacques Carel de Sainte-Garde era secretario del arzobispo de Embrún y fue destinado a Madrid, donde vivió entre 1665 y 1667.*

Hay en Madrid una gran plaza, situada en el centro de la Villa, que sin duda por razón de su tamaño llaman *Plaza Mayor*. Forma un rectángulo rodeado por grandes construcciones de piedra, hechas a modo de pabellones. Produce en el espectador un efecto tanto más bello cuanto que los cinco pisos de cada pabellón están adornados con balcones de hierro, a los cuales se entra por grandes ventanas. La ornamentación y arquitectura de la plaza no tienen otro atractivo, ni más belleza, que la que en estos días les presta el adorno de infinidad de ricos tapices, cortinas de costosos encajes y otras piezas de exquisito lujo y variados colores, que, tendidas a lo largo de los balcones, son buena muestra del lujo que la Corte despliega allí en los días de fiesta.

Los balcones de los pisos primero y segundo, donde los notables y los diferentes Consejos toman asiento, se distribuyen del modo siguiente: el pabellón que corresponde al lado norte lo ocupa el Rey de España, y su balcón, que avanza un poco más que los otros, está cubierto con un dosel, teniendo un sillón para el Rey, tres cojines, en la misma línea, para la Reina, y otros tres, algo más atrás, para el Infante. Los balcones de los señores embajadores que tienen asiento en la Real Capilla durante las grandes ceremonias, y que son el señor Nuncio del Papa, el señor embajador del Emperador, el señor embajador de Francia, el de Polonia y el de Venecia, están al Mediodía, frente al de Sus Majestades Católi-

cas, todos en la misma fila. Los otros embajadores que no tienen asiento en la Real Capilla, como son el de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Holanda, se colocan para presenciar la fiesta en diferentes puntos de la plaza. Los Consejos, que son altos cuerpos que existen en Madrid, unos para el gobierno político y militar de los estados de España, otros para las administraciones particulares, ocupan su puesto a la derecha del Rey, excepto el Consejo de Portugal, que está a la izquierda. Se les distingue fácilmente por los escudos de armas que tienen en los tapices de sus balcones. Estos Consejos son diez, y los enumeraré por orden de categoría: el de Castilla, que es el más importante; los de Aragón, el de la Inquisición, de Italia y Flandes; el Consejo de Indias, el de las Ordenes de Caballería, el Consejo de Hacienda, el de Cruzada y el de Guerra.

Debajo del primer piso de pabellones se coloca el pueblo, sobre un anfiteatro que se eleva en torno al recinto, excepto ante el pabellón real, porque allí se sitúan los guardias. Al pie de las gradas hay una barrera, a la altura de un hombre, que cierra la plaza, a fin de impedir que se aproximen los toros. Se dejan, sin embargo, tres puertas abiertas para que puedan entrar y salir muchas carrozas de personas principales, que vienen a pasearse por allí antes de que llegue el cortejo de Sus Majestades.

Este paseo es muy agradable, ya porque desde la arena se puede gozar de la vista del soberbio escenario de la fiesta, y de la afluencia de gente que llena toda la plaza, y que, según calculo, no bajará de cuarenta mil personas; sea para admirar el orden con que todo el mundo se coloca en el lugar que le corresponde; ya, en fin, para solazarse viendo a las damas que ocupan casi toda la plaza, y en las cuales no sé si admirar más su belleza o la riqueza de sus trajes y el brillo de sus diamantes y perlas. En una palabra: todo este conjunto, unido a los variados matices de los innumerables tapices que cuelgan de los balcones, forma una diversidad de objetos tan maravillosa, que no puede menos que sorprender. Los señores embajadores, especialmente, tienen la costumbre de dar tres vueltas en torno a la plaza seguidos de su séquito; sobresale entre todos el cortejo del señor embajador

de Francia, ya por ser el más hábil y diestro, ya por ser el único que va vestido según la moda francesa.

Al divisarse las carrozas del Rey, cosa que suele ocurrir hacia las cuatro o cinco de la tarde, cuando ya hace menos calor, se retiran todas las demás fuera de la plaza para dejar pasar libremente tanto a aquéllas como a la guardia de Su Majestad. Esta guardia acompaña al cortejo en confuso tropel, según la manera propia de desfilar de los españoles, y se compone de dos zaguanetes de alabarderos, seguidos de dos compañías de cien guardias, una de españoles y otra de alemanes, llamados tudescos. Ambas van vestidas con la librea del Rey: los primeros con calzas vueltas a la antigua y los otros a la manera suiza. Además de estas dos compañías, viene una tercera formada por veinticinco hombres escogidos, llamados *guardias de Corps* o *Archeros*, compuesta por flamencos y borgoñones, los cuales se colocan delante del pabellón real y van armados con una a modo de partesana en forma de gran cuchillo y vestidos con una hermosa casaca sobre traje negro.

A la cabeza del cortejo real van tres o cuatro carrozas, que avanzan lentamente llevando a los principales oficiales de la Casa de Su Majestad Católica y a la mayoría de los grandes de España, con los *meninos* o pajes de la Reina. Estos *meninos* son jóvenes nobles que visten traje negro, pero que no llevan capa ni espada. Sigue a estos carruajes otro que se llama *coche de respeto*, que va vacío y está tirado por seis hermosos caballos napolitanos, y otro que lleva a la Reina y a los Infantes. Este último va precedido de un correo, y se distingue de los demás por el hecho de que el cochero y el postillón no se cubren nunca. En cuanto a la forma de los carruajes, los que pertenecen a la Casa Real tienen el privilegio de poder ser tirados por seis caballos, en tanto que los demás sólo pueden llevar cuatro o seis mulas con atalajes propios de campo. En torno al coche real, a pie, marchan sombrero en mano los pajes del Rey vestidos del mismo modo que los *meninos* de la Reina. Sigue a éstos, también a pie, una parte del escuadrón de la Guardia española y alemana, que llevan detrás a sus capitanes y tenientes con bellos trajes de color y perfectamente montados. Cada oficial

lleva en la mano un bastón de mando y va seguido por cuarenta lacayos con la librea del Rey. Otros muchos oficiales y gentileshombres de la Casa Real siguen a éstos, también a caballo, y, por último, siete u ocho carrozas, donde van las damas de la Reina y las *meninas*, jóvenes de la nobleza del reino, que aspiran al rango de damas y que no usan *chapi-nes*, sino zapato bajo.

Estas damas de la Corte suelen tener de ordinario cinco o seis galanes declarados, unos como prometidos, otros como adoradores solamente, los cuales galanes las acompañan conversando alegremente con ellas. Montan briosos caballos a los que obligan a caracolear de continuo en torno a los carruajes. Estos corceles van enjaezados con multitud de cintas en la brida, a la manera francesa, en tanto que los jinetes cabalgan habitualmente a la morisca, modo de montar también llamado *a la gineta*. Esta manera de cabalgar consiste en llevar muy recogidas las piernas. Estos galanes, que como tales cuidan mucho su modo de vestir, deben ser escogidos y designados por las mismas damas que les acompañan, pues sin ellos no podrían exponerse al público. Esta galantería es, por lo demás, tan seria y grave, que pienso no sirve de gran entretenimiento a unos y otros; y tan corta, que los galanes apenas tienen media hora para gozar de su buena fortuna, que es precisamente el tiempo que transcurre desde que salen las damas del *Palacio Real* hasta que bajan de la carroza para subir al balcón, a lo que se suma el corto espacio que dura el paseo por la arena. Tienen estos galanes dos clases de enemigos declarados: algunas viejas, de ordinario viudas, vestidas como religiosas, que se llaman *Dueñas de honor* o *Guardia de honor*, cada una de las cuales va en una carroza, y tres o cuatro hombres de a caballo, llamados *Guardadamas*, que van al lado de los galanes observando sus acciones y movimientos. Y, a pesar de tantos inconvenientes y del poco espacio de que disponen para gozar de su buena fortuna, estos galanes tienen buen cuidado de aprovechar la ocasión. En cuanto a las damas, también puede asegurarse que esos días son momentos muy felices para ellas, porque estas fiestas les proporcionan el placer de mostrarse más bellas y mejor ataviadas.

Tan brillante acompañamiento cierra el cortejo de Su Majestad, que entra en la plaza al son de las trompetas y atabales de la ciudad; y, apeados de las carrozas, van a sentarse en sus respectivos balcones el Rey, la Reina, el Infante y el séquito. Se sientan todos, las damas sobre cojines de terciopelo, en una ancha balaustrada a la derecha de la Reina; los oficiales de Sus Majestades quedan de pie, en un balcón al lado del que ocupa el Rey, a su izquierda.

Una vez colocados todos, seis alguaciles, o ujieres de la ciudad, vestidos a la moda, entran en la plaza, todos ellos con una larga pértiga blanca en la mano y montando briosos corceles ricamente enjaezados a la morisca, con los pretales adornados de cascabeles y las crines trenzadas y sujetas con cintas de diversos colores, que llegan hasta el suelo. Estos ujieres se colocan ante el pabellón del Rey a fin de poder ejecutar las órdenes de su Majestad por lo que al orden de la fiesta se refiere. Al llegar a su sitio, uno de ellos, para dar comienzo a su cometido y a los preliminares de la fiesta, hace señas con un paño. Al punto se ve salir treinta y seis carros, cubiertos de verde follaje, todos ellos cargados con un tonel lleno de agua. Se colocan en la zona sur de la plaza, la atraviesan hacia el lado del norte, y, en un momento, queda regada la arena, que anteriormente había sido diseminada por la plaza de modo a evitar el polvo y para comodidad de caballos y caballeros. Poco después doce guardias destacados de la escolta española y otros tantos de la alemana forman dos filas desde la mitad de la plaza hasta la barrera, que está como a unos quince pasos detrás suyo. Al punto, los capitanes, seguidos de sus lugartenientes y de cuarenta lacayos, parten a caballo y avanzan de frente por entre esta doble fila precedidos del resto de sus soldados en confuso tropel, con sus alféreces a pie, artesana en mano. Esta cabalgata es tanto más lucida y majestuosa, cuanto que los caballeros van perfectamente montados en unos caballos que aquí llaman *pisadores*, los cuales nunca marchan al paso ordinario, sino que golpean el suelo con gran fuerza. Cuando llegan cerca de la barrera, se separan ambos jefes. Los españoles hacia la derecha y los flamencos hacia la izquierda, para que cada uno dé media vuelta a la plaza. Se reúnen en

el punto mismo donde se separaron y llegan juntos bajo el balcón real rodeados por sus escuadrones. Después de haber colocado a todo el mundo en su puesto, se retiran, dejando a la guardia española a la derecha, a la alemana a la izquierda de los guardias de Corps, y a todos en apretada fila, como sirviendo de barrera. A esta ceremonia llaman *despejo*.

Tal es, Señor, el aparato de la fiesta. De él y de la plaza sólo me resta haceros dos observaciones: primera, que como sólo se corre una sola fiera cada vez, hay un sitio para tenerlas encerradas e irlas soltando una a una dándoles salida por una puerta que se abre expresamente con este finalidad; la segunda es que el sitio donde cada toro está encerrado tiene comunicación con un corredor o patio al cual el día antes de la corrida traen muchos toros conducidos entre mansos bueyes. A esta operación llaman *encierra*.

Esta dureza de los españoles, así como su amor por el derramamiento de sangre, quedan probadas sin duda alguna por el extremado placer que experimentan hiriendo, y aun matando, a los toros cuando pasan cerca de la barrera. Existe una frase consagrada por el uso que dice que la fiesta nunca es tan bella como cuando hay derramamiento de sangre. Por esto mismo los espectadores contemplan gustosos los apuros por los que pasa el torero en algunas ocasiones, pues les causa no poca satisfacción ver cómo sale del aprieto, dado que ningún funesto accidente debe interrumpir la fiesta, a menos que el Rey se retire. Y no penséis, Señor, que exagero en lo que os digo, pues la ley del toreo ordena que, si uno de los caballeros fuese herido de modo que hubiere de ser retirado fuera de la plaza, sus compañeros podrán acompañarlo hasta la salida más próxima, pero deberán volver al instante para continuar la fiesta, aun en caso de muerte. De modo que, en estos espectáculos, como en las comedias, la escena comienza de nuevo tras esa pequeña interrupción, que debe considerarse como un sencillo paréntesis.

Para no omitir ninguno de cuantos lances ocurren en estas fiestas tanto trágicos como cómicos, os diré que uno de los mayores placeres del público es ver cómo un toro furioso persigue a un alguacil; pues como aquí estos guardias están bastante mal vistos, nada es tan grato a los espectadores

como verlos correr y desenvainar la espada para defenderse, si bien tal acción sólo está permitida en un apuro extremo. Otra cosa agradable, y que algunas veces suele verse, es que un toro, en el momento de salir del *toril*, o poco después, se lanza y cornea a una especie de fantasma o muñeco que se pone delante suyo.

Pero todavía es más agradable ver esto mismo cuando es uno de los peones quien lo ejecuta, a fin de dar una *lanzada* como ellos dicen. Para eso toman un palo algo resistente, apoyan un extremo en el suelo, hincan una rodilla en tierra y presentan al toro el otro extremo, donde hay un hierro acerado. El animal se precipita contra quien lo desafía y llama su atención, y se clava él mismo, de suerte que la punta y el mango lo atraviesan por completo mientras continúa corriendo y saltando en tanto sus fuerzas se lo permiten. Os puedo asegurar que nada hay más gracioso, ni tampoco más grotesco.

Cierto es que una vez vista una corrida, las demás se convierten en enojosas y aburridas, pues siempre se ve lo mismo y, satisfecha la curiosidad, repugna la carnicería...

(Jacques Carel de Sainte-Garde, *Carta dirigida en 1665 al señor D.L.M. describiendo las fiestas de toros*, en *Memorias curiosas enviadas desde Madrid*, París, Frédéric Leonard, impresor del Rey, 1670.)

### *Antonio de Brunel*

La *Plaza Mayor* es muy hermosa. Es un poco más larga que ancha, y en todos sus lados se ven casas uniformes, que son las más altas de Madrid. Todas ellas están rodeadas por dos o tres hileras de balcones, donde se apiñan los espectadores los días que hay fiestas de toros, que son las ceremonias más célebres de España.

Permanecemos aquí para presenciar este festejo. Es —se dice— una diversión que tiene su origen en los árabes, y que conserva mucho de la barbarie antigua. Están tan arraigadas entre los españoles, que todas las ciudades tienen su propia fiesta, y no se sentirían felices si dejasen de celebrar-

la. El Rey nunca se atrevería a faltar a la que tiene lugar en Madrid sin que el pueblo murmurase. [...]

Mas como tales supuestos se me antojan injuriosos, dada la gravedad de los españoles, yo creo que lo que les lleva a tales lances no es tanto atestiguar un constante amor o una pasión, que ni su temperamento ni su vanidad permiten, como su pasión por la lucha y su gusto por estos bellos espectáculos, a más de que les agrada satisfacer su vanidad. Sea como fuere, es lo cierto que estos hombres valientes eran originariamente caballeros de las principales familias. Entraban en la plaza cinco o seis con un gran séquito de lacayos vestidos con librea de brocado adornada con lentejuelas, quince o veinte caballos conducidos por palafreneros y muchas mulas ricamente enjaezadas y cargadas con unas lanzas para la justa que aquí llaman *rejones*. Pero esto sólo se ve en las fiestas reales. En aquéllas que costea la ciudad, los *torreadores* se presentan con dos ayudantes vestidos de tafetán de color, que marchan al lado del caballero llevando manojos de lanzas. Estas lanzas o *rejones* están engastados en unos palos de madera de abeto muy seco, a fin de que no se rompan fácilmente según es costumbre en estos combates, siendo el asta aproximadamente de cuatro o cinco pies de largo. Todos los jinetes disponen de varios caballos escogidos de entre los más hermosos que han sido especialmente domesticados para la fiesta. Con frecuencia los cambian; unas veces para lucirlos; otras, que suelen ser las más, por necesidad, pues no es extraño que el toro los hiera, dejándolos inútiles para la lucha, o los mate. Cuando estos percances ocurren, la ciudad tiene obligación de darles otro caballo que reemplace al muerto o al que ha quedado inutilizado. El traje de caballero es habitualmente negro, con capa, espada ancha y corta y una daga; lleva el caballero varias plumas de color en el sombrero, una especie de botines blancos y *acicates* o espuelas doradas, a la morisca, que sólo tienen una punta.

Sólo pueden entrar en la plaza ellos y seis alguaciles acompañados por quince o veinte hombres llamados *peones*, cuyo oficio es animar a los toros y ayudar a los caballeros. Saludan a Su Majestad y a las damas y, sin poner el pie en

tierra, piden al Rey que se digne ordenar el comienzo del combate que ellos están dispuestos a librar. Concedido el permiso real, suenan las trompetas y al punto el alguacil se dirige cabalgando a galope tendido hacia el *toril* para abrirlo. Habitualmente, este local está bastante oscuro; por eso, al abrir su puerta, el toro queda deslumbrado por la luz que viene del exterior, lo cual, unido al hecho de que los *peones* le griten, hace que el animal se lance a la plaza con la cabeza baja corriendo de un lado para otro y precipitándose veloz sobre cuanto se pone ante su vista. Las gentes de a pie esquivan su furiosa acometida, y los más ágiles y diestros en la carrera le clavan pequeños dardos a fin de irritarlo aún más. Los caballeros que deben correr a su encuentro hacia el centro de la plaza, y que sólo pueden luchar frente a frente, acuden a desafiarlo tomando una lanza o *rejón* en la mano derecha, cogido a modo de puñal y presentando la punta al toro cuando éste se vuelve hacia ellos. Los más atrevidos suelen avanzar hasta hundir la punta del *rejón* en los mismos cuernos del animal, acción estimada como de valor inaudito. Los caballeros procuran atraer al toro por cuantos medios están a su alcance. En esta tarea les auxilian los *peones*, quienes tienden sus capotes al animal, o los mueven, a fin de llamar su atención. El toro se lanza contra el caballero, que, tranquilo, espera el ataque, y, en el momento oportuno, hace avanzar su caballo, y pasando por el costado del toro, a la mano izquierda, le clava la lanza en la cruz por encima de los cuernos, y la rompe; o mejor, como el caballero, una vez clavada, la sostiene con fuerza, el toro mismo se atraviesa; y si el jinete acierta a dirigirla bien y la clava en el sitio adecuado, el animal cae fulminado y muere al instante. Asestar un golpe como éste prueba la destreza del torero; y cuando éste tiene la fortuna de herir al toro en la cruz y atravesarle el corazón, y el animal cae como fulminado por un rayo, suenan los clarines y las trompetas en señal de regocijo, y el héroe recorre la plaza, sombrero en mano, recibiendo las felicitaciones y ovaciones de los espectadores, quienes agitan sus pañuelos, lo cual es en este país prueba de amistad, estima y cariño. No se crea, sin embargo, que todos los toros sucumben de esta manera, pues como tales golpes



de fortuna no suelen prodigarse, los que de ordinario recibe no impiden al animal moverse y correr de un lado a otro durante mucho tiempo. A juzgar por los saltos y mugidos que da el toro, algunas heridas en el cuello deben molestarle muchísimo. Y como lo que desean los espectadores y más gusto les procura es ver el máximo número de toros en el mínimo de tiempo, cuando los *peones* ven herido al animal, acuden veloces y le asestan infinidad de golpes por todo el cuerpo procurando desjarretarlo para terminar con él lo antes posible. La mayor parte de los toros mueren de este modo; pues, como los caballeros no deben tocarlos ni combatir con ellos, una vez heridos, se los dejan a los *peones*, y mientras otro toro se presenta en la plaza, andan ellos haciendo reverencias y saludando a las personas distinguidas, ya para recibir plácemes, ya para no estar ociosos, que es lo que, por encima de todo, debe evitar el caballero. Tampoco es raro ver que el valor y coraje del toro impidan vencerlo en poco tiempo a pesar de las heridas que se le han infligido. En ese caso manda el Rey que traigan seis mastines que la ciudad tiene el cuidado de mantener amaestrados para la ocasión, y los sueltan para que luchen con el toro. Se lanzan furiosos contra el animal y lo agarran por las orejas y el cuello, lo cual es, para mi gusto, lo mejor de la fiesta, pues como el pobre toro se encuentra totalmente atrapado contra su voluntad, hace inauditos esfuerzos para desasirse de estos molestos e impertinentes enemigos, y, cuando puede, los arroja al aire, lo que produce no poco regocijo en el público. Mas, por mucho que el toro se defienda, los perros consiguen sujetarlo, y entonces los *peones* terminan la faena asestando al animal toda clase de golpes.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

### *Bernardin Martin*

*Bernardin Martin fue médico de Jean Hérault en su viaje por España durante año 1669. En su estancia en Madrid, el apotecario Martin se interesó mucho por las fiestas de los*



toros, que describió en una obra anónima publicada en 1669. Aunque se refiere mucho más sucintamente que Carel de Sainte-Garde a los aspectos externos de la pompa, ceremonial y protocolo de la fiesta, analiza, sin embargo, con cierto pormenor sus detalles y preparativos. Menciona así la conducción nocturna de los toros al toril de la Plaza Mayor desde la Casa de Campo, el precio del alquiler de los balcones, el coste de la fiesta, orden de la comitiva, atuendo de la guardia, modos de rejonear...

El Domingo 15 de Junio fui de paseo al *Puente de Segovia* para asistir a la fiesta de los toros. Primero se saca a las reses de la *Casa de Campo* para conducir las al *toril*. Se llama así al lugar donde se las encierra. Pero, como la mayor diversión del pueblo consiste en ver a estos animales e irritarlos, rara es la vez que no matan a alguno al cruzar el río, y, sabiendo por experiencia que esto les daña y acobarda, se les hizo pasar de noche. Dan bastante trabajo hasta hacerles entrar en el *toril*.

Al día siguiente se lidiaron cuatro toros en la plaza del Palacio. Algunos gentileshombres los atacaron con grandes lanzas. Los más curiosos acuden muy temprano, de lo que alguno siempre habrá de arrepentirse, ya que, no existiendo sitio alguno donde ponerse a cubierto de las fieras, éstas voltean e incluso, en ocasiones, matan a alguno de estos espectadores. Por el contrario, las personas que están a caballo con lanzas no corren riesgo ni peligro alguno. En cuanto a mí, libre de extravagantes curiosidades, me contenté con saber que dos o tres desgraciados habían sido víctimas de estos animales.

Como se acercaba la hora de ir a presenciar la fiesta que tiene lugar en la *Plaza Mayor* de Madrid, abandonamos a eso de las dos nuestro alojamiento para trasladarnos al balcón que se nos había reservado. Como el combate no empezó hasta las cuatro, tuve tiempo de contemplar los preparativos de esta Fiesta. Paso ahora a describirlos.

La plaza es bastante hermosa y está situada en el centro de Madrid. Se llama *Plaza Mayor*. Tiene cuatrocientos treinta y cuatro pies de largo, trescientos treinta y cuatro de ancho y mil quinientos treinta y seis de perímetro. Está ro-

deada por ciento treinta y seis casas, todas parecidas, las cuales tienen cinco pisos e igual número de balcones. Se dice que esta plaza tiene capacidad para más de cuatro mil personas y que, en los días de toros, caben setenta mil. Es verdad que, en esos días, es enorme la afluencia de público, que llega incluso a colocarse en los tejados. Pero tengo mis dudas sobre si la cifra puede o no resultar abultada. Es posible pasear a todo alrededor de esta plaza por unos soportales sostenidos por pilastras sobre las que se levantan parte de las casas. La *Plaza Mayor* está ocupada por un lado por los comerciantes de paños, que tienen hermosas tiendas. El resto lo está por mercaderes de toda laya. En el centro se celebra el mercado, como en los *Halles* de París. Algunos días, antes de la fiesta, el arquitecto del Rey inspecciona estas casas, por si hay algo que reparar con el fin de evitar accidentes. Durante esos días, los vecinos de la *Plaza Mayor* dejan de ser dueños de sus casas, pues, por mandato real, es posible acomodar en ellas a cualquier persona. Los oficiales de los Consejos y de la Casa Real no pagan por sus sitios. Algunos los ceden a su servidumbre en recompensa por los servicios prestados. Alrededor de toda la plaza se levantan andamios para el público.

La fiesta se anuncia con dos o tres días de antelación para que pueda hacerse todos los preparativos pertinentes. La víspera se celebra por la tarde el gran paseo. Entonces sólo se escuchan guitarras y castañuelas. Todo son bromas y risas y puede decirse tonterías y hacer chocarrerías que, en otras circunstancias, darían lugar a reyertas.

Justo es confesar que este espectáculo tiene algo de grandioso y que resulta agradable ver todos estos balcones abarrotados de tanto público y completamente engalanados con hermosas colgaduras. Contemplándolos uno no puede dejar de pensar en las fiestas de la antigua Roma. Me fijé complacido en los distintos pormenores que ocurren habitualmente: todos los galanes hacen cuestión de honor conseguir un buen sitio para su dama y enviar a su balcón aguas, dulces y todo lo mejor que brinde la estación. Y así lo hacen, desde el más modesto hasta el más encopetado, pues el español, aunque no tenga nada que comer, siempre se empecinará en esta cir-

cunstancia con tal de satisfacer su pasión y afición, origen, por otra parte, de las numerosas rencillas y discusiones que se producen entre ellos y que sirven de diversión a todos los que, como yo, permanecemos al margen.

Alrededor de las cuatro, la *Compañía de la Guardia española* hizo su entrada marcial con plumas en los sombreros, uniformes de terciopelo amarillo con jubones y calzas acuchilladas a la suiza por las que sobresalían franjas de tafetán carmesí. A su cabeza iban el capitán y el teniente ligeramente vestidos, con jubón bordado, pequeñas botas blancas bien ajustadas a las piernas y espuelas de plata. Los sombreros estaban guarnecidos con plumajes blancos ligeramente entremezclados con plumas negras. Los jinetes cabalgaban hermosos corceles magníficamente enjaezados y con las crines adornadas con profusión de cintas que les pendían por delante hasta casi llegarles al suelo. Después de haber dado una vuelta a la plaza, fueron a situarse debajo del balcón del Rey y la Reina.

Entró después la guardia alemana, dispuesta asimismo para la Fiesta, y, después de dar una vuelta a la plaza, marchó a apostarse junto a la otra.

Hizo su aparición finalmente la guardia flamenca con sus oficiales, que hizo lo mismo que las anteriores y marchó a situarse junto ellas. Se la llama también *compañía de Armeros de la conchilla* y se trata más bien de guardias de Corps que preceden a Sus Majestades.

Cuando las tres guardias terminaron de entrar, llegó la Justicia, que dio también una vuelta a la plaza acompañada por algunos alguaciles, quienes se ocupan de reprimir cualquier desorden.

Llegaron entonces el Rey y la Reina a su balcón en compañía del Duque de Pastrana. Permanecía de pie detrás del Rey cubierto la mayor parte del tiempo, ya que su cargo y categoría de Grande le conceden dicho privilegio. Al lado derecho de dicho balcón estaban las *damas de palacio*, que son *doncellas* y *damas de honor* de la Reina, y, al opuesto, los *meninos* del Rey, que son niños de alcurnia.

El Nuncio y sus embajadores tenían sus balcones al lado opuesto de la plaza, frente al del Rey.

Una cuarto de hora después de su llegada, el Rey hizo la señal con el pañuelo para que se procediese al *despejo* de la plaza, esto es, a su evacuación, ya que, habitualmente, está invadida por el populacho que se pasea y que, en ocasiones, empaña la belleza de la fiesta. La guardia hizo salir rápidamente a toda esta gente. Después se regó la plaza en un instante con cerca de cincuenta carros cargados con cubas llenas de agua. La guardia volvió a situarse en su sitio completamente protegido, pues el toro la embiste a menudo. Acto seguido, se presentó ante el Rey el capitán de los *Archeros* que montaba uno de los más hermosos corceles negros que yo jamás he visto. Llevaba, por todo adorno, la crin delantera guarnecida con cintas de color de fuego. Este oficial era un hombre de buena planta, vestido de negro y con golilla. Hizo dar cien corvetas a su hermoso corcel sin dejar de hablar con el Rey y la Reina.

Mientras tanto entraron en la plaza los toreros, jinetes sobre muy hermosos caballos y con muchos criados diversamente ataviados con libreas abigarradas de falsos galones. Se me dice que los grandes lidiaban toros ante Felipe IV, quien jamás entraba en la plaza sin cien de estos lacayos magníficamente ataviados.

Terminadas todas estas ceremonias, quedan únicamente en la plaza quienes han de participar en la lucha acompañados a pie por parte de sus ayudantes así como cuatro alguaciles montados a caballo, que permanecen allí para ordenar que se dé salida al toro, que se le arrastre fuera de la plaza cuando esté muerto y ceder sus caballos a los *toreadores* si los que éstos montan resultan heridos por el toro y, consiguientemente, quedan indefensos. Cuando esto ocurre, tienen el deber de poner pie en tierra y acomodarse en otro lugar.

Conviene destacar que el peligro es menor conforme es mayor el número de lidiadores, ya que pueden ser socorridos más rápidamente atrayendo la atención del toro hacia otro punto.

Estando todo dispuesto en la forma que acabo de referir, el Duque de Pastrana, como Mayordomo mayor, arrojó la llave del *toril* al primer alguacil, quien, al instante, corrió a

galope tendido para que saliera uno de los toros, en tanto que los trompetas hacían la señal. Irrumpió el toro saltando con furia, pues se le agujonea por ciertos agujeros para irritarle. Cuando las reses se muestran frías y flojas, los criados las estimulan con sus silbidos y las irritan con sus sombreros y capas de modo a obligarlas a embestir a sus dueños, que les aguardan con el rejón y tratan de golpearlas en medio de los cuernos, pues esta herida resulta mortal. Pero son pocos los que dan con el lugar exacto y la mayoría sólo acierta a asestar el golpe en las proximidades. Para que el impacto sea certero, es preciso que conserven en su mano la astilla del *rejón* y que la parte por donde va el hierro quede clavada en el toro. Algunos de éstos llegan a aguantar antes de doblar hasta cinco o seis golpes. Los primeros, más que enfurecerles, los debilitan. Me di cuenta enseguida de que dos de estos animales, que en un principio recibieron el impacto en la parte a que acabo de aludir, apenas duraron debido a la gran cantidad de sangre que perdieron, y fueron abatidos rápidamente.

En estas fiestas se lidian ordinariamente unos quince o dieciséis toros. Algunos son destinados a los perros, lo que proporciona no poca diversión al público. Los toros lanzan por los aires a algunos de estos animales, que vuelven a la carga con admirable valentía. Se suben encima de los toros a los que destrozan las orejas atacándoles por doquier.

Hay también hombres del populacho que, armados con una especie de media pica, cuyo asta es seis veces más gruesa y fuerte que la del toro y el hierro más ancho y largo, se sitúan ante el *toril* rodilla en tierra y el pie encajado en un pequeño agujero de modo a estar más firmes y, en semejante disposición, aguardar resueltos la embestida del toro. Cuando éste aparece, asombrado por esta postura, nunca deja de precipitarse hacia ellos, y, cuando el hombre es diestro, llega en ocasiones a atravesarle de parte a parte y, tumbándose a un lado, el toro pasa por encima de él sin causarle el mínimo daño. En la primera fiesta en que estuve pude ver a alguno de estos hombres.

Mediada aproximadamente la primera fiesta, entró un bufón grotescamente ataviado en una especie de litera des-



cubierta tirada por dos asnos adornados con gasas, algunas cintas insignificantes y follaje. Empuñaba una de estas barras a las que acabo de referirme. El desgraciado, creyendo demostrar grandes habilidades, aguardó al toro. Éste, después de recibir los *rejones*, le embistió en un rincón de la plaza derribándole en el acto y arrojándole al suelo. Podía darse por contento por haberse librado de una buena cornada. Pero uno de sus asnos la recibió por detrás. Si el lance hubiera ocurrido en el centro de la plaza, no hubiera podido contarle el pobre caballero andante y la broma hubiese divertido aún más a los espectadores. Creí, en un principio, que se trataba de algún descendiente de Don Quijote redivivo y recién llegado en busca de fortuna. Pero la acción desagradó sobremanera a los *toreadores*, que hacen de estos combates asunto de honor y no gustan que se bromea sobre ellos. Algunos incluso se escandalizaron de tal forma, que no dudaron en criticar a los señores de la Villa, que lo habían permitido para divertir al Rey.

Hay gente del pueblo tan atrevida y diestra que acierta a clavar un puñal o un venablo entre los cuernos del toro cuando pasa delante de ellos y, en el momento en que la fiera les embiste y se ven apurados, le arrojan su capote a la cabeza o se tumban en el suelo boca abajo eludiendo así la furia del toro que, en ocasiones, les pisa y patear. Pero, como reciben socorro inmediatamente, salen indemnes del lance.

Los deseos que muestran los habitantes de esta nación por dar muerte a estos animales son indescriptibles. Si, por casualidad, la pobre bestia pasa cerca de los andamios, la acribillan con mil estocadas, y cuando ya ha sido abatida, acuden allá porfiando por ver quien le da más cuchilladas y quién se apodera del rabo y de las partes más vergonzosas, que se llevan envueltas en los pañuelos exhibiéndolas a modo de trofeo y como prueba de alguna sonada victoria. He visto incluso a algunos frotar su espada con la sangre derramada por los pobres animales: el populacho se ensaña terriblemente en todas estas acciones y es patente que, en esos días, se nos muestra más furioso y encolerizado que de costumbre, y, así, jamás presencié fiesta en la que no haya habido

riñas o en la que los hombres no se maten o golpeen por el motivo más nimio».

(Bernardin Martin, *Viajes hechos en diversas épocas por España, Portugal, Alemania, Francia y otros lugares*, por Monsieur M\*\*\*\*, Amsterdam, George Gallet, 1699.)

### A. Jouvin

*No alcanza la descripción de la fiesta de toros en la Plaza Mayor de A. Jouvin la brillantez y detalle de las de Carel y Martin. Su desarrollo sucinto y esquemático responde al carácter ficticio del libro de viajes de Jouvin. Se recogen, en efecto, aquí tópicos que ya están presentes en otras relaciones con la finalidad práctica de servir de guía e itinerario a otros viajeros.*

Entramos en la *Plaza Mayor*, que está situada a la derecha de la *calle Mayor*. Allí se celebra el mercado todos los días. Todas las casas que la rodean presentan una misma arquitectura. Tienen una altura de cinco o seis pisos con balcones a todo alrededor, lo que permite a los espectadores ver el conjunto de la plaza cuando se celebran allí corridas de toros. Tuvo lugar una precisamente el día del Corpus. Cubren de arena entonces todo el pavimento de la plaza, que está enteramente rodeada de bancos a manera de un anfiteatro para los espectadores. Más arriba están las galerías, donde el Rey tiene su sitio en un palacio que llaman *el Consistorio*, desde donde puede presenciar ese espectáculo. Varios gentileshombres, caballeros bien montados, diestros en manejar sus corceles, aparecen en el centro de esa gran plaza. Se suelta un toro furioso. El animal va con la cabeza baja para embestir y derribar con sus cuernos a alguno de estos caballeros, quienes, viéndolo aproximarse, después de haber esquivado la furia del animal, apartando diestramente su caballo, sin dejar de correr le clavan un dardo con el que le atraviesan. El toro, sintiéndose malherido, aún se pone más furioso y trata de herir a quienes se ponen a su alcance, de suerte que, algu-

nas veces, alcanza con sus cuernos al caballo de algún jinete, y también, en otras ocasiones, al mismo jinete, o bien embiste a uno de estos combatientes con sus cuernos y le obliga a dar un salto muy grande por encima de su cabeza. También se ve algunas veces a ese toro con miles de heridas, y con varios dardos clavados sobre su cuerpo que le atraviesan por todas partes. Aun así, algunas veces todavía no muere, salvo si ha sido herido en el corazón o en alguna parte donde el golpe sea mortal. Me sorprendió especialmente al comienzo de esa lucha la temeridad de un hombre que se presentó empuñando la lanza para enfrentar el primer choque del toro cuando salió furioso de su caverna. Yendo a acometerle, amagó clavarle su lanza entre los dos cuernos, donde se quebró en mil pedazos, y al punto este diestro temerario se arrojó al suelo para permitir al animal pasar por encima suyo sin herirle y enseguida se retiró del campo.

Habiendo muerto el animal, lo retiraron para soltar otro. Algunas veces se llega a soltar hasta diez o doce toros, como ocurrió un día. Esta fiesta se celebra en otras ciudades de España. En ésta creo que había más de cincuenta mil personas, entre ellas varios príncipes. También estaban presentes todos los embajadores extranjeros, cada uno colocado según su rango. Así, el de Francia estaba el primero en una galería situada enfrente del Rey, cubierta con un hermoso dosel, donde se veían las armas de Francia y un gran tapiz sembrado de flores de lis bordadas en oro. Estaba también, a su lado, el embajador del emperador, el de Inglaterra y otros reyes de Europa.

(A. Jouvin, *El viajero de Europa, donde están los viajes de Francia, Italia, Malta, España y Portugal*, París, D. Thierry, 1672.)

#### CRONOLOGÍA DE LAS FIESTAS DE TOROS MADRILEÑAS: JEAN LÉONARD

*Una relación de Jean Leonard permite reconstruir la cronología exacta de las fiestas de toros celebradas en honor de la reina Mariana de Neoburgo, segunda mujer de*

*Carlos II, en el curso de su itinerario por España. El interés del texto es meramente documental.*

Madrid. 16 de Mayo. Después de cantarse el *Te Deum* con música, Sus Majestades se trasladaron a sus habitaciones, desde donde tuvieron la satisfacción de contemplar la plaza de Palacio iluminada con infinidad de luces y ver correr a continuación dos toros cubiertos de fuegos artificiales, a los que el estruendo, tanto como las llamas, les hizo vibrar terriblemente.

Madrid. 22 de Mayo. Entrada pública de la Reina. Esta tarde transcurrió con increíble esplendor y la fiesta duró varios días. Se encendieron en los balcones del mercado más de dos mil hachones de cera blanca, y después de que Sus Majestades hubieran presenciado una fiesta de toros que se hizo en esta plaza, regresaron al *Retiro*, donde se les obsequió durante dos días consecutivos con la misma diversión.

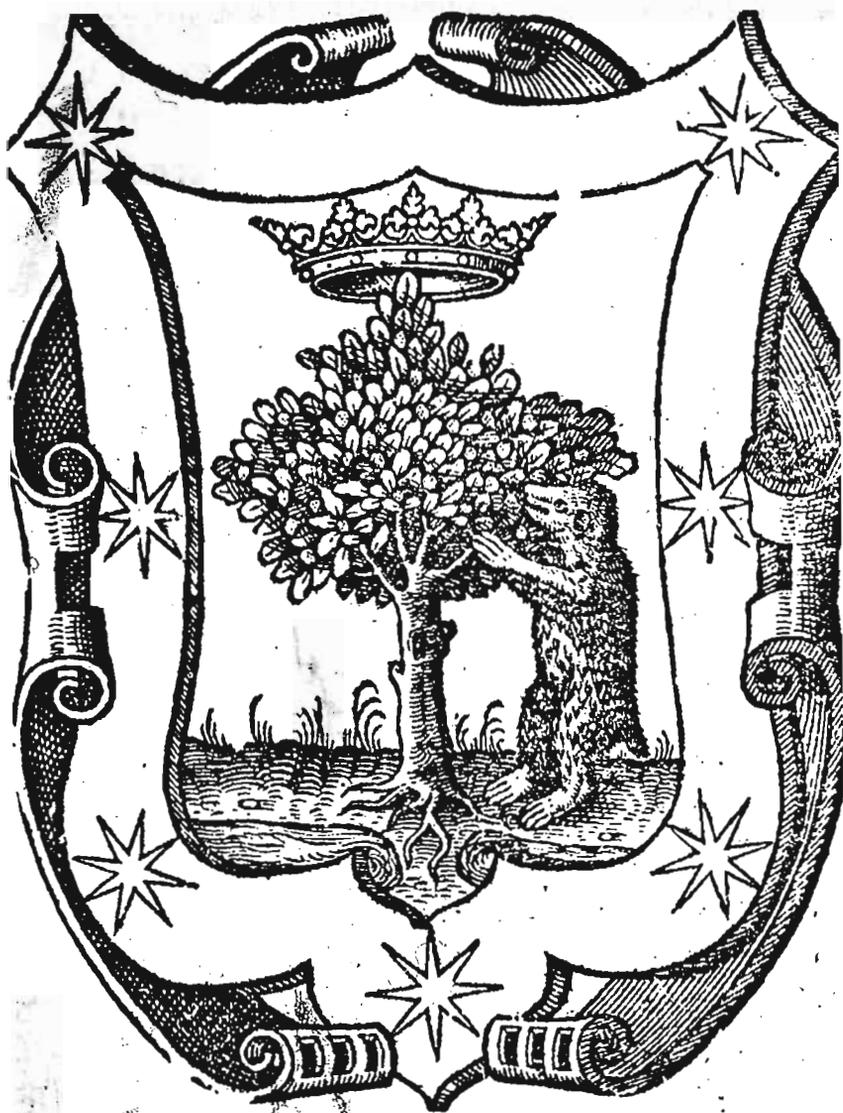
(Jean Léonard, *Diario de viaje de la reina, desde Neoburgo hasta Madrid*, Bruselas, Jean Léonard, 1690.)

## Entradas solemnes de viajeros en Madrid

LA ENTRADA EN MADRID DE ANA DE AUSTRIA NARRADA  
POR UN CRONISTA OFICIAL: LÓPEZ DE HOYOS

*Las relaciones oficiales de entradas triunfales en el Madrid barroco de ilustres viajeros españoles o extranjeros constituye un género literario autónomo dentro de las relaciones de fiestas profanas de las llamadas “grandes alegrías” (victorias, proclamaciones reales, mojigangas teológicas, canonizaciones, fiestas minervales...) Habitualmente, el Concejo madrileño ordena la narración de un sucedido o fasto solemne a un funcionario o cronista oficial que, en tono laudatorio o hiperbólicamente apologético para con la ciudad, describe exhaustivamente los hechos y celebraciones del “tan señalado día”.*





Escudo de la villa de Madrid, en Juan López de Hoyos, *Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid recibió a la Serenísima reyna D. Ana de Austria* (Madrid, Juan Gracián, 1572).

*Uno de los textos más representativos del género es la narración del maestro López de Hoyos de la solemne entrada en Madrid de la reina Ana de Austria el 26 de noviembre de 1570 tras su matrimonio en Segovia con Felipe II. Nada omite este documento sobre la que ha sido calificada fiesta más importante del siglo XVI español: descripción de decoraciones y obras efímeras, relación de obras «perpetuas», festejos, descripción de emblemas, inscripciones que adornaron arcos y monumentos, ropajes y atuendos de los miembros de la comitiva real... López de Hoyos describe minuciosamente todo el esplendor de la fiesta madrileña.*

*La celebración emerge aquí como espectáculo teatral exaltador del poder de los príncipes. Máquinas arquitectónicas, como vallas, pedestales, arcos, pirámides, podios, carros... erigidos en un entorno alegórico y simbólico en donde confluyen los trabajos del arquitecto, escultor y pintor son los símbolos que ostenta Madrid para afirmar su fama y poder desplegando una espectacular escenografía visual de la imagen ante los ojos atónitos del pueblo. Las arquitecturas efímeras representan historias antiguas y modernas que informan a la visitante sobre el pasado ilustre la villa: pinturas y estatuas de dioses de la antigüedad, arcos formados por colosos, grupos escultóricos, representaciones de Atlas, invenciones... Símbolos políticos del poder, como arcos triunfales, celebran la autoridad real. Imágenes mitológicas dan la bienvenida a la Reina: la diosa Atenea, rodeada por las ninfas, ofrece a Ana de Austria un simbólico ramo de flores. Los poderosos, actores principales de la fiesta, lucen atuendos para la ocasión que el cronista describe pormenorizadamente. Los terciopelos, rasos, damascos, tafetanes y sedas de colores y grana que el Concejo madrileño compra a sus oficiales reafirman, en efecto, el carácter ostentoso y profundamente teatral de la fiesta barroca madrileña.*

Cap. II. De lo que Madrid hizo y previno para la venida de su Majestad.— El cuidado y voluntad tan aficionada a servir a sus Reyes y señores, y en particular a quien tanto debe como católico Rey don Felipe II nuestro señor, ha sido

cierto digna de muy gran renombre, y de otro estilo que con palabras más graves y más significativas declararan lo mucho que para este tan deseado y felice recibimiento previno, así en calidad (como parecerá) como en gastos bravísimos y muy suntuosos. Primeramente por todos los caminos donde su Majestad había de venir se dio orden de muy gran copia de bastimentos, y los pasos dificultosos y de grandes atolladeros allanó, así con calzadas de argamasa, como con ingenios y otros instrumentos fortaleció, para que queden perpetuas. En particular se remedió uno de los más importantes puertos, o entrada que había a un pago que llaman Vanigral, distancia de media legua de Madrid. Han trabajado en él más de ciento y cincuenta hombres cada día. Gastóse grande número de carretadas de piedra. Allanóse un cerro y queda enlosado, que se representan aquellas vías stratas Romanas (de esto y de la puerta de Guadalajara y su ornato, fue comisario Pedro de Herrera, regidor antiguo de este pueblo, varón celoso en las cosas tocantes al bien público) y otros muchos barrancos y obras harto necesarias que la buena venida de su Majestad ha remediado.

Salida del prado de san Jerónimo.— Esta tan santa vecindad hace esta recreación pública muy calificada y a esta causa llaman el prado de S. Jerónimo, en el cual se ha hecho una calle de más de dos mil pies de largo, y ciento de ancho, plantada de muchas y diferentes suertes de árboles muy agradables a la vista. Al lado izquierdo como entramos hay otra calle muy fresca de la misma longitud y tamaño, y de muy gran arboleda de una parte y de otra muchos árboles en las huertas que la cercan. Los árboles están plantados por sus hileras muy en orden, haciendo sus calles proporcionalmente, mezclando las diferencias de árboles, para que sean más umbrosos y agradables.

En esta calle a sus lados se hicieron cuatro fuentes de singular artificio, suntuosa fábrica y particular comportamiento. Todas cuatro son de una muy excelente piedra berroqueña; hace cada una, una bacía que hace una taza redonda. Tiene de diámetro diez pies, media vara de borde, vaciadas por de dentro y aovadas por de fuera, asentadas sobre un



baluarte de cinco pies de alto, y grande corpulencia en su contorno. Tiene cada fuente unos adoquines de piedra labrados harto polidamente, que tienen de diámetro diez y siete pies.

Cap. III. En el que se pone el alegría y regocijo que se hizo sabida la nueva de la desembarcación.— Este día se holgó generalmente por todos, y se tapizaron las calles con muchas sedas y brocados por donde la procesión había de pasar. Venida la noche, por todas las torres de todos los templos y casas principales, y en las torres y capiteles de la puerta que llama de Guadalajara, mandó distribuir el Corregidor y senado de esta villa grandísimo número de hachas para luminarias, y así se pusieron, que realmente parecía de día, así con esto, como con los ingenios de fuego, que por todas las plazas y calles de todo el pueblo se pusieron, no diciendo lo que cada uno en particular ponía de sus ventas.

Cap. VI. De la entrada de su Majestad en Madrid, y orden de su real recibimiento.— Llegados el veinte y seis de Noviembre, domingo, continuándose la claridad y clemencia del cielo, para que la venida de Su Majestad fuese más cómodamente solemne, y se pudiese el gran concurso de gente, que de toda España (por verla) había concurrido extender, y dilatar por los campos, fue cosa de admiración la frecuencia y gran concurso de gente, que más de una legua antes que Su Majestad llegase a Madrid, se había esparcido por una parte y por otra del camino. Parecía un muro de espesura la gente que por doquiera había.

Orden de la salida del ayuntamiento a recibir a Su Majestad.— Habiendo su Majestad gustado mucho de este espectáculo, el ayuntamiento y senado de esta villa, habiendo ya venido desde su tribunal, todos juntos con muy concertada música de trompetas, atabales y menestres, procediendo todos sus ministros de justicia, con libreas de grana de polvo, franjas de carmesí, a estos siguiendo los escribanos de ayuntamiento, y procurador general de la república, que en

el pueblo Romano llamaron Tribuno del pueblo, con jubones de raso y calzas de terciopelo blanco, media de aguja, zapatos de terciopelo, espadas doradas, vainas y tiros de terciopelo blanco, ropas que llaman rozagantes de terciopelo turquesa, forradas en raso amarillo, gorras de terciopelo negro, con plumas del color del vestido.

Ropas y trajes de regidores.— Seguía el Corregidor, y los señores de ayuntamiento y el licenciado Gaspar Duarte de Acuña su teniente, y toda la más justicia, con aquellas vestiduras senatorias hasta en los pies, que en tiempos de los Romanos fueron tan celebradas. Eran de terciopelo carmesí forradas en tela de oro: jubones de raso blanco, con botones de oro, muslos de terciopelo, con tafetanes de tela de oro, y media de aguja y zapatos de terciopelo, espadas doradas, gorras de terciopelo, con sus plumas y piezas de oro, collares de oro, con mucha pedrería, gualdrapas de terciopelo, frenos, estribos y guarniciones de caballos doradas.

Primer arco triunfal de mucha historia y poesía.— A la entrada de Madrid se fabricó un arco triunfal de la mayor máquina y majestad que hasta hoy a ningún príncipe se ha fabricado, ni jamás hecho. Fue cierto exquisitamente elegido y muy bien ordenado y puesto en toda razón de arquitectura del orden que los arquitectos llaman corintia. Su altura desde la planta hasta el último remate es de ciento doce pies y de ancho ciento uno compartidos en la manera siguiente:

Su fundación fue sobre cuatro pedestales que hacían división de tres arcos. Tiene cada pedestal catorce pies de alto. Los que dividen el arco mayor de los colaterales, tienen de ancho dieciocho pies cada uno, y los otros dos que vienen en lo último del ancho del arco a siete con su basa y cornisa de todo relieve.

El arco de en medio tenía de ancho veinticinco pies y de alto cincuenta y los dos colaterales, cada uno de ellos a trece pies de ancho, y lo alto de su proporción con que se acaban los ciento uno pies que tiene esta arco de ancho.



Sobre estos pedestales se levantan seis columnas con sus trapilares, que tenía de alto cada una treintaseis pies y medio, y el grueso proporcionado con su altura. Cada uno tenía sus basas y capiteles dorados y estriados de arriba a abajo que hacían muy suntuosa y soberbia fábrica.

Las cuatro de estas columnas hacen dos nichos a los lados del arco de en medio: en medio de cada uno de estos nichos pusimos un emperador de bulto, que más políticamente llamamos de todo relieve.

La delantera tan suntuosa, y de tan gran máquina, se pobló de la historia que aquí se representara, y el reverso de este arco de conceptos poéticos, para que en su compostura fuese muy esclarecido, y en su variedad muy agradable, esto así presupuesto.

En el de la mano derecha estaba el Emperador Carlos V, padre del rey D. Felipe nuestro señor y abuelo de la reina nuestra señora. [...]

Los tránsitos de los tres arcos eran hasta el alto de los pedestales de jaspe muy bien acabado y de allí arriba guardaba su proporción de arquitectura unos artesones en toda la vuelta, con que remataban los colaterales, el de en medio tenía dos figuras muy bien formadas al lado derecho del arco, en este tránsito, que como habemos dicho era bien ancho, y desenfadado, pusimos una matrona de grande autoridad. Tendría más de veinte y cinco pies de alto, de color de bronce muy bien imitado. Esta representaba a Madrid, hacía una reverencia a Su Majestad humillándose, con la mano derecha le ofrecía un corazón dorado, rodeado con siete estrellas, las cuales Madrid trae en sus armas por orlas, su declaración, y todas las armas de Madrid, hallarlas ha el curioso lector en el libro fue del tránsito de la reina doña Isabel de Valois compusimos. [...]

Nota del Dios Pan, porqué le llaman así.— En los nichos de los intercolumnios, que respondían a los Emperadores Carlos V y Fernando, en el de la mano derecha, pusimos el dios Pan, que quiere decir Alegría y regocijo universal, y a esta causa los antiguos le llamaron con esta expresión Pan,

que quiere decir todo, significando la naturaleza de todas las cosas. [...]

Nota lo que significa la vihuela y el caduceo de Mercurio.— En el nicho del intercolumnio de la mano derecha pusimos a Mercurio con una vihuela de arco en la mano derecha, y en la izquierda un caduceo, que es un cetro, en el cual estaban enroscadas dos culebras, con lo que se quiere dar a entender la concordia y el amor del matrimonio. Porque como así como de cuerdas diferentes en la vihuela se hace un dulce sonido, y delicada armonía, de esta manera, de dos ánimos diferentes, del marido y la mujer, ha de resultar un querer, un amor y una voluntad.

Por el caduceo se da a entender la suavidad y blandura de las palabras prudentes y consideradas, con que los casados se han de tratar, que estas hacen más que la furiosa manera de proceder, y regir sus cosas con palabras feas e ignominiosas. [...]

Salía por otra parte mucha gente a recibir a Su Majestad, la cual venía con gran triunfo sentada en su palafreñ con un cetro en la mano, y muchas damas en su acompañamiento. Por otra parte, iban huyendo los sátiros, y caían en un río donde se ahogaban, por lo cual se da a entender, que así como los sátiros son tenidos por deshonestos y lujuriosos, se fingen ir huyendo. De esta manera, con la feliz venida de Su Majestad, se anegarán todas las deshonestidades, y huirán de su real corte, y de todo el reino, y triunfarán las virtudes, las cuales se significan por las Ninfas, que con mucho regocijo de toda esta tierra reciben a Su Majestad esto con el suave y dulce sonido que a la danza de estas Ninfas fingíamos que hacía Apolo, del cual diremos adelante en el tercero arco, pero por el presente entendemos el maravilloso gobierno de su Majestad, en todos sus reinos y señoríos, el cual no es menos ordenado que la suave y concertada música. [...]

A la entrada de este arco, con toda la música dicha, el ayuntamiento y senado de Madrid, después de haber Su Majestad con mucho contentamiento extendido los ojos por esta tan maravillosa fábrica, la recibió con un muy suntuoso y real palio de tela de oro frisada, brocado de tres altos riquí-

simos, en el cual entraron cuarenta y cuatro varas, tuvo dos pares de goteras con su flocadura rica de graciosas labores, franjones de oro y plata, con los pendientes de oro y plata, con los pendientes de suntuoso y supremo valor, fue este comisión de don Pedro de Vozmediano regidor. Este estaba puesto en veinte y cuatro varas doradas, las cuales tenían veinte y cuatro regidores porque, aunque es más su número, no se hallaron todos aquí.

Orden y proceso en el acompañamiento de su Majestad.— Entrando Su Majestad debajo palio, comenzó toda la gente a caminar por este orden: delante de todos precedían los trompetas y atabales de Su Majestad y con ellos los de la villa, los cuales iban alegrando a todo el pueblo con su maravillosa armonía.

A estos seguía grande concurso y copia de caballeros. Tras ellos los señores de título españoles y extranjeros. A estos seguían cuatro maceros con sus mazas de oro, con las armas reales de todo relieve. Estos representan aquellos Lictores que Rómulo, fundador de Roma, ordenó para que le precediesen, representando su majestad, e imperio. [...]

A estos seguían luego los grandes que habemos dicho, y con ellos Don Francisco Lasso de Castilla, como mayordomo mayor de su Majestad. En su seguimiento cuatro reyes de armas con sus cotas. Luego se seguían su Majestad bajo palio, y poco atrás, junto al palio, iban el Príncipe Alberto de Austria, y el Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal Don Diego de Espinosa. A estos dos príncipes seguía el guión, que es una bandera pequeña en una asta con las armas reales. Este se lleva de camino para denotar que va allí la persona real. Luego se seguía doña Leonor de Guzmán, camarera mayor de su Majestad, a la cual acompañaba el Duque de Feria. Seguía luego doña Catalina Lasso de Castilla, mujer de Don Francisco Lasso de Castilla. Luego iba la guarda mayor, y tras ellas las damas, ricamente vestidas con muchas perlas, collares, cintas, apretadores de oro riquísimos, sentadas en sus palafrenes, con sillones de plata, gualdrapas de terciopelo guarecidas acompañadas del Prín-

cipes y señores, opulentamente aderezados. La guardia a pie acompañaba a un lado y a otro haciendo plaza apartando los molestos encuentros del gran concurso de la gente. A la postre de todos iba la guarda de a caballo y archeros por retaguardia. Este fue el orden con que Su Majestad partió deste primer arco. [...]

Tercer arco triunfal dedicado a la Majestad del rey Don Felipe II nuestro señor.— Habiendo su Majestad recibido gran contentamiento en haber visto y entendido un tan soberbio triunfo de tantos reinos, como aquí se le ofreció, porque el Conde Ladrón, que hacía el oficio de caballero brevemente declaraba a Su Majestad la substancia de lo que se le ofrecía.

Prosiguiendo la Reina nuestra señora con la majestad y triunfo dicho, llegó al tercer arco, el cual se fabricó en medio de la calle Mayor, que así por la comodidad del lugar (porque en él concurre una encrucijada) como por el sujeto, en cuyo servicio se fabrica, porque en él se ponen algunas de las muchas grandes y heroicas virtudes que resplandecen en la Majestad del Rey don Felipe II nuestro señor, fue la más aventajada cosa que en estos reinos se ha visto.

Su elección y compostura fue muy artificiosa del orden que los arquitectos llaman dórica. Este fue un orden que los antiguos dedicaban y hacían a los magnánimos y valerosos príncipes, porque su compostura por sí misma demuestra la fortaleza, valor y majestad de aquellos a quienes se dedica.

Era un arco en su forma insulado, que quiere decir, que no está arrimado ni coniuncto con ninguna otra cosa, antes libre y escueto, rodeado de calles y pasos libres, como está una isla en el mar; y por esta causa le laman los arquitectos insulado. [...]

Arquitectura y ornamento.— En la parte que a la puerta de Guadalajara miraba, que era de la misma forma, altura y proporción que de la delantera hemos dicho, se guardó de muy



rica pintura el orden en todas las historias y compartimientos que hasta aquí hemos dicho.

La arquitectura fue de la misma majestad y grandeza en pedestales hermosamente jaspeados, columnas jaspeadas, basas y capiteles dorados, arquivitrabe, friso y cornisa de todo relieve de grande artificio y singular apariencia.

Contiene otra tanta armonía de cosas e historias de razonable invención, conforme a la pobreza de nuestro ingenio.

**Pintura del primer cuadro.**— La primera, que al encasamiento donde la Efigie y Coloso de Su Majestad estaba y correspondía, era del felice casamiento y santo matrimonio de Su Majestad. Para lo cual se pintó singularmente, retratado el Rey nuestro señor con su corona real, y una toga y ropa rozagante, acompañado de mucho número de grandes de una parte, y a la otra la Reina nuestra señora con grande ornato y número de damas.

Por lo alto venía un ángel con grandísima claridad y resplandor y traía en entrambas manos un rótulo, y en él una letra tomada del primer capítulo de Tobías, el cual, aunque muy atribulado, y con varios infortunios, y desastres fatigado, nunca se olvidaba de temer y servir a Dios, por lo cual, para consuelo de sus fatigas y alivio en sus trabajos y miserias, le dio Dios de su mano una mujer, la cual le convenía para con gran honestidad, paz y amor, sosiego y quietud servir a Dios, y conservar la religión que desde su niñez había guardado, pues la verdadera compañía y fiel mujer no ha de ser impedimento para que los hombres sirvan a Dios, antes bien ayuda así para ir delante en la virtud y amplificación de las cosas de su casa, como para ahorrar a los maridos de molestias, gastos desordenados, ofensas de Dios y mil desabrimientos, que las prudentes mujeres saben disimular, por no fatigar a sus maridos. [...]

**Entrada de la segunda muralla, y lo que en ella se hizo.**— Llegando Su Majestad a la puerta de la segunda muralla de este pueblo, que vulgarmente llaman el arco de la

Almudena, la cual con una torre fortísima de pedernal se derribó y rompió para ensanchar el paso. Estaba tan fuerte, que con grandísima dificultad muchos artífices con grandes instrumentos no podían desencajar la cantería, que entendieron que no era pequeño argumento de su grande antigüedad. Pero por servir a Su Majestad ninguna cosa había que se pudiese delante, teniendo respecto a lo mucho que se debe hacer en su real servicio.

Quedó un tránsito muy claro, espacioso y desenfadado, todo blanqueado y canteado con sus puntas de pirámides, y acroterías que definen y rematan por lo alto.

Coloso y figura de Atlas y su significación.— Entrando se ofreció luego a Su Majestad en la plaza de la iglesia mayor un coloso, estatua y figura del gigante Atlas. Tiene treinta pies de alto, y sobre los hombros tenía un globo de treinta y seis pies de redondez y de doce de diámetro. Este se levantaba sobre un pedestal de diez pies de alto. Tiene por frente ocho por su gran perpetuidad, todo de argamasa y ladrillo, y la figura de yeso a modo de mármol blanco, singularmente acabado. Era, desde su planta hasta el remate, de cincuenta pies de alto.

El globo que sobre sus hombros tenía, tiene muy bien figurados todos los doce signos del zodiaco, y en él la estrella de Hércules, y por que por acabar ya de todo, demos alguna luz y saber, el origen y principio de donde nació la fábula con que los poetas fingieron que el gigante Atlas tenía y sustentaba el cielo en sus hombros.

Para entender esto dejando muchas cosas al discreto y curioso lector, se debe notar que Atlas fue un muy valeroso rey de Mauritania el cual (como dice san Agustín en el libro veintiocho de la ciudad de Dios) fue grande astrólogo y el primero que enseñó el curso y resolución de los orbes celestiales y cursos de las estrellas y planetas, por lo cual tuvo lugar la fábula de decir que traía del cielo en los hombros, y como dice Diodoro en el libro cuatro, el primero que compuso la esfera, y la dio a entender a los hombres, fue este Atlas, por lo cual, como digo, fingieron los poetas se sustentaba al cielo en los hombros.



Junto con esto tuvieron ocasión de fingir que Atlas sustentaba y era columna del cielo, porque siendo avisado por el oráculo que se guardase de algún hijo de Júpiter, andaba siempre recatado, y por no conocer los hijos que Júpiter tenía, acordó de no recibir ni hospedar a alguno, lo cual como supiese Perseo hijo de Júpiter, indignado de esto, mostró a Atlas la cabeza de la Gorgona Medusa (de la cual hemos dicho arriba en el coloso de Pallas) y viendo la cabeza se convirtió en un tan alto monte, que no se alcanza con la vista su altura, por lo cual parece tocar en el cielo, y por esta razón dijeron que Atlas, rey de la Mauritania, sustentaba el cielo con los hombros.

(Juan López de Hoyos, *Real aparato, y sumptuoso recibimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) rescibió a la Sereníssima reyna Doña Ana de Austria, viniendo a ella nuevamente después de celebradas sus felicísimas bodas, Madrid, Juan Gracián, 1572.*)

#### ENTRADA EN MADRID DEL PRÍNCIPE DE GALES

*La recepción de embajadores o de príncipes extranjeros fue motivo, en el Madrid del siglo XVII, para organizar fiestas ciudadanas que tomaron forma de regocijos populares. Ninguna de estas celebraciones alcanzó la grandiosidad de los festejos organizados por la villa con ocasión de la estancia en España del príncipe de Gales: durante unos seis meses, desde marzo a septiembre de 1623, la corte de Felipe IV agasajó casi diariamente a Carlos Estuardo y a su séquito con fuegos artificiales, banquetes, desfiles y corridas de toros. Las celebraciones empezaron el veintiséis de marzo de 1623 con una solemne entrada oficial en la ciudad que, a juzgar por la huella que dejó las relaciones de festejos, conmovió la vida ciudadana.*

A las cuatro y media salieron de san Jerónimo Su Majestad, y el Príncipe a caballo, llevando el Príncipe a la mano derecha. Iba tan airoso y bizarro el Rey nuestro señor, que

se llevaba los ojos de todos, con un vestido pardo, todo cuajado de bordaduras de oro tan rico cuanto llano. El del Príncipe, que era de raso morado, con unas fajas de terciopelo del mismo color, y un cuello muy caído, que aunque tiene buen talle, iba desairado en el acompañamiento. Fueron acompañados de todos los grandes, títulos, y caballeros de consideración que hay en la Corte, vestidos de color, con botas, y espuelas, tan bizarros, y costosos, que fue la cosa más grandiosa que se ha visto en la Corte. Y causó mayor admiración el poco tiempo que hubo para hacer tan gallardos vestidos, pues los más eran bordados, y otros cuajados de pasamanos de oro, y plata. Iban delante de Su Majestad sus cuatro maceros, y otros tantos Reyes de armas con sus insignias, y detrás los Archeros a caballo, todos muy galanes, armados de punta en blanco, y con sus lanzas, y banderas rojas, y plumas, tan lucidos, que adornaron mucho el acompañamiento. Salieron algunas libreas muy lucidas, pero las que más campearon fueron las del Almirante y el Duque de Cea.

Frente a la huerta del Duque de Lerma, aguardaban los Regidores de la villa con un rico palio, vestidos todos con sus ropones de brocado, forrados en telas ricas. Jubones de las mismas. Coletos, y calzas, de pasamanos de oro, todo muy lucido. Entraron Su Majestad y el Príncipe bajo palio, y fueron caminando, gastando el resto de la tarde en llegar al Palacio, donde se apearon, y subieron derechos al cuarto de la Reina, que estaba aguardando en una quadra (sic), donde es su estrado. Salió una pieza más afuera, y habiendo hecho al Príncipe una gran reverencia, llegó el Príncipe, e hizo sus cortesías, y luego se entraron los tres, y se sentaron en tres sillas debajo del dosel, estando las damas ricamente aderezadas alrededor de la quadra (sic). Dióle la Reina la bienvenida, y estuvieron hablando un poco, y luego se salieron el Rey y el Príncipe, y cruzando los corredores y el patio, bajaron al cuarto en que estaba hecho su alojamiento, donde le aguardaban los Infantes, don Carlos, y don Fernando, los cuales con hachas delante salieron por el patio hasta más de la mitad de él, y apartándose las hachas a los lados llegaron al Príncipe, y haciéndose todos sus cortesías, y



muy cumplidas reverencias, le dieron la bienvenida, y se fueron andando hasta meter al Príncipe en su cuarto, adonde estuvieron un poco, y luego se volvieron a salir Su Majestad, y los Infantes por el patio adelante, y subieron por la escalera principal al cuarto de Su Majestad. Aquella noche hubo en toda la Corte muchas luminarias, y en el Palacio grandes artificios de fuego, y el mismo hubo martes a la noche, y el miércoles hubo un Castillo de fuego, fingidas las paredes, y cubos de lienzos, pintados tan al natural, que parece lo es el castillo.

(Anónimo, *Relación del gran recibimiento que la Majestad Católica del Rey nuestro Señor don Felipe IV hizo al Príncipe de Gales, en su Corte y Villa de Madrid. Domingo a diez y nueve días del mes de Marzo, en este presente año de 1623*, Valladolid, por Gerónimo Morillo (s.a.) 2hs 32 cm.)

Luego Su Majestad ordenó que se le hiciese público recibimiento para el domingo veinte y seis de este, y se le comenzó a aderezar uno de los mejores cuartos de Palacio para aposentarle en él, y para que se hiciese con mayor grandeza, dio decreto al Presidente de Castilla, que mandase pregonar, que la premática, en cuanto a trajes, vestidos bordados, así de hombres, como de mujeres, en esta Corte no más, por el tiempo que aquí estuviese el Príncipe se suspendía, y dispensaba, sino era en cuanto a cuellos, que en éstos no dispensaba en el tamaño que mandaba la premática. Mandóse que en las valonas se pudiesen echar puntas, y azul, y almidón. Viernes y Sábado veinticuatro, y veinticinco de Marzo se dieron pregones, para que las calles por donde había de pasar se colgasen y aderezasen, y que el Domingo, lunes, y martes, hubiese luminarias, lo cual todo se cumplió. El domingo veintiséis se fue el Príncipe a comer a san Jerónimo. Aposentáronle en el cuarto que allí tienen los Reyes, y desde la una comenzaron todos los Consejos por orden de Su Majestad a ir a san Jerónimo a darle la bienvenida al Príncipe, excepto el del Santo Oficio de la Inquisición, que no fue, solo el señor Inquisidor general, con uno de su Consejo, fue muy de mañana. Después, a las tres o cuatro de la tarde, pasó la



villa muy en forma con sus cuatro maceros delante, y primero que ellos iban gran número de alguaciles y cuarenta Regidores con su Corregidor y Alférez mayor al cabo de todos, con ropones de tela blanca con fondo encarnado, calza entera, jubones, y coletos muy ricos, todo esto hecho para esta fiesta, gorras muy aderezadas de joyas y penachos. Luego pasó su Majestad en su coche cerradas las cortinas, y al disimulo, con otros dos coches detrás; delante de su coche sus pajes muy aderezados de camino de camino y espuela dorada, a pie, y delante de ellos seis caballos de diestro, acompañados de lacayos del Rey, los caballos ricamente aderezados, particularmente el de su Majestad y Príncipe, a la brida con gualdrapas de terciopelo; los cuatro caballos eran, uno para el de Olivares, otro para el de Buquingan (sic); los otros dos para otros dos caballeros ingleses que vinieron con el Príncipe. A las cinco salieron de san Jerónimo en esta forma: delante de todos muchos atabaleros y trompetas con insignias reales, a caballo, y luego gran número de Alguaciles de Corte, y de otros consejos, muy aderezados. Seguíanle los Alcaldes de casa y Corte; luego caballeros y señores, y Grandes, sin quedar ninguno de los que están en esta Corte, en gran número, todos riquísimamente aderezados de camino, y a la brida: unos mejores que otros, de varios colores: y ellos, y criados, de pajes y lacayos, en gran número, con mucha plumajería. Siguióse luego cuatro hombres Darmas, que las llevaban bordadas en sus capotes grandes, en sus caballos, y descubiertos. Luego cuatro Maceros con sus cetros muy grandes coronados y dorados a los hombros, en sus caballos, y descubiertos. Seguíase luego el palio, que llevaban doce Regidores a pie, y descubiertos, cada uno con su vara, que remudaban. El palio riquísimo de tela, debajo del nuestro Rey, y el Príncipe a su mano derecha. Los pajes de su Majestad junto a él, a pie, en cuerpo, y descubiertos: su Majestad muy ricamente aderezado de camino, sombrero bizarro con mucha pluma negra, y él en todo muy gallardo y airoso; a los estribos suyos, y del Príncipe, dos Mayordomos de su Majestad a pie, y descubiertos, con sus bastones en las manos, insignia de oficio. Detrás del Rey, y del Príncipe, el de Olivares, y el de Buquingan (sic), muy aderezados, pero mucho

más el de Olivares, haciendo oficio de Caballerizo mayor. Tras ellos se seguía toda la guardia de a caballo con sus morriones, lanzas, con banderolas coloradas, y sus pistolas en los arzones de los caballos, dentro de sus fundas. En resolución, todo fue de las cosas mas grandiosas que ha hecho Rey en su Corte, concurriendo a ello por calles y ventanas todos cuantos hay en ella, de todos los estados, y con grande alegría. En la forma dicha llegó a Palacio, ya que anochecía, a la puerta principal de él estaban muchas hachas, apeáronse dentro de él, y salieron a recibir al Príncipe nuestros dos Infantes, Carlos y Fernando, y ellos, y el Rey le llevaron a ver a la Reina nuestra señora, de quien fue recibida con mucho agrado. La Reina nuestra señora, esta misma noche hizo al Príncipe un grande presente de ropa blanca en gran cantidad y dos baúles, el uno lleno de faldriqueras y guantes de ámbar muy finos y el otro lleno de cordobanes de ámbar. Los dichos baúles muy ricos, forrados por dentro y fuera, de cordobanes de ámbar, y cerraduras, aldabones y barretas de oro, y un escritorio muy rico, la gavetas llenas de pevetes y pastillas, en que iban dos arrobas. Una frascuera de agua de olor, los frascos forrados de cordobán de ámbar, y una rica ropa de levantar en un azafate de oro, que se hizo en día y medio, y una rica fuente de oro para lavarse.

(Anónimo, *Entrada en público del príncipe Carlos de Inglaterra en la Corte de Madrid. Grandioso recibimiento que le hizo la Católica Majestad del Rey don Felipe IV nuestro señor. Acompañamiento de Títulos, Señores, y Caballeros que le siguieron, y costoso presente que le envió aquella misma noche la Reina nuestra señora*, Sevilla, Francisco de Lyra, 1623, 2 hs, 31,5 cm.)

Habiendo el Rey nuestro señor dispuesto lo que se había de hacer en el recibimiento del Príncipe de Inglaterra, y entrada de su Alteza en público en la Corte; para que fuese con mayores demostraciones de alegría, y el Príncipe echase de ver lo que deseaba honrarle, ordenó lo siguiente:

Lo primero, que se recibiese al Príncipe debajo de pailo; lo cual se hizo con la grandeza que se recibió a su Majes-

tad cuando heredó estos Reinos, cuya forma y solemnidad se dirá adelante.

Lo segundo, que los Consejos le fuesen a hacer el besamano, y las demás cortesías que se acostumbraban a hacer en las entradas de los Reyes de España. Y en esta conformidad fueron por la antigüedad a san Jerónimo, donde el Príncipe los recibió como era justo, no dejándose besar la mano de ninguno, antes recibéndolos muy galantemente, en pie, descubierto y con mucha cortesía.

Lo tercero, que de cada Consejo y Tribunal fuesen dos consejeros a ofrecerle de parte de su Majestad, que le servirían en cuanto su Alteza les mandase en las cosas de gracia. Así se hizo, de que el Príncipe dio muchos agradecimientos a los dichos consejeros.

Lo cuarto, que hubiese luminarias en Madrid desde el domingo veintiséis de marzo hasta el martes, en todas las calles, plazas y ventanas, y que se previniesen muchas fiestas de toros y cañas y otras, y se está haciendo así, serán muchas y muy lucidas.

Lo quinto, que se soltasen los presos de las cárceles de esta Corte y de todo el Reino, de la manera que se hace en los nacimientos de los Príncipes herederos de estos Reinos como tales presos no tengan parte. Esto ejecutó luego el señor don Gonzalo Pérez de Valenzuela, oidor del Consejo Real, en compañía del señor Berenguel de Aois. Viernes en la tarde, veinticuatro de Marzo (por ser el sábado fiesta de la Encarnación de nuestro Señor) de la manera y con la largueza que es imposible decirse. Al entrar en la cárcel de Corte a hacer visita, llegó un padre inglés de la Compañía de Jesús, de parte del Príncipe, a decir al señor don Gonzalo, que su Alteza le enviaba a ver de qué manera hacía la visita, en conformidad de lo mandado por su Majestad. [...]

Después de comer entraron los Consejos por su antigüedad a besarle las manos, dando principio el Real, con las ceremonias que diré.

Estaba su Alteza arrimado a un bufete debajo de dosel, y con algunos Consejeros de Estado, y el Intérprete. Llegó el señor Presidente de Castilla haciendo tres reverencias, y a la última, algo apartado del Príncipe, salió su Alteza dos pasos

hacia el Presidente, y quitándose la gorra, le echó los brazos, y le quiso levantar; el presidente se levantó, y el Príncipe se volvió a su sitio; y volviéndose a arrodillar el Presidente, le dio la bienvenida en nombre del Consejo, dándole el Príncipe por ello muchos y corteses agradecimientos. Volvióse a levantar el Presidente, y fue a besarle la mano; lo cual no consintió el Príncipe, antes quitándose la gorra, acudió con ambas manos a levantarlo, y así hizo con todos los demás Consejos.

A este tiempo ya su Majestad había venido encubierto a san Jerónimo, donde de secreto vio las ceremonias dichas, que acabadas, salieron juntos del convento a las cuatro de la tarde, caminando hasta la puerta de la iglesia del Espíritu Santo, donde el Regimiento de la villa de Madrid los aguardaba con el palio, debajo del cual entraron su Majestad y el Príncipe, yendo desde allí por la calle Mayor, con el acompañamiento de grandes, títulos, señores, criados, oficiales de la casa Real y otros ministros, yendo delante atabales, trompetas y chirimías, guardas de a caballo y archeros, muy galanes, y a pie las de españoles y tudescos, cada una en su sitio, como se acostumbra en las entradas de los Reyes nuestros señores. Estaban las calles ricamente aderezadas hasta palacio, donde se vio toda la riqueza y bizarría de colgaduras, damas y galanes de la Corte, y lo mismo en los señores que acompañaron al Rey y Príncipe. A trechos hubo tablados, donde se hicieron diversas comedias y danzas. Llegaron de la suerte referida a palacio, donde se apearon y subieron al cuarto de la Reina nuestra señora, que salió a recibirlos hasta el medio de la sala, y de allí, después de muchas y muy grandes cortesías, se fueron a sentar en tres sillas iguales, que estaban en el estrado debajo de un rico dosel, estando de rodillas el intérprete, y todas las damas muy bizarras y en pie, alrededor de la sala, y otros muchos príncipes. La señora Infanta estuvo todo este día retirada en su cuarto sin salir de él, sin gala, con vestido leonado, como acostumbra a vestirse para andar las estaciones de la Semana Santa. Y se ha advertir que las ventanas del palacio estuvieron cerradas, y las cuadras correspondientes en las que estaban sus Majestades y Alteza, des-

pejadas y con muchas luces, porque no se entendiese se estaba la señora Infanta viéndole desde alguna, como no lo estuvo, ni le vio.

(Anónimo, *Segunda relación de la suntuosa entrada con palio en Madrid del Príncipe de Inglaterra...*, Sevilla, Juan Serrano de Vargas, 1623.)

Domingo por la mañana veinte y seis del dicho, se fue previniendo todo lo necesario para la entrada, y comió en san Jerónimo el Príncipe, dándole la comida el Conde de Gondomar, que fue un suntuoso banquete de carnes y pescados. Acabada la comida, vinieron a besarle la mano (como se suele hacer con los Reyes de España) por decreto particular de Su Majestad, los Consejos, a caballo, el Real de Castilla, el de Italia, el de Aragón, el de Indias, el de Órdenes, y el de Hacienda, todos con grandes acompañamientos de sus Portereros, Alguaciles, Escribanos de Cámara, Secretarios, Relatores, Fiscales, Consejeros, Oidores, Ministros y Presidentes, y otros caballeros y personas particulares, deudos, amigos y pretendientes de los dichos consejos, pasando por las calles señaladas para la entrada. Y estando el Príncipe debajo de dosel en pie, asistiéndole don Agustín Mejía, y don Fernando Girón, Consejeros de Estado, y otros personajes. Fueron llegando los Consejos por su orden a besarle la mano, haciendo grandes cortesías y ofrecimientos, mas él no la quiso dar a ninguno, y les echó los brazos, y respondió muy cortés y agradecido. Vino luego caminando a san Jerónimo, la compañía de la guarda de los españoles, marchando en orden con sus cajas, pifaros, y oficiales, bien aderezados y galanes. Y don Fernando Verdugo, teniente de la dicha guarda a caballo delante, gobernándola por ausencia del Marqués de Pobar su capitán, que está por Virrey en Valencia. Luego vino la compañía de guarda de los Tudescos, de la misma forma, con el Marqués de Renty su capitán delante a caballo, a quien Su Majestad había hecho merced dos días antes de la llave dorada de Caballero de Cámara. Pasó luego la villa a caballo, con sus portereros, alguaciles, y cuatro maceros con ropones de terciopelo carmesí, y sus mazas doradas, y treinta y nueve Re-



gidores, y don Juan de Castilla su Corregidor, todos con librea de calzas, jubones, cueras, y ropones antiguos, todo de tela de oro rica blanca y carmesí, con guarniciones de pasamanos de oro, gorras negras con oro y plumas, espadas doradas, y zapatos carmesíes. La compañía de la guarda de los Archeros no pasó en orden como suele, y como fueron las otras por las dichas calles del acompañamiento, por esta proveída la plaza de su capitán que tenía el Marqués de Falces, en el Conde de Sobre, su sobrino, que está en Flandes. [...]

Su Majestad salió del Palacio para san Jerónimo a la una, y se fue en coches cubiertos, por los Ángeles, red de san Luis, Caballero de Gracia y caños de Alcalá, hasta san Jerónimo, donde, a las tres, se pusieron a caballo Su Majestad y el Príncipe, haciéndose muchas cortesías, entrando debajo del palio el Príncipe a la mano derecha y el Rey a la izquierda, llevando los Regidores las varas y los cordones de él, comenzando a caminar todo el acompañamiento a Palacio. Los Atabaleros delante, luego los Trompetas y chirimías, que eran muchas. Luego los siete Alcaldes de Casa y Corte. [...]

Pasó este acompañamiento, desde san Jerónimo por el Hospital de los Italianos, y toda la calle Mayor, y puerta de Guadalajara, Santa María, y las Caballerizas del Rey hasta entrar en Palacio. Y, al pasar por la puerta de la Victoria, estaban colgados muchos retratos de los Reyes y de sus hermanos, padres y abuelos, y viéndolos el Príncipe, y en particular el de la señora Infanta, volvió al Rey y le pidió licencias para quitarles la gorra, y así lo hizo. Todo el cual distrito estuvo lucidamente adornado de colgaduras, y por todas las calles, puertas y ventanas, grandísima multitud de damas y señoras y de personajes, que no fueron al acompañamiento, y de gente popular y de todos los estados, cuanta nunca jamás se ha visto, cerradas las callejas con vallas y tablados para que viese la gente y para que no entrasen coches, y en cinco partes hubo tablados, donde (mientras duró el paso del acompañamiento) representaron cinco autores de comedias que se hallaron en la Corte, que fueron Morales, Antonio de Prado, Vallejo, los Valencianos, y Valdés, adere-

zados ellos y las comediantas lucidamente, y en llegando al palio, cesaban en la comedia, y hacían un baile, porque el Príncipe gustaba de verlos. Todo el cual acompañamiento por su orden fue entrando en Palacio, acompañando al Príncipe hasta dejarlo en su cuarto, donde al punto se plantó el cuerpo de guarda, de las dos naciones, española y tudésca, para servirle de allí adelante como sirven a las personas reales, y para ello se le han nombrado criados y oficiales, y se le ha dado Tesorero, y situado dinero en gran cantidad para su gasto. Y a la noche subió el Príncipe a besar la mano a la Reina, acompañado a la ida y a la vuelta de Su Majestad.

Aquella misma noche envió la reina al príncipe, un gran presente de camisas y ropa blanca, mucha y muy rica, y una ropa de levantar de ámbar, y otras cosas, en unos azafates de oro y en unos baulillos de ámbar con los herrajes, cerraduras y llaves de oro.

(Anónimo, *Relación de lo sucedido en esta Corte sobre la venida del Príncipe de Inglaterra: desde el 16 de Marzo hasta la Pascua de Resurrección*, Valencia, Miguel Sorolla, 1623, 4 hhs.)

#### ENTRADA DE UN EMBAJADOR CATALÁN EN LA VILLA DE MADRID

*El recibimiento que dispensó en 1622 la ciudad de Madrid al embajador de Barcelona Pablo de Altarriba fue descrito en una vívida relación que insiste en la solemnidad y oficialidad de la acogida para demostrar la hermandad entre las ciudades de Madrid y Barcelona.*

Viernes a 17 de Junio (1622), sabiendo Su Majestad que su ciudad de Barcelona le enviaba por cosas graves y de peso embajador, mandó al duque de Feria, al duque de Cea y Soma le dijeran cómo para las tres de la tarde le hacía merced darle hora, para que pudiera dar su embajada. Con este favor grande quedó el conceller muy contento, viendo que tan presto la Majestad Católica le hacía merced, y habiendo agradecido mucho a los príncipes el recado que de parte de

Su Majestad habían dado, puso a punto el acompañamiento que de la ciudad de Barcelona había sacado para la hora señalada. Acudieron tantos caballeros titulares y príncipes para acompañar a su señoría, que fue cosa de admiración ver tanta braveza, tanta majestad, tanta riqueza, los caballeros tan bien puestos, tantos lacayos y pajes; todo para que la ciudad de Barcelona sea honrada, y todo el mundo conozca merece ser estimada por su mucha fidelidad.

Entre los que más se señalaron, fueron los excelentísimos duques de Monteleón, marqués de Aytona, almirante de Navarra y duque de Alba. Todos estos príncipes, y otros que por evitar prolijidad callo, llegaron con la majestad y grandeza que mejor dirá el discurso que la pluma, al palacio del señor conceller, y fueron recibidos de su señoría con los comedimientos y cortesías que de un tan grande padre de la República barcelonesa, como Pablo de Altarriba, sabemos. Y quiso nuestro señor que en ocasión tal como ésta entrara también Guillén de Sisel y Mannars, barón de Roos, embajador de su rey de Inglaterra, para que uno opuesto junto a otro más campeen, y que si un rey Jacobo de Inglaterra tiene su reino pervertido, se le oponga un Principado tan católico como el de Cataluña. Con todo se le hizo grande recibimiento al embajador inglés, porque a los ocho de junio, a las cinco horas de la tarde, se encaminaron hacia la puerta de Alcalá más de trescientos coches con innumerables damas y gente que la tenía aparejada en la propia calle de Alcalá.

Y con haber sido esta entrada digna de ser vista, no tuvo que ver con la grandeza de la de nuestro conceller.

Porque apenas hubo pasado el carruaje del inglés, cuando se oyó un clarín, que suspendió todo aquel inmenso concurso de la gente que habemos dicho, y acudiendo todos a ver lo que anunciaba, no se oían otras voces que ¡Barcelona! ¡Barcelona! Fue cosa de admiración la muchedumbre de gente que se congregó. Y viendo la recámara tan opulenta, las acémilas con sus reposteros y petrales de cascabeles (cosa que en Castilla no lo usa sino el Rey), todos juzgaban ser alguna persona real. Preguntó una mujer a los arrieros y acémileros cuya era aquella grandeza, y como eran catalanes, respondieron: «Ara mateix ho veureu» y dijo a otras embo-

zadas que estaban con ella: «Ingleses son, que en el habla se echa de ver».

Tras las acémilas y recámara, un buen rato siguió el acompañamiento del señor conceller acompañándole muy grande número de caballería, ochenta comendadores de diferentes hábitos, de san Juan, Santiago, de Nuestra Señora de Montesa y san Jorge de Alfama, de Calatrava y Alcántara; muchos clérigos gravísimos, capellanes del Rey nuestro señor, canónigos de Toledo y de Valencia, seis abades de san Benito y otras personas eclesiásticas, que todas a una decían:

—Vamos a honrarnos sirviendo al señor conceller de la muy fiel ciudad de Barcelona, que dio leyes a la nuestra—.

Encaminóse este grandioso paseo por la alameda de san Jerónimo a la huerta y casa del duque de Cea. En el cual jamás se podrá hacer cabal descripción de lo que había. Porque las damas en sus balcones y ventanas parecían flores de Abril y primaveras de Mayo, poco digo, un paraíso de deleites en los cigarrales más bellos, prados más deleitosos, alamedas más frondosas y aranjueces más espejados del mundo.

Tras tan grande monarquía seguían los dos maceros de su señoría, con sus gorras chapeadas y ropas a la usanza de Barcelona, con sus mazas levantadas, que causaban admiración a muchos. Después de ellos veintitrés titulados, después condes y marqueses con la ordenanza y majestad de los pajes y lacayos que imaginarse puede, y entre ellos doce grandes de Castilla. Ultimo de todo y delante nuestro conceller venían los excelentísimos señores el duque de Monteleón, el marqués de Camarasa y el condestable de Navarra, primogénito del duque de Alba. A la mano derecha de su señoría iba el excelentísimo señor almirante de Castilla y a la izquierda el excelentísimo señor duque de Cea y Soma. Fue mirado de todos su señoría por la gravedad y majestad con que iba. Puesta su gramalla, toga y clámide rozagante de damasco carmesí, conforme a la usanza de Barcelona, llevaba un caballo muy gallardo, aunque manso, de color rubio rodado, silla, gualdrapa y guarniciones de terciopelo negro, ocho lacayos con fieltros blancos y doce pajes muy bien puestos,

sin sesenta personas de su ordinario servicio para la grandeza de su persona; todos con oficios creados por la ciudad de Barcelona, para la magnificencia de tal embajada, y para de tal ciudad a tan grande monarca.

Notaron mucho todos los de la Corte, que con no usarse en ella sino cuellos cerúleos, nuestro conceller lo llevaba blanco, y por él echaron de ver la madurez de tal sujeto, la prudencia y sagacidad de tan venerable conceller y padre de tal República como la catalana. Las cortesías que su señoría hizo a las damas que por el paseo con grandioso aplauso le saludaron, quien conoce el sujeto tendrá materia para filosofar sobre el caso. Pondré una cosa rara, que dándole el paseo por el Prado y la alameda de san Jerónimo, con ver increíble la gente y subirse por los árboles, nadie estaba con el sombrero en la cabeza; antes como si fuera la propia persona del Rey nuestro señor le saludaban, y así desde la puerta de Alcalá hasta su casa, hubo de ir su señoría con la gorra en la mano, y haciendo con la cabeza cortesías a una y otra parte.

Dijéronse muchas cosas viendo tal majestad y grandeza, en alabanza de la ciudad de Barcelona y de su conceller. Entre todos el señor Don Duarte, hermano del duque de Barcelona, uno de los tres consultados para virreyes de Nápoles, dijo:

—Verdaderamente sólo los catalanes son hombres—.

Y lo dijo tan grande príncipe, porque cuando envían a su Rey embajada, gastan para honrarle y servirle cuanto tiene en su República. Ya era de noche y muy tarde cuando llegó a su casa y posada, que está en la calle del Lobo, hacia Palacio, donde le esperaban ricos pajes con ricas libreas y antorchas encendidas, trompetas y menestriles, donde dejándole todo aquel suntuoso acompañamiento, quedándose algunos príncipes para cenar con su señoría, los demás con mucha luminaria de antorchas se volvieron a sus casas, muy satisfechos de la buena correspondencia que con todos había tenido nuestro embajador y conceller.

Reposó ocho días, y teniendo hora señalada por Su Majestad, como hemos dicho, con el acompañamiento referido, partió para Palacio con grande aplauso y grandeza; guiaron

por la calle Atocha, que, aunque espaciosa y bella, ella y las ventanas era cosa de increíble grandeza la gente que había. Guardóse en este acompañamiento el propio orden que se guardó en su entrada y recibimiento. Estuvo Su Majestad tras de una vidriera mirando con muy grande gusto toda esta grandeza. Apeados subieron, con la propia ordenación que iban, al Palacio. Y subiendo a los aposentos reales entraron, sin hallar puerta cerrada ni detenerse un punto, a la sala donde Su Majestad estaba esperando.

Tras de toda la grandeza de España, en último lugar, venía su señoría. Parecía un Patriarca Jacob, viejo, venerable y cano, su aspecto grave, y con su báculo que le aparenciaba mucho daba a todos singular contento, y aflicionó los ojos reales para que lo miraran con singular gusto. Estando ya en presencia de Su Majestad, hizo tres debidas reverencias, y habiendo besado las reales manos, hizo las propias como es costumbre.

*(Relación de la Embajada y solemne recibimiento que se hizo en la Villa de Madrid a Pablo de Altarriba, conceller en cap y embajador de la muy insigne, rica y leal ciudad de Barcelona, en la Corte del invictísimo Rey y señor nuestro D. Felipe IV, 1622.)*

# *La imagen del Rey y su entorno cortesano*

*Madrid es la residencia de la Corte española cuyo centro es el Rey. La imagen de este monarca, personificación máxima del poder de una institución que goza de gran prestigio internacional, subyuga a los embajadores extranjeros de paso por la ciudad y por ello multiplican sus retratos en sus relaciones de viaje. Estas instantáneas cortesanas se integran en el corpus regio de pensamiento transmitido por los tratadistas de la Monarquía de los siglos XVI y XVII (Cabrera de Córdoba, Alamo de Barrientos, Diego de Valdés, Joan de Salazar, López de Madera, Juan de Santa María). Pero la imagen que nos legan los viajeros renacentistas y barrocos es dual: iconografías aureoladas de virtudes mítico-divinas conviven con retratos sobriamente humanizados. Los embajadores venecianos contemplan de cerca, y encarnan, al mito viviente. La humanitas emana naturalmente de la divinitas: Isabel la Católica destila religiosidad, caridad, ponderación y sobriedad; Felipe II –como en los lienzos cortesanos de Pantoja y Sánchez Coello o en las esculturas de los Leoni– gravitas, grandeza, nobleza, decoro, mesura, severidad, compostura, imperturbabilidad, calma hierática y digna tranquilitas; Felipe IV, decoro, honor, dignitas, gravedad y mesura.*

## Los Reyes Católicos

### LOS REYES CATÓLICOS EN MADRID

(RECEPCIÓN A UN VIAJERO ALEMÁN): JERÓNIMO MÜNZER

*Jerónimo Münzer nació en Feldkirch (Tirol) y murió en Nüremberg en 1508. Doctor en medicina por la universidad de Pavía, vivió en su ciudad natal hasta 1484, fecha en que viaja a Italia. En 1494 tiene que huir de Nüremberg debido a una epidemia de peste. Marcha entonces a España y Portugal desde septiembre de ese año hasta febrero de 1495 junto con tres jóvenes hijos de ricos mercaderes (Antonio Herwart, Kaspar Fischer y Nicolaus Wolkenstein).*

*Fruto de este viaje es la relación Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam (1494-1495). El libro contiene una de las primeras referencias de un viajero extranjero a la Corte española. Una audiencia concedida por los Reyes Católicos en Madrid durante el invierno de 1494 proporciona al viajero alemán la ocasión de trazar una semblanza de la Corte española, establecida provisionalmente en Madrid. La arenga dirigida a los reyes, llena de ditirambos e hiperbólicas alabanzas a la institución monárquica, muestra de oratoria panegírica, prueba la familiaridad de Münzer con el ritual cortesano, aprendido sin duda junto a Maximiliano de Austria.*

Salimos de Toledo el diecisiete de enero, muy de mañana, y caminando doce leguas por una llanura en la que abundan las viñas y los sembrados, llegamos, ya entrada la noche, a Madrid (antes *Majerit*), en donde estaban los reyes.

A media milla de la ciudad se encuentra el monasterio de san Jerónimo del Paso, de la orden jerónima, adonde en aquellos días se habían retirado los reyes para guardar el luto y celebrar las exequias por el cardenal Mendoza. Yo les vi, acompañados de su hijo, oír misa con gran devoción. Vimos también a dos hijos del Rey de Granada, adolescentes, altos, de gallarda presencia, que están muy instruidos en nuestra Fe y son buenos cristianos. Uno se llama Fernando y el más joven don Juan.

Audiencia con los reyes.— Ocho días permanecimos en Madrid. El veinticuatro de enero nos avisaron de que seríamos recibidos en la cámara real. Entraron los Reyes en ella para celebrar la audiencia pública. Venía el Rey a la derecha, la Reina entre él y el príncipe. Los tres vestían trajes negros de luto y su continente era grave y majestuoso. Subieron al trono, se sentaron y nos llamaron. Después de besarles la mano, arrodillado en un cojín de tela de oro, dirigí a los monarcas las siguientes palabras:

«Sacratísimos y potentísimos Reyes:

La grandeza de las hazañas de Vuestras Majestades, conocidas en todo el orbe, han llenado de admiración a los príncipes y señores de Alemania, quienes no aciertan a comprender cómo los reinos hispánicos, que no ha mucho contemplaron casi destrozados por luchas intestinas, por los ocultos odios y por bastardos intereses, han podido en tan corto tiempo trocar la suma discordia en la paz, sosiego y próspero estado de que gozan ahora. Por tal causa, y merced a Nuestro Serenísimo Maximiliano y a otros próceres germánicos, he venido con mis compañeros a estos reinos desde los confines de Alemania anhelando todos nosotros ver con nuestros propios ojos las maravillas que oímos contar a otros.

Después de atravesar las tierras de Alemania y las comarcas francesas de Lyon y Narbona, entramos en España por Perpiñán, cabeza del Condado de Rosellón, que, dado en prenda al Rey Luis, fue liberalmente restituido por su hijo Carlos al suave yugo de vuestro cetro. Pasados los altos Pirineos, pusimos pie en el Condado de Cataluña, luego en la ínclita y famosa Barcelona, aquella ciudad que, ensoberbecida con sus riquezas, osó rebelarse contra sus reyes, llegando por ello casi al borde de su ruina, aun cuando ya parece que, gracias a vuestra generosidad, está en vías de redención. Visitamos el Monasterio de Montserrat, tan celebrado por sus milagros y ermitas; el de Poblet, noble sepultura de monarcas, y la ilustre Valencia, en donde vimos cuanto encierra de notable. Caminamos por el reino granadino, salvando altísimos y arriscados montes, que, a modo de robusta muralla, defienden la entrada de aquella tierra. Vimos el magnífico puerto de Almería, la ciudad de Guadix,

la preclara Granada, donde fueron nuestros guías el Conde de Tendilla y el reverendo arzobispo; Alhama, Málaga y Sevilla, lugar en el que nos aguardaba el espectáculo asombroso de los hombres traídos de Indias, descubiertas bajo vuestros auspicios, seres que hasta hoy permanecieron ignorados de las gentes e insigne prodigio en el que muchos no creen todavía. Desde Sevilla nos dirigimos a Portugal, en donde el mismo Rey hubo de ilustrarme en las cosas concernientes a Etiopía así como a las tierras meridionales. Luego, en fin, visitamos Santiago, Salamanca y Toledo.

Pero queriendo ver a los dueños y autores de tantas maravillas, nos hemos acercado hasta Madrid, ansiosos de posar los ojos sobre Vuestras Majestades. Ya os vemos. Venimos para ello las alturas de los montes; vemos, digo, a los reyes de cuyo brazo se ha valido Dios para regenerar a sus vasallos, someter a los reinos y hallar hombres de otra raza. Rotas están ya las cadenas de los cautivos, seguro el labrador, confiado el viajero, que ya no teme andar por los caminos. Todo, al cabo, se halla en tranquila paz».

Semblanzas de los Reyes, Príncipe e Infantas.— El Rey es hombre de mediana estatura, de semblante entre grave y risueño, altos pensamientos y sana complexión. Tiene unos cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años. Apaciguados sus reinos y puesta en buen camino la gobernación de la tierra, se ocupa especialmente de asuntos religiosos, restaurando los templos ruinosos y edificando otros de nueva planta. Gusta de la caza, por ser ejercicio provechoso para el cuerpo y que conserva largo tiempo la salud.

La Reina tiene cuarenta y ocho años. Es, pues, mayor que el Rey, pero no representa más de treinta y seis. Es una mujer de elevada estatura, un tanto gruesa y de rostro agradable. Son tales sus conocimientos en las artes de la paz, tal su sabiduría en las artes de la guerra, que parece increíble que una mujer pueda entender de tantas cosas. Piadosa sobre toda ponderación, gasta grandes sumas en ornamentos para las iglesias; honra y respeta a los religiosos y funda monasterios. Durante la guerra de Granada, estuvo constantemente al lado de su esposo, siendo siempre atendidos sus

consejos y advertencias. Ayuda al Rey a administrar justicia; oye los pleitos y las causas; resuelve los litigios, ya por conciliación, ya por sentencia inapelable. Diríase que el Omnipotente, al ver languidecer España, envió a esta mujer excepcional para que, en unión de su marido, salvase a su patria de la ruina. Es, en fin, tan devota, pía y dulce de condición, que sería vano intentar ensalzar como se merecen todas sus virtudes.

Ha tenido cuatro hijas: la primera, llamada doña Isabel contrajo matrimonio con don Alfonso, hijo del Rey de Portugal, quien, según dije, murió cuatro meses después de contraer matrimonio como consecuencia de una caída de su caballo. Su viuda lleva ahora una vida muy religiosa, ocupándose solamente de proporcionar ornamentos para las iglesias. La segunda, llamada doña Juana, es, por su sexo y edad, sumamente docta en recitar e incluso en componer versos; tiene catorce años y es muy aficionada a las letras. Su preceptor, que es un fraile anciano y venerable de la orden de los Predicadores, hizo grandes elogios de ella y quería que yo la oyese hablar, pero no me fue posible demorar por más tiempo mi estancia en Madrid. La tercera hija, que tiene nueve años, se llama doña Leonor, y la cuarta y última, que tiene siete, doña Catalina. A todas les ha dado su madre buenos ayos y maestros, con el fin de que sean un dechado de virtudes.

El único hijo varón de estos monarcas es el serenísimo príncipe don Juan, joven de diecisiete años. Es, para su juventud, tan excelente retórico y gramático, que no puede dejar de sorprender. Le dirigí una corta arenga en latín, que oyó con gran atención, y noté que le hubiera gustado responderme por sí mismo; pero, por padecer una dolencia en el labio inferior y en la lengua que le impedían decir palabra, mandó a su ayo que me contestase mostrándome extrema cordialidad y benevolencia.

Da la Reina infinitas limosnas. A los frailes de san Francisco, que residen en Jerusalén, les entrega todos los años mil ducados así como preciosos ornamentos para el culto. Por cierto que, al salir de Madrid, fuimos con uno de aquellos, español, y con otro de la orden de san Basilio del Monte

Sinaí, a quienes el sultán había enviado en una nave con un presente de bálsamo para los Reyes. Al fraile Basilio, que gastaba barba, le oyó decir misa, creo que en lengua griega, mi compañero Antonio Herwart.

Doña Isabel se desvela constantemente por dar a sus reinos buenas leyes. Los judíos y conversos se llevaron mucho oro de España cuando fueron expulsados; pero el pueblo español, muy ostentoso en el vestir, emplea en sus trajes brocados de oro, telas de seda, por lo cual se han dictado ordenanzas prohibiendo tales excesos orientadas a evitar dispendios tan costosos y a que, por despertarse la ambición, salgan las riquezas fuera del reino. Hasta hace poco tiempo, cuando el Rey estaba ausente, la Reina dormía con sus doncellas y con sus hijos. Ahora, en cambio, cuando su esposo está ausente, duerme con sus hijas y con algunas dueñas. Lo hace así para conservar incólume la reputación de su honestidad, pues los castellanos son muy suspicaces. El general de los franciscanos me contó en Toledo que, en cierta ocasión, oyó decir a la Reina que todos los bienes que con tanta largueza quiso concederle Dios, aquel por el que Le está más obligada es el de haberle dado tan cumplido esposo. Este fraile ponderaba sobremanera las virtudes de la Reina, y cierto que son dignas de elogio y de públicas alabanzas.

Dos veces por semana, los martes y viernes, reciben los Reyes en audiencia a quienes lo solicitan, sin reparar en si son ricos o pobres. Demuestran insigne diligencia en socorrer a los menesterosos y en administrar justicia por igual a todos los vasallos.

(Jerónimo Münzer, *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*, 1494-1495.)

## Felipe II

UNA VISIÓN DESENFADADA DE LA CORTE DEL REY CATÓLICO:  
UN VIAJERO ANÓNIMO

*El testimonio de un viajero español anónimo proporciona una visión irónica y crítica sobre las transformaciones*



*de la Villa y Corte a los pocos años de trasladarse la capitalidad a Madrid.*

Carta de un cortesano de otro tiempo que se halló en la calle para una grande que le escribió le avisase cómo se hallaba la Corte y qué le parecía de ella.— Mándame V. S. que le avise cómo hallé la Corte y que me pareció y me fue en ella. Dígoos que yo hallé la Corte donde la dejé, pero tan mudada que casi ni la conocía porque todo lo hallé trocado. Palacio, lugar, ministros, trajes, hombres y mujeres. Palacio remendado. La Puerta de Guadalajara retocada. La Plaza, cuadrada. La Putería, hecha monasterio. Los muladares, hechos jardines. Las casas del campo se llaman quintas. El Reloj que estaba en la Puerta de Guadalajara, en Santa Cruz, y añadido otro en San Salvador. Muchas cosas nuevas y otras derruidas, una Puente hecha muy hermosa. Los trajes de la gente principal son las calzas tudescas, las cinturas como frailes Bernardos, un palmo más arriba del estómago. Los sombreros a la francesa, las lechuguillas a la portuguesa, los rostros y copetes a la italiana, las capas y espadas españolas. Este es el estado en que he hallado Madrid.

Su Majestad ya bueno de gota a Dios gracias. El Príncipe nuestro señor que es contento de verlo, la infanta no hay más que pedir. La Emperatriz en las Descalzas rogando por todos.

Palacio muy retirado. Las damas no lo son sino doncellas, y las doncellas dueñas y así no hay terrero ni galanes. Todos quedan hechos Demócritos. Los de la Cámara son nueve, el uno da quejas, el otro piensa y aspera (sic), el otro pide, el otro se queja, el otro sirve, el otro no sirve, el otro se está quejando, el otro en la cama preguntando, y el otro en Flandes renegando, el otro anda solícito y con recato. Don Diego de Córdoba escribe a sus amigos, suspira y encoje los hombros. El capitán de la Guarda asiste lo más del tiempo con los alabarderos por quitar quistiones (sic) de entre ellos. Santoyo se retira con diez y ocho negros que tiene Músicos y Bordadores. Juan Ruiz de Velasco el oráculo que sirve y da las respuestas. El Consejo de Estado ha cinco años que se fue de la Corte. El Presidente pretende, el de Indias



se entretiene, el de Hacienda espera, el cardenal de Toledo gruñe. El prior don Hernando concede. El marqués de Almazán confiesa. Juan Ydíquez negocia lo que puede. Matheo Vázquez consulta lo que piden y lasysa (sic) inquietan y el confesor combiene (sic). El Consejo de Guerra llama y el de Hacienda acalla. El colector del Papa descomulga y toma y el Nuncio concorda, la consulta esperan cada día que dicen que el Consejo de Estado fue por ella, y la daba priessa que viniese para acompañarle. En resolución no he visto cosa que no esté mudada ni hombre que no se ande lamentando. Éste es el estado en que está la Corte conforme a él V. S. podrá juzgar lo que me ha parecido della, a mí me fue y ha ido bien para con mis amigos y de sus bienes me he holgado y lo que he visto me hará provecho para volver a mi rincón y vivir sin ningún género de codicia.

(Escribióse esta carta por los años 1586 según conjetura el Secretario Lupercio Leonardo de Argensola. Citado por Alfredo Alvar en *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*, Madrid, C.S.I.C., 1985.)

#### NEGOCIACIONES DE UN DIPLOMÁTICO ITALIANO EN LA CORTE DE FELIPE II: CAMILLO BORGHESE

*Camillo Borghese llega a la Corte de Madrid en 1594 como nuncio apostólico del papa Clemente VIII con la misión diplomática de obtener ayuda de Felipe II para socorrer al Imperio y a la cristiandad frente al peligro turco. Permanece cinco meses en la capital realizando penosas negociaciones diplomáticas. Finalmente, consigue que Felipe II se comprometa a entregar trescientos mil escudos para luchar contra los infieles. Pero antes hubo de vencer muchos obstáculos y sufrir la inercia y premiosidad de la administración española. El Diario de Borghese refleja la lentitud de la burocracia española y la apatía de sus oficiales.*

Para nosotros los italianos negociar en Madrid es cosa monstruosa. Si dejamos que ellos nos digan todo lo que les venga en gana sin responder a nada, al final obtendremos

como gran favor un «nos ocuparemos del asunto», «estamos al tanto», «procuraremos hacerlo». Pues tales son las respuestas habituales que nos dan, sin que sea posible replicar nada. Hablar con el Rey sólo sirve para informarle, pues no es posible arrancarle la mínima palabra.

En esta Corte nadie se preocupa por el tiempo. Para concluir un negocio, por fácil que sea, se necesita como mínimo un año. Sobre esto fue muy gracioso que un padre carmelita dijese una tarde a Don Juan Idiáquez que los ministros del Rey serían buenos oficiales de la eternidad, porque procuraban perpetuar en el tiempo los asuntos que pasaban por sus manos. Se encuentran en tal estado de sosiego, que no estiman ni aprecian siquiera a quien, en otros lugares, es considerado como Rey, aplicando un concepto tal de su poder y grandeza, que no puede ser comparada con la de ningún otro príncipe. Pero no sólo los ministros observan tan poco respeto y decoro, sino también los porteros y los pajes, quienes adoptan actitudes tan graves que para hablarles que puede incluso ser conveniente quitarse el sombrero, y al mínimo servicio que hacen a una embajada acuden a casa a buscar la propina. Por eso aconsejo al que se le ocurra venir a esta Corte que traiga una buena bolsa antes que cualquier otra cosa, pues se necesita pagar las palabras de estos porteros y otros oficiales subalternos, y a quien no sigue este derrotero en sus negocios se le cierran todas las puertas y nunca obtendrá audiencia.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España, en España en los siglos XVI y XVII*, documentos históricos y literarios, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

## SEMBLANZAS DEL REY CATÓLICO SEGÚN LOS EMBAJADORES VENECIANOS:

### *Tomás Contarini*

*Tomás Contarini*, embajador en la Corte de Madrid durante tres años, a finales del siglo XVI, destaca como rasgos



Abraham Bruyn, *Retrato de Felipe II con alegoría.*

*más característicos de la personalidad de Felipe II la prudencia, tranquilidad de espíritu, reserva y dotes de gobernante. La Relación de Contarini, que fue presentada ante el Senado de Venecia el mes de abril de 1593, describe España y los países que le pertenecen, habla de los ingresos del Rey, de su ejército, del clero español, describe los estados de Italia y se ocupa de las relaciones del monarca con las potencias extranjeras.*

Piensen algunos que el Rey pudiera muy bien dejar la administración de sus estados al príncipe y a la infanta; pero, como actualmente no les comunica absolutamente nada sobre los asuntos públicos y están, por eso mismo, privados de toda experiencia, no serían capaces de gobernar. Aunque el príncipe tenga quince años, y aunque, según las leyes de Castilla, esté libre de tutela, administrar un gobierno tan grande es, con todo, algo que estaría muy por encima de sus posibilidades, y hasta ahora Su Majestad aún no ha hecho el mínimo gesto para otorgárselo.

Los trabajos tan importantes que ocupan ahora al Rey perjudican mucho a su salud, tanto más cuanto que, últimamente, su constitución se ha debilitado mucho a causa de sus indisposiciones habituales y de la gota, que cada día se vuelven más graves y peligrosas para él. Su complexión es flemática. Sus acciones siempre son prudentes y graves, hasta el punto de que no hace ni dice nada sin haberlo pensado bien, y los asuntos que los demás consideran baladíes él siempre los sopesa y controla con incomparable previsión. Modera todas sus pasiones de la manera más afortunada. Sus respuestas son siempre benévolas. Disimula las ideas y las mantiene ocultas en su fuero interno y nadie puede jamás saber si está enfadado o irritado contra alguien hasta que llega el momento de la recompensa o el castigo. Guarda en todas sus acciones una gravedad maravillosa, y dicen que jamás se deja ver en público. Evita las audiencias. No las niega, sin embargo, cuando se las piden los embajadores para asuntos importantes. Tenía en otro tiempo la costumbre de mostrarse a su pueblo, una o dos veces al año, en un corredor que va desde sus habitaciones a la capilla. Pero ahora vive conti-

nuamente enclaustrado en sus habitaciones. Ama mucho la soledad y los lugares solitarios. Tiene especial predilección por el monasterio de san Lorenzo del Escorial. Pasa allí largas temporadas y no transcurre día sin que añada alguna construcción importante a ese suntuoso edificio, confiando para ello más en su gusto personal que en las reglas de la arquitectura.

Es muy estricto en sus gastos privados; controla a los grandes, y no puede ver la cuenta de los gastos hechos para su palacio. En verano, las paredes de sus aposentos están desnudas, y si se cubren durante el invierno, es más bien para defenderse del frío que por el gusto de adornarlas. La liberalidad que muestra en las gracias que concede a quienes le han servido magnánimamente no compensa la lentitud y la rareza de sus favores.

Usa de una extrema diligencia en el gobierno de sus Estados, y quiere que todos los asuntos de alguna importancia pasen por sus manos. Sus consejeros le envían todas sus deliberaciones importantes por escrito, en una hoja de papel con la mitad de margen, donde él escribe su opinión, añadiendo, tachando o corrigiendo según su voluntad. Y, cuando le queda tiempo, lo emplea en revisar y apostillar las súplicas y las demandas de los súbditos. Algunas veces puede vérselo ocupado durante tres y cuatro horas en estos menesteres. Jamás descuida ninguna de estas ocupaciones, incluso cuando en El Escorial, y durante el viaje, trabaja con sus ministros y revisa cuidadosamente los papeles que le son sometidos.

Atiende con mucho celo todos los asuntos referentes a la religión. También se esfuerza, por medio del Oficio de la Santa Inquisición, que protege y favorece, para que sus territorios no se aparten de la ortodoxia de la Iglesia Católica. Ésta, por lo demás, le concede grandes privilegios, porque hoy los Sumos Pontífices, no encontrando otro príncipe cristiano tan poderoso como él, y con cuyo apoyo puedan contar, se ven obligados a recurrir a Su Majestad, que obtiene por ello a la vez honor y beneficio por los indultos, las cruzadas, los diezmos y otras gracias que le concede la Santa Sede, y que le procuran grandes cantidades de dinero.



Aparte de éso, esa opinión que de él se tiene convierte a sus leyes en normas sagradas e inviolables.

Su Majestad observa en todos sus asuntos el secreto más riguroso, hasta el punto de que ciertas cosas que pudieran divulgarse sin el menor inconveniente permanecen sumidas en el más profundo misterio. Por otra parte, nada desea tanto como descubrir los designios y los secretos de los demás príncipes. Emplea para ello todos sus esfuerzos y despliega una gran actividad. Gasta sumas considerables de dinero para mantener espías en todas las partes del mundo y junto a todos los príncipes, incluso, a menudo, esos espías tienen orden de dirigir sus cartas personalmente a Su Majestad, que no comunica a nadie las noticias importantes. Solamente los espías de Flandes pueden comunicarse con el duque de Parma para que dirija con mayor éxito la guerra.

A causa de su carácter flemático, y porque en muchas cosas, confía excesivamente en el beneficio del tiempo, el Rey es muy lento en resolverse sobre materias importantes, y difiere sus resoluciones a menudo más de lo que convendría, imaginándose que el tiempo acudirá en su ayuda en muchos asuntos en los que el tiempo nada puede hacer. Es posible también que esa premiosidad para tomar decisiones en situaciones graves proceda de la dificultad de procurarse los recursos proporcionales a las necesidades a causa de la falta de dinero y de otras cosas necesarias.

El Rey tiene un carácter tranquilo y muy inclinado a la paz. Jamás se turbaría si no se viera inquietado por sus enemigos. Dos determinaciones están fuertemente arraigadas en su imaginación: la primera es el no ir a la guerra, sino hacerla por medio de sus generales; la segunda es no desmembrar sus estados, sea cual fuere la circunstancia que se presente, ni dar ninguna parte de ellos como dote a la Infanta, a fin de no disminuir el poder de sus sucesores.

(Tomás Contarini, *Relación del Estado político y administrativo del reino de España, hecha por el señor veneciano Tommaso Contarini el año 1593 a su vuelta de su embajada junto al Rey Católico*, en *Manuscritos de la Biblioteca Real de París*, París, 1835).

*Antonio Tiépolo*

*Tiépolo fue enviado a España a finales de 1564 o principios de 1565 para residir como embajador ordinario de la República de Venecia en Madrid. En 1571, el Senado le envía junto a Felipe II en misión extraordinaria para cumplimentar al Rey con motivo de su matrimonio con la archiduquesa Ana de Austria. Anteriormente estuvo en Polonia y fue nombrado después bailo en Constantinopla.*

El Serenísimo Rey Católico cumplió cuarenta y un años el pasado mes de marzo. Es más pequeño que yo, pálido y rubio. Tiene un rostro muy agradable, con el labio ligeramente caído, lo que es rasgo característico de los príncipes de la Casa de Austria. Tiene un carácter muy parsimonioso. Lo es por temperamento y también por el deseo deliberado de dar a sus asuntos la mayor dignidad posible. De esto se sigue el que escuche con paciencia. Agrada a quienes tienen que hablarle, porque acompaña ordinariamente sus respuestas de una sonrisa afable. Tiene una gran memoria y es piadoso en extremo, como lo prueba la frecuencia con que asiste a los oficios divinos y recibe los sacramentos, a los que se acerca por lo menos cuatro veces al año. Gusta del reposo y la soledad, sobre todo en verano. En esta estación casi nunca concede audiencia a nadie para hablar de asuntos públicos. Mantiene siempre las distancias para con todos sus criados, incluso con aquéllos que son más íntimos y llevan más tiempo sirviéndole. Nunca pierde la dignidad que conviene a la figura real. Sabe disimular muy bien las contrariedades que le causan los hechos que le ofenden, reservándose obtener satisfacción de ellas en el momento oportuno, según ha demostrado en los asuntos de Flandes, en donde no ha dejado de proceder con destreza, si bien fue muy grandemente ofendido, hasta que pudo vengarse mediante el envío de un ejército encargado de someter al país.

Se cuida más que nadie de juntar dinero, y, evidentemente, tiene mucha razón en hacerlo, porque ha empeñado treinta y cinco millones de ducados de oro de su renta. Es necesario, pues, que se le excuse si se muestra poco dadivoso

para con sus servidores, si es que puede llamarse poco generoso al príncipe que hace de una sola vez regalos de hasta ciento cincuenta mil ducados, como ocurrió a su vuelta de los Países Bajos con el Duque de Alba, o a quien, para reconocer los buenos servicios que le prestaron varios de los señores de esas provincias, dio unos cincuenta mil y a otros cuarenta mil ducados, o a quien no hace mucho, en las Cortes de Monzón, gratificó con diez mil y veinte mil ducados a algunos gentileshombres del país, o a quien, finalmente, cuando abandoné la Corte, dio al conde de Feria una gratificación de treinta mil escudos, con una pensión vitalicia de seis mil escudos para uno de sus hijos. Sólo el hecho de haber empezado la construcción del maravilloso edificio de El Escorial, que será un convento de frailes Jerónimos, debería haber acallado los injustos reproches de mezquindad que se hacen a Su Majestad; porque todos quienes conocen los trabajos emprendidos allí afirman que costará más de tres millones de ducados de oro antes de ser acabado.

Este monarca es tan estricto observador de la justicia, que es tenido por severo, y todos sus ministros, aplicándose a imitarle, proceden con un rigor semejante en el castigo de las faltas. Si eso es desagradable y daña a algunos, no es por ello menos cierto que redundará en el bienestar general, porque se cometen pocos delitos en este reino, tanto es así, que todo el mundo puede caminar con toda seguridad de noche por todos los lugares (hablo de Castilla la Vieja y la Nueva). En los tres reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, en donde Su Majestad no tiene el poder absoluto, se cometen los crímenes más atroces, y puede incluso afirmarse que allí los viajeros nunca están seguros, porque esas comarcas están infectadas por doquier de bandidos, y es imposible que Su Majestad pueda proveer allí.

Los embajadores obtienen fácilmente audiencia de Su Majestad. Sin embargo, no les da satisfacción ninguna en sus respuestas, porque jamás decide por sí mismo en ningún asunto, sino que lo confía todo a su consejo. Sería vano volver a intentarlo después de verlo para obtener más de lo que el Consejo hubiese acordado: no respondería nada y se atendería estrictamente a lo resuelto por él. De ello resulta que los

asuntos que han de tratarse en esa Corte se dilaten más de lo necesario. Ocurre a menudo, en efecto, que el interés particular de los ministros, o alguna otra pasión, influya en sus actos, de modo que resultan contrarios a las intenciones de Su Majestad. Puede concluirse de todo ello que sería mucho más beneficioso para todos que el Rey se ocupase personalmente de despachar los asuntos.

El Rey da audiencia a los embajadores por la mañana, un poco antes de oír misa en la capilla. Después come en público. Recibe con mucha amabilidad las súplicas que se le presentan, y que, después de haber sido vistas por alguno de sus ayudas de cámara, se envían al secretario del Consejo, que no tiene otro cometido que expedirlas. De ello resulta que toda persona que tiene algo que tratar, debe dirigirse a ese Consejo. Su Majestad no asiste jamás a las deliberaciones de sus consejeros. Según la naturaleza del asunto, lo somete a tres consejos: el de España, el de Indias y el de Italia, al que asiste siempre. Se leen entonces las resoluciones del Consejo. Si se refieren a la justicia, Su Majestad rara vez interviene. Pero, cuando se trata de gracias, a menudo las corrige y firma de su puño y letra y, desde entonces, las considera totalmente resueltas. En las cuestiones de Estado y guerra, procede de manera diferente, porque, antes de que él decida, uno de sus consejeros le hace un informe aparte. Verdad es que se aparta poco de las opiniones de sus ministros. Sin embargo, en los asuntos de Flandes ha mostrado que tenía bien poca confianza en ellos, puesto que ha tomado por sí mismo muchas resoluciones importantes. Y, viendo que la animadversión existente entre el Duque de Alba y Ruy Gómez podía causar algún desorden si, en materias tan graves, seguía sus consejos sin otra consideración, los consultaba por separado, y después tomaba la decisión que le parecía más útil a sus intereses.

Nada más tengo que decir sobre el carácter del Rey Católico, ni sobre su manera de vivir, sea en público, sea en privado. Por lo que he dicho se puede fácilmente juzgar sobre su carácter. Si fuese proclive a la guerra, mostraría un espíritu belicoso, vivo y enemigo del reposo; gustaría de montar a caballo; se resolvería con celeridad sobre los asuntos im-



portantes; en fin, no temería las fatigas. En Felipe es todo lo opuesto lo que se ve. Es fácil, pues, inferir que, por su carácter y gusto, ama la tranquilidad; porque otros, a pesar de su inclinación natural por la paz, se dejarían arrastrar por la guerra o el amor excesivo al honor y a la gloria, mientras que a Su Majestad Católica le repugnan como se ha dicho tanto por carácter como por inclinación.

(Antonio Tiépolo, *Relación de vuelta de su embajada junto al Serenísimo Rey Católico el año 1567, a 24 de septiembre*, Biblioteca Imperial de París MS. 10.076.)

### *Un gentilhombre de Antonio Tiépolo*

*En otro informe diplomático un gentilhombre (cortigiano) perteneciente a la embajada extraordinaria de Antonio Tiépolo, en España a fines de 1571, describe ante el senado de Venecia el modo político de proceder, mentalidad y costumbres de gobierno del Rey Felipe II. Tiépolo debió presentar esta corta relación ante Senado a su regreso de Madrid. La relación del cortigiano completa la del ambasciatore y merece el calificativo de «muy curiosa» que le dio el compilador de los manuscritos en que se contiene.*

Su Majestad tiene cuarenta y cinco años. Su estatura es mediana, sus miembros están muy bien proporcionados y son más bien robustos que delicados. Tiene los cabellos rubios y la barba muy tupida; se nota que empieza a encanecer. Su labio inferior sobresale un poco, según el carácter distintivo de todos los príncipes de la Casa de Austria; pero, lejos de causar a la cara la menor deformidad, eso le añade, por el contrario, una gracia indefinible.

Su Majestad es muy moderado en su manera de vivir, y dicen que, desde hace muchos años, no ha probado el pescado ni las frutas. Es muy sobrio en la bebida y en la comida. Su carácter es melancólico; pero sus maneras son tan correctas, que nadie puede hablarle una sola vez sin sentirse agradecido para siempre. Detesta mucho a los hombres viciosos y



los castiga severamente. Ama a las gentes de buenas costumbres, las emplea con gusto y enriquece. Recompensa liberalmente a sus servidores, aunque parece a veces mostrarse premioso en hacerlo, a causa de su gran número y de la imposibilidad en que se encuentra de contentarlos a todos a la vez.

Muestra en todos los asuntos un juicio admirable. Tiene una memoria muy buena, y dicen que le basta haber visto u oído a alguien una vez para reconocerle e incluso para recordar su nombre. A pesar de todo eso, desconfía de su propio juicio y no hace ni decide nada sin asesorarse del Consejo al que corresponde el asunto, porque tiene varios; pero no se adopta decisión alguna, por poco importante que sea, sin que él tome conocimiento y lo haya aprobado.

Sus intenciones son excelentes. Dispensa un gran afecto a la Señoría de Venecia, sobre todo en la presente guerra contra los turcos, y, después de la victoria de Lepanto, no ha dejado de prodigar al embajador de esa potencia las más delicadas atenciones.

A Su Majestad le gusta la soledad; por eso se retira a menudo a El Pardo, El Escorial, Aranjuez o Segovia, lugares de distracción, en donde no deja, sin embargo, de examinar y de decidir sobre los asuntos de Estado. Lleva una vida ejemplar, y no pasa día sin que oiga misa, y hasta dice las oraciones y los oficios prescritos a los eclesiásticos por el Concilio de Trento.

*(Relación de la Corte de España hecha en 1572 por un gentilhombre del séquito de Antonio Tiépolo, que fue embajador junto al Rey Católico.)*

### *Lorenzo Priule*

*Lorenzo Priule, enviado por el senado desde Venecia a Madrid en 1574 para residir como embajador ordinario de la república, destaca en Felipe II su carácter religioso, la laboriosidad y vida ejemplar.*

El Rey es de una estatura media, pero muy bien proporcionado. Sus rubios cabellos empiezan a encanecer. Su ros-



Felipe II recibe en el Alcázar a los embajadores japoneses.

tro es bello y agradable. Tiene un humor melancólico. Es un príncipe muy católico y amigo de la religión. Sobresale por su prudencia y por su amor a la justicia. No buscando ninguna clase de distracción para el espíritu o la inteligencia, se entrega completamente a la soledad. Se retira durante ocho o diez meses al año a Aranjuez, a san Lorenzo de El Escorial y a El Pardo; goza allí de las distracciones del campo con la Reina y con sus hijos, rodeado de una Corte muy poco numerosa, y no manteniendo cerca suyo más que a los ministros que le son necesarios. Se ocupa de los asuntos de Estado sin descanso, y pone en ello un empeño extraordinario, porque quiere saberlo y verlo todo. Se levanta muy temprano y trabaja o escribe hasta mediodía. Come entonces, siempre a la misma hora y casi siempre la misma calidad y cantidad de platos. Bebe en un vaso de cristal de tamaño medio que vacía dos veces o dos veces y media. Habitualmente goza de buena salud. Sufre, sin embargo, algunas veces dolores de estómago, pero poco o nada de la gota. Una media hora después de su comida, despacha todas las súplicas que debe apostillar, todos los mandamientos, cédulas y cartas; en una palabra, todos los documentos que debe firmar. Hecho esto, tres o cuatro veces por semana va en carroza al campo para cazar con ballesta el ciervo o el conejo. Acude a las habitaciones de la Reina tres veces al día: por la mañana, antes de ir a misa; durante el día, antes de ponerse a trabajar, y por la noche, en el momento de acostarse. Tienen dos camas bajas separadas un palmo una de otra; pero, a causa de la cortina que las cubre, parecen no ser más que una. El Rey siente una gran ternura por su mujer; la tiene más bien encerrada que otra cosa y casi nunca se aparta de ella.

Ha pasado en España los primeros años de su vida y ha sido educado con todo el esmero y la grandeza que convenían al poder y a la calidad de su padre, en contra del orgullo de su madre, que era portuguesa. De ello resultó que la primera vez que salió de España y atravesó Italia y Alemania para dirigirse a Flandes, se quejaron en todas partes de su altivez. El Emperador su padre, habiéndoselo advertido, hizo que cambiase completamente su manera de conducirse y cuando más tarde viajó a Inglaterra, mostró tanta dulzura



y afabilidad, que ningún otro príncipe le habría excedido en ello. Se viste con una rara elegancia, incluso hasta el punto de que no se podría ver nada más perfecto. Su complexión es muy delicada; por eso no come frutas ni pescado, sino que tan sólo se alimenta de manjares sustanciosos.

(Lorenzo Priule, *Sumario de la relación de España del clarísimo Lorenzo Priule de 1577*, Biblioteca Nacional de París, MS. 791.)

### Felipe III

UN NOBLE POLACO EN LA CORTE DE FELIPE III:  
JACOBO SOBIESKI

*Entre los años 1607 y 1613, el polaco Jacopo Sobieski anota en su diario un conjunto de impresiones sobre su viaje o «peregrinación» por Europa. Veintinueve años después de su vuelta a Polonia, en 1642, «acordándome de los acontecimientos, describí en lengua polaca mis viajes por varios países cristianos». Antes de visitar España Sobieski, presentado por misivas de Segismundo III de Polonia, residió en la Corte francesa de Enrique IV. Cuando llega a la Corte española de Felipe III, ya está, pues, familiarizado con la naturaleza e intrigas de poder. El valor del Diario reside precisamente en la caracterización pormenorizada del medio cortesano español a cuyo lado desmerecen la descripción de caracteres y costumbres y la evocación del paisaje urbano del Madrid de 1611.*

Madrid, capital y residencia hoy de los Reyes de España, donde encontré a don Felipe III con su esposa Doña Margarita, hija de archiduque Carlos, señora muy afable y piadosa. Tenía tres hijos: don Felipe, Rey actual, don Carlos y don Fernando. Dos niñas: Doña Margarita y Doña María, actual emperatriz de la Cristiandad. Durante mi estancia en España, todos ellos eran niños. Las Infantas tenían una superiora, que, según las costumbres españolas, cuidaba también de los Infantes durante su infancia. Era herma-



na carnal del duque de Lerma, condesa de Lemos, y hoy señora de edad avanzada. El primogénito de la Familia Real tenía como *mayordomo* —así lo llaman en España—, al duque de Lerma. En aquella época estuvo en la Corte Filiberto, duque de Saboya, y sobrino del Rey de España, hijo de una hermana del Rey, del mismo padre, pero de diferente madre, porque el Rey nació de la francesa, hermana de Carlos IX e hija de Enrique II. La permanencia del joven duque de Saboya en la Corte de España daba mucho que hablar: unos decían que su tío le quería mucho y proyectaba darle el virreinato de Portugal después de la muerte a la que me referí en otro lugar, o el almirantazgo de la armada española, que es uno de los puestos más considerados en este país. Otros pretendían que el Rey le guardaba como rehén. Sea como fuese, este joven príncipe era muy considerado en la Corte. Con todo, hay que confesar también que el séquito de españoles que se le dio, so pretexto de honrarle como se merecía, le rodeaba y vigilaba en todas partes como si fuera un prisionero. Como ya dije, el duque de Lerma era quien tenía más poder: gobernaba España y al Rey mismo, y alcanzó estos poderes aliándose con los más poderosos de España. Tenía un aliado suyo junto al mismo Rey, un tal..., su consejero particular. Su hijo mayor, el duque de Uceda, casó con la condesa de Lemos. El conde Lemos desposó a su hermana viuda, aya de los infantes. Otro conde de Lemos casó con una hija suya. El conde de Lemos lo hizo con una hija suya. El conde de Niebla, duque de Medina Sidonia, señor muy poderoso, y de las familias más poderosas, con su hija. Mendoza, un Grande de España, con la tercera hija. El segundo hijo de Lerma, conde..., con la hija del Duque del Infantado, señor de una grande y poderosa familia. Su sobrino fue camarero del Rey, y el mismo Lerma, *mayordomo* del infante mayor, como ya se ha dicho, y su hermana camarera mayor de la Casa Real. Como se ve, el duque de Lerma tenía situados a sus seguidores en los puestos más influyentes de la Corte.

Los confesores de los Reyes disfrutaban en España de la máxima autoridad. De entre ellos se nombran los obispos, arzobispos y cardenales. La orden de Santo Domingo tiene



privilegio para detentar estos puestos: nadie puede ser confesor del Rey si no pertenece a esa orden religiosa. El duque de Lerma mandó asesinar a uno de estos confesores por no haberse limitado a comunicarse privadamente con el Rey en cuestiones de confesionario y mezclarse también en asuntos públicos. Tenía mucha ascendencia sobre el Rey, lo que levantó los recelos del duque de Lerma, porque él y el Rey estaban, como dicen ellos, *unum velle, unum nolle*.

Los embajadores ordinarios que encontré en la Corte fueron los de Roma, Francia, Inglaterra y Venecia. Estuvo entonces allí un embajador extraordinario de Persia, que anteriormente pasó por Polonia. Vivía en Madrid con su mujer, que contaba entre sus doncellas a una polaca que iba siempre vestida a todas partes según la moda de su país natal. Su atuendo llamaba la atención a los españoles. Habló con nosotros y se mostró muy satisfecha por haber podido ver a uno de los suyos. En la Corte estaban entonces: el arzobispo de Toledo, primado y cardenal; el almirante de Castilla, cargo muy importante en España, defensor de la nobleza, y el condestable de Castilla, defensor del pueblo. Antiguamente, los Reyes de España no podían condenar a nadie a la última pena sin el asentimiento de estos dos señores.

Luego siguen los virreyes: de Nápoles, Cerdeña, Portugal, Valencia, Aragón, Cataluña, Navarra y de las Indias orientales y occidentales. Aunque todos ellos residen en los lugares donde ostentan sus virreinos, tienen en Madrid sus agentes, que yo mismo he podido ver.

Los grandes de España se presentan siempre ante el Rey cubiertos con un bonete. Éstos se dividen en grandes de nacimiento, como los duques del Infantado, Medina Sidonia, Medina de las Torres, etc., y en grandes de por vida, cuyo título sólo concluye con su muerte. Cuando el Rey quiere hacer a alguien grande de España y que su derecho se transmita a sus herederos, le dice las siguientes palabras: «Duque, o conde o marqués», en un estilo familiar, y entonces sus descendientes son duques, condes o marqueses. Al contrario, si el Rey no pronuncia título alguno, sino únicamente el nombre del individuo agraciado, en este caso será grande hasta

su muerte. Así ocurrió, estando yo presente en la fiesta del Corpus Christi, con Don Ambrosio Spínola, capitán general de los Países Bajos, quien, aprovechando una tregua vino a esta Corte, donde se le obsequiaba mucho prodigándole grandes honores y favores. Para otorgarle el título de grande de España, el Rey dijo: «Spínola es Grande», y al instante le puso en la cabeza una gorra. Utilizó este título durante toda su vida. Mariscales de la Casa Real hay cuatro. He visto en la Corte a caballeros del Toisón, de Santiago, con cruces rojas de terciopelo en sus trajes; de Calatrava, con cruces encarnadas y bordadas con seda; de Cristo, caballeros de Portugal. Todos estos caballeros disfrutaban de muy ricos prioratos. También tienen sede permanente en la Corte los Consejos de Estado, como el Consejo de Guerra, Hacienda, Estado, etc. En el Consejo secreto tenía el duque de Lerma a un confidente suyo.

Lo que más me sorprende en España es que, teniendo el Rey poder absoluto, no hace ni firma nada sin consultar a sus Consejos. Ni siquiera la mínima cuestión concerniente a los asuntos públicos la decide por sí solo. Los títulos y señores residen en la Corte por motivos políticos. El Consejo de España quiere tenerlos reunidos y presentes para prevenir sus facciosas rebeldías. Se les abonan honorarios anuales a cargo del Tesoro Real, pero no se quiere tener señores ricos. Sin embargo, algunos con los que conviví durante mi estancia en España, como el duque del Infantado, Osuna, Sessa, Alba, Feria, Pastrana, Mendoza, Alcalá, Lemos y otros, reunieron grandes riquezas.

(Jacobo Sobieski, *Diario del viaje por Europa desde 1607 a 1613*, Posnania, 1833.)

## RETRATO DE LA REINA: ANTONIO DE BRUNEL

Es una princesa de estatura media, más bien baja que alta. Enfrente tiene una dama que le sirve los platos y que hace las veces de escudero y trinchante. A sus lados hay otras dos: la de la derecha le llena la copa y se la entrega de rodillas mientras que la de la izquierda le sostiene el platillo



de la copa y la servilleta. Bebe con moderación, pero come copiosamente. Le sirven muchos platos, pero escasamente apetitosos. Tiene un bufón que habla casi siempre y que trata de hacerla reír y de distraerla con sus ocurrencias. Cuatro o cinco muchachos, que pertenecen a las mejores familias de España, traen los platos que van a recoger al cuarto contigo. Se llaman *meninos*, y no se quiere que sean pajes alegando que sólo el Rey puede tenerlos. Son más estimados que los pajes, y están vestidos con telas variopintas, y, aunque todos vayan de gris, hay diferentes matices en el color. Nos vimos sorprendidos al ver que la familia real, habitualmente tan grave, olvida en estos lugares la etiqueta, pues en presencia de la Reina estos *meninos* se comportan irrespetuosamente. Se les oye hablar mucho y a menudo se reparan con el bufón un plato de manzanas...

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

#### LA PERSISTENTE COMPARACIÓN ENTRE LAS CORTES FRANCESA Y ESPAÑOLA: BARTOLOMÉ JOLY

*Muchos viajeros que visitan España durante el siglo XVII remiten sus observaciones y descripciones sobre España a sus países de origen o a la propia escala de valores. Sabedores de que sus lectores deben comprender el país extranjero desde la distancia, no dudan en introducir comparaciones, que casi siempre resuelven en favor de su país de origen. En el caso franco-español, esta tendencia se acentúa aún más por el hecho de que, para los viajeros franceses del siglo XVII, España es un enemigo político cuyas fuerzas y debilidades hay que medir. En este sentido Madrid, como residencia de la Corte, es, para el viajero cortesano francés, el lugar idóneo para pulsar la salud política de España. Bartolomé Joly, consejero y limosnero del Rey de Francia y miembro del séquito que vino a España junto al abad general del Císter para realizar una visita preceptiva a diversos monasterios de la península, compara la Corte española con la francesa.*



En la casa del Rey de España, excepto los cuatro grandes mariscales, existen aproximadamente las mismas categorías de oficiales que en la corona de Francia, e incluso se mantienen los nombres en francés, que han sido tomados de la casa de Borgoña. Con todo, se han utilizado impropriamente. Así, por ejemplo, después del capellán mayor vienen los sumillers de la cortina, que son honorables eclesiásticos que alzan al Rey la cortina en la iglesia y le dan su libro de horas. Únicamente el duque de Lerma es sumiller de corps. De los demás rangos, ujier, joyero, *soper* y otros que no quiero detallar aquí, me limitaré a decir que no se adquieren por dinero y que todos estos cargos son oficiales. La verdad es que los cargos de servidores no son tantos como los de la Corte de Francia, y el Rey de España, a diferencia del monarca francés, no va seguido, ni en la ciudad ni en el campo, por una intrépida y generosa juventud.

En los actos solemnes o muerte de los parientes del Rey, se los viste a todos gratuitamente de arriba a bajo. Utilizan una librea que es, según los colores del Rey, amarilla, blanca y roja, y todo el mundo la adorna según sus gustos.

El Rey tiene un caballerizo mayor semejante a nuestro gran escudero. El duque de Lerma es quien ahora desempeña este cargo. No he visto a ningún otro notable ser caballerizo, como tampoco desempeñar el oficio de paje como ocurre en Francia, donde aprenden en la escuela de su Rey el arte de la caballería.

(Bartolomé Joly, *Viaje de España*, publicado en *Revue Hispanique*, XX, 58, 1909.)

### INTRIGAS CORTESANAS EN LA SUCESIÓN DE FELIPE III: FRANCISCO DE BASSOMPIERRE

*Francisco de Bassompierre compaginó una intensa actividad militar junto a Luis XIII con los servicios diplomáticos a la monarquía francesa. Acude a Madrid como diplomático para negociar el asunto de la Valtelina. Su íntimo conocimiento de las intrigas cortesanas en el período que media entre la muerte de Felipe III y la toma del poder por*



*Felipe IV y la subida al poder de Olivares, queda reflejada en un texto de su Diario donde informa pormenorizadamente al Rey de Francia sobre la transmisión de los poderes en la agitada Corte madrileña del año 1621.*

Relación de lo que ha sucedido en esta Corte desde el último de marzo hasta el 17 de abril de 1621

El Rey Felipe III falleció en el Palacio Real de Madrid el miércoles, último día de marzo de 1621, a eso de las nueve de la mañana. Inmediatamente después, el duque de Uceda, que era su sumiller de corps, fue a la habitación del príncipe, se arrodilló ante él y le besó la mano, como si fuese su Rey, y a continuación todos los grandes y principales señores que se encontraban allí presentes hicieron lo mismo. Después el duque ofreció al Rey las llaves de los gabinetes y escritorios del difunto Rey, su padre, y, al mismo tiempo, una que contenía sus papeles. Le recomendó que los dejase en manos de Don Baltasar de Zúñiga, lo que fue la ruina del duque de Uceda, el cual quiso al mismo tiempo salir del Palacio, donde estaba alojado. Pero el Rey le ordenó que siguiese allí hasta nueva orden, que recibió inmediatamente después, y cedió sus habitaciones al mencionado Don Baltasar de Zúñiga y al conde de Olivares, su sobrino, que es aquí la persona que más influye sobre la voluntad del Rey.

Sobre las dos de la tarde del mismo día, el Rey destituyó de sus cargos en el Consejo Real a los señores Pedro de Tapia y Bernal. Al día siguiente, colocaron el cuerpo del difunto Rey en una sala, adonde el mismo Rey y el príncipe don Carlos, su hermano, acudieron a darle el agua bendita; hicieron lo mismo después los embajadores, los grandes y los principales de la Corte y los consejos, y, al saber el Rey que habían enviado a buscar al duque cardenal de Lerma para que viniese a Madrid, preguntó al duque de Uceda si él le había escrito para que viniese. Éste respondió que su hijo, el duque de Sesa, le había hecho saber que el difunto Rey, su padre, había deseado mucho verle antes de morir, y él se había puesto en camino para llegar a la Corte. A esa misma hora el Rey ordenó a don Alfonso Cabrera, del Consejo real,

que volviese a Valladolid y que no se moviese de allí en tanto no recibiese orden especial de Su Majestad, e incluso se envió al mismo Alfonso de Cabrera al alcalde don Luis de Paredes, con treinta alguaciles para llevar al mencionado duque de Lerma preso a un castillo si se negaba a obedecer.

Destituyeron ese mismo día a Tomás de Angulo, secretario de cámara, y pusieron en su lugar al secretario Contreras. Se quitaron los papeles de las consultas al secretario Cérica para dárselos a Antonio de Aróstegui. La duquesa de Gandía volvió a Palacio y se la nombró camarera mayor de la Reina. Algunos años antes el duque de Lerma le había privado de ese cargo.

La noche del viernes llevaron el cuerpo del difunto Rey a El Escorial con muy escueta ceremonia. Nada más traspasar el umbral del Palacio, el Rey salió de allí también para ir a alojarse en el convento de san Jerónimo, y tomaron como buen augurio el hecho de encontrar en el camino el Santo Sacramento, que llevaban a un enfermo. Lo fue a acompañar y a devolver a la iglesia de la Santa Cruz. Después continuó su camino hasta el convento de san Jerónimo, desde donde sólo saldrá para hacer su entrada solemne en Madrid. La Reina, la infanta María y el infante cardenal se alojaron en Las Descalzas.

El domingo cuatro pude ver al Rey en una primera audiencia en el mencionado convento de san Jerónimo. El miércoles, 7 de este mes, apresaron al duque de Osuna y lo llevaron bien custodiado hasta Salamanca, cerca de Madrid. También han detenido a sus secretarios y a su tesorero.

Ese mismo día destituyeron a un regente del Consejo de Italia llamado Quintana Doria, marqués de la Floresta.

Al día siguiente de Pascuas, 12 de abril, el Rey mandó se ofreciera al duque del Infantado el cargo de *caballerizo mayor* (que ya habían ofrecido al conde de Saldaña, yerno del mencionado duque), el cual no lo quiso entonces aceptar, pero lo aceptó dos días después, habiendo sabido que el mencionado duque había pedido en matrimonio a una señorita de Palacio llamada doña Mariana de Córdoba, con la que estaba prometido. Deben estar casados el 21 de este mes. Después serán desterrados de la Corte.



El conde de Olivares fue hecho grande de España el mismo día, y obtuvo para su hijo mayor, en caso de que lo tuviera, el título de Conde de Castillejo.

El marqués de Renty, de la casa de Crouy, ha obtenido el cargo de capitán de la Guardia alemana, que antes poseía don Rodrigo Calderón, a quien se lo quitaron antes de su condena, que debe cumplirse dentro de pocos días.

Anteayer, 15 de este mes, el Rey declaró que, según el tenor del testamento del difunto Rey, su padre, quedaban revocados los inmensos donativos que había hecho en otros tiempos, quitaba al duque de Lerma el millón y cuatrocientos mil escudos que el difunto Rey había dado al duque de Lerma sobre las contribuciones de Sevilla, y que, a tal efecto, ordenaba que los bienes del duque de Lerma fuesen confiscados y retenidos hasta que hubiese restituido esa suma.

Hoy han hecho mayordomo de la Reina al conde de Benavente en lugar de al duque de Uceda, a quien han privado de ese cargo. Es una elección muy acertada, pues este conde es uno de los más insignes y prudentes personajes de este reino.

El conde de Gondomar, que es embajador del Rey de Inglaterra, ha sido nombrado miembro del Consejo de Guerra.

Don Agustín Mesía ha sido hecho gentilhombre de cámara, y cuando acabó este despacho, el conde de Olivares ha sido nombrado sumiller de Corps, que es un cargo parecido al de gran chambelán.

Esto es lo que ha sucedido aquí desde la muerte del Rey hasta el día de hoy y he creído era mi deber informar de ello a Vuestra Majestad por separado para no distraerle leyendo mi carta y mezclar en ella noticias que se parecen más a las de una Gaceta que al despacho de un embajador. He creído, sin embargo, que a Su Majestad le gustaría conocer con detalle todo lo que ha acontecido aquí y ver cuántos sucesos han acaecido en esta Corte, que en tan pocos días ha sufrido tantos cambios.

(Francisco de Bassompierre, *Diario de mi vida*, París, Ve Jules Renouard, 1870-1877.)



## Felipe IV

DIGNIDAD REAL Y ETIQUETA CORTESANA:  
ANTONIO DE BRUNEL Y FRANÇOIS BERTAUT

*Brunel y Bertaut destacan en Felipe IV la dignitas, el decorum, el honor y la mesura, atributos consustanciales de una realeza que destila una maiestas mística: la compostura solemne de la etiqueta cortesana impone un ritual que carga de divinidad al monarca.*

Va acompañado (el Rey) de tanta gravedad, que obra y se mueve como si fuera una estatua animada: quienes le han visto de cerca, aseguran que, cuando se le habla, jamás se le ha visto cambiar de asiento ni de postura; que recibía, escuchaba y respondía con una misma cara, que sólo movía en todo su cuerpo los labios y la lengua. Esta gravedad, natural o afectada, es una parte esencial de la realeza en este país. Sobre esto nos contaron una historia: un día, cuando la Reina se exaltó un poco al reírse en la mesa por las posturas y discursos grotescos de un bufón, le advirtieron que aquéllo no convenía a una Reina de España y que era preciso que fuese más circunspecta; siendo joven y habiendo llegado de Alemania hacía poco tiempo, le sorprendió aquella recriminación y respondió a quienes se la hicieron que no podría contener la risa si no alejaban de ella a aquel hombre y que habían hecho mal en advertírselo.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

El Rey, la Reina, la Infanta han entrado después de una de las damas que llevaba una antorcha. Nada más traspasar el umbral quitó el sombrero a todas estas damas. Se sentó después contra un biombo. La Reina estaba a su derecha y la Infanta también, a la izquierda de la Reina. Apenas ha dirigido una palabra a la Reina durante toda la representación. No ha movido los pies, las manos ni la cabeza. Únicamente ha vuelto los ojos algunas veces a uno y otro lado, pues tenía a su lado a un enano. Al terminar la comedia, todas estas damas se han levantado, y, poco después, cada una se ha ido por su



Juan Bautista del Mazo, *Retrato de doña Margarita de Austria*,  
Madrid, Museo del Prado.

lado. Después se han reunido en el medio, como canónigos que abandonan sus sillas cuando terminan los oficios. Se han cogido de la mano y se han hecho mutuamente reverencias durante medio cuarto de hora. Después han salido unas detrás de otras mientras que el Rey permanecía descubierto. Finalmente, el Rey se ha levantado y también ha hecho una reverencia a la Reina, quien, a su vez, se ha inclinado ante la Infanta y cogiéndose, creo, por la mano, han salido.

(François Bertaut, *Diario del viaje a España*, París, L. Billaine, 1669.)

## LA MODA EN LA CORTE ESPAÑOLA: ANTONIO DE BRUNEL

### *Afeites de la infanta*

Es una princesa de pequeña estatura. Tiene aspecto muy espiritual y la mirada viva. Su rostro, un poco más largo que ancho. Es una lástima que tenga que someterse a la moda del país, pues no cabe duda que, si no se pusiera tanto bermeillon, estaría mucho más guapa, pero se ponen tanto en esta Corte que ella y la Reina, aun teniendo mucho, son incluso quienes están menos encendidas. Todas las demás se ponen las mejillas de color escarlata, pero de una manera tan grosera que se diría que pretenden disfrazarse más que embellecerse.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

### *Modo de vestir de la cortesanas*

Tienen también camisas con bordes llenos de puntillas en los lugares que sólo pueden ver sus galanes, pero está claro que se trata de esas ruines puntillas o picadillos que les traen de Lorena y Provenza, y con las que se adornan las ropas los campesinos, pues las puntillas flamencas no las conocen en absoluto.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)



EL GOBIERNO Y LA ADMINISTRACIÓN MONÁRQUICAS:  
ROBERT BARGRAVE

En cuanto al gobierno de Madrid y de España, la mejor información que pude adquirir fue ésta: en la Corte del Rey, hay, para cada reino individual, un consejo especial, a fin de que el Rey pueda estar mejor informado sobre todos los asuntos, y para que cada uno lleve los asuntos de su reino. Además de éstos, hay Consejos de Guerra, de Marina y de Hacienda; y, por encima de todos ellos, está el Consejo privado del Rey, que confirma o anula los acuerdos de los demás. Ahora se dice que es Don Luis de Haro (un grande de España y favorito del Rey) quien lo gobierna en realidad todo, mientras que el débil Rey se limita a contemplar tranquilamente la escena entre bastidores. Los actos de aquellos reinos, que pertenecen al Rey por conquista, están sometidos a las decisiones taxativas que toma como monarca absoluto. Los reinos que se unieron a la corona mediante tratados pueden recurrir a Madrid, aunque sólo sea para los asuntos no previstos por las cláusulas de aquéllos, pues dependen de sí mismos para todo lo que en ellos figura. Algunos de éstos fueros o tratados permiten a estos reinos gobernarse con las mismas leyes que tenían antes de someterse a España, y, en tal caso, sólo rinden al Rey el homenaje de un tributo. Todos los Consejos se reúnen dentro del Palacio Real, de manera que el Rey puede controlarlos estrechamente; de modo que, cuando los Consejos se reúnen, ésta es sin duda la Corte más grande de Europa, y, ante sus puertas, raras veces se ve menos de uno, dos o tres centenares de carruajes. Así como los españoles dicen de nuestro país: «Buena tierra, mala gente», del mismo modo podemos nosotros decir de sus leyes: «Buenas leyes, mal ejecutadas».

(Robert Bargrave, *Una Relación de varios viajes y jornadas*, Manuscrito de la Bodleian Library, 1654.)

CÓDIGO DE HONOR EN LA CORTE DE FELIPE IV:  
ANTONIO DE BRUNEL

Nos han contado una costumbre que es también bastante sorprendente: no está permitido a ningún hijo natural del



Rey, reconocido como tal por Su Majestad, entrar en la villa de Madrid. Por tanto, don Juan de Austria<sup>1</sup>, que gobierna ahora Cataluña, no ha estado jamás allí, y lo han criado en Ocaña, que está a varias leguas de la Corte. El Rey lo ha ido a visitar a esa ciudad, y hace algún tiempo que estuvo a una legua de ella, adónde Su Majestad fue a reunirse con él.

Aseguran que este príncipe tiene otros muchos hijos naturales, y que, habiéndolos tenido de mujeres de la nobleza, no los reconoce. Jamás ha fracasado en ninguna de sus empresas amorosas, aunque se habla en Madrid de una dama que se le ha resistido, pero que también se ha resistido a todo el mundo, puesto que lo hacía para divertirse. Se zafaba siempre de las persecuciones de este príncipe diciéndole que no le rechazaba porque su persona no le fuese digna de estima, antes bien la respetaba, sino porque no quería pasar a la historia como una puta.

A pesar de que he tratado de buscar la razón por la que los bastardos de los reyes no pueden residir en Madrid, no he podido encontrar ninguna que me satisfaga. Porque la que está más extendida, a saber, que es para evitar darles el rango que pretenden sobre los grandes de España, ya no me parece válida desde que he visto una carta de don Luis de Haro dirigida a don Juan de Austria en la que no sólo le trata de alteza, sino además de alteza serenísima. Sea cual fuere la razón que cierra de este modo las puertas de la Corte a los bastardos de los reyes y el motivo de los recelos verdaderos o imaginarios que en ella levantarían, no cabe duda de que, en general, esta nación tiene muchos en todo lo que se refiere tanto al honor como a los amores. En relación a esto último, se cuentan mil menudencias que pasan todos los días en Madrid.

Así me han dicho que, un día, yendo el mismo Rey a casa de una dama a la que el almirante de Castilla sostenía, habiéndolo sabido este joven señor, poseído por los celos, co-

<sup>1</sup> El testimonio de Brunel sobre don Juan de Austria concuerda con el de Bertaut (*Op. cit.*): «De todos los bastardos del Rey (Felipe IV), que son muchos, es el único que ha sido reconocido. Es hijo de una comedianta (la actriz María Calderón) que el Rey amó apasionadamente».

rrió a llamar a la puerta con impetuosidad, y sin consideración ni respeto abofeteó salvajemente a la madre de aquella mujer que le fue a abrir la puerta al tiempo que le dijo: «Maldita mujer, me pones los cuernos; si pudiera subir, te estrangularía a ti y a tu hija, aunque estuvieses entre los brazos del mismo Rey».

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

RECEPCIÓN DE UNA ARISTÓCRATA FRANCESA  
EN EL PALACIO DEL BUEN RETIRO:  
LA MARQUESA DE VILLARS Y LA ETIQUETA CORTESANA

*María Gigault de Bellefonds, Marquesa de Villars, pertenecía a uno de los linajes más distinguidos de Francia. Mujer del embajador Pierre de Villars desde 1561, llega a España en la misma misión diplomática que su marido. Entabla amistad con María Luisa de Orleans, mujer de Carlos II. Mientras que las Memorias de la Corte de España de Pierre de Villars son un grave relato sobre el Gobierno y el Estado de España, las cartas de la Marquesa presentan el carácter desenfadado de una crónica mundana sobre la vida de palacio en la que abunda la observación sutil sobre las costumbres y ceremonial cortesano. Nos han llegado treinta y cinco de esas misivas dirigidas a damas francesas, especialmente a Mme de Coulanges, escritas durante su estancia en Madrid entre 1679 y 1681.*

Carta IV

Madrid, 15 de diciembre de 1679

Ayer fui al *Retiro*, que es la residencia donde el Rey y la Reina viven ahora. Entré por la habitación de la *camarera mayor*, quien salió a recibirme prodigando toda suerte de atenciones. Me condujo por estrechos pasillos hasta llegar a una galería en donde yo pensaba que sólo encontraría a la Reina; pero cual no fue mi sorpresa cuando vi que estaba allí toda la familia real. El Rey estaba sentado en una gran butaca, y la Reina y las Infantas encima de cojines. La ca-

*marera* me llevaba de la mano advirtiéndome sobre el número de reverencias que debía hacer, y que era preciso comenzar por el Rey. Me hizo acercarme tanto a la butaca de Su Majestad, que no comprendí lo que ella pretendía que hiciese. Por un momento creí que sólo tenía que hacer una profunda reverencia. Sin mostrar la mínima vanidad, no me la devolvió, aunque no me pareció que le disgustase mi presencia. Cuando le describí la escena al señor de Villars, me dijo que, sin duda, la *camarera* quería que besase la mano a Su Majestad. Así lo pensé yo también, pero no me sentí inclinada a hacerlo. Añadió que había propuesto a la princesa de Harcourt besar esa mano y que, después de consultar a la princesa, él había contestado que no lo hiciera.

Héme aquí, pues, en medio de esas tres majestades: la Reina Madre me dirigía, como la víspera, muchas palabras amables, y la Infanta parecía muy satisfecha de verme. El Rey tiene un enanito flamenco que entiende y habla muy bien francés. Ayuda bastante en la conversación. Ordenaron venir a una de las *damas de honor* con un guardainfante para hacerme ver ese bufón. El Rey ordenó se me preguntase mi opinión sobre el enano. Contesté al enano que él no había sido inventado para encarnarse jamás en un cuerpo humano. Tuve la impresión de que estaba de acuerdo conmigo. Ordenaron que se me ofreciese una almohada. Me senté solamente un instante para obedecer; y al punto aproveché una ligera ocasión para ponerme en pie, porque vi a muchas *damas de honor* que no estaban sentadas y creí complacerlas estando como ellas. Así pues, me mantuve siempre en pie, aunque las *meninas* me dijese que me sentase. Una joven trajo una ligera colación y sus damas la sirvieron de rodillas. Estas damas tienen nombres admirables, y dicen pertenecer a las Casas de Aragón, Portugal, Castilla y a otras de entre las más grandes. La Reina Madre tomó chocolate. El Rey no tomó nada.

La Reina joven, como podréis adivinar, estaba vestida según la moda española. Estaba muy bien peinada. Sus cabellos se cruzaban sobre la frente y se esparcían por encima de sus hombros. Tiene una tez admirable, hermosos ojos y una boca muy agradable cuando ríe. ¡Qué hermoso es reír



en España! Pero no deja de tener gracia que yo os haga el retrato de la Reina.

La galería es bastante larga. Está tapizada de damasco bermejo recargado de trecho en trecho con anchas franjas de oro. Desde un extremo al otro, se extiende la alfombra más bella que jamás haya podido verse. Hay también allí mesas, escritorios y braseros. Sobre las mesas, candelabros y puede verse fugazmente a las *meninas*, muy arregladas, que entran con dos candelabros de plata para cambiar y, cuando es preciso, volver a encender las velas. Hacen profundas reverencias con mucha cortesía. Bastante lejos de la Reina había algunas muchachas sentadas en el suelo, y varias damas de una edad avanzada, con sus trajes de viuda, en pie, apoyadas contra la pared. El Rey y la Reina salieron de allí al cabo de tres cuartos de hora. Primero lo hizo el Rey. La Infanta cogió a su suegra de la mano cuando pasaba delante de la puerta de la galería. Después salió rápidamente a mi encuentro. Sólo quedó en un rincón una vieja dama. Me dijo que si no hubiera estado allí la dama, me habría besado. Aún no eran las cuatro cuando llegué allí; eran las siete y media cuando salí. Fui yo quien quiso marcharse.

(Marquesa de Villars, *Cartas a Madame de Coulanges*, París, A. Courtois, 1868.)

## Carlos II

UNA ESPÍA DE LUIS XIV EN LA CORTE DE MADRID:  
LA MARQUESA DE GUDANNES

*La Marquesa de Gudannes, madre de la célebre Condesa d'Aulnoy, fue enviada a Madrid a partir de 1696 como informadora de los agentes de Luis XIV de Francia que, en Madrid, preparaban la reanudación de las relaciones diplomáticas entre ambos países. Esta old intriguing french lady—como la llamó Stanhope—dirigía en el Prado un salón, o más exactamente un jardín político u oficina de noticias frecuentada por las grandes damas y señores de la Corte así como por los embajadores de Saboya y los Países Bajos. El*



*lugar se convirtió en un centro de espionaje. De esta agencia al aire libre nació, entre los años 1693 y 1695, una correspondencia entre la Marquesa y la Corte de Francia. Finalmente, en 1698, el Conde de Oropesa ordenó cerrar el jardín y exiló a la marquesa a treinta y seis leguas de la capital. «Charlatanerías de mujer –dice Morel-Fatio refiriéndose a estas cartas–, pero charlatanerías de una mujer bien informada, si no de los grandes secretos de Estado, sí al menos de las intrigas de los personajes que detentan el poder o se mueven en sus alrededores».*

Madrid, 23 de diciembre de 1694

La Reina Madre sufría con demasiada impaciencia la manera de conducirse que la Reina observaba para con ella: muy hábilmente y sin parecerlo en modo alguno, iba acabando con sus favoritos. El martes catorce de este mes tuvo lugar un Consejo de Estado en donde se trató, en primer lugar, sobre los medios que se utilizarían para obtener dinero con la finalidad de sufragar la guerra, puesto que el Rey ha renovado la Liga por dos años más. Algunos dijeron que haría falta tomar toda la vajilla a la Moneda y fundirla. Otros, que sería preferible que todos los particulares suministrasen todos los días una determinada cantidad de prestaciones. Hubo finalmente algunos que se refirieron también al impuesto del que ya os he hablado. El Cardenal de Toledo, que estaba completamente preparado, dijo que dinero no faltaría siempre que el Rey no se dejase robar por el Embajador de Neoburgo y La Perlis, que eran como dos sanguijuelas que chupaban la sangre de los pueblos pobres; que a todo el mundo le complacería contribuir a la pacificación del Estado, pero que nadie estaba con humor para arruinarse para enriquecer a estos extranjeros; que había que expulsarles de Palacio y no dejarles volver allí nunca más. Hablaba de todo ello sin pasión, guiado por su conciencia, por el celo que sentía por su patria y la gloria del Rey.

Sobre ese asunto el duque de Montalto y el Marqués de Manseray de Villafranca tomaron la palabra y apoyaron con razonamientos muy sólidos los argumentos del cardenal, repitiendo varias veces que habría que alejar a estas pestes del

Estado porque robaban todo lo que se les ponía delante. Prueba de ello era lo que acababa de suceder hace poco a Pedro Parada. Este hombre, siendo arrendatario del tabaco y queriendo apropiarse de este arrendamiento, prometió seis mil doblones al Embajador de Neoburgo y se comprometió a cumplir su obligación. Pero, habiendo sometido la concesión del tabaco a subasta y pujando en provecho del Rey, fue obligado a tomarla al precio que se había fijado, de suerte que no quiso pagar más de seis mil doblones a Don Enrique, quien le obligó a hacerlo, no tanto en virtud de su obligación como para seguir los deseos de la Reina, que así obtuvo dos mil doblones, y otro tanto para su favorita. Así pues, Parada pagó y el asunto dio mucho que hablar en todo Madrid.

Hubo otro asunto no menos relevante. El Rey quiso que el hijo de la Perlis fuese caballero de Santiago. Para ayudarle a mantener este título, le concedió una Encomienda de cuatro mil escudos de renta. Es costumbre que se envíe a algunos caballeros hasta el lugar del nacimiento de aquel que se debe recibir, y el Duque del Infantado, que lo ha sido desde hace poco, no ha disfrutado de ningún favor sobre este asunto. En el caso de La Perlis, no se respetó ninguna formalidad, y tres o cuatro alemanes juraron todo lo que se quiso, aunque no le conocieran. Se acostumbra también a tomar a un padrino cuando se hace la ceremonia: el Marqués de Mansera lo fue, y no se le dio la venera. Todo el mundo quedó sorprendido, pues jamás se procedió de este modo. Es como si alguien armase a otro caballero sin darle la espada. Se preguntó al Marqués de Mansera la razón que le había impulsado a conducirse así. Contestó que la Reina lo había decidido todo. Algunos días más tarde, se supo que ella había repetido la ceremonia en secreto en sus aposentos, y le había puesto ella misma la venera en el cuello. No es muy difícil imaginar los rumores que levantó el hecho. El Conde de Aguilar compartía la opinión del Cardenal y de los demás, pero se detuvo en el comienzo de su discurso y no continuó observando que el Condestable de Castilla y el Almirante le escuchaban con desagrado. Ambos maquinan para defender los intereses de la Reina, lo que les obligó a decir que el Consejo no se había reunido para tratar sobre



estos asuntos, que el Rey sabía perfectamente lo que tenía que hacerse, y que si encontrase oportuno quejarse haría falta hacerlo. Los Balbases, que apoya a la Perlis, habló como el Condestable y, según Monterrey, no tomó partido, pues quiere declararse a favor de los más fuertes y de quien resulte vencedor, la Reina Madre o la Reina.

No obstante, el Rey, según su costumbre, no dejó de decir a la Reina todo lo que acababa de ocurrir. Ella empezó a gritar y a llorar rogando al Rey que dejase en paz a su dos favoritos, quienes, a partir de entonces, no se mezclarían en nada. El Rey le dijo: «¿Qué he de hacer? Es un Cardenal de Toledo quien me aconseja expulsarle». La Reina le replicó enseguida: «Si fuera un cardenal de Mazarino habría que tener cuidado, pues son muy hábiles; pero Portocarrero no sabe de la misa a la media; es un ignorante que repite como un loro todo lo que ha oído». No se refirió a los demás consejeros con menos desprecio. La Reina Madre, que mueve todos los hilos de estas intrigas, le da a entender que la Reina se va a convertir en su más encarnizada enemiga, y puesto que ya han emprendido tantas cosas, es preciso que las terminen.

Madrid, 6 de marzo de 1695

Como el tiempo continúa siendo sorprendentemente frío e inclemente en Madrid, no han tenido mejor idea que encarcelar a un hombre por haber dicho que nevará el día de san José. ¡Aquí no se puede decir nada! No obstante, todo el mundo puede proclamar libremente, y en voz bien alta, lo que se ve y lo que ha pasado. Desde Cuaresma los predicadores dicen por doquier que el Rey será condenado irremisiblemente por las injusticias que comete y a causa de su mala gobernación, que su confesor no es cristiano, que es judío, mahometano o algo peor si es que lo hay; que le da la absolución mientras el Rey hunde a sus pueblos y reinos en la miseria por apoyar a un hereje, que no hay que sorprenderse si todos los planes se descubren, todos los proyectos fracasan, que la mano de Dios pesa sobre los impíos. En fin, no se sabe si la gente está más sorprendida por la audacia de los predicadores o por la paciencia que tenemos quienes los sufrimos.

Todo el mundo presiona al Rey para que deje a su confesor, un tal Matilla, y, según todas las trazas, no le costará mucho trabajo desprenderse de él, pues ha podido observarse que, en cuatro grandes festividades, ha llamado a los dominicos a su palacio para que le confiesen.

Finalmente, don Enrique Viser, embajador de Neoburgo, salió anteayer. Usted quedará sorprendido sin duda de que haya tardado tanto tiempo después de las órdenes terminantes que había recibido. Pero él no hacía ningún caso y se burlaba de ellas porque no provenían directamente del Rey, y se quedó comprando por poco dinero toda suerte de muebles magníficos, aunque, a decir verdad, la miseria es tan grande en Madrid que no se puede decir que se los vendan, sino que se los dan. Ha obtenido así, por apenas cuarenta mil doblones, cuadros y tapices magníficos. Todos los Consejos, soliviantados por el poco caso que el Rey hacía de sus quejas y la audacia que demostró este hombre quedándose en Madrid después de recibir órdenes tan terminantes y precisas, han dejado oír sus protestas. Pero las cosas no habrían llegado a tal extremo si La Perlis hubiera consentido en abandonar a la Reina. No ha dejado de recibir cien mil escudos para su viaje, precisamente en un momento en el que aquí ni siquiera hay pan para comer. Y esto que digo no es sólo un modo de hablar: desde que Madrid es Madrid nunca se ha visto lo que se está viendo ahora. No hay pan, carne ni pescado ni ninguna clase de artículos. Se paga como si estuviéramos en una ciudad asediada. No hay dinero, ni nada de qué vivir, y lo poco que se encuentra se vende al peso del oro. El pueblo, medio desesperado, deja oír sus sonoras quejas por las calles, y por si esto fuera poco se dice para consolarle que al fin la Reina está embarazada con toda seguridad.

(Marquesa de Gudannes, *Cartas (1693-1695)*, publicadas por A. Martin en *Revue Hispanique*, vol. 47, 1920, págs. 383-541.)



# *Las instituciones*

## **Orden público y represión social en Madrid: Enrique Cock**

Cuatro varones, temible poder para el pueblo, portadores de varas como los reyes, comparten entre sí iguales honores. El Rey les dio la misión de someter al yugo de la ley a los soberbios, castigar, oír los fraudes y fomentar el derecho, de modo que, cuando el inconstante vulgo se subleva y nadie puede aplacarlo sin la violencia, amansan los ánimos con multas y a los malvados reprimen con la prisión. El pueblo los llama alcaldes y cualquiera de ellos va acompañado de una tropa de guardias. Hay un Corregidor, cuyo cargo dura tres años, que gobierna la ciudad y manda sobre sus administrados. Él es quien ensanchó la ciudad, construyó fuentes, empedró las calles, plantó el Prado, levantó el Hospital general con la aprobación del Consejo; también es cierto que no gobierna las cosas a gusto de todos, pues el Corregidor, adolescente como es, todo lo trata a la ligera; además, su presunción llegó hasta el punto que, al colocar luminarias en honor de los vencedores por haber derrotado y hundido en el mar a los franceses, incendió la famosa puerta que lleva el nombre de Carraca; a pesar de ello es hombre notable, diligente, cuidadoso y amante de la ciudad. Él apacigua con



sus palabras los corazones de los hombres enfurecidos, y no se deja llevar tras las huellas del malvado vulgo. Tiene *Ursaria* bastantes orgullosos guardias, a los que, con palabra árabe, llamamos alguaciles. Ellos echan a la cárcel a quien quiere sin ningún delito, oprimen al inocente, orgullosos de su venal vara. Hay también hombres y lenguas perversas que maquinan pleitos, y administran justicia al que quiere pagada con oro; y quienes hacen esto son los escribanos, que, vuelto el ojo a la dádiva, venden su deber al peso del oro.

(Enrique Cock, *Ursaria sive Mantua Carpetana Heroice Descrita*, Madrid, 1584.)

## La Inquisición

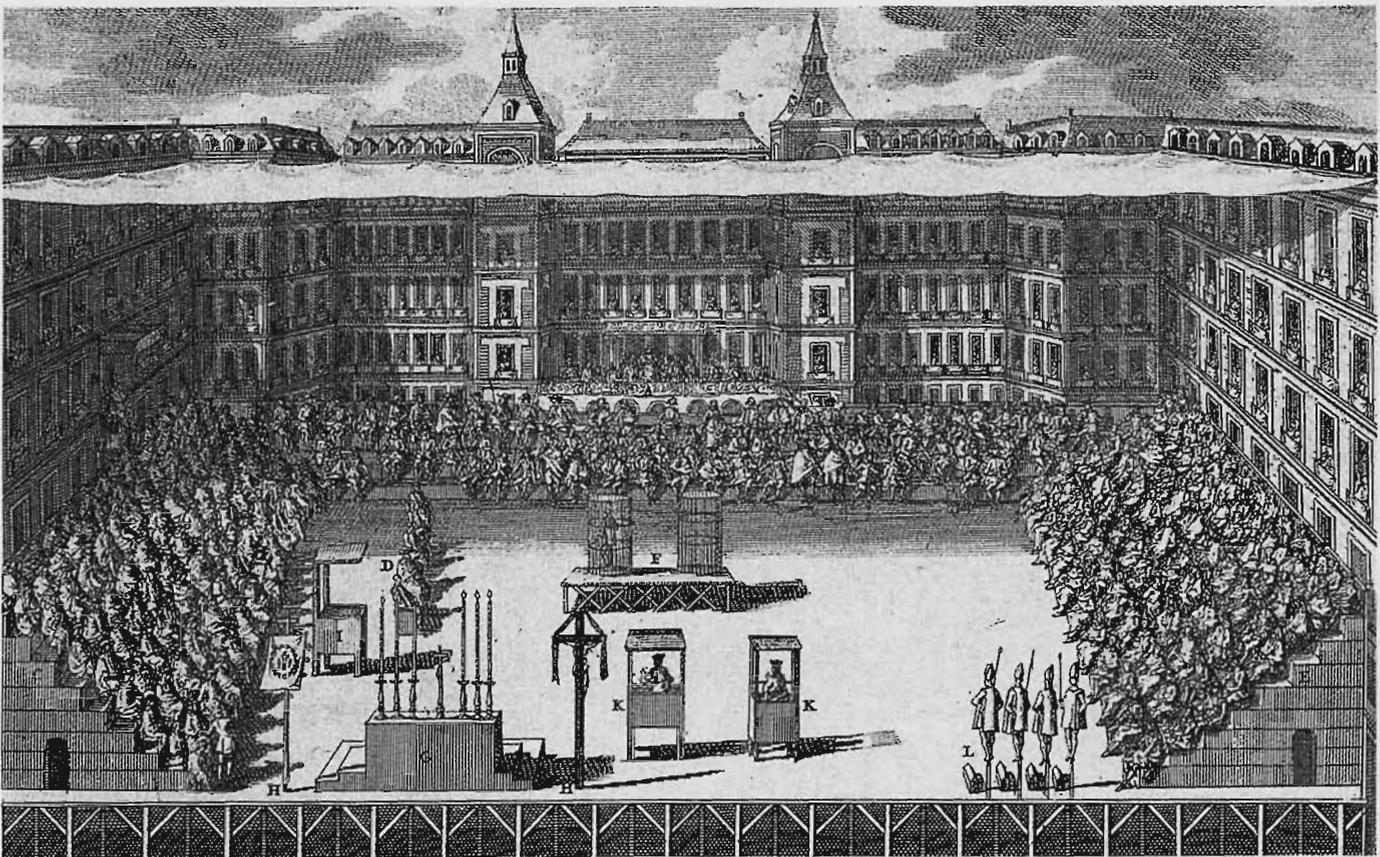
UN AUTO DE FE EN LA PLAZA MAYOR:  
MME D'AULNOY

*La ceremonia del auto de fe es, en la España del siglo XVI, la máxima expresión ritual e institucional de los mecanismos represivos de conservación del orden establecido. Entre los españoles comenzó siendo considerada como un acto religioso de penitencia y justicia y acabó convirtiéndose en un espectáculo público, lo que explica su popularidad. Para los extranjeros era, en cambio, una muestra de fanatismo religioso y levantaba sentimientos de miedo y terror. Son muchos los diarios y cartas de viajeros por España que muestran asombro y rechazo ante una práctica que era desconocida en el resto de Europa.*

*Paradójicamente, los viajeros extranjeros que, llegados a Madrid, describen la Inquisición no caen en la narración de truculencias y tormentos que configuran buena parte de la Leyenda Negra. Mme d'Aulnoy, pero también Joly y Bertaut, se limitan a dar una información sustancial al tiempo que emiten juicios mesurados sobre la controvertida institución. Divagan sobre sus orígenes, estructura (Consejos) y funcionamiento, enumeran las etapas del proceso, los delitos tipificados perseguidos por el Tribunal.*

*En contraste con los autos de fe de los primeros años de la Inquisición, en la segunda mitad del siglo XVII toman un*





Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid, Anónimo.

*carácter de espectáculo grandioso representado en el marco de las ruinas del poder español. En Madrid son una ceremonia solemne con procesión, misa, sermón y reconciliación de los pecadores que tiene lugar en la Plaza Mayor en presencia del Rey y su Corte.*

Levantarán en la Plaza Mayor un tablado de cincuenta pies de largo; se elevará, hasta la altura del balcón destinado al Rey, un anfiteatro de veinticinco o treinta gradas destinado al Consejo de la Inquisición y a los demás Consejos de España. En su parte superior se colocará, bajo un dosel, el sillón del Inquisidor General, mucho más alto que el balcón del Rey. A la izquierda de ese tablado y del balcón, habrá un segundo tablado del mismo tamaño que el primero. Allí se colocará a los criminales.

En medio del tablado grande habrá otro muy pequeño, que sostendrá dos jaulas. Meterán allí a los criminales mientras que se procede a la lectura de la pena que se les ha impuesto.

Se alzarán también, sobre el tablado grande, tres cátedras preparadas para los lectores de las sentencias y para el predicador, ante las cuales se construirá un altar.

Los sitios para acomodo de Sus Majestades Católicas estarán dispuestos de suerte que la Reina esté a la izquierda del Rey y a la derecha de la Reina Madre. Todas las damas de la Reina ocuparán, a ambos lados, el resto de la longitud del mismo balcón. Habrá allí también otros balcones preparados para los embajadores y para los señores y las damas de la Corte así como gradas para el pueblo.

La ceremonia comenzará con una procesión, que saldrá de la iglesia de Santa María. Cien carboneros, armados con picas y mosquetes, encabezarán la comitiva: proporcionan la leña que se utiliza en el suplicio de quienes han sido condenados a la hoguera. Vendrán a continuación los dominicos, que irán precedidos de una cruz blanca. El duque de Medinaceli llevará el estandarte de la Inquisición, según el privilegio hereditario de que disfruta su familia. Este estandarte es de damasco rojo. En uno de sus lados se representa una espada desenvainada inserta en una corona de laurel, y en el otro las armas de España.

A continuación, llevarán una cruz verde orlada con un crespón negro. Varios Grandes de España y otros prohombres de la Inquisición marcharán después cubiertos por capas adornadas con cruces blancas y negras bordadas con hilo de oro. Cerrarán la comitiva cincuenta alabarderos o guardias de la Inquisición, todos ellos vestidos de negro y de blanco. Irán encabezados por el Marqués de Pobar, protector hereditario de la Inquisición en el reino de Toledo. Después de pasar la procesión por ese orden por delante de Palacio, se dirigirá a la plaza, y el estandarte y la cruz verde serán plantados sobre el altar, y tan sólo los dominicos se quedarán en el tablado, y pasarán parte de la noche susurrando oraciones. Apenas amanezca, empezarán a celebrar misas en el altar. El Rey, la Reina y todas las damas aparecerán en los balcones sobre las siete de la mañana. A las ocho, la marcha de la procesión comenzará, como el día precedente, con la compañía de los carboneros, que se colocarán a la izquierda del balcón del Rey. La derecha estará ocupada por sus guardias. Varios hombres llevarán a continuación efigies de cartón de tamaño natural. Unas representarán a quienes han muerto en la cárcel, cuyos huesos serán también llevados en cofres con llamas pintadas a su alrededor, y las otras figuras representarán a quienes se han escapado y han sido juzgados como contumaces. Colocarán esas figuras en uno de los extremos del tablado.

Leerán a continuación las sentencias. Poco después, serán ejecutadas.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

## NATURALEZA Y COMPETENCIAS DE LA INQUISICIÓN:

### MME D'AULNOY

Pero debo decir –añadió– que el Consejo Supremo de la Inquisición es una institución que concentra muchos más poderes que cualquier otra. Ni siquiera el propio Rey tiene poder para retirar de él a quienes han sido denunciados, porque ese Tribunal no reconoce por encima suyo más autori-

dad que la del Papa. Ha habido incluso tiempos y ocasiones en que el propio poder de los reyes ha resultado más débil que el de la Inquisición. Don Diego Sarmiento es el Inquisidor General. Es un gran hombre de bien. Tendrá unos sesenta años. El Rey nombra al presidente de la Inquisición, y Su Santidad lo confirma. Por lo que hace a los inquisidores, el presidente los propone al Rey, y después de haber obtenido su aprobación, los inviste en su cargo.

Este Tribunal juzga de todo cuanto se relaciona con la fe y está absolutamente revestido de la autoridad del Papa y de la del Rey. Sus sentencias son inapelables, y los veintidós Tribunales de la Inquisición que existen en todos los Estados de España, y que dependen del de Madrid, le dan cuenta todos los meses de sus finanzas y todos los años de las causas criminales. Pero los de Indias y de los demás lugares alejados sólo rinden cuentas al final de cada año. En relación a los cargos de esos tribunales inferiores, debo decir que son designados por el Inquisidor General con la aprobación de los consejeros. No sería fácil citar con precisión el número de oficiales que dependen de la Inquisición. Sólo en España hay más de veintidós mil familiares del Santo Oficio. Se los llama de ese modo porque son como espías repartidos por todas partes, que proporcionan a la Inquisición toda suerte de noticias verdaderas o falsas en virtud de las cuales se prende a quienes ellos acusan.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

#### PROCESO INQUISITORIAL A LOS JUDÍOS: EMBAJADOR MARROQUÍ

Entre los cristianos se considera delito profesar judaísmo. Para juzgar de estas causas, existe en Madrid un Tribunal compuesto por varios doctores en religión católica. Todos los miembros del Tribunal son personas ancianas. Laman a su Tribunal la Inquisición. Averiguan quién es sospechoso de judaísmo. Alegando el mínimo pretexto, lo detienen y encarcelan, después de haberle incautado todo su patrimonio y enseres, que se reparten inmediatamente entre sí. Lo mantienen



encarcelado durante un año, y sólo entonces le interrogan sobre los hechos que se le imputan. Cuando niega las acusaciones le dicen: «Como prueba de que lo que dices es cierto, designa a quien te ha denunciado o acusado». Cita uno a uno a quienes le han acusado hasta llegar a un tercero. Si quien lo ha denunciado resulta ser uno de los tres que ha nombrado añade: «Había entre él y yo una enemistad en tal época, por tal causa», su suposición y sus sospechas resultan fundadas. Entonces se redacta un documento para instruir el proceso y disculparse. El proceso se prolonga ante ese Tribunal hasta que olvidan la imputación de que ha sido objeto. Confiesa que, por ese medio, sólo deseaba obtener su libertad. Cuando aquéllo de lo que ha sido acusado resulta probado o cuando confiesa, se le obliga a abjurar del judaísmo y a abrazar la religión cristiana. Si, después de abjurar de su religión, se hace cristiano, lo sacan de la cárcel, lo pasean y lo exponen en los mercados con una cruz amarilla sobre el hombro. Esto significa que pertenece a la religión judía y que se ha convertido al cristianismo. Tiene que llevar esa cruz durante los seis meses siguientes, y sólo se la quitan cuando pasa ese lapso de tiempo. Sólo entonces entra a formar parte de la masa de los cristianos. Cuando ha confesado ser judío o el hecho ha sido verificado por tres testigos y no abjura de su creencia, lo queman en una hoguera sin que sea posible aceptar intercesión alguna en su favor. Ese es el motivo por el que ningún judío entra en España ni en Portugal.

(Embajador marroquí, *Viaje a España de un Embajador enviado por Muley Ismael a Carlos II. Hecho por los años 1680 a 1682*, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros...*, Aguilar, Madrid, 1959, tomo II.)

## Los tribunales y la administración de justicia en Madrid

### TRÁMITES BUROCRÁTICOS: MME D'AULNOY

Todo el papel de oficio está sellado y cuesta más caro que el corriente. Hay una cierta época del año en la que se hace



el reparto de los pleitos. Los procesos se instruyen en Madrid, y pocas veces terminan con una sentencia. Meten todos los documentos de una parte en un saco, los de la otra en otro, la instrucción en un tercero, y cuando llega el momento de distribuir los pleitos, los envían a tribunales lejanos; de manera que, muy a menudo, muchas personas son juzgadas sin que nunca lleguen a saberlo. Anotan el pleito en un registro del lugar adonde ha sido enviado, y lo guardan allí con mucho secreto. Cuando se ha pronunciado la sentencia, la envían a Madrid y se la comunican a las partes en litigio. Eso ahorra muchos trabajos y peticiones, que, creo, deberían estar siempre prohibidas. En cuanto a los asuntos que se juzgan en Madrid, hay que decir que, prolongándose indefinidamente, sea en la Corte o en la ciudad, terminan por arruinarse. Los escribanos españoles son unos grandes farsantes.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691).

#### CORRUPCIÓN DE LOS TRIBUNALES: MME D'AULNOY

En cuanto a Madrid, no es posible encontrar mayores ladrones que las gentes de los Tribunales. Se apropian impunemente de las prerrogativas del Rey, y le roban de tal manera, que no hay que sorprenderse de que tan a menudo carezca de dinero.

No se contentan con perjudicar a su soberano, sino que también esquilman al pueblo; y aunque las leyes del país sean muy buenas, e incluso muy equitativas, nadie deja de resentirse de tal estado de cosas. Quienes tienen poder para aplicar las leyes son los primeros que las corrompen, y los buenos jueces son más raros en este país que en otros lugares.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

#### LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA EN MADRID: CAMILLO BORGHESE

Seis jueces, llamados alcaldes, administran la justicia en la Villa de Madrid. Cuatro de ellos son de lo criminal y otros



dos de lo civil. Todas las mañanas los alcaldes de lo criminal se reúnen en las prisiones en una sala, donde dan audiencia y expiden los procesos. Su jurisdicción no se extiende fuera de la Corte a más de cinco o seis leguas.

Entre las sentencias de los alcaldes, las emitidas por los de lo criminal son inapelables. Es posible entonces, sin embargo, recurrir al Consejo, que alguna vez suele resolver.

Estos alcaldes tienen a gala ser muy severos y rigurosos, pues son tanto más estimados cuanto más crueles se muestran en la aplicación de la justicia. Y si se comete en el reino algún exceso, es posible mandar instruir la causa a alguno de estos alcaldes dotados de autoridad suprema, los cuales muy a menudo adoptan resoluciones notables.

Cada semana manda el Consejo Real dos consejeros a visitar las cárceles y a oír los agravios que dan los alcaldes y los desagran algunas veces.

Tienen a sus órdenes una infinidad de alguaciles, que son como los esbirros en Italia, pues se auxilian entre sí. Los alguaciles son personas de cierta altura moral. Se les guarda grandísimo respeto. Uno solo de ellos, con una varita en la mano, tiene poder para llevar los reos a la cárcel, y si alguien les presenta resistencia gritan: «¡Ayuda al Rey!», y todos los que están presentes acuden rápidamente a socorrerle.

Estos alcaldes comparten con el Regidor de la Villa la competencia de conceder gracias y beneficios.

Los alcaldes civiles, que son dos, administran asuntos civiles en la Corte, y sus decisiones pueden ser recurridas ante el Consejo Real.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España. En España en los siglos XVI y XVII, documentos históricos y literarios*, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)





## *Vida religiosa*

### **Iglesias y conventos de Madrid: Enrique Cock**

Los templos de Madrid están regidos por quince parroquias. Hay en ellos una fe pura y puede verse allí constantemente cómo el Sagrado Cordero va hacia las resplandecientes aras; cuidan mucho de los sacramentos, medicina verdadera del Señor, que protegen la fe tradicional del pueblo. Muchos son los conventos de frailes y monjas. El rey Enrique IV fundó en el Prado, en honor del Doctor (san Jerónimo), un gran templo lleno de riquezas. Muchos son quienes, salvados de un naufragio, cuelgan sus ofrendas —vestidos votivos— en honor de Nuestra Señora de Atocha. Es creencia generalizada que ésta fue de Antioquía.

Están los conventos de san Francisco, allí donde *Mantua* se asoma al río; el de los Teatinos, desdeñosos de los hombres y los bienes; el de los Mercedarios, que redimen cautivos con piadosas ayudas; el de los Carmelitas y el de los Trinitarios; los de los Agustinos, Bernardos, Benedictinos y el convento de la Victoria.

Para monjas está el convento que fue construido a expensas reales, bajo el patrocinio de Catalina de Siena, en donde el Rey Pedro el Cruel mandó que descansaran sus restos; el de las Descalzas de santa Clara y el de las seguido-

ras de la pura regla de Bernardo; destaca el hermoso edificio construido por piedad de la hermana del Rey, princesa de Portugal, Juana. Hay también dos de Concepcionistas, la Concepción Jerónima y la Concepción Franciscana, y el de los Ángeles, el de las Monjas de Constantinopla y el de las Arrepentidas.

(Enrique Cock, *Ursaria sive Mantua Carpetana Heroice Descrita*, Madrid, 1584.)

## La práctica religiosa en las iglesias madrileñas: Mme d'Aulnoy

Novena Carta

Madrid, 17 de abril

Os hablaré primero de las iglesias de Madrid. En general, las encuentro muy hermosas y limpias. Las señoras de las buenas familias apenas las pisan alguna vez, pues todas tienen oratorios privados en sus casas. Hay, sin embargo, algunos días del año en que no dejan de ir a la iglesia. Estos son los días de la Semana Santa o cuando se celebra la comunión pascual. Entonces hacen allí sus estaciones y algunas damas van también a confesarse.

La iglesia de Nuestra Señora de Atocha es muy hermosa. Está en el recinto de un vasto convento, donde viven muchas religiosas que apenas salen nunca. Es una de sus reglas. Su vida es muy austera. Los devotos acuden allí desde todas partes, y cuando los reyes de España tienen que celebrar algún acontecimiento, es el lugar donde se canta el *Te Deum*.

Hay allí una Virgen con el Niño Jesús en sus brazos de la que se dice que hace milagros. Es morena y la visten muy a menudo con atuendos de viuda; pero, en los grandes festejos, va tan ricamente ataviada y cubierta de piedras preciosas, que es imposible ver nada más magnífico. Tiene un sol alrededor de la cabeza cuyos rayos despiden un resplandor sorprendente. Sostiene siempre un rosario en su mano o lo lleva ceñido alrededor de la cintura. Esta capilla está en un lado de la iglesia, en un lugar que parecería muy sombrío si



Nuestra Señora de la Almudena.

no estuviese iluminado por más de cien grandes lámparas de oro y plata que están siempre encendidas. El Rey tiene allí una tribuna con una celosía delante.

En todas las iglesias de Madrid se usan unas esterillas redondas para arrodillarse sin tocar el suelo; pero si el sacristán advierte la presencia de algún aristócrata o de una dama extranjera, trae una alfombra para tenderla delante del personaje ilustre. Allí encima se coloca un reclinatorio y almohadones, o bien se hace entrar a la dama en pequeños gabinetes completamente pintados y dorados y con cristales alrededor, en donde pueden estar con toda comodidad. Todos los domingos el altar está iluminado por más de cien cirios y adornado por una prodigiosa cantidad de piezas de plata, y lo mismo puede decirse también de las demás iglesias de Madrid. Hay allí parterres cuyo césped está embellecido con multitud de flores, cuya agua cae en depósitos, unos de plata, otros de mármol o de pórfido. Hay alrededor muchos naranjos que son tan altos como hombres. Acuden allí pájaros cuyos gorjeos semejan pequeños conciertos. Esto ocurre durante casi todo el año tal y como acabo de describirlo, y en las iglesias nunca faltan naranjos ni jazmines que las perfuman con un aroma mucho más agradable que el del incienso.

En la capilla de Nuestra Señora de la Almudena, puede verse una Virgen que, según dicen, Santiago trajo desde Jerusalén y que ocultó en una torre de la muralla de Madrid. Habiendo sitiado la villa los árabes, los habitantes se encontraron reducidos a una necesidad extrema, tanto es así, que deliberaron sobre su rendición. Encontraron entonces esta torre llena de trigo y no pudiendo explicarse tal abundancia sino por un milagro, el pueblo, entusiasmado, recobró su decisión y se defendió con tanta valentía, que los árabes, cansados del largo asedio, se retiraron. Encontraron a continuación la imagen de la Virgen, y construyeron en su honor una capilla, en la que pintaron esta historia sobre sus muros. El altar, la balaustrada y todas las lámparas son de plata maciza.

Los Mínimos tienen una iglesia no muy lejos de allí, en la que está la capilla de Nuestra Señora de la Soledad. Allí se



reza la Salve todas las tardes. Es un lugar de gran devoción y muchas personas la utilizan como lugar de encuentro.

La capilla de san Isidro supera en belleza a todas las demás. Este santo, que sólo era un pobre labrador, es el patrón de Madrid. Todas las paredes de la capilla están cubiertas de mármoles policromados, con columnas de la misma materia, y figuras de santos. El sepulcro de san Isidro está en medio, y cuatro columnas de pórfido sostienen encima de él una corona de mármol que representa diversas especies de flores con sus colores naturales. Nada puede verse mejor labrado, y puede decirse que aquí el arte sobrepasa a la naturaleza. Las figuras de los doce Apóstoles adornan el exterior de la cúpula de la capilla.

Las mujeres que no tienen oratorios privados acostumbran a oír una docena de misas, y demuestran tanta distracción que bien a las claras se ve que están pensando en cosas distintas a sus oraciones. Llevan manguitos de más [...de...] media vara de largos hechos de la más hermosa marta cibelina que puede verse y que llegan a valer hasta cuatrocientos y quinientos escudos. Necesitan extender sus brazos todo lo que pueden para meter sus dedos en la entrada de sus manguitos. Me parece que ya os he dicho que son extremadamente pequeñas, y esos manguitos son casi tan grandes como ellas. Llevan siempre un abanico, sea invierno o verano, y, mientras dura la misa, no dejan de darse aire. Sentadas en la iglesia, toman rapé continuamente sin mancharse. Emplean para ello ademanes muy distinguidos y apropiados. En el momento de la Consagración, las mujeres y los hombres se dan una veintena de golpes en el pecho, lo que produce tal estrépito, que la primera vez que lo oí sentí mucho miedo, pues creí que se estaban pegando.

En cuando a los caballeros —quiero hablaros de los que son galantes de profesión y llevan un crespón alrededor de su sombrero—, cuando la misa ha terminado, se colocan en fila junto a la pila de agua bendita, adonde acuden todas las damas, y les ofrecen el agua, diciéndoles al mismo tiempo toda suerte de galanterías. Ellas contestan con breves palabras y no cabe duda que saben responder con las palabras adecuadas y que no les cuesta mucho trabajo encontrarlas,

pues su ingenio les ofrece inmediatamente las contestaciones oportunas. No obstante, el señor nuncio ha prohibido, so pena de excomuni3n, que los hombres ofrezcan agua bendita a las mujeres. Dicen que esta prohibici3n se ha establecido a petici3n de algunos maridos celosos. Sea como fuere, la observan, e incluso tambi3n se dice que los caballeros tampoco habr3n de darse agua bendita unos a otros.

Las espa3nolas, sea cual fuere su condici3n, jams usan almohadones en la iglesia. En cuanto a nosotras, cuando entramos all3 con nuestros vestidos segun la moda francesa, todo el mundo se congrega a nuestro alrededor; pero lo que resulta m3s molesto es que las mujeres embarazadas muestran m3s curiosidad que las dem3s, y como aqu3 se les guarda m3s respeto que a ningunas otras, pretenden que, cuando se les antoja algo y se les niega, contraen al punto cierta enfermedad que les hace dar a luz un ni3o muerto.

(Madame d'Aulnoy, *Relaci3n del viaje por Espa3a*, Par3s, Claude Barbin, 1691.)

### **Religiosidad social: frivolidad, hipocres3a y ritualismo**

*Los viajeros que visitan el Madrid barroco subrayan como rasgo dominante en la religiosidad espa3nola la exterioridad de las manifestaciones del culto y la inmoralidad manifiesta compatible con ellas. Lo que muchos extranjeros llaman sin ambages hipocres3a o doble moral, no era en realidad mas que la expresi3n fuertemente socializada del catolicismo contrarreformista que, en algunos casos, degener3 en pr3cticas heterodoxas.*

#### **RITUALISMO SUPERFICIAL: GIOVANNI CORNARO**

Los donativos generosos, las l3mparas encendidas por la piedad de los fieles abundan por todas partes. Los conventos que observan las reglas de disciplina religiosa superan a los de cualquier otra parte de la cristiandad. Esto no quita, sin embargo, que, penetrando en el fondo, uno se d3 cuenta en-



seguida de que la fe de los grandes y principales es mera hipocresía, y que la de los tontos y el vulgo es simple superstición.

(Giovanni Cornuaro, *Relaciones de los Estados europeos*, en García Mercadal, *España vista por los extranjeros*, t. III, pág. 109.)

#### DOBLE MORAL: FRANÇOIS BERTAUT

La falta de devoción de algunos y su hipócrita religiosidad resulta difícil de comprender. Nada resulta más risible que verlos en misa con grandes rosarios colgados del brazo, cuyas cuentas van pasando sin dejar de estar pendientes de todo cuanto ocurre a su alrededor mientras apenas piensan en Dios o meditan sobre su sacrificio. Rara vez se arrodillan en la Consagración. Su religión es muy acomodaticia, y sólo observan cuidadosamente todo aquello que no les cuesta ningún trabajo. Castigarían severamente a todo el que blasfemara o hablase mal de los santos o de los misterios de la fe, porque, según dicen, hay que estar loco para cometer un crimen que no produce placer alguno; sin embargo, concurrir a lugares infames, cenar carne los viernes, mantener públicamente a treinta concubinas y tenerlas siempre a su lado no les produce el mínimo escrúpulo moral.

(François Bertaut, *Diario del viaje a España*, París, L. Billaine, 1669.)

#### RELAJACIÓN DEL RITUAL RELIGIOSO: JEAN MURET

Vi tomar rapé en la misma iglesia (de la calle de san Bernardo) a dos confesores, que tenían a sus penitentes arrodilladas a sus pies delante de todo el mundo. Estas mujeres confesaban públicamente sus pecados de la manera más sorprendente del mundo: sostenían continuamente un abanico entre las manos, con el que se daban aire sin cesar, unas veces cogiendo la mano del padre, otras prorrumpiendo en so-





San Isidro, santo de la Contrarreforma.

noras carcajadas, con las que no dejaban de alcanzar una absolución completamente gesticulante.

(Jean Muret, *Cartas escritas desde Madrid en 1666 y 1667*, publicadas por Alfred Morel-Fatio, A. Picard, París, 1879.)

#### ANTICLERICALISMO DE LAS MUJERES: PINHEIRO

Las castellanas gustan poco o nada de la gente de sotana; lo que les gusta verdaderamente son las plumas, los regalos, el paseo, los coches y las galas: una educación liberal y relajada les hace aborrecer las mezquindades de la religión.

(Pinheiro, *Pincigrafía, Revista de España*, t. CIV, pag. 506.)

#### HIPOCRESÍA: UN VIAJERO ANÓNIMO

Los españoles tienen un exterior devoto que engañaría fácilmente si no estuviese acompañado de muchas acciones indecentes. No se avergüenzan de utilizar las iglesias como escenario de sus inmoralidades y lugar de citas para muchas cosas que el pudor impide nombrar.

(*Viajes hechos en épocas diversas por España, Portugal, Alemania, Francia y otros lugares por Mr. XXX*, Amsterdam, 1699.)

#### LA VIDA EN LOS CONVENTOS MADRILEÑOS: MME D'AULNOY

*En el siglo XVII, muchas mujeres sustituyen la clausura doméstica por la conventual, a menudo menos restrictiva que el espacio masculino de la casa paterna o marital. Mme D'Aulnoy, recogiendo un topos literario presente en María de Zayas, describe la vida regalada de las hijas de las familias aristocráticas madrileñas en el convento de las Comendadoras de Santiago.*

La vida de las monjas es bastante agradable. Por lo general, las mujeres que entran en los conventos son jóvenes de

buenas familias y muy hermosas. En Madrid hay uno, el de las Comendadoras de Santiago, en el que las mujeres, para profesar, tienen que hacer prueba de nobleza, lo mismo que los hombres, y llevan la misma cruz que éstos en el pecho. La casa de estas señoras es suntuosa: disponen de varias habitaciones que están tan bien amuebladas como las de sus propias casas. Disfrutan de grandes pensiones, y cada una de ellas tiene tres o cuatro criadas. Hay conventos en donde las religiosas ven más hombres que las damas mundanas. No son menos amables que éstas, y no es posible tener más delicadeza ni más ingenio que las que ellas tienen. La belleza reina allí más que en ninguna otra parte, aun cuando también hay que confesar que no pocas se quejan amargamente de haber sido sacrificadas tan jóvenes.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

## El Corpus Christi

### ORNATO PROCESIONAL: MME D'AULNOY

Se adornan las calles por donde la procesión ha de pasar con los más hermosos tapices imaginables; pues, además de los de la Corona, muchos particulares, que los tienen magníficos y admirables, ofrecen los suyos para tales ocasiones. En todos los balcones, las celosías son reemplazadas por hermosas colgaduras y doseles. Las calles están cubiertas de arena, muy bien regadas y con abundantes flores. Éstas forman una verdadera e incomparable alfombra. Los altares construidos en las plazas, donde se deja la Custodia en determinados momentos, están adornados con la más exquisita magnificencia. El día del Corpus todas las damas estrenan, cuando todavía no ha terminado la primavera, sus vestidos de verano, y esperan en sus balcones muy compuestas, rodeadas de cestillas con flores y pomos llenos de aguas perfumadas, que arrojan al paso de la procesión.

(Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)

LA COMITIVA PROCESIONAL Y LOS PASOS:  
ANTONIO DE BRUNEL

Entre los primeros pasos iban muchos músicos vizcaínos con sus tamboriles y castañuelas. Además, entre éstos, avanzaba otro grupo de personas vestidas con atuendos multicolores que, al son de diversos instrumentos, iba bailando, saltando y haciendo piruetas con la misma desenvoltura a como se hace en Carnaval. Iban también delante unas gigantescas estatuas de cartón dirigidas por hombres escondidos debajo de ellas. Las hay de formas diversas, y algunas de muy mala traza; todas representaban a mujeres, salvo la primera, que era una monstruosa cabeza pintada que conducía un hombre bajito, de modo que parecía la cabeza de una figura colosal colocada sobre un pigmeo. Entre estos monstruos había dos que figuraban sendos gigantes moros o etíopes. El vulgo llama a todas estas figuras *Los hijos del vecino* y también *Las mamelinas*.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España curioso, histórico y político*, París, Charles Sercy, 1665.)

## La Semana Santa

*La pompa y suntuosidad del culto católico, el esplendor y la magnificencia de las festividades, el aparato y ostentación de la Corte de los Austrias conviven con una viva religiosidad popular confiriendo a las procesiones de la Semana Santa madrileña un íntimo alborozo. En las plazas y calles de la villa concurren en estas festividades la Corte y la nobleza, la burguesía, el pueblo, los clérigos y legos, ricos y pobres. Todos ellos forman un solo corazón. El día de la procesión toda la ciudad se viste de gala: las fachadas de las casas se adornan con tapices, en los balcones hay mujeres engalanadas y la calles se llenan de multitudes. Madrid, junto con Toledo y Sevilla, son las ciudades españolas donde estas manifestaciones religiosas alcanzaron mayor fastuosidad. En la capital la presencia y participación de la familia real les daba una mayor grandiosidad. Las Relacio-*

*nes de viaje reflejan la honda impresión que la Semana Santa causaba en los viajeros extranjeros.*

POMPA DE LAS PROCESIONES DE SEMANA SANTA:  
JEAN MURET

*Las cartas de Muret, escritas bajo la regencia de Mariana de Austria, destacan por la observación inteligente y la descripción exacta de hechos históricos y costumbres españolas. Muret se detiene en los aspectos más originales de la sociedad española, en los rasgos que la diferencian de la vida francesa. Aunque el examen nunca va más allá de un pequeño número de hechos e ideas que se limitan a resaltar impresiones que algunas veces le llevan a condenar la forma de vida española, estas cartas constituyen el valioso testimonio ocular de un hombre instruido.*

Madrid, 9 de abril de 1667

Señor:

No puedo dejar pasar por alto estas buenas fiestas sin dejar de deseárselas mejores a Vd. de lo que me es posible hacerlo y, en esta ocasión, mostraros de qué manera las gentes de este lugar se preparan para celebrar estas grandes solemnidades.

En estas fechas del año, más que en cualquier otra estación, el vicio se enseñorea de la ciudad, porque, so pretexto de procesiones y oficios divinos, se disfruta de mayor libertad para correr al encuentro de otra persona sin que la cita levante sospechas. Todo ello no impide, sin embargo, que se celebren estas Pascuas. Todas las profesiones de la villa participan en estas procesiones e incluso lo hacen los actores. Es cierto que, como son personas más honestas que las demás, se les permite ir con mayor decencia, y sólo se muestran en ellas soberbiamente vestidos. Los demás llevan hábitos de penitentes de color negro hechos de tela de cáñamo que les llega hasta los pies. Van enmascarados con un capuchón piramidal de un metro de longitud que llevan puesto sobre la parte superior de la cabeza para que pueda soste-



nerse mejor. Todas las cofradías tienen su estandarte, su trompeta y sus mayordomos. Éstos se pasean gravemente con el bastón de la cofradía entre las filas para mantener el orden. No obstante, está permitido a todos refrescarse en las tabernas, y hay algunos que beben tanto y tan a menudo, que dan más tumbos de lo que sería deseable. Créame, Señor, que no hay exageración en mis palabras. Pues nada hay más bello que ver una infinidad de antorchas de cera blanca, que cada penitente sostiene en su mano mientras que, al final, se ve venir a varios pasos llevados por más de cincuenta personas en los que se representan todos los Misterios de la Pasión. Esta ceremonia tiene lugar el jueves, viernes y sábado santo.

Por lo demás, se canta aquí maravillosamente bien. Yo nunca he oído tan bellas voces ni una música más armoniosa. Los lamentos de Jeremías acompañados de música producen una sensación de éxtasis que nada tiene que ver con la que se siente cuando canta una sola persona. Quisiera poder expresar el placer que este encuentro depara a los oídos de todos, pero no hay forma de traducir con palabras este cosquilleo que uno siente y que causa una especie de éxtasis, porque el alma parece abandonar las demás partes del cuerpo para llegar a disfrutar en cierto modo de una manera más completa esta armonía que arroba los sentidos.

Los pasos son muy variados, pero todos igualmente magníficos. No se ahorra nada en el gasto, y la arquitectura y la pintura son las más bellas que pueda imaginarse. El Santo Sacramento está encerrado en un cofrecillo, cuya llave se confía a alguna persona notable, que la lleva colgada del cuello el día del Gran Viernes, y como es un honor muy considerable, trata con deferencia a toda la parroquia, a los monjes, o envía un regalo.

Es preciso que os describa sucintamente el gran respeto que concita este augusto misterio: además del golpe en el pecho que se dan los fieles de todas las iglesias en el momento de la Consagración, y de las alabanzas que hacen los predicadores al comienzo de sus sermones, tan pronto como lo oyen nombrar, todo el mundo se quita el sombrero y uno sería tomado por hereje si no lo hiciese.

Pero volvamos a la Semana Santa, pues he observado muchas cosas cuando iba haciendo mis estaciones. Vi primero, cuando paseaba por las calles de Madrid, a un Judas que había sido ahorcado en todos los barrios, o a otros que, después de haber sido expuestos durante tres días, eran quemados el sábado con execraciones espantosas. Después, habiendo entrado en algunas iglesias, encontré por casi todas partes a hombres revestidos de blanco, con los hombros desnudos y completamente ensangrentados. Se daban golpes tan fuertes, que resonaban en la bóveda, y sus gotas de sangre salpicaban el rostro de los asistentes. A decir verdad, jamás me he sentido tan mal como viendo estas cosas. Después de haberse desgarrado las carnes, van a un lugar especial, donde son bastante bien tratados hasta que están completamente curados. Encontré a otros más a menudo, y estoy seguro de que, si sus acciones responden a un verdadero deseo de penitencia, tiene muchos méritos a los ojos de Dios. Éstos tienen un padrino que camina delante con el sombrero en la mano y musitando su rosario. Su cabeza va cubierta por un paño y llevan sobre sus hombros una barra de hierro muy pesada, o sus brazos están atados como si estuvieran en cruz. En cuanto a quienes se contentan con ponerse en camisa y arrastrar una cruz de madera con una corona de espinas sobre la cabeza, son tan habituales que pueden verse a cientos.

Pero hablando de todas estas cosas, usted querrá sin duda que le informe sobre las costumbres que me parecen agradables, y que sólo he observado en las iglesias: todos los hombres se alinean en una nave y llevan vainas muy anchas en forma de balanza con un pequeño pico de hierro a cada lado de un pie de largo. Lo sacan de su costado manteniéndolas derechas, y apoyan sus codos, de suerte que, estando todos vestidos de negro y siendo estas vainas de un acero resplandeciente, producen un efecto maravilloso.

He olvidado escribiros unas pocas líneas sobre el lavatorio de pies que se hace en Palacio: el Rey en persona, después de haber servido a los pobres gran cantidad de ricas viandas y en mayor número de lo que se hace habitualmente en su mesa, asiste por la noche a esta humilde ceremonia que ordena hacer al Nuncio. Este joven príncipe aparece allí con



un ramo de plumas blancas y semivestido a la francesa, pero tan apuesto y agraciado que se siente gran placer viéndolo.

(Jean Muret, *Cartas escritas desde Madrid en 1666 y 1667*, publicadas por Alfred Morel-Fatio, A. Picard, París, 1879.)

#### EL TEMPLO, LUGAR DE GALANTEO Y ENCUENTRO ENTRE AMANTES: MME D'AULNOY

Nadie deja, durante la Semana Santa, de ir a recorrer las estaciones, especialmente desde el miércoles hasta el viernes. Pasan aquí esos tres días cosas muy diferentes entre los verdaderos penitentes, los amantes y los hipócritas. Simulando obligaciones religiosas, hay damas que acuden a iglesias en las que saben, con más de un año de antelación, que encontrarán a sus amantes; y, aunque vayan acompañadas por un séquito de *dueñas*, como los templos siempre están atestados de gente, el Amor las vuelve tan hábiles que aciertan a dirigir sus pasos hacia alguna casa próxima reservada con antelación y que en ese momento nadie utiliza. Vuelven después a la misma iglesia, donde sus criadas están buscándolas afanosamente. Las riñen por el poco cuidado que han puesto en seguirlas, y el marido, que durante todo el año ha guardado a su querida esposa, la pierde precisamente en aquel tiempo en el que ella debiera serle más fiel.

#### EL PASO DE LOS DISCIPLINANTES: MME D'AULNOY

*La Semana Santa madrileña era, en el siglo XVII, una celebración fastuosa. La Casa Real y los gremios de las industrias madrileñas mantenían el boato de la ceremonia. Cuatro cofradías tradicionales, corporaciones de piedad y penitencia, constituían el núcleo organizativo central a cuyo torno se agrupaban gremios profesionales gracias a un pacto entre las cofradías y los gremios: la cofradía otorgaba las gracias espirituales a los afiliados a cambio de que los agremiados acompañasen la procesión sacando un paso*

*a sus expensas, alumbrándolo con cirios y vistiéndose con túnicas de penitentes. Frente a los cofrades de luz, con hachas de cera en la mano, las largas hileras de los llamados cofrades de sangre o penitentes, cargados con pesadas cruces, formaban una imagen que ilustra la vanidad y ostentación de la villa del teatro barroco. El paso de estos penitentes nocturnos por las calles de Madrid era un espectáculo terrorífico que impresionaba penosamente a los viajeros extranjeros. Desde Antonio de Lalaing, en su Relación del viaje de Felipe el Hermoso a España (1502), pocos viajeros dejan de anotar y de sorprenderse ante las prácticas de los disciplinantes españoles durante la Semana Santa. Mme d'Aulnoy recoge la escena en un texto que dosifica equilibradamente el naturalismo barroco con la imaginación prerromántica.*

Es algo muy desagradable ver a los disciplinantes. Creí desmayarme la primera vez que me tropecé con uno de ellos. No estaba preparada para aquel hermoso espectáculo, capaz de aterrarme, porque, en fin, figuraos a un hombre que se acerca tanto a vosotras que os salpica con su sangre. Es uno de los modos que tiene de demostrar su galantería. Observan reglas para disciplinarse con arte y los maestros enseñan a hacerlo a sus discípulos como se enseña a bailar o a disparar las armas. Llevan una especie de túnica de tela de batista muy fina que les llega hasta el zapato. Está plisada con diminutos pliegues, y es tan prodigiosamente amplia, que emplean en ella hasta cincuenta varas de tela. Llevan en la cabeza un gorro de la misma tela tres veces más alto que un pan de azúcar. Está cubierto por tela de Holanda, y cae desde ese gorro un gran trozo de tela, que cubre el rostro y la parte delantera del cuerpo. Hay en ella dos agujeritos por los cuales pueden ver. Tiene su camisola por delante dos grandes agujeros. Llevan guantes y zapatos blancos, y muchas cintas, que atan a las mangas de la camisola, y que cuelgan sin estar anudadas. También le ponen una a su ciliicio. Para darse azotes gallardamente y hacer saltar la sangre hasta un punto determinado, hay reglas estrictas, y maestros que las enseñan, y caballeros que las aprenden, como se

aprende las artes de la danza y la esgrima. Para ser admirado y hacer bien las cosas, es preciso no operar con el brazo, sino mover solamente la muñeca, de modo que los golpes sean dados sin precipitación, y que la sangre que salta de las heridas no manche la túnica.

Los disciplinantes caminan por las calles pausada y ceremoniosamente, y, al llegar frente a las rejas de la casa de su amada, se fustigan con una paciencia maravillosa. La dama observa desde las celosías de su aposento, y, por alguna señal bien comprensible, les anima para que se desollen vivos, dándoles a entender lo mucho que les agradecen aquella bárbara galantería. Cuando los disciplinantes, en su camino, tropiezan con una mujer hermosa, suelen pararse a su lado y fustigarse con renovado vigor, de modo que, al saltar su sangre, manche el vestido de la dama. Esto es una notable atención, y la señora, conmovida, les da las gracias. Cuando han empezado a disciplinarse, se ven obligados a hacerlo todos los años, porque si no lo hiciesen caerían enfermos.

Para volver a lo que hacen en esas ocasiones, sabréis que cuando esos servidores de Dios regresan a sus casas, hay allí preparada una comida magnífica, con toda clase de viandas, y notaréis que, aunque es uno de los últimos días de la Semana Santa, después de una obra tan buena, creen que les está permitido tomarse ciertas libertades. Primeramente, el penitente se hace frotar durante mucho tiempo las espaldas humedecidas con sal y vinagre, por temor a que le quede algo de sangre que pudiera enconarse; después se sienta a la mesa con sus amigos para recibir de ellos las alabanzas que cree haber merecido. Todo el mundo le dice a su vez que nadie recuerda haber visto disciplinarse a una persona con tanto ímpetu. Pasan toda la noche contando esas historias, y algunas veces el disciplinante está tan maltrecho, que el día de Pascuas no puede ir a misa. No creáis en modo alguno que embellezco la historia para regocijaros; todo lo que digo es cierto al pie de la letra, y nada os cuento que no podáis comprobar preguntando a todas las personas que han estado en Madrid.

Hay allí verdaderos penitentes. Da mucha pena verlos. Van vestidos del mismo modo que los disciplinantes, salvo en

que van desnudos desde los hombros hasta la cintura. Una faja envuelve y ciñe su cuerpo de tal modo, que todo lo que puede verse de su piel está amoratado y maltrecho; sus brazos están rodeados por la misma faja y completamente estirados.

Desde los primeros días de la Semana Santa, no es posible salir de casa sin tropezarse con una gran cantidad de penitentes de todas las clases. El Viernes Santo acuden todos a la procesión. Sólo hay una en la ciudad. La componen todas las parroquias y todas las comunidades. Ese día las señoras van más compuestas que el día de su boda. Se asoman a sus balcones adornados a la sazón con ricos tapices y hermosos espejos. Algunas veces hay cien en una sola casa. La procesión comienza a las cuatro de la tarde, y a las ocho aún no ha terminado. No es posible describir el inmenso gentío que concurre a ella: el Rey, Don Juan, los cardenales, los embajadores, los grandes, los cortesanos y todas las personas de la Corte y la ciudad. Todos llevan un cirio, y los nobles van acompañados de sus criados, quienes portan teas o antorchas. Puede verse en esa procesión a todas las banderas y cruces cubiertas con un crespón, y hay una infinidad de tambores cubiertos también con crespones y que redoblan como en la muerte de un general. Las trompetas tocan aires tristes. La guardia del Rey, compuesta por cuatro compañías de diferentes naciones —borgoñones, españoles, alemanes y de la lancilla— lleva armas enlutadas y a la funerala, es decir, apuntando hacia el suelo. Sobre algunos tablados se montan escenarios, donde se representa los misterios de la vida y muerte de Nuestro Señor. Las figuras, muy mal hechas y vestidas, son de tamaño natural. Las hay tan pesadas, que se necesita cien hombres para llevarlas, y desfilan muchísimas. Cada parroquia tiene las suyas. Vi a la Santísima Virgen que huía de Egipto e iba montada en un asno cubierto con una gualdrapa completamente bordada de hermosas perlas. El paso era grande y pesado.

(Mme d'Aulnoy, *Relación del viaje por España*, París, Claude Barbin, 1691.)



# *Las inmediaciones*

## **El paisaje desolado de las inmediaciones madrileñas: Mme d'Aulnoy y François Bertaut**

*En el siglo XV, los terrenos que circundaban Madrid estaban formados por praderas fértiles o montes poblados de árboles donde abundaba la caza. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, los sucesivos ensanchamientos de la ciudad para construir nuevas viviendas donde alojar a los inmigrantes y a la nueva población atraída por la Corte determinan el empobrecimiento del paisaje del entorno madrileño. Donde antes había riqueza forestal, ahora sólo pueden verse campos yermos y desolados o pobres aldeas. Los viajeros extranjeros que se aproximan a la Corte constatan el hecho.*

Antes de llegar, atravesamos una arenosa llanura de cerca de cuatro leguas llena de baches y hoyos, donde se hundían con frecuencia las carrozas; todo el campo es árido y desnudo; apenas algún árbol se levanta sobre la seca tierra.

(Marie-Catherine d'Aulnoy, *Relación del viaje de España*, París, Claude Barbin, 1691.)

No hay alrededor de Madrid casas de recreo ni jardines, como alrededor de París; por eso está igualmente poblado en todas las épocas del año.

(François Bertaut, *Diario del viaje a España*, París, L. Billaine, 1669.)

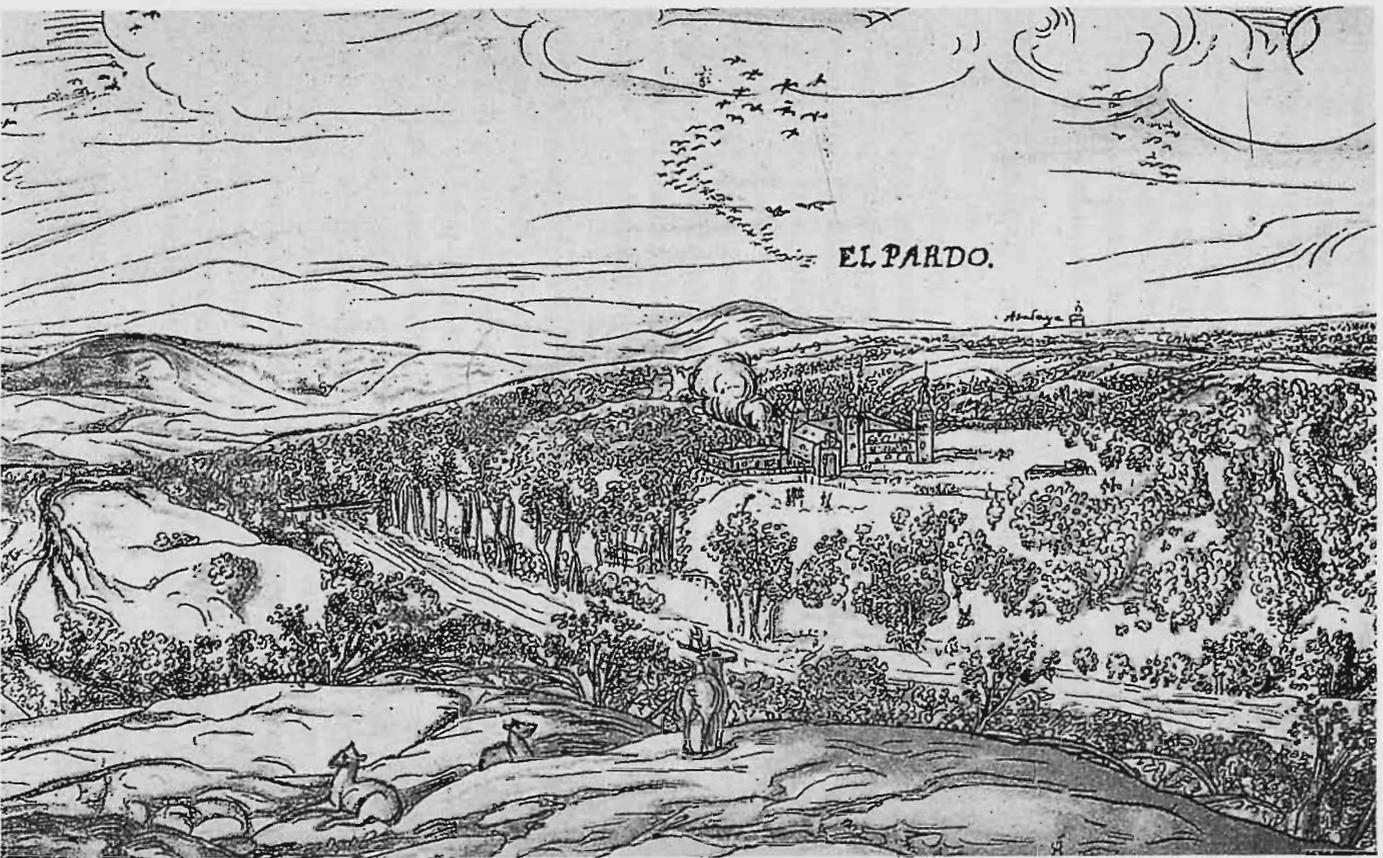
### **Viajeros humanistas en las inmediaciones de Madrid: Andrea Navagiero, Enrique Cock y Marineo Sículo**

*El embajador veneciano Andrea Navagiero resalta en su Viaje por España la singularidad del paisaje castellano, anota con monotonía rigurosa las leguas recorridas, los itinerarios y los topónimos de los alrededores de Madrid.*

*El segundo texto es la Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela, del flamenco Enrique Cock: la salida desde Madrid de Felipe II y su cortejo para acudir a las cortes de Tarazona, reunidas en esa ciudad en 1592, sirve de excusa al autor para describir los alrededores de Madrid. Cock apenas emite opiniones. Se limita a ser el testigo ocular que refleja minuciosamente datos fidedignos y observaciones exactas sobre lo que ha visto. La descripción es seca y árida.*

*En un tercer texto, Lucio Marineo Sículo describe sucintamente los pueblos de las inmediaciones de Madrid.*

El primero de enero fuimos a Getafe, que dista cuatro leguas, y el dos a Madrid, que dista dos. Cerca de Madrid se pasa por un puente de piedra sobre el río Guadarrama, que se junta con otro río llamado el Jarama, el cual pasa junto a Madrid, y junto a Alcalá de Henares y entra luego en el Tajo más arriba de Toledo. Las murallas de Madrid están hechas de pedernal, por lo cual dicen los españoles que entre las cosas maravillosas de su tierra, hay una ciudad rodeada de fuego. A cuatro leguas de Madrid hay un bosque con un palacio adonde algunas veces va a cazar el César. Se llama *el Pardo*. El día dos fuimos a las Rozas y Majalahonda (sic). Recorrimos en total tres leguas.



Vista del Pardo, ilustración del manuscrito original de *Los Pasatiempos*, de Jehan Lhermite.

Saliendo de Madrid, volvimos a pasar el Guadarrama por otro puente de piedra. El día tres fuimos a Torrelodones, que dista dos leguas; a Guadarrama, que da su nombre a la Sierra y al río, o lo toma de ella; este Guadarrama no tiene nada que ver con el que pasa junto a Madrid, como hemos dicho, pero nace en las montañas que están cerca de Guadarrama y baja al Tajo más allá de Toledo. El otro Guadarrama que pasa por Madrid nace en el Manzanares, en las mismas montañas, y, juntándose con el Jarama, entra en el Tajo más arriba de Toledo.

(Andrea Navagiero, *Viaje por España*, Madrid, Ediciones Turner, 1983.)

Cuando nuestra compañía de Archeros, que somos la guardia de su cuerpo, creada en tiempos pasados por los duques de Borgoña, señores de la monarquía de Flandes, estuvo preparada, salió de Madrid el sábado después del Corpus, el día treinta del mes de mayo, a las seis de la noche. Pasó por Humera, donde hay algunas granjas de labranza y una ermita, en las que, según la opinión del vulgo, estuvo antaño asentado un lugar grande. Hizo la primera noche en Pozuelo de Aravaca, lugar que dista dos leguas de Madrid, donde hubo poca provisión de cebada.

Al domingo siguiente, último de mayo, después de haber oído allí misa y comido, sobrepasamos las Rozas, situada a mano derecha, que dista una legua de Pozuelo, y llegamos a hacer la segunda noche a Torrelodones, pueblo que llega a los cuarenta vecinos del Real de Manzanares y que pertenece al Duque del Infantado. Está a cinco leguas de Madrid, en el camino que va hacia Castilla la Vieja y cuyos vecinos son casi todos mesoneros acostumbrados a robar a los viandantes, por lo cual se la llama habitualmente *Torre de los Ladrones*. Cuando nos apeamos aquí, aconteció la desgracia del caballo de Juan Ortiz, que resultó herido no se sabe por qué, quizá por haber muchos caballos en cada mesón.

El lunes primero de junio, habiendo comido muy temprano, salimos y, habiendo recorrido cuatro leguas, llegamos a hacer noche a Guadarrama. Al salir de Torrelodones, el ca-

mino se vuelve áspero durante dos leguas por hallarse entre la sierra, y, a la tercera legua, hay unas ventas, donde, a mano derecha, sale el camino que va hacia la Fuenfría, Segovia y Valladolid. A mano derecha se ve el convento de san Lorenzo el Real, que está a unas dos leguas de Guadarrama. La tierra de esta comarca tiene abundantes pastos para ganados y no produce mucho pan ni vino, aunque tiene buenos frutales. Guadarrama es un lugar donde viven hasta trescientos vecinos de la jurisdicción del Real de Manzanares. Su iglesia se halla en un otero alto, ligeramente desviado del pueblo. Hay allí buenas y frescas aguas de fuentes y arroyos que nacen en las sierras de esta comarca y dan principio a un río que también se llama Guadarrama y que desemboca en el Tajo, entre Torrijos y Toledo. Entre los vecinos hay también muchos mesoneros, por ser lugar de paso hacia Salamanca y Medina del Campo. La mañana del dos de junio vimos en este pueblo una procesión solemne por la fiesta del Corpus, donde hubo una comedia y bailes al uso de la tierra. Después de comer, a la una o dos, salió la compañía y pasó el puerto. Desde este pueblo hasta la venta, donde se baja, hay una legua larga. La subida es bastante dura, pero la bajada no es muy acusada y en su punto más alto hay una frondosa arboleda. De la venta al Espinar hay dos leguas, camino llano entre sierra y sierra, donde decidí hacer noche y quedarse dos días para descansar.

(Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela*, anotada y publicada por Antonio Rodríguez Villa, Madrid, imprenta de M. Tello, 1879.)

En los confines de esta villa hay lugares por cada parte memorables. De los cuales uno es Mora, nombrado por sus buenos cuchillos y tijeras. Cuyos moradores los años pasados en el tiempo de los alborotos de España pasaron incendio miserable. En el cual según dicen perecieron en un templo más de diez mil ánimas. En la comarca de este lugar está Oreja, edificio muy antiguo, y Almonacil y Mascaraque, lugares de mucha sal y, por otra parte, Valdemoro, Pinto, Ge-

tafe y San Martín de la Vega, y Torrejón de Velasco y Puñonrostro con su fortaleza, que son todos lugares abundantes en pan y vino. En la misma región está Barax, Chinchón y San Torce, de mejor vino tinto que en los otros.

(Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España. Libro II, De las regiones y pueblos de España*, Alcalá, 1539.)

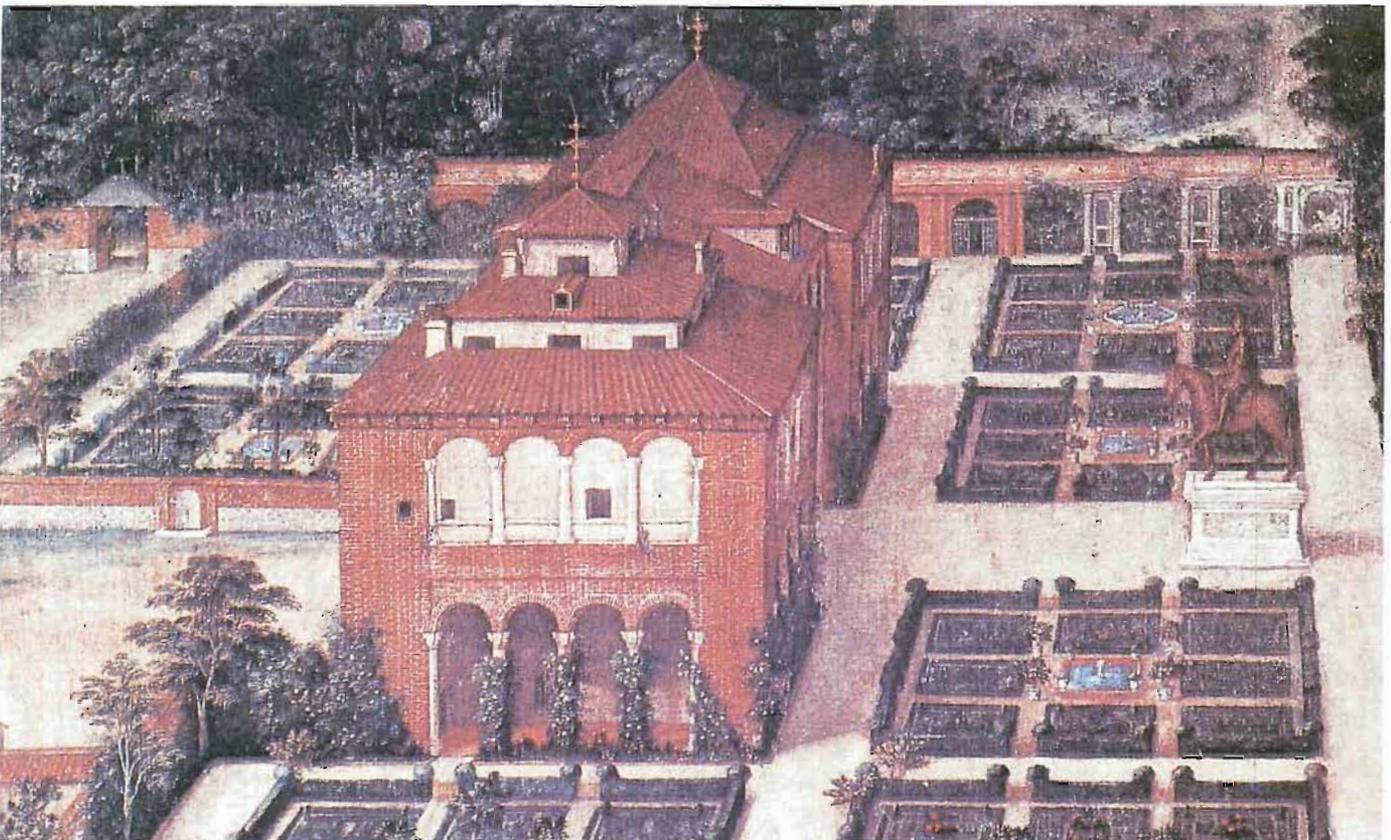
### **La Casa de Campo de recreo de Felipe II en las inmediaciones de Madrid: Camillo Borghese**

Cuando Su Majestad quiere ir a distraerse, mientras está en Madrid, va al lugar llamado *Casa de Campo*, que está fuera de la ciudad, en dirección hacia Segovia. Hay allí jardines, estanques, fuentes, bosque con un serrallo de gamos, ciervos y conejos. Para llegar a este lugar, se pasa por un puente de piedra muy largo y bellísimo sobre un arroyo, al que llaman el río, adonde van a divertirse.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España. En España en los siglos XVI y XVII, documentos históricos y literarios*, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

### **La heredad de La Florida y el gusto artístico de la nobleza: Lorenzo Megalotti, Fernando Buenaventura de Harrach y Mme d'Aulnoy**

*No todos los puntos de acceso a la villa eran, sin embargo, igualmente pobres. Frente a las regiones norte y este, formadas por eriales, salvo el recinto del Buen Retiro, los accesos oeste y sur ofrecían una apariencia más opulenta. Así, en las riberas del Manzanares se vio nacer en el siglo XVII un conjunto de casas de recreo con jardines y huertas destinados a la nobleza y que entonces recibieron el nombre de Retiros y Floridas. Entre ellas destacó la que fue llamada palacio de La Florida.*



Félix Castello, *La Casa de Campo* (detalle).

*La heredad de La Florida estaba muy cercana al centro de la Villa cuando se trasladó definitivamente la Corte a Madrid. En 1613, el Marqués de Auñón la vendió al Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, quien la regaló al Duque de Lerma, su sobrino. Éste, a su vez, la donó a la Compañía de Jesús. Finalmente, en 1668, pasó a propiedad del Marqués de Castel Rodrigo, gobernador de los Países Bajos. La finca estaba formada por una casa, huertas, jardines y un palomar. El Marqués la embelleció y agrandó.*

*En un primer texto, el florentino Lorenzo Megalotti, cronista del viaje de Cosme III de Toscana, de cuyo séquito formaba parte, describe el aspecto y alrededores de La Florida hacia 1668.*

*En el segundo texto, el Conde Fernando Buenaventura de Harrach consigna en su Diario de viaje por España de los años 1673 y 1674 dos visitas al palacio de La Florida y a su propietario. Deja constancia de las obras que embellecieron la heredad y glosa brevemente los gustos artísticos del Marqués de Castel Rodrigo.*

*En el tercer texto, la Condesa d'Aulnoy se refiere a La Florida del año 1673 como a un conjunto artístico formado por grutas, fuentes, estatuas, escalinatas, jardines y palacio.*

La Florida es un edificio muy cómodo de dos pisos que están adornados con algunos cuadros traídos de Flandes para el marqués de Castel Rodrigo. Tiene delante un prado, y en medio una fuente de mármol blanco, que es una gran pila angular, con una taza sostenida por tres figuras interiores. A ambos lados de la casa hay dos pequeñísimos jardincillos que llegan hasta el prado, y debajo de éste hay igualmente otro jardincillo rodeado por un bello y grande emparrado con dos tazas de piedra que echan agua. En la puerta que mira al río hay otra fuente. Arriba, más cerca de la casa, hay un gran cuadro, en torno al cual han construido recientemente un muro destinado a plantar flores traídas de Flandes, de donde habían venido también dos jardineros.



De allí, por el Prado Nuevo, que es una calle ancha con dos hileras de olmos, por la cual se baja hasta el río y en la que hay numerosas fuentes de piedra, todas ellas con poca agua, se baja a La Florida. A mano derecha del Prado Nuevo, el terreno en declive de la colina está lleno de huertas que son llamadas *Las Huertas de las Minas*, a causa de algunos agujeros profundos que pueden verse a manera de cuevas.

(*Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal, 1668-1669*, edición y notas de Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti de Sánchez Rivero. Madrid, s. a.: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.)

7 de febrero de 1674

Esta tarde he visitado al Marqués de Castel Rodrigo en La Florida. Aún trabajaba en la casa y en el jardín, que son muy hermosos y aquélla está muy bien amueblada; tiene cinco o seis cuartos contiguos adornados con tapices flamencos y cuadros. Al final, una alcoba con dos gabinetes dispuestos de manera que se ven cuatro grandes puertas nobles provistas de cristales venecianos y grandes marcos de talla. En estos cuartos hay cuadros flamencos con marcos dorados, mesas de mármol con patas talladas y doradas y unos moros de madera dorada y plateada que sostienen tazas de plata; también hay allí sillones y cortinas de terciopelo rojo con franjas de seda y oro. Desde esta habitación se descubre todavía una gran fila de cuartos, en los que no quise entrar.

Obsequió a mis gentileshombres y pajes con dulces, vinos y agua. Este jardín y esta casa se hallan a orillas del Manzanares, de manera que, en verano, el Marqués puede ver desde sus habitaciones todo el paseo. Se dice que aquí el aire es muy malsano, lo que debe influir en el Marqués, pues siempre está enfermo.

4 de mayo de 1674

Esta mañana me quedé en casa; por la tarde fui en coche a La Florida. Al principio me llevaron a las habitaciones del piso bajo, que está dispuesto de tal modo que, por el lado

del río, está alto y por el del jardín al nivel de éste, de modo que se puede pasar por él directamente. Ahora el Marqués está haciendo una entrada que le permitirá pasar desde la carroza a sus habitaciones sin necesidad de subir escalera alguna. En las paredes que van desde estas habitaciones hasta el dormitorio, cuelgan tapices flamencos de tamaño mediano. Tiene un cuarto con cortinas flamencas con sus armas y un cuadro con su árbol genealógico, lo cual hace muy buen efecto. Los demás aposentos están adornados con lienzos que no me gustaron excesivamente. Aunque me enseñaron uno que parecía de Van Dyck y otros de Rubens, no acabaron de agradarme.

Los cuartos de arriba son muy alegres, especialmente aquel donde se ha colocado su cama. Desde allí el Marqués puede ver, sin incorporarse, el jardín, el río y las capillas. Estas habitaciones no están tan amuebladas como las de la planta baja, aunque una mitad está decorada con cuadros y la otra con damasco mediocre. El jardín está dividido en dos partes: delante de la casa hay un parterre cuadrangular con abundantísimas flores alrededor de las cuales puede verse un pequeño espaldar con pequeños perales y árboles muy pequeños que dan buenas frutas. Entre ellos hay varios naranjos. Al final de este parterre se encuentra una gruta muy bien hecha, cuyo interior representa el Monte Parnaso. Está llena de cascadas y surtidores. Sobre esta pared, así como en la doble rampa que conduce al otro jardín, hay estatuas de mármol como se hacen en Massa, cerca de Génova. Este jardín es también de forma cuadrangular, y no tiene flores, pero sí gran surtido de legumbres. Una gran parte de la montaña también pertenece al Marqués, y en ella ha mandado construir una gruta de rocalla.

(Conde Fernando Buenaventura de Harrach, *Diario de viaje por España*, 1673.)

La Florida es una residencia muy agradable, cuyos jardines me han gustado mucho; vi en ellos estatuas de Italia, esculpidas por los mejores maestros; aguas fluyentes, que producen agradable murmullo; flores hermosas, cuyo aroma seduce a los sentidos, pues allí se cultivan con esmero las más



raras y olorosas. Desde La Florida puede bajarse al Prado Nuevo, donde hay surtidores y árboles muy altos. Es un paseo muy agradable, y aunque el terreno no es llano, la cuesta se hace tan dulce que no produce ningún cansancio.

(Marie-Catherine d'Aulnoy, *Relación del viaje de España*, París, Claude Barbin, 1691.)

### **El Campo del Moro: Antonio de Brunel y François Bertaut**

*En el siglo XVII, próximo al Alcázar, se hallaba el Campo del Moro, paseo extraurbano situado donde hoy está el parque del Palacio Real. Alabado por los escritores españoles del Siglo de Oro, especialmente por Tirso y Calderón, era en siglo XVII un lugar silvestre y abandonado que llama la atención de los viajeros franceses Brunel y Bertaut.*

Se podría hacer un hermoso jardín de un bosque que no sirve sino de guarida a algunos conejos y de nido a algunas cornejas que Carlos V ordenó traer desde los Países Bajos.

(Antonio de Brunel, *Viaje de España, curioso, histórico y político*, París, Charles de Sercy, 1665.)

Tiene un jardín (el Alcázar) bastante bonito, que llaman *Al cierz* y está por el lado norte; por el lado oeste sería posible hacer el más hermoso jardín del mundo y un parque admirable, pues allí hay una colina donde hay numerosos arbustos con algunos árboles grandes, que descende desde el río Manzanares, donde se podrían hacer abundantes cascadas; además, al otro lado de este jardincillo, se ha plantado hace poco una avenida de olmos bastante bien dispuesta, que descende en suave pendiente hasta el río. A lo largo de esta especie de bosque, se han construido tres fuentes, cuyos depósitos están bastante altos. Eso es lo que se llama *Prado Nuevo*. Desde allí se baja hacia el río.

(François Bertaut, *Diario del viaje a España*, París, L. Billaine, 1669.)



# Los alrededores

## El Escorial

*Junto a Madrid, desde 1561 centro del poder político, Felipe II ordena construir en 1563 el palacio-monasterio del Escorial, centro de espiritualidad contrarreformista y edificio representativo de la continuidad y grandeza de la Monarquía católica de la Casa de Austria. El edificio reúne en un solo complejo el templo, el centro de estudios, el convento, la biblioteca, el túmulo real y el palacio del Rey. La fortuna del Escorial en el extranjero deriva por una parte del hecho de ser mostrado a los embajadores que llegaban a la Corte como gran obra del catolicismo hispano; por otro, de la gran difusión de estampas y grabados del edificio por toda Europa.*

*Algunos extranjeros que visitan Madrid desvían ligeramente su itinerario para ver el palacio-monasterio. Otros acuden allí llamados por Felipe II para participar en los trabajos del edificio (Zuccaro). Diplomáticos (Joly), cortesanos (Lhermite) asentados en la capital viajan también gustosos al Escorial: a la admiración por la obra asociada a la figura de un Rey y a una determinada idea de poder (Lithgow) sigue el pormenorizado análisis de la arquitectura del edificio (Morigi). Finalmente, la sorpresa ante las ri-*

quezas de la biblioteca (Sobieski, Colville), la admiración por obras artísticas concretas (Monconys) o por el carácter emblemático del edificio (Wadsworth).

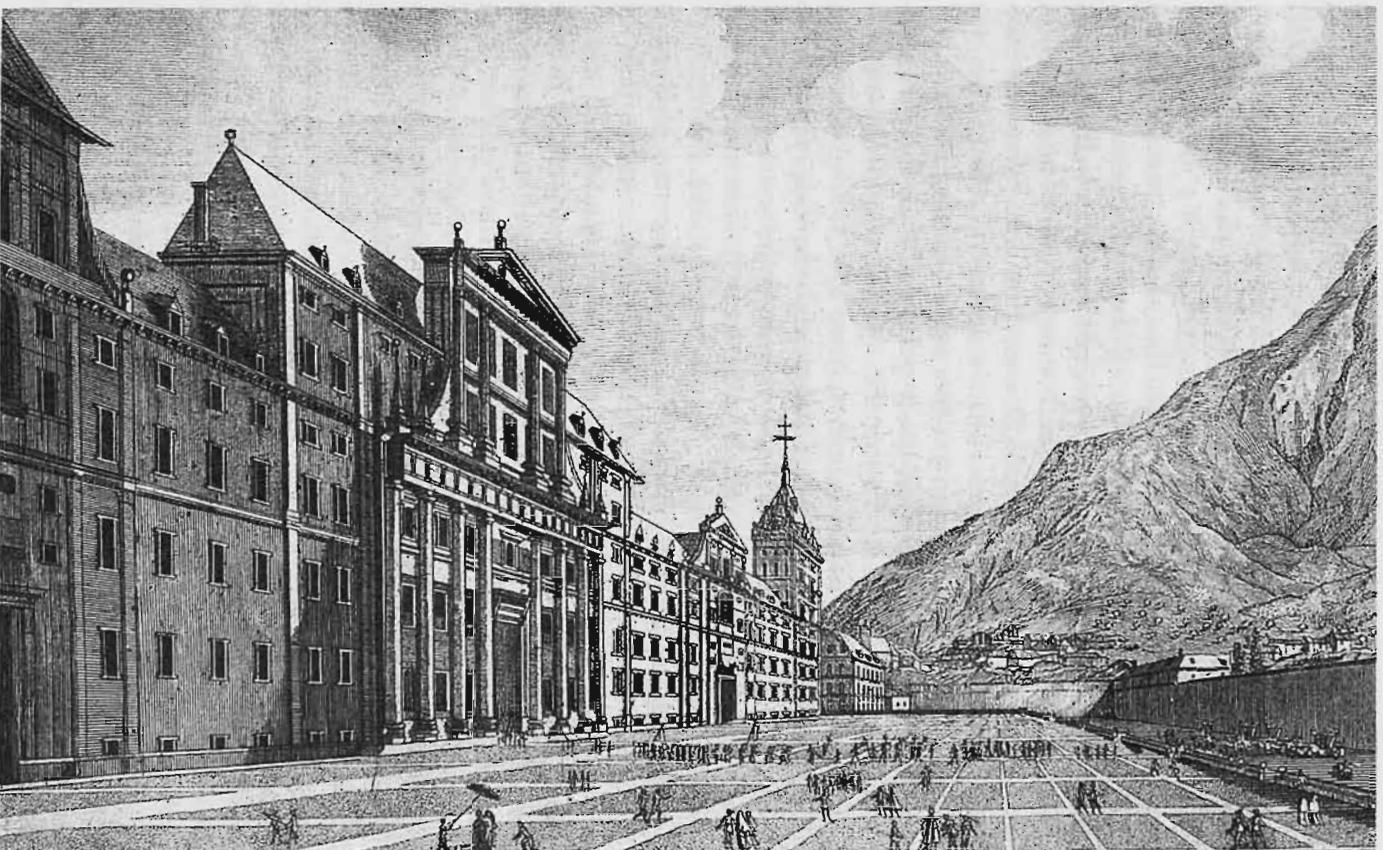
EL PUNTO DE VISTA DE UN PINTOR MANIERISTA:  
FEDERICO ZUCCARO

*En junio de 1585, Felipe II llama al Escorial al pintor italiano Federico Zuccaro para sustituir a Lucas Cambiaso. Los trabajos de Zuccaro, a quien Juan de San Jerónimo llamó «el mejor pintor del mundo», venían precedidos de gran fama. Llegado a Madrid en 1586, viaja al Escorial, donde pinta varias escenas religiosas para el retablo principal de la basílica y, en el claustro, varios frescos con escenas sobre la vida de la Virgen. No complacieron al Rey los trabajos del pintor manierista, que fue sustituido por Peregrino. De su estancia en España nos ha quedado una epístola donde, al hilo de algunas reflexiones sobre el arte de la pintura, describe las pinturas para el retablo de la basílica escurialense.*

Pero me hago cargo de que, antes, querréis que os diga algunas palabras sobre esta gran fábrica del Escorial, llamada habitualmente san Lorenzo el Real, y donde yo resido y en la que Su Majestad ha puesto sus mayores esperanzas, pues es príncipe santo y muy religioso.

Esta fábrica de san Lorenzo el Real está situada en las faldas de los montes que dividen Castilla la Nueva de la Vieja y enlazan con los Apeninos. Este lugar dista de Madrid siete leguas, la misma distancia que separa Tívoli de Roma. Como Roma, Madrid está situada en una llanura sin árboles; sólo que aquí el aire es saludable y agradable, pues la ciudad está rodeada por un contorno de montes por la parte de levante. A mediodía y a poniente, hay llanuras que se pierden en lontananza. Por ello el Escorial tiene una bellísima vista hacia Madrid, que está situado en esta llanura, y detrás se hallan las cumbres de estos montes donde habita Eolo. Lo teníamos por lugar de mucha recreación y diverti-





Vista de la entrada y fachada principal del Monasterio del Escorial,  
en Beschryving van Spanjen en Portugal, Leyden, 1707.

mento, sobre todo ahora que la hermosa y gentil primavera serena el cielo y alegra la tierra con su bello y amable aspecto haciendo germinar deliciosas flores, recreando los sentidos con suavísimos aromas, vistiendo la tierra con gratisimo verdor, con bosquecillos alegres y amenos prados, que todo alrededor vuelven grata y alegre la residencia y donde había tres lugares especiales para las bellas ninfas, muy deleitosos y agradables, dedicados al gran silvano: el que se llama *la Herrería*, el segundo *el Castañar*, el tercero la bella Fresneda. Los dos primeros en un bellissimo bosque contiguo, en el seno de estos montes, donde Diana, Pomona y Baco tienen alegre mansión; en el tercero, más amena y gentil estancia, se ve siempre reír a Flora y a sus compañeras. Todas ellas, enguirnaldadas con bellas rosas y aromáticas flores, están siempre jugando y de fiesta. Allí también se ve a veces a Neptuno con sus tritones homenajear a la bella Galatea en dos grandes estanques. En medio de uno de ellos, puede verse un artificioso jardín. Todos estos parajes están muy cercanos unos de otros y es posible llegar a ellos en media hora, y se dominan con la vista desde esta hermosísima fábrica.

El edificio de este monasterio de san Lorenzo el Real es verdaderamente fábrica regia y digna de tal nombre y de su autor, y así como él es el mayor Rey del mundo, del mismo modo también puede decirse que el monasterio es la mayor fábrica que puede verse que esté formada por un solo cuerpo y haya sido sufragada por una sola bolsa y por un solo autor acabada. Tiene en su interior una gran iglesia. Toda la fábrica se divide en cuatro partes dispuestas alrededor de esta iglesia; de un lado, hacia mediodía, está la parte grandísima del monasterio, que puede albergar a trescientos frailes e incluso a más de la orden de san Jerónimo; la otra parte, a poniente, es un colegio grandísimo y singular; de las otras dos una, a levante, es la casa y aposento del Rey y la otra, al norte, de la Reina. Ambas son amplísimas, como conviene a tanta realaleza.

En una esquina de esta última están mis aposentos formados por excelentes habitaciones, sala y salón de trabajo y adonde Su Majestad a menudo se complace en venir a verme pintar y a obsequiarme con mil favores.

Supongo que querréis saber algo sobre lo que yo he hecho o estoy haciendo: son cuatro tablas grandes para los relicarios, en forma de puertas de órganos, esto es, para abrir y cerrar. Están pintadas por ambas partes, por dentro y por fuera. Estas tablas están dedicadas respectivamente a la Anunciación y a san Jerónimo, y Su Majestad quiere que el mismo misterio, o santo, se vea dentro, cuando se abran y muestren las reliquias (que son muy abundantes y singulares) y estando cerrados, por lo cual me he decidido a hacer dos Anunciaciones y dos san Jerónimos y los he pintado de esta manera: en la Anunciación que está al abrirse el relicario, se ve a Nuestra Señora un tanto asustada y turbada al entrar el ángel; en la parte exterior la pinto cuando da su consentimiento y dice: «*Ecce ancilla Domini*»; el san Jerónimo, en penitencia, lo pinto de manera muy diferente a la ordinaria, pues no represento sólo la simple penitencia, como se ha hecho siempre hasta ahora, sino que, junto con ella, la fe y la esperanza que se han de tener en Dios, sin las cuales toda abstinencia y penitencia es vana, y asimismo el amor caritativo y filial, temor con el que debemos estar siempre unidos a Dios y al prójimo; y a estos pinto juntos en un grupo como presentes en la idea de san Jerónimo, donde represento delante un Cristo vivo en la cruz, en la agonía de la muerte, para dar mayor dolor y contrición al penitente, y a las tres Virtudes teologales a los pies de la Cruz, todas en una nube. En el interior representé, en las dos puertas, a san Jerónimo; de una parte, como doctor de la Iglesia, y en actitud de escribir, y si en el exterior pinté a la penitencia tal y como debe ser, aquí me he complacido en representar el estudio del modo siguiente: a un lado, este san Jerónimo en acción de escribir, aunque en éxtasis y contemplación y acompañado por tres ángeles, uno de los cuales sostiene el tintero, el otro el libro (éste representa el amor, y aquél la perseverancia en los estudios, sin los cuales ni se adquiere ciencia ni se puede lograr fruto alguno); el tercer ángel, que está escribiendo cerca de san Jerónimo, en acción de imprimirle en el entendimiento todo lo que piensa y escribe, le señala en la otra parte de la puerta de enfrente todo el concepto al que nos hemos referido. Por esto he puesto allí el Angel

de la Guarda y aquella inteligencia e idea que le inspira la escritura y todas las cosas, y por esto me las he ingeniado para representarlo incorpóreo, como espíritu transparente, cosa que pocos han hecho debido a su dificultad. En la puerta de enfrente, he representado todo el concepto del mencionado san Jerónimo, el cual pinto como santísimo teólogo y grandísimo doctor de la Iglesia escribiendo sobre la pasión del Salvador. Está meditando la causa concreta que movió a Dios Padre a enviar a su Unigénito a la tierra para redimir con tanto padecer a la naturaleza humana. En la meditación represento que se aparece delante la Caridad en acción y gesto de decirle: «Yo soy aquélla que movió a Dios e hizo descender a Cristo del cielo a la tierra». Así esta figura está en hábito de matrona honesta y santa con una mano en el pecho. Con la otra señala a un Cristo muerto conducido por algunos ángeles, en el aire, como idea y representación metafórica del concepto; pero, lo que aquí tiene mayor misterio y produce mayor deleite ver, y que complace sobremanera a Su Majestad y a todos quienes lo ven, son los tres amorcillos de la Caridad jugando infantilmente a sus pies con el león de san Jerónimo. Está tan amansado tan fiero león por estos niños que, depuestos su furor y ferocidad, se deja manosear y cabalgar por los amores, y el animal, complacido, los lame y acaricia, lo que es demostración clara de que nuestro Dios no es Dios de ira y venganza, sino de amor, paz, caridad y gracia. Todos los cartones y diseños para estos asuntos los hice este invierno y ahora he terminado de colorear la primera Anunciación y el San Jerónimo escribiendo y tengo entre manos la Caridad; esto complace mucho a Su Majestad; y, acabado esto, quiere que empiece el retablo del altar mayor, donde van ocho grandes cuadros al óleo.

Este retablo tiene un adorno de mármoles y bronces singularísimos, con dieciocho columnas de tres órdenes de cerca de veintidós pies de alto; mas lo que allí es digno de admiración y, se puede decir, una de las cosas principales y notables que en tal género se hayan hecho jamás, es la custodia del Santísimo Sacramento labrada por Jacomo de Trezzo, de bronce, jaspes y las piedras y joyas más preciosas que pueden verse, con ocho columnas de diaspro finísimo, de seis a

siete pies de alto, labradas todas ellas utilizando puntas de diamantes. Esta custodia es un templete redondo, semejante al de Bramante en san Pietro in Montorio. Tiene una altura de cerca de dos *canne*. Realmente nunca se hizo obra más digna y singular. Dentro de esta custodia, hay otra más pequeña, asimismo de singular belleza. Sólo el costo de esta custodia sobrepasa los cuatro mil escudos.

Los libros del coro costaron cien mil escudos. Están miniados con gran magnificencia. Si quisiera empezar a describir los objetos de oro, y de plata y telas y bordados para la sacristía, no acabaría en una semana. Ocurriría lo mismo si pretendiera referirme pormenorizadamente a los detalles de la fábrica. Sin embargo, para abreviar, pues todavía tengo que hablar de Aranjuez, me limitaré a decir que este edificio tiene catorce patios o espacios grandes.

La fábrica está dispuesta en forma de cuadro, como hemos dicho, y en cada fachada pasan de cuatrocientas las ventanas, con cuatro torres o pabellones en las esquinas, y en el centro del cuerpo de esa máquina se yergue la cúpula de la iglesia, con dos campanarios.

(Federico Zuccaro, *Relación de un viaje al Escorial, Aranjuez y Toledo, 1586.*)

#### ARTISTAS MILANESES EN EL MONASTERIO DEL ESCORIAL: PAOLO MORIGI

*El milanés Paolo Morigi (1525-1604) viajó a España repetidas veces como superior general de la congregación de los Jesuatos de Juan de Colombini. Apologista decidido de la dinastía de los Austrias, no podía dejar de describir, en un libro dedicado al origen y principales representantes de la familia real, a un monumento tan asociado a la persona del Rey Católico como el monasterio del Escorial. La descripción del edificio, anterior a las de Sigüenza y Alonso de Almela, abunda en hiperbólicas alabanzas y superlativos dedicados tanto a Felipe II como, sobre todo, a los pintores y escultores milaneses que trabajaron en el monasterio (Jacomio de Trezzo, Pompeo Leoni, Julio Misserone, Francisco Brembilla).*

De la rarísima y milagrosa fábrica de la iglesia de san Lorenzo hecha por el poderosísimo Rey Católico, llamada Escorial.— Debiendo ahora referirme a la excelencia de la rara fábrica hecha por el gran Felipe, nuestro Rey Católico, debería primero describir su gran museo, el cual, creo, ocupa el primer lugar entre los más célebres del mundo por las raras pinturas y esculturas que allí se ven, realizadas por los más célebres ingenios de Europa y principalmente por Tiziano.

Hay además allí libros, joyas y blasones en tanta cantidad, que tan sólo contemplándolos se queda uno pasmado y aturdido. Pero mi intención es sólo tratar sobre aquellas cosas que pertenecen al culto de Dios y que muestran el ánimo católico de quien las mandó hacer.

Y por eso, dejando a un lado el museo, trataremos de la maravillosa fábrica del templo de san Lorenzo el Real, situado en El Escorial.

Pero antes me referiré a la razón por la cual se construyó este admirable templo. Corría el año 1557 desde el inmaculado parto de María Virgen cuando nuestro rey Felipe fue atacado por el Rey de Francia, Enrique II, en sus Estados de Milán, Nápoles y en la provincia de Picardía. Para entretenerlo, puso asedio a la ciudad de san Quintín, en los confines del reino de Francia.

No queriendo narrar todo los hechos, diré solamente cómo nuestro Rey Católico obtuvo contra los franceses una gloriosa victoria; la cual fue grandísima, y, tal vez, una de las mayores que ha obtenido la Casa de Austria desde la captura del Rey Francisco cerca de Pavía.

Porque murieron en la batalla tantos franceses, que el poder de aquel reino quedó considerablemente mermado. La mayor parte de la nobleza francesa fue hecha prisionera y poco faltó para que el mismo Rey quedara cautivo: el ejército del Rey Católico dio muerte a veintiséis mil franceses, mientras que de los nuestros tan sólo cincuenta perecieron; también murieron muchos nobles varones. Finalmente, el Rey Católico se apoderó de san Quintín.

Habiendo, pues, conseguido el gran Rey Felipe esta gloriosa y milagrosa victoria (que permanecerá en los fastos

para eterna memoria) el día felicísimo de san Lorenzo, mártir de Cristo glorioso y de la nación española, como príncipe piadoso, y de ánimo religioso, no queriendo ser ingrato a Nuestro Señor por tan señalado beneficio, recibido por intercesión del glorioso san Lorenzo, determinó construir una iglesia dedicada al nombre de este Santo.

Propongo, pues, describir la maravilla, conocidísima por toda Europa y por la Cristiandad, y sobre todo el gran templo de san Lorenzo en El Escorial, construido por el potentísimo y católico Rey Felipe II; la cual podemos dignamente llamar la Octava Maravilla del Mundo; ya que, por la belleza, adornos y riqueza, podemos decir que es de lo más admirable que ha sido construido por los reyes o emperadores antiguos o modernos; y aun podemos parangonarla en toda su noble parte con aquel gran templo (tantas veces citado en las Sagradas Escrituras) que erigió el gran rey Salomón en Jerusalén; y este maravilloso templo ha sido concebido y confrontado con semejantes construcciones por el juicio excelso de Su Majestad Católica.

Diré, pues, primeramente, cómo este siempre loado templo está situado en un lugar eminente, de muy bella y espléndida vista, donde hay abundancia de agua.

Y a fin de que el lector sepa el orden de esta grandísima fábrica (hecha por este inmortal Rey Católico), digo que Su Majestad ha ordenado construir esta gran iglesia, un monasterio, un colegio, un seminario y su palacio real. Están todos agrupados en un conjunto y aglutinados en la parte poniente, donde hay espaciosísimas plazas; y desde la parte de levante y mediodía se ven amenísimos jardines y huertos; y más allá de éstos, se ve una gran llanura boscosa llamada la *Herrería* o *Ferraría*, donde proliferan toda clase de animales de caza. Este gran edificio ha sido erigido sobre un eminente altozano que dista de Madrid siete leguas, que son veintiuna millas de Italia. Al pie de este montículo, hay una villa llamada *Escorial*, de donde este maravilloso monumento ha tomado su nombre.

Habiendo, pues, el inmortal Rey Católico ideado la invención y plan de esta gran obra, fue después diseñada por Juan Bautista de Toledo, que después murió nada más darse

comienzo la obra. Le sucedió el consumado arquitecto y matemático Juan de Herrera, por el cual el edificio ha alcanzado la excelencia que ahora tiene. Después le sucedió Francisco de Mora. Pero ya hace muchos años que está allí Pelegrino, admirable arquitecto de obras, militar y pintor excelente, como se dirá después. La fachada, pues, de la puerta principal de esta singular obra está vuelta hacia poniente y adornada muy magistralmente con grandísimas columnas al natural, que se extraen en las cercanías. En lo alto se ve una gran estatua del glorioso mártir san Lorenzo. Dentro de esta portada, hay un bellissimo pórtico y más adentro aún un grandísimo patio muy bien adornado. Esta fachada está levantada con grandísimo ornato y rica arquitectura. Hay una escalinata a todo lo largo, sobre la cual se ven seis enormes columnas, con seis pedestales, donde descansan seis grandes estatuas de dieciocho pies de alto, labradas en piedra viva con las cabezas, pies y manos de mármol blanquísimo. Éstas representan a los seis reyes antiguos de Jerusalén que mandaron edificar y reedificar el templo de Salomón, y tienen las insignias y coronas de bronce completamente dorado. Estas han sido realizadas por Juan Bautista Monegro, llamado Montenegro.

Ahora diré que, en los dos lados extremos de esta noble fachada y pórtico, hay dos soberbias y altas torres, las cuales sirven de campanarios. Sobre uno de estos campanarios están las campanas que llaman a los divinos oficios; tienen un sonido admirable, y en el otro hay muchas campanas todas acordadas al orden de la música, las cuales han sido ajustadas por un flamenco, de modo que no se puede percibir música más agradable.

Desde el pórtico se entra en el vestíbulo del templo, el cual hace las veces de iglesia del pueblo; sobre este pórtico está el coro de los monjes, que son de la Orden de san Jerónimo. Delante del coro, dividiéndolo con verjas de bronce, está la iglesia principal y real. Ésta presenta forma semejante a la basílica de san Pedro de Roma, bien que, en algunas partes, difiere un poco de ella.

La iglesia está construida con gran orden, armonía y proporción. Hay en ella más de cuarenta altares, algunos de

ellos adornados con excelentes pinturas, algunas de Navarrete el Mudo y otras de Lucas Cambiasso, que fue también un pintor que mostró especial habilidad para representar cuantos mártires hay en el cielo. Los pintó en aquel templo para admiración de todo el mundo y de otros diversos y célebres pintores en algunos riquísimos ornamentos de algunos frontispicios.

En el fondo de la iglesia está la capilla principal, a donde se sube por trece escalones de magnífico jaspe. Hay también aquí un pavimento bellissimo. Después se avanza otras cinco pequeñas gradas para llegar al altar mayor sobre el que se alza un retablo singular, y quizá único en todo el mundo. Ha sido labrado por muchos excelentes lapidarios, todos ellos milaneses, y que nosotros llamamos *scarpellini*. Hay en este altar diversos jaspes y metales finísimos con varias estatuas de santos fundidas en bronce de un tamaño mayor que el natural. Entre ellos, en la cúspide del retablo, se ve a un Cristo crucificado, de maravillosa grandeza. Debajo está la Virgen María, san Juan, san Pedro y san Pablo. Todas estas estatuas han sido trabajadas con muy grande maestría y dibujo y con tanta excelencia de anatomía, gestos, acción y paños, que verdaderamente parecen vivas y estar animadas de movimiento. Todas han sido ejecutadas por el caballero Pompeo Leoni de Arezzo, escultor excelentísimo.

Este artista, para gran gloria suya, va siguiendo las huellas de su padre, quien ya hace algunos años esculpió la estatua del Rey Carlos y de todos los príncipes de la casa de Austria, dando a conocer por todo el mundo el nombre del caballero Leone Leoni de Arezzo, pues él hizo, para ornato de esta maravillosa fábrica, las mencionadas estatuas.

Hay aquí también lienzos bellísimos y dignos de ser contemplados. Fueron pintados cuando se empezó a construir esta fábrica por el famoso pintor Federico Zuccaro de Urbino. La excelencia de sus cuadros no deja ninguna duda.

Ahora hay que describir con dignas alabanzas la maravillosa custodia, donde está expuesto el sacratísimo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, la cual es de tan maravillosa belleza y valía, que deja asombrados y mudos a los espectadores. Diré aquí, con pocas palabras, que esta custodia es una de

las más raras joyas que hay y que haya habido jamás en el mundo. Está hecha de finísimos jaspes y bronces dorados y cristales de roca labrados y trabajados por Jacomo de Trezzo, milanés, al final de su vida. En esta obra tan milagrosa han trabajado, y todavía trabajan ahora, muchos nobles artistas, discípulos del celeberrimo Trezzo. Entre ellos se cuenta Clemente Birago, que hizo el retrato del serenísimo Carlos, príncipe de España. Y entre los demás que ahora trabajan figura Julio Misserone, milanés, el cual es hijo del alabado Jerónimo y vive aún hoy y está, desde hace muchos años, en la Corte del gran Rey Felipe de España. Es un artista que destaca en la profesión de tallar el cristal y otras joyas.

Este artista ha trabajado la mayor parte de los jaspes y otras joyas preciosas que están en la custodia del Escorial, que ha costado más de trescientos mil escudos.

Diré ahora cómo Pelegrino de Pelegrini (nacido en la tierra de Puria, en Val Solda, del Ducado de Milán, jurisdicción y feudo del arzobispo de Milán en lo espiritual y temporal) es verdaderamente un talento peregrino. Ha sido arquitecto de la gran fábrica del Duomo de Milán, y es autor de la idea y planos de la rara iglesia de san Fidel de Milán y, como se ve, ha conducido la construcción a buen puerto. Mientras dirigía la obra de la devotísima iglesia de la Madonna de Rho, según sus planos, la fama de su habilidad llegó hasta los oídos del poderoso Rey Felipe de España y el año 15... entró al servicio de Su Majestad Católica, por el cual es estimado y honrado.

Quiero todavía decir que el habilidoso Leone Leoni, llamado el caballero Aretino, ha nacido igualmente en el estado de Milán, porque él vio la luz en la tierra de Menaso, sobre el lago Como, y el caballero Pompeyo, su hijo, ha nacido en Milán. Y también diré que en Milán, en su casa, han sido fundidas las estatuas de bronce, que ahora están en El Escorial, a saber: el Cristo en la Cruz, la Madre que está de pie, san Juan, san Pedro, san Pablo, los doce Apóstoles que coronan el tabernáculo, los cuatro Evangelistas, los cuatro Doctores, Santiago y san Felipe, con las basas, capiteles y modillones de bronce. Todos han sido hechos en Milán, en la casa de este caballero Pompeyo, excelente estatuario. No de-

jaré de decir que, entre los demás hombres que han trabajado y ayudado a esculpir las mencionadas estatuas, está el escultor Francisco Brembilla, milanés. Este artista merece muchas alabanzas, pues sus estatuas parecen estar dotadas de vida y animadas de movimiento.

Junto a éstos ha habido otros milaneses que han trabajado para la gran fábrica de El Escorial. Algunos lo hicieron en Milán. Otros fueron llevados a España por encargo del Rey Católico. Entre estos maestros escultores que han trabajado en las figuras en Milán, además de Brembilla, se cuentan Milano Vimercato, César Villa Milanesi, Francisco y Adriano Fiammengo. Las basas, los capiteles, cornisas y otros adornos cincelados en bronce son obras de los mencionados Milano y César. Limadores y ajustadores de las citadas obras han sido Jerónimo Benzzone, Jorge Mantegazza, Antonio María Preda, Bautista Maerna, Juan María Ferraro, Nicolás Comasco, Pedro Bosso, Baltasar Nariano y otros artistas, todos milaneses, cuyo maestro es el caballero Pompeyo Leoni, escultor de su Majestad Católica. No dejaré de decir que todas estas estatuas han sido doradas en oro de ducados, de modo que durarán para siempre. También habría que mencionar aquí a muchos otros ingenios milaneses que con gran diligencia (habiendo sido llamados a España) han trabajado en la fábrica del Escorial para gran satisfacción del Rey Católico.

Pero volviendo a donde estábamos, a nuestro alabado Pelegrino de Pelegrini, digo que, habiendo sido llamado a España por encargo del Rey Católico, como habíamos dicho, sin perder tiempo, comenzó a dar pruebas de su gran valía, y lo primero que pintó en esta tan estimada fábrica fue una parte del techo que está sobre el Santísimo Sacramento, adonde se entra por dos puertas junto al altar mayor. La claridad que entra por una ventana con cortinas de diversos colores, donde está el bellissimo templete, produce un efecto maravilloso. Esta pintura causa grandísima admiración a todos por su bella apariencia. El lienzo representa historias del Antiguo Testamento y del Santísimo Sacramento. En lo alto del techo se ven algunos querubines y serafines que parecen vivos.



Pero, siguiendo la descripción ordenada de las demás partes que hay en esta admirable fábrica, diré que, debajo del pavimento del altar mayor, hay un pequeño templo donde se han colocado con muy piadosa disposición los cuerpos de los reyes de España que descienden de la gran casa de Austria. En las partes laterales del pavimento, antes de bajar los trece escalones de la iglesia, se hallan los magníficos sepulcros de los reyes, contruidos en finísima piedra y bronce. En la parte superior de éstos, se hallan las armas imperiales y reales, que han sido realizadas por el mismo Trezzo.

Debajo de estas armas se ven tres capillas, donde se han de colocar los bustos de los reyes. En aquella parte del Evangelio, estará la estatua del gran Carlos V y la de la emperatriz y de la reina Juana, su madre. En la parte de la epístola, la del poderoso e inmortal Felipe, Rey nuestro Católico y las de sus mujeres y sus hijos los príncipes.

Bajo el pedestal de las columnas anteriores de estos enterramientos, están edificados los oratorios de la Majestad Real, que son tan altos que en cada uno cabe un templete. Están hechos del mismo jaspe que el retablo y han sido trabajados con admirable disposición e ingenio. Desde allí se puede oír la misa del altar mayor e incluso ver otros muchos altares. Es cosa digna de admiración que todos los oratorios tengan su altar.

Saliendo después de la iglesia, a mano derecha, puede verse una puerta principal, por la cual se entra en el claustro mayor y por donde entran y salen las procesiones. Este claustro es muy grande y se encuentra bellamente adornado con singulares pinturas al fresco que representan la vida de Jesucristo Nuestro Señor y la de su Santísima Madre, comenzando en la Inmaculada Concepción y siguiendo hasta su Asunción; después, la Gloria y el Juicio. Todas estas pinturas, dignas verdaderamente de ser vistas, han sido pintadas por Pelegrino. En ellas puede verse hasta qué punto había superado a los demás pintores. Por otra parte, todas las excelencias que se narran en estas historias han sido hechas con tal artificio, que parecen todas en relieve a los ojos de los observadores.



En el centro de este claustro hay una fuente semejante a un templete en forma de cruz. Y en los cuatro ángulos se ven cuatro arcos de agua que brota de algunos caños que están debajo de los cuatro evangelistas. Éstos tienen un tamaño mayor que el natural. Han sido proyectados por Juan Bautista de Toledo.

En el resto del patio hay bellos jardines dispuestos en admirable orden, pues este claustro da a la parte del mediodía del convento. En el resto de este lado hay, además, cuatro claustros simétricos a otros cuatro de la otra parte del poniente, donde se halla el Colegio y el Seminario. Entre estos ocho claustros hay, en el medio, un local de ciento veinticinco pies de largo y treinta y cuatro de ancho, que está sobre el pórtico y entrada principal de la fachada.

Aquí está la biblioteca principal: es una de las cosas más dignas de ver que hay en aquella casa, porque no sólo posee infinita multitud de libros raros y exquisitos en todas las ciencias y lenguas, sino que además está ricamente adornada. Allí se disponen artísticamente toda suerte de armarios hechos con muchas clases de maderas preciosas traídas de las Indias, y en el techo se ha pintado a las siete Artes Liberales con los hombres que han sobresalido en cada una de ellas. Se ha representado a la Teología con los cuatro doctores de la Iglesia; en el lado del colegio se ve a la Filosofía con los más famosos filósofos.

En los espacios que median entre la bóveda y la juntura con los armarios, pueden verse historias alusivas. Hay adornos, compartimentos y lunetos, todos ellos pintados con singular maestría por el nunca suficientemente alabado pintor Pelegrino, el cual ha exaltado tan admirablemente el arte de la pintura y su nombre con las obras que ha hecho en esta casa en poco tiempo, que no es de extrañar que la Majestad del Rey Católico se complazca tanto en sus obras.

Pasando ahora a referirme a las demás partes de esta fábrica, diré cómo en la parte correspondiente al claustro mayor del Monasterio, se ha construido el Palacio y corte principal de la Majestad del Rey nuestro Señor, donde habita la serenísima Infanta doña Isabel, espejo de virtudes, quien

vive con sus damas y caballeros. En el testero, de espaldas al altar mayor, mirando hacia oriente, están los aposentos de Su Majestad con un pequeño patio, de belleza y magnificencia proporcionadas a todo lo restante del edificio.

Ahora voy a hablar de la bellísima sacristía y de sus ornamentos así como de otras cosas destinadas al servicio y culto divino. Diré que son tantas y tales las cosas que allí sobresalen por su arte y valor, que ninguna cosa en el mundo puede comparárselas.

Sólo quien las ve puede figurarse el grandísimo precio y admirable artificio de las joyas y reliquias de santos, a las que aquí se profesa grandísima devoción. En suma, puede decirse que en este lugar, como en un epílogo, se ha recogido la mayor grandeza que hay repartida por el mundo.

Y continuamente irá aumentando gracias al laborioso esfuerzo de muchos hombres famosos y diestros en su arte. Pero quizá ninguno ha descollado tanto como el ya elogiado Pelegrino Pelegrini, quien ha ilustrado este templo con su pincel representando cuantas invenciones, anatomías y fantasías ha podido jamás aprehender la mente humana y ser expresadas por la pintura. No es extraño por ello que precisamente él haya llegado a ser tan querido y honrado por el Rey Católico, quien supo valorar adecuadamente su excelencia y valía artística. Por todo ello, hace ya mucho tiempo le nombró su admirable arquitecto, tanto militar cuanto de obras, dándole un generoso salario, además de concederle no pocos favores.

También diré cómo el extraordinario Jacomo de Trezzo ideó un ingenio a modo de molino con el cual se han cortado todos los jaspes y otras piedras de veteados finísimos y cristales de roca así como otros mármoles finos, todos con el artificio de la invención del agua. Este hombre, dotado de un raro ingenio, fue muy querido y favorecido por el poderosísimo Rey Felipe, quien se complacía en hablarle, consultarle y tratarle.

(Paolo Morigi: *Breve historia de la Augustísima Casa de Austria con la descripción de la rara en el mundo fábrica del Escorial de España*, Bérgamo, 1593.)

TESTIMONIO DOCUMENTAL DE UN CORTESANO FLAMENCO:  
JEHAN LHERMITE

*La figura de Jehan Lhermite destaca entre los viajeros que han dejado relaciones escritas sobre el Escorial. Nacido en Amberes en 1560, viaja a España con el séquito de Nicolás Damant, canciller de Brabante, con el objetivo de obtener un empleo en la Casa Real. Sirve a Felipe II como archero y siendo su historiador «leal y verdadero» escribiendo un libro misceláneo llamado Los Pasatiempos (Amberes, 1602) que participa de los rasgos de la relación de viaje, la crónica cortesana y las memorias. Definido por su autor como «una recopilación de todas y algunas cosas (en realidad una recopilación de recuerdos sobre viajes por España) que se ponen delante del observador sin prestar demasiada atención al orden de las materias ni cuidar excesivamente el estilo de la prosa», el interés de la obra reside en presentar un cuadro veraz de la sombría y monótona Corte de España durante los últimos años del reinado de Felipe II.*

*Lhermite es un narrador fidedigno preocupado por averiguar e interpretar los hechos vinculados al rey, a su entorno, la administración, las instituciones y los usos y costumbres de la España de los últimos años del reinado de Felipe II. Sus descripciones de Aranjuez, El Pardo, El Escorial son el resultado de su curiosidad personal.*

*La descripción del monasterio del Escorial en Los Pasatiempos, al comienzo del tomo II, es un valioso testimonio objetivo sobre las circunstancias que rodearon la construcción del monasterio. Tomando como punto de referencia las obras de Fray Martín de Villanueva y Fray José de Sigüenza, Lhermite resume la historia de la construcción del monasterio y describe el edificio de forma clara, sencilla, articulada y exacta. Dice Ruelens: «En sus correrías por España acompañando a la Corte no le faltó el tiempo libre. Sus descripciones son prolijas, eruditas incluso. Recoge informaciones, consulta a sabios, se dirige a personajes oficiales, en una palabra, se esfuerza por estar informado con exactitud. Señalemos como prueba su larga descripción del Escorial, que debe ser una de las primeras que se han he-*



*cho de ese inmenso y lúgubre edificio, porque data del momento mismo en que fue terminado y se apoya en testimonios positivos. Comparándola con obras dedicadas enteramente al famoso monasterio, y, en primer lugar, con el libro de Francisco de los Santos, se comprueba que Lhermite nos da a conocer más de un detalle olvidado o descuidado por otros autores. Citemos, como ejemplo, los inventarios de reliquias».*

1597. Su Majestad parte hacia el Pardo y Campillo y desde allí sale hacia el Escorial<sup>1</sup>.— Permanecemos en Madrid tres o cuatro meses sin que sucediese cosa alguna digna de mención. Su Majestad cayó enfermo, y difícilmente pudo recuperarse, pues se hallaba aquejado de gota. Demasiado débil a causa de este mal que se apoderó de él, se le abrieron llagas en los dedos de la mano derecha por los cuales brotó una sustancia dura y blancuzca, una especie de líquido que los médicos dicen es el verdadero humor de la gota y, habiendo permanecido postrado enfermo en su lecho a causa de este mal, y finalmente encontrándose un poco mejor, el 2 de mayo del año 97 decidió salir de Madrid hacia el Pardo, y de allí hacia *el Campillo*, donde nos vimos obligados a detenernos algunos días a causa de una recaída que tuvo de este mal. En los últimos días de este mes, seguimos avanzando hacia el monasterio de san Lorenzo. Cayó postrado en la cama de enfermo, de modo que calculamos que nos veríamos obligados a pasar en el monasterio bastante tiempo. Aceptando el hecho y viéndome privado de cualquier buena conversación a causa de la salida de la Corte de algunos amables compatriotas, y porque no sabía cómo ocupar el tiempo libre, pensé que haría bien en escribir el conjunto de cosas extrañas y curiosas que se habían hecho durante los años anteriores en relación a la tan admirable, suntuosa y espléndida fábrica de este monasterio, y de la cual me había pro-

<sup>1</sup> Los epígrafes en los que se divide el texto traducido no son capítulos diferenciados, sino notas de contenido escritas por el propio Lhermite en los márgenes del manuscrito (N. del T.).

puesto describir todas sus maravillas. Era, sin embargo, una empresa que superaba con mucho las posibilidades de mi estéril pluma. Creo que, finalmente, acopiando lo poco que he sido capaz de recopilar aquí y allá de unos y otros, y también recordando lo que he visto con mis propios ojos y anotado, proporcionaré quizá algún deleite al curioso lector.

Fray Martín de Villanueva, uno de los padres más venerables de este monasterio, así como Fray José de Sigüenza, hombres doctos, sabios y muy curiosos de cosas memorables, me dieron noticia sobre algunos de los acontecimientos ocurridos aquí desde los días en que se puso la primera piedra de esta fábrica hasta el año 88, cuando encontré este edificio construido y ya casi terminado del todo.

Primer motivo que tuvo el Rey para la construcción de esta fábrica.— Y porque se dicen muchas cosas sobre el primer motivo que Su Majestad pudo tener para edificar esta máquina, me informé primero con particular cuidado sobre cuál podría haber sido la verdadera causa, la cual me aseguraron —como Su Majestad misma en otra ocasión confirmara— no había sido otra que la única obligación que la mencionada Majestad tenía de satisfacer la última voluntad de Carlos V, su difunto padre de buena memoria. Este monarca, después de haber renunciado a todos sus bienes, estados y reinos y haberse retirado al monasterio de san Jerónimo de Yuste, dejó escrito en su codicilo, como última voluntad, que, después de su muerte, su hijo debería construir, para él y su esposa la emperatriz, una sepultura en el lugar que le pareciera. Para cumplir su deber, y en atención al decoro debido a dos tan grandes personajes y progenitores, decidí construir un monasterio que sirviese de panteón para él y también a sus mujeres, hijos, hermanos, hermanas y a todas las demás personas de su sangre real. Este monasterio pertenecería a la Orden de san Jerónimo y estaría bajo la advocación del bienaventurado y glorioso san Lorenzo mártir, al que había profesado desde hacía mucho tiempo singular devoción a causa de cierta victoria obtenida un día de su festividad.



El Escorial, una pequeña población.— Después de haber buscado por todas partes y durante mucho tiempo un lugar cómodo y apropiado para el edificio, tomó finalmente la resolución de que este monasterio se construiría en una pequeña población llamada el Escorial, que pertenece a la jurisdicción y diócesis de Segovia y que está situada al pie de una montaña que divide la Vieja Castilla de la Nueva, tanto por la abundancia de toda suerte de materiales que allí se encuentran como por la copiosidad de aguas y la buena temperatura del aire, beneficiosa para la conservación de la salud de los hombres, especialmente durante el verano.

Habiéndose decidido el asunto, sólo faltaba que se emprendiesen la obras. Consecuentemente, Su Majestad salió de Madrid el 20 de marzo del año 62 hacia el monasterio de Guisando, también de la misma orden, donde se detuvo unos días. Pasando las santas Pascuas y, saliendo de allí, llegó al mencionado Escorial el 28 de ese mes, llevando tres religiosos del mismo convento: uno como Vicario, llamado Juan de Colmenar, y los otros dos para ser empleados allí en otros menesteres. Llamó también al Escorial a otro reverendo padre de la misma orden, ordenado en la villa de Zamora, llamado Fray Juan de Huete, para ser el Prior. Pero, por estar entonces enfermo, sólo pudo llegar el primer día de marzo del año siguiente. Parece ser que Su Majestad había escogido y hecho llamar a estos dos padres religiosos no sólo a causa de su santa y ejemplar vida, sino sobre todo por sus conocimientos en arquitectura, pues, según me informaron, habían hecho y construido en sus casas y monasterios algunas zonas de viviendas monásticas cómodas. Pensó Su Majestad sería muy conveniente tener a semejantes personas en la obra, para obtener de ellos el esclarecimiento de las dudas que pudieran presentarse.

Hizo también llamar para esta misma finalidad a cierto religioso lego del monasterio de la Sisle, cerca de Toledo, llamado Fray Antonio de Villacastín, para que desempeñara en el monasterio el puesto de superintendente de toda la fábrica, que tendría autoridad sobre todos los obreros, trabajadores y guardaprovisiones, que ellos llaman *obrero mayor* o

*principal sobrestante de toda la fábrica.* Llegó a comienzos del mes de junio del mismo año, y no hubo otra persona que desempeñara tales funciones desde que se puso la primera piedra hasta la terminación de los trabajos.

Habiendo llegado, pues, Su Majestad a dicha villa del Escorial, y después de haber dado varias vueltas por el lugar, reconociéndolo como el más apropiado para el cometido, dio sin dudarle la orden para que se llevasen allí todos los instrumentos de trabajo necesarios, de tal modo que, a fines del mes de abril del año 62, estaban allí las caleras, una vez que se limpió el lugar de las abundantes hierbas, matorrales, arbustos y zarzas y de otras malezas que producía el terreno, y después de haber cercado el lugar con grandes estacas marcando con ellas el circuito que esta fábrica, según un plano, habría de tener.

El primer arquitecto de esta obra fue un tal Juan Bautista de Toledo, nacido en la ciudad que lleva este nombre, quien hubiera tenido que empezar y finalizar esta fábrica, pero que murió al poco tiempo de comenzar los trabajos. Y el lugar que dejó vacante fue ocupado por otro arquitecto llamado Juan de Herrera, quien introdujo pocos cambios en relación al plan original. El mencionado Padre Vicario y otros religiosos, que llegaron allí más tarde desde diferentes conventos de la orden, fueron acomodándose en este periodo en una de las casas del mencionado pueblo, en donde permanecerían nueve años hasta que el monasterio estuviese construido.

Colocación de la primera piedra.— Terminados todos estos preparativos, abiertas las zanjas para arrojar en ellas los cimientos, traídos muchos materiales y hecha la necesaria provisión de toda suerte de instrumentos necesarios para la construcción de esta fábrica, y finalmente convocados los mejores maestros de obras, carpinteros y otros semejantes de todas partes del mundo, y después de haber empleado en todo esto más de un año, se puso la primera piedra el 23 de abril de 1563, día de san Jorge, en el cimiento del frontispicio de refectorio de los monjes, en la fachada del mediodía,

justamente debajo de la mesa, en la mitad, donde se sientan los priores de este monasterio. Era cuadrada y tenía escrito por debajo, en cuatro partes, letras latinas o góticas. En primer lugar, la imploración de la ayuda divina y socorro; en segundo término, el nombre del fundador y el año de su comienzo, y en tercer lugar el del arquitecto, con el día y el mes en que fue puesta:

I. DEUS OPTIMUS MAXIMUS QUI OPERI ASPICIAT.

II. PHILIPPUS II. HISPANIAE REX A FUNDAMENTIS EREXIT 1563.

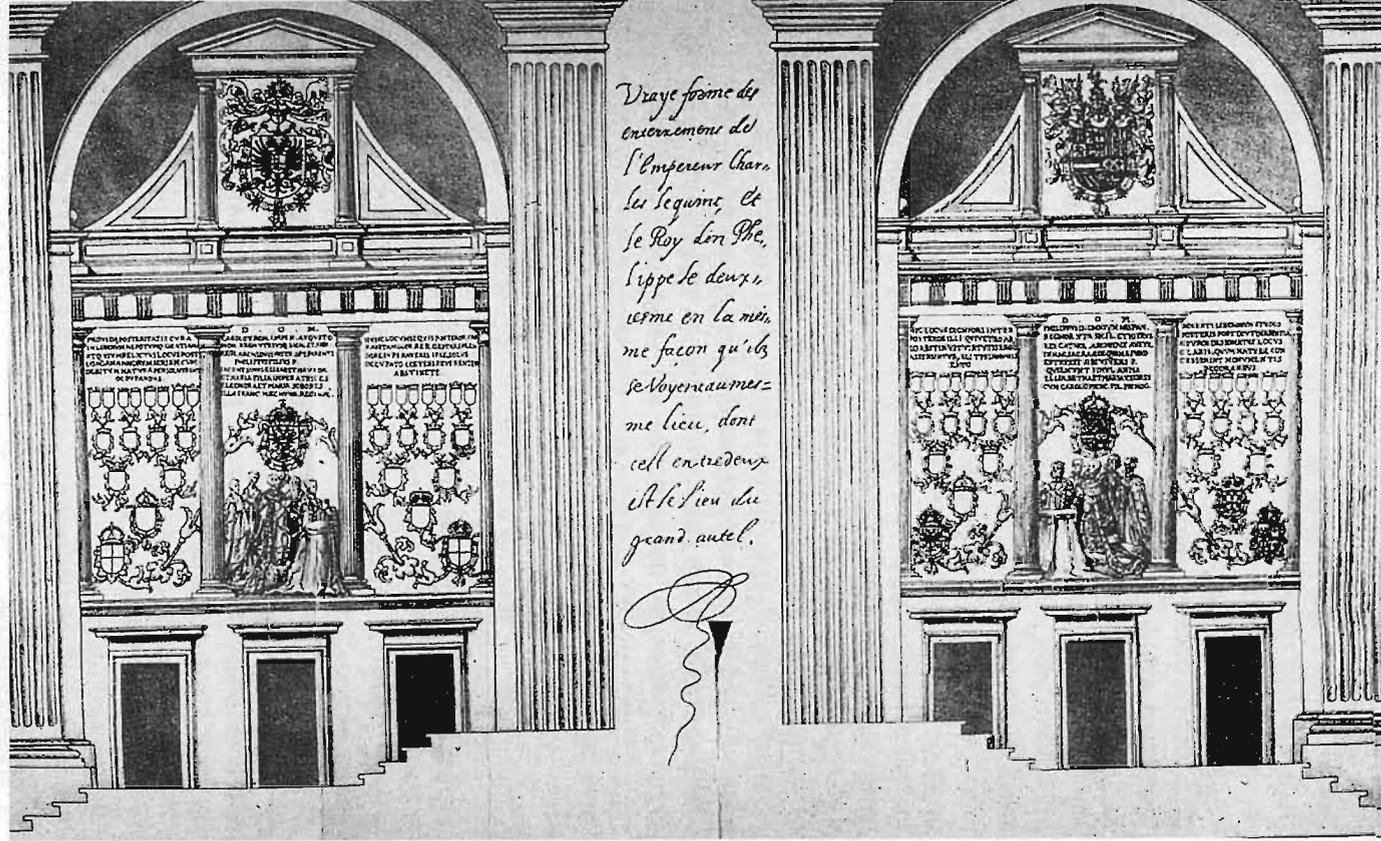
III. JOANNES BAPTISTA ARCHITECTUS MAYOR. 23. APRILIS.

Colocación de la segunda piedra con las ceremonias que se celebraron en presencia de Su Majestad y de algunos señores de su Corte.— Su Majestad sólo acudió allí cuando se puso la segunda piedra, que fue la del cuerpo de la iglesia, unos cuatro meses después del día de san Bernardo, el 20 de agosto del año 63. Por hacerlo con toda la solemnidad que requería el hecho, se levantaron y adornaron tres altares, y se tendió en el suelo una rica alfombra de terciopelo carmesí sobre la cual Su Majestad, después de haber orado, se sentó, y viéndole acudió solícito el obispo de Cuenca, Fray Bernardo de Fresneda, su confesor, revestido con pontifical, quien descubriendo la mencionada piedra que reposaba sobre uno de los altares cubierta con un rico paño de seda enriquecido de oro y de plata, la bendijo. Sobre su superficie cuadrada estaban gravadas cuatro cruces rojas. Hecha esta bendición, la tomó el mencionado Prior y Vicario y, yendo con ella en procesión, la llevaron hacia el lugar designado donde debía reposar, que fue encima de otra que estaba ya colocada y que también estaba marcada con cuatro cruces, como la mencionada, y para verla bajar se acercó. Acompañaban a Su Majestad el duque de Alba, don Fadrique de Toledo, su hijo, conde de Chinchón, el marqués de las Navas y algunos otros señores de su cámara, casa y Corte, quienes permanecieron allí hasta que terminó el oficio divino. Se colocó a esta piedra en los mismos cimientos que hay debajo de la puerta que está entre el portal enrejado por el que se entra en la mencionada sacristía en la iglesia, marcada en la planta,

donde después se puso la letra P, casi en el lado contrario de la pila de agua bendita que está a mano derecha de la entrada de la mencionada sacristía.

Los monjes pasan a su nuevo monasterio.— Toda esta fábrica fue así avanzando y, al cabo de cuatro años, se construyó la iglesia que ahora se llama la Vieja. El día 11 de junio del año 1571, día de san Bernabé, pasaron los monjes al nuevo monasterio y, dos días después, consagró el mencionado obispo su iglesia, claustros y puertas. Pronunció después un docto sermón en presencia de Su Majestad sobre el respeto y reverencia que debe guardarse a la Santa Madre Iglesia.

Algunos cuerpos de reyes difuntos se trasladan a la nueva iglesia para ser depositados en ella.— Y en esta iglesia fueron despositándose todos los cuerpos sin vida de los reyes después de haber sido trasladados aquí desde diversos lugares el 7 de junio de 1573. Fueron transportados primero dos cuerpos: el del difunto príncipe don Carlos, primer hijo de Su Majestad y el de la Reina, su tercera mujer Isabel, hija de Francia, que hasta entonces habían descansado en la villa de Madrid. El 4 de Febrero de año 74, los cuerpos del Emperador Carlos V y de su mujer la emperatriz, uno desde el monasterio de san Jerónimo de san Justo, el otro desde la Capilla Real de Granada, los cuerpos de las Reinas de Francia y Hungría, hermanas del mencionado Emperador y los Infantes don Fernando y don Juan, sus hijos, hermanos de Su Majestad. En diferentes momentos fueron llegando los restantes despojos, que fueron los de la Reina doña María y de todos sus hijos. También los cuerpos de los príncipes Wenceslao, sobrino de Su Majestad y de monseñor Juan de Austria, hijo del difunto Emperador y el de la reina doña Ana, cuarta mujer de Su Majestad. Y todos fueron colocados allí provisionalmente hasta que el lugar elegido para su sepultura estuviese terminado y dispuesto para acoger a sus cuerpos.



Diseño de las tumbas del Emperador Carlos V y Felipe II en la basílica del Monasterio del Escorial, ilustración del manuscrito original de Los Pasatiempos, de Jehan Lhermite.

Colocación de la última piedra. Todo el edificio se terminó en 22 años.— Continuando los trabajos, se terminó en diez años este edificio, es decir, todo lo que está comprendido entre las cuatro torres, con la zona real, que es la más oriental de toda la fábrica; de modo que, bien contado y calculado el tiempo, puede decirse que se tardó en concluir los trabajos 22 años y un poco más de cinco meses —desde finales de abril de 1562 hasta el cinco de septiembre de 1584—, que fue el día en que se puso la última piedra. Para ella se abrió una cavidad en donde se depositó un pergamino con algunas oraciones y objetos devotos y piadosos, con anotación del día del comienzo y del final de la obra y con otras circunstancias dignas de ser guardadas en perpetua memoria. Esta piedra se puso en la cornisa más alta de la zona del monasterio, que está a mano derecha según se entra, en el pórtico y deambulatorio, descontadas ocho ventanas de entre las más altas del colegio. Después se tardó más de dos años en pavimentar la iglesia, colocar en ella la custodia y disponer todo lo que fuera necesario para officiar el Sacrificio Divino, de tal modo que, el nueve de agosto del año 86, un sábado, fue llevado allí el Santísimo, y el domingo siguiente, día de san Lorenzo, se dijo allí la primera misa, y todos advirtieron que la atención, cuidado y solicitud de Su Majestad fue tanta, que al mismo tiempo pudo encontrarse todo lo necesario tanto por lo que hace a las cosas de la sacristía, altar y coro, como en relación a todas las demás comodidades del convento, y todo ello en tan grande abundancia y perfección, que verdaderamente puede decirse que nunca podrá encontrarse algo parecido en los tiempos pasados ni sucederá en los días venideros, ni siquiera en la más rica iglesia de toda la cristiandad, no pudiendo competir con el Escorial ningún otro monasterio o abadía, por rica y opulenta que fuese.

Los cuerpos muertos mencionados y depositados en la primera iglesia se llevan a una estancia abovedada de la forma que se dice aquí.— Al inicio del mes de noviembre, se llevaron al monasterio los cuerpos muertos de los reyes y prín-

cipes mencionados que habían sido depositados en la iglesia vieja y que permanecieron en ella durante más de diez años. Se colocaron todos ellos en una estancia abovedada debajo de las escaleras y peana del altar mayor de la iglesia principal. Estos cuerpos se llevaron allí en tres días (un lunes, un martes y un miércoles, 3, 4 y 5 de noviembre), observando precisamente el orden que Su Majestad había establecido. El lunes fueron trasladados cinco cuerpos y se celebraron los funerales con gran solemnidad, el martes otros cinco y con la misma ceremonia, y el miércoles los restantes, que fueron seis, que llevaron sobre sus hombros los religiosos nombrados para hacerlo. Fueron en total dieciséis cuerpos, cada uno en su sarcófago ricamente adornado con tejido de seda y algunos con tela de oro, con una cruz atravesada del mismo paño.

Se comienza la *Compañía*, que nosotros llamamos el corral y las dos casas grandes llamadas *los Officios* (1597).— Una de las llaves de esta estancia la tiene el Prior, la otra el Primer Sacristán, quien limpia cuidadosamente esta sala una vez cada dos meses, y también los sarcófagos, y nadie entra allí con otra finalidad, como no sea quienes lo hacen por orden expresa del Rey. Hecho esto, se dio orden para que se empezase la *Compañía* (lo que nosotros podríamos llamar el patio bajo), así como las dos casas grandes que pueden verse fuera del edificio, hacia el lado norte, y que llaman aquí las *casas de los Officios*, que dependen de la zona real, y también todos los muros y tabiques de los jardines y de la casa de los lados poniente y norte.

El conjunto se terminó en 34 años.— En construir todo ello se tardó más de diez años, pues ya había disminuido el fervor y entusiasmo que la obra levantó en los primeros tiempos, de manera que el edificio completo fue terminado en un lapso de tiempo de treinta y cuatro años. Causa muy grande admiración ver una obra maestra tan bella, rica y perfecta como ésta comenzada y terminada en la vida de

un solo hombre, incluso ver ya todo avanzado y conseguido en lo mejor de su edad, pues no podía tener el Rey menos de 35 años, quien la terminó, como se ha dicho, en 34 años, y además pudo disfrutar de ella algunos otros años más para su solaz, placer y tranquilidad. Yo mismo no he podido dejar de sentir dentro de mí la mayor admiración por todas estas cosas y por algunas otras de mayor importancia, pero no les presté la atención que se merecían, pues las cosas presentes, y que cotidianamente se tienen delante de los ojos, no sorprenden tanto a la imaginación de los hombres como las ausentes y muy alejadas de la vista, de tal modo que descuidé muchas cosas. Me he arrepentido por ello de no haber anotado con mayor cuidado lo que era digno de ser visto y de guardar en perpetua memoria.

Hasta aquí me he extendido, si bien superficialmente, sobre el comienzo y finalización del cuerpo de las viviendas de esta fábrica, cuyo conjunto se halla reducido a la mejor forma que exteriormente es posible ver. Ahora, para empezar a referirme a los tesoros que alberga este cuerpo, es necesario exhibir aquí la planta para, según ella, desbrozar el camino y empezar a analizar los detalles.

La planta del edificio.— La planta de este edificio, que por los lados poniente y levante es más largo que por el lado norte y sur, está repartida en diez patios (aunque hay en total dieciséis). Cinco sirven al convento en el que habitan los monjes. Uno de ellos es grande, y los cuatro restantes pequeños. Su trazado es simple y completamente uniforme, aunque muy bien acabado con algunas cornisas que salen y vuelven a las paredes, y tiene después, en la parte inferior hasta el techo, tres pisos de arcadas iguales unas encima de otras. No es buena arquitectura por pertenecer meramente a los órdenes corintio, dórico o jónico, sino por formar un cuerpo bien compacto y proporcionado todos cuyos miembros guardan correspondencia entre sí, ni más ni menos como los miembros del hombre, donde nada es superfluo, fuera de razón, medida y proporción.

El gran claustro o claustro de los monjes.— El gran claustro tiene una longitud de alrededor 200 pies, su arquitectura es dórica y jónica o eólica, con grandes pilares cuadrados y algunos redondos con mediorrelieves y sobre todo él hay cornisas y balaústres que lo adornan sobremanera. En el centro de este claustro hay un bello templete de estructura bastante bella, abovedado y adornado por dentro y fuera con bella piedra de jaspe y mármol. Mide unos quince pies. En las cuatro esquinas hay cuatro bellas fuentes para regar el jardín. Puede verse también, en las cuatro esquinas de este templete, cuatro hermosas figuras de mármol blanco que representan a los cuatro evangelistas, colocados allí en sus nichos. Todo alrededor de los tabiques de los cuatro lados de este claustro, están pintados todos los misterios de nuestra santa fe, desde la Concepción de Nuestra Señora hasta la venida de Nuestro Salvador en el Juicio Final; y la pintura es tan bella y artificiosa, que parece que las figuras mismas se muevan y hablen, como si estuviesen vivas.

El español la llama pintura *al fresco* y el flamenco dice *waterverve*.— La pintura, ejecutada según la técnica del *fresco*, ha sido realizada por varios artistas grandes y famosos, y, por lo que he oído decir, ha costado más de cuatro mil ochocientos escudos sólo en los tres años que se tardó en hacerla. Desde aquí se sube por una gran y espaciosa escalera muy bella e ingeniosa.

Todos los peldaños son de piedra de una sola pieza y de una longitud de quince pies. Allí se entra a una bella galería que se extiende a todo alrededor siguiendo los lados de la parte inferior, donde están varias de las celdas de los religiosos más notables, entre ellas las del Prior y el Vicario. Están estas celdas tan bien y ricamente adornadas y compuestas por tanta riqueza e imaginación, que semejan salas reales. La celda del Prior está formada por dos o tres bellas habitaciones, que, por estar en la parte superior, son bastante apropiadas para el invierno. Lo mismo puede decirse de las demás habitaciones de la zona inferior, que se corresponden con las de arriba para el tiempo de verano: son muy frescas

en esta estación a causa del aire que entra allí por las ocho ventanas muy apropiadas, por estar esta zona sobre una de las esquinas de la casa menos castigadas por los calores. Como las de arriba, están muy ricamente compuestas y adornadas.

En las esquinas de esta galería y en otros lugares hay admirables y muy raros lienzos pintados por Juan Fernández El Mudo, quien ha alcanzado tanta fama después de su muerte, que algunos dicen que nadie de sus contemporáneos se le puede comparar. Fue discípulo de Tiziano, quien le apreciaba tanto, y más todavía a sus obras, que cuando vio algunas de estas pinturas, en señal de alabanza, lanzó las manos al cielo como medio loco dando grandes y espantosos alaridos (pues no conseguía articular palabra) queriendo dar a entender con ello cuánto eran dignas de estima, y le imitó tanto que, después de su muerte, trabajó mucho tiempo terminando muchas de aquellas bellas pinturas, como se dirá más adelante.

Colegio para los estudiantes de Teología.— Los cuatro patios que miran hacia el norte están en el recinto del colegio. El gobierno y administración de este colegio no difieren gran cosa de los del convento. Viven allí los colegiales separadamente de los demás religiosos del convento. Todos ellos están sometidos a la misma autoridad del mencionado Prior, si bien tienen su propio Rector. Hay, pues, un rector y treinta y dos colegiales, de los que dieciséis deben ser teólogos y los demás estudiantes de letras. Además de éstos, debe haber cuatro teólogos graduados, un lector en Sagradas Escrituras, religiosos de orden, y tres hermanos legos para el servicio del colegio. Del mismo modo tres profesores, dos de Santa Teología y el otro de letras.

Seminario.— Hay también, además del mencionado colegio, un seminario para jóvenes que no podrán sobrepasar el número de 40. Y existe la costumbre de que éstos sean alimentados, mantenidos y provistos de todo lo necesario, en una

zona independiente, a expensas del mencionado convento. También serán instruidos en la virtud, santa religión y buena moralidad, así como en letras, y en todas las ciencias que requiera su buena educación, de tal modo que, por sus progresos, sea posible esperar tal avance de sus personas, de modo que el conjunto pueda redundar en la gloria y magnificencia divina, la salud de sus almas y bien y utilidad pública, aplicándose después a todo lo que el buen Dios les inspire, si bien la principal finalidad es educarles para que sean monjes de la misma religión.

Zona real para alojamiento de nobles y servidores domésticos.— El gran patio de la zona real, que se corresponde con el del convento, presenta una arquitectura diferente, porque en la zona inferior hay pilares cuadrados bastante bellos y grandes y en la superior galerías bastante hermosas, repletas de ventanas, una de las cuales está completamente pintada al temple con escenas de diferentes guerras, victorias y ejércitos. Destacan las imágenes de la guerra de Granada, isla de Tercere y san Quintín. Hay aquí también, en el recinto de este gran patio, otros dos patios pequeños, donde están las dependencias de los criados de Su Majestad y de toda la Casa Real. Las demás habitaciones, altas y bajas, de esta zona están destinadas al servicio, vivienda y comodidad de Su Majestad, sus Altezas, nobles, damas y servidores domésticos. Su Majestad tiene sus aposentos en una zona independiente, detrás de altar mayor de la iglesia, como se dirá más adelante. Entre estos dos principales miembros de dependencias, media mucho espacio. Está allí la iglesia principal, el llamado Patio de los Reyes y la puerta principal, gracias a la cual esta fábrica permanece tan bien vinculada e incorporada, que desde cualquier punto desde donde se la vea tiene acceso de entrada y salida a la mencionada iglesia. Esta puerta es entrada principal y es una obra que causa gran admiración y tiene sobre sí un soberbio frontispicio y arquitectura dórica y jónica. Sobre la puerta se han colocado los escudos del Rey, y, a ambos lados, las enseñas de san Lorenzo, que son sendas parrillas, y, un poco más arriba, la



estatua del mismo santo, que tiene una altura de quince pies, y, a sus lados, cuatro grandes pirámides. El conjunto puede verse desde una perspectiva delantera. Al comienzo de un libro escrito hace tiempo por un secretario del Rey, hombre de gran inteligencia, sobre la alabanza y exaltación de esta máquina, se decía aludiendo a estas armas que nunca habían sido vistas expuestas al público ni aprobadas como tales. Pero, como este autor dice que son de este insigne monasterio de san Lorenzo, las he querido presentar aquí con cautela considerándolas antes una divisa que cualquier otra cosa.

Armas o más bien divisa del Monasterio de san Lorenzo.— El blasón de estas armas, o divisa, es el campo de oro. Tiene un laurel verde y, en el centro, llamas ardientes; debajo y sobre las brasa, una parrilla de hierro. A mano derecha e izquierda del mencionado laurel, los rayos de Júpiter con una divisa que reza así: FULMINA TEMNIT y sobre el escudo una F coronada.

Frontispicio, o lo que es la puerta principal.— Y para no desviarme del tema, diré que este frontispicio tiene una longitud de ciento cincuenta pies y en toda la extensión de este lado (en el cual están comprendidas otras dos puertas colaterales, por una de las cuales se entra al monasterio o convento de los monjes y por la otra al colegio y seminario de los estudiantes) hasta setecientos pies e incluso más.

Bibliotecas de san Lorenzo el Real.— Entrando por esta puerta principal, hay un portal grande y bastante espacioso. Encima de él, hay dos grandes y famosas bibliotecas, una encima de la otra. Parece ser que la más baja está abierta a todo el mundo; pues sería verdaderamente una pena que una sala de estas características no pudiese ser frecuentada y utilizada por toda suerte de hombres doctos y sabios, tal es la calidad y abundancia de libros que allí pueden consultar-

se. Está ricamente adornada por bellas pinturas así como por muebles que permiten disponer libros a todo alrededor. Esta sala, abovedada, está enteramente cubierta por pinturas. En la bóveda se representan las Siete Artes Liberales y un conjunto de historias, poesías y alusiones referentes a ellas. Han sido realizadas por el mejor pintor italiano que jamás haya existido: Peregrino Tibaldi, quien tiene fama además de ser uno de los mejores arquitectos de su tiempo y, consecuentemente, el hombre mejor preparado para representar la perspectiva. Las pinturas tienen tanta fuerza y relieve, que parece como si las figuras estuviesen vivas, y me atrevería a decir que en toda la fábrica no hay nada que se las pueda comparar.

Los muebles donde reposan los libros están hechos de una madera preciosa y rara traída de las Indias, una especie de ácana, carba y cornicabra, una clase de madera descubierta en España no hace mucho tiempo, como la de los naranjos, y aunque son de diferentes colores, forman un conjunto bello y admirable. Sería imposible describir detalladamente todas las particularidades de esta sala. Hay en ella aproximadamente siete mil libros de todas las facultades, artes y ciencias del mundo escogidos de entre las mejores impresiones que se han podido encontrar en los Países Bajos, Italia y Francia, y no solamente en latín y griego, sino también en otras muchas lenguas de entre las más utilizadas por todo el universo. En el centro de esta sala, hay un globo celeste más alto que la estatura de un hombre, de un arte y manufactura muy admirable. A ambos lados, en bella correspondencia, están los dos faroles que el difunto don Juan de Austria trajo de la batalla que ganó contra el Gran Turco. Hay muy cerca de allí otras dos salas: una es una pequeña biblioteca que contiene únicamente manuscritos, tanto en latín, griego, árabe, caldeo, sirio, italiano y francés como en español, lengua de la que puede haber alrededor de cinco mil volúmenes. A todo alrededor de estas dos salas, encima de los libros, se ha dispuesto ordenadamente infinidad de retratos de hombres doctos y sabios, así como de pontífices, patriarcas, santos, religiosos y de otros personajes dignos de recuerdo imperecedero. Algunos de estos libros se conside-

ran como originales, manuscritos, y se les tiene en muy grande estima. Así ocurre, por ejemplo, con el libro que san Agustín escribió de su propia mano, *De Baptismo parvulorum*, o con algunos de los primeros concilios que se celebraron en España, o con un libro que perteneció a la biblioteca de san Juan Crisóstomo, y con otros que provienen de China y las Indias, muy curiosamente escritos en sus propios caracteres, sobre cuyo papel podía leerse el nombre de Pierre de Ranst, quien los estimaba sobremanera. Muchos de estos libros son bastante antiguos. Algunos tienen setecientos, ochocientos o novecientos años. También hay varios libros griegos originales de gran valor y estima. Creo que estas bibliotecas serán consideradas muy pronto como las mejores y más famosas de todo el mundo. La que está en el piso superior, que llaman Vieja, está también muy surtida de gran cantidad de volúmenes, y, a su alrededor, hay bellísimos mapas así como otras curiosidades que sería demasiado largo tratar aquí en detalle.

**Patio de los Reyes.**— Entrando por la mencionada puerta, y pasando el umbral se ve, a un lado, un bello y espacioso patio; al otro lado, los dos miembros principales de la casa, del monasterio y del colegio, que ofrecen allí un aspecto muy bello y agradable con una infinidad de ventanas a todos los lados. En el ala opuesta hay un bello y suntuoso frontispicio, que corresponde a la iglesia.

**Campanas.**— Se alza entre muy bellas y altas torres, todas ellas provistas de muchas campanas. Sobre una de ellas se ha colocado un gran reloj con una bella campana que toca las horas. Otras son para el servicio habitual de los oficios de la iglesia y del convento. Su Majestad ha hecho fundir algunas de estas campanas mientras que otras se han traído de otros lugares. La mayor parte han sido compradas en Lisboa durante el tiempo que duraron los disturbios en los Países Bajos. Otras provienen de diversos lugares y Su Majestad, deseoso de conocer todos los detalles y estando sus inscripciones

en lengua flamenca, me envió un día a visitarlas, gracias a lo cual ahora puedo describirlas. Parece ser que una de ellas procedía de la villa de Steenkerckke, que está en el país de Flandes, entre Dunkerke y Nieupoorte, y fue fundida el año 418.

**Estatuas en el frontispicio de la iglesia.**— Y después de haber atravesado este patio, y para entrar en la iglesia, se sube por siete bellos peldaños de piedra que hacen las veces de base y planta del mencionado frontispicio. Hay allí cinco grandes puertas con arcos bastante bien proporcionados y repartidos sobre sus columnas de dos en dos. Levantando la vista pueden verse, en lo alto, a seis grandes estatuas de reyes que tienen una altura de 17 pies y que representan a David, Salomón, Josué, Josafat, Ezequiel y Menesés. Los cetos y coronas de estos monarcas son de metal dorado y las cabezas han sido esculpidas en mármol blanco. El resto de sus figuras han sido labradas con la misma piedra que se empleó para la construcción de esta fábrica. La estatuas, en actitudes de la mayor majestad imaginable, están muy bien situadas y ofrecen una vista admirable.

**Iglesia.**— Desde aquí se entra directamente a la pequeña iglesia del común, que está debajo del coro de los monjes. Allí sólo hay dos altares para decir la misa a los transeúntes. Desde ella se ve fácilmente la iglesia principal, a través de un enrejado muy rico, magnífico y bien elaborado de cobre. En el centro hay una puerta que no se abre nunca, como no sea para las ocasiones señaladas, que son cuando se celebra alguna recepción de algún rey o de otros grandes príncipes extranjeros, a quienes se dispensa la ceremonia y recibimiento a que nos referiremos más adelante. Esta iglesia o templo es, según su plano principal, una especie de capilla cuadrada. Su fábrica y arquitectura es dórica, y tiene en el centro cuatro grandes pilares cuadrados de treinta pies de diámetro. Sustentan éstos una bella y alta linterna en forma de cimborrio completamente desprovista de vidrieras que, desde la

parte baja a lo alto de la cruz (que está puesta por fuera sobre otra pequeña linterna que domina el conjunto), mide trescientos pies. Y esta linterna está tan bien hecha y elaborada por dentro, que no es posible describirla con palabras, como también lo está toda la iglesia, pues es su proporción tal y el conjunto está tan bien dispuesto y ordenado, que de los más de cuarenta y cinco altares que hay en este templo, ninguno está privado de la luz ni de la claridad del día. Y su cimientto está tan bien encadenado por el conjunto, y la estructura es tan fuerte y maciza, que hasta ahora no se ha visto ningún defecto ni fisura alguna.

Coro de los monjes. Facistol admirable. Cantorales bellos y grandes.— Fuera del perímetro de este cuadrado, salen dos apéndices. Uno de ellos es el altar mayor, el otro el coro de los monjes, que está encima de la pequeña iglesia del común, que, según hemos dicho, está aquí delante. El altar mayor hacia oriente y el mencionado coro hacia poniente. Tiene este coro cien pies de longitud y cincuenta de anchura. Los asientos de los monjes, de arriba y abajo, están hechos de maderas muy preciosas, algunas traídas de las Indias, como el cedro, canoa, ácana y ébano; otras vienen de Europa, como el boj, nogal y la nueva cornicabra, que es una madera que se ha encontrado y descubierto no hace mucho en España. La arquitectura es corintia y está muy artificiosamente elaborada. Hay, en el centro de esta sala, un facistol bellísimo hecho con las mismas maderas y guarnecido bellamente con tiras de metal dorado. Su pie se apoya sobre tres gruesas columnas del mismo metal, que se asientan sobre una peana de jaspé, y sostiene sobre su superficie cuatro grandes cantorales que están abiertos y son muy bellos y grandes. Hay en total doscientos veinte cantorales de cerca de cinco pies de alto, con hojas de pergamino con grandes letras de canto manuscritas por ambos lados. Dentro de algunos, hay bellas y curiosas imágenes iluminadas, y siendo grandes y pesados, tienen debajo pequeñas ruedas sobre las cuales se deslizan cuando se les mueve desde un lugar a otro. Este facistol se deja también girar fácilmente con un solo

dedo, no obstante ser muy pesado. Pero está tan bien hecho, que se mueve secretamente sobre una punta de acero muy aguda y sutil. Y estando el conjunto muy igualmente repartido y puesto en su justa balanza, es este movimiento muy fácil y sencillo de hacer en sí mismo. Todos los tabiques están pintados al temple con historias de la vida de san Lorenzo y san Jerónimo. Estas escenas fueron ejecutadas por un notable pintor, y tienen tanta gracia y vigor, que parece como si los personajes hablasen; conservan en el lienzo el respeto, la atención y la reverencia que se debe guardar en un lugar sagrado como éste. Y en la bóveda de esta sala, está pintada la Gloria Celestial, y, al final de esta Celestial Congregación, pueden verse dos retratos: uno del mismo pintor que la hizo, el otro del ya mencionado Fray Antonio de Villacastín, superintendente de toda esta obra, que ha sido artificiosamente retratado al natural.

Altar mayor. Madera de las Indias llamada angelino.— Por el lado oriente sale otro apéndice: el altar mayor, al cual se sube por doce peldaños de jaspe muy bien pulimentado, tanto que parece un espejo, y es esta subida tan ancha y espaciosa que todos los religiosos, colegiales y seminaristas se sientan allí cuando hay sermón o se reza. Subiendo estas gradas, se llega a una bella superficie plana muy rica y curiosamente pavimentada con diferentes piedras de jaspe rojo y verde, entrelazada y perfilada con un mármol blanco que agrada maravillosamente a la vista, y tan unido y pulimentado, que si la persona no tiene cuidado podría deslizarse como si caminase por encima de un hielo.

Retablo.— Desde aquí suben todavía otras siete gradas antes de llegar al plano del altar mayor, que también está hecho de jaspes y mármoles muy ricos y de diferentes colores, y de un tamaño proporcionado, ligeramente desviado del pedestal del gran retablo. Este gran cuadro está fundado y asentado sobre un gran pedestal de jaspe rojo y verde, y es tan elevado que hay cuatro diferentes pisos de columnas

unas encima de otras. Estas columnas representan los cuatro órdenes principales de la arquitectura –dórico, jónico, ático y compuesto– y tienen todos sus rasgos principales, esto es, arquivoltas, frisos y cornisas, según el orden de su arquitectura, todo ello de fino jaspe rojo verdoso, del color de la sangre y con mil otros matices, sus basas, capiteles, triglifos y metopas de bronce dorado que enriquecen sobremedida la obra. Hay, entre estas columnas, pinturas bellísimas realizadas por los pintores más notables de este tiempo, y, en el exterior de las mencionadas columnas, pueden verse doce grandes figuras de metal fundido y muy ricamente dorado, que son los cuatro grandes doctores de la Santa Iglesia, los cuatro evangelistas y los cuatro apóstoles, todos ellos puestos allí en sus nichos hechos de jaspe verde y, en lo más alto de todo, las figuras de san Juan Evangelista y Nuestra Señora, que allí acompañan una bellísima crucifixión, cuya cruz está hecha de una cierta madera que viene de las Indias y que se llama *angelino*. Traerla desde Lisboa ha costado muchos denarios y ha sido preciso engañar y servirse de extrañas artimañas y emplear argucias para atravesar los malos pasajes de un camino tan largo. Y es esta madera de un color tan bello y de una superficie tan lisa y pulida que, según la opinión de muchos, bien pudiera ser de la misma especie con que fue hecha la cruz de Nuestro Señor Redentor, y por ello se la tiene en grande estima. Para conseguir un poco de esta madera, he utilizado toda mi ascendencia ante el joven príncipe. Por orden expresa suya me dieron una pequeña cruz que tiene un pie y un poco más de largo, y Bartolomé Carducho, famoso pintor de nuestro tiempo, me pintó encima de ella un crucifijo al que tengo en grande estima. La figura de Cristo está también fundida en el mismo metal y dorada. Y me sería imposible decir hasta qué punto todas ellas están bien hechas: tienen una altura de nueve pies, y sólo ha sido posible dorarlas utilizando muy grande industria. Y dicen algunos que nadie recuerda que alguien las tuviese así, tan grandes y enteramente doradas y de una sola pieza, y también que todas las mencionadas cosas nos parecerán casi sobrenaturales y que lo son diez veces más de lo que me ha sido posible descubrir, si es cierto que la custodia del Santo

Sacramento, a la que me referiré ahora, excede a todo esto en belleza y hermosura exterior.

Custodia del Santo Sacramento.— Sólo esta sala puede ser llamada verdaderamente el único y precioso tesoro de todo el santuario, único y exclusivo punto y centro de toda la fábrica al cual todos los demás confluyen, y del que toman su fundamento y nacimiento. En tal habitáculo es donde descansa el Rey de Reyes. Su forma es redonda, en forma de templete, y mide quince pies desde la peana hasta el punto superior del pináculo. Es de arquitectura corintia y ha sido diseñada por el mencionado Juan de Herrera, segundo arquitecto de esta fábrica. Su material no es otro que piedras extraordinarias que no hace mucho se han descubierto y encontrado en el suelo de España. Son tan bellas y duras, que, para trabajarlas y pulimentarlas, ha hecho falta usar diferentes ingenios. Un artista milanés llamado Jacomo de Trezzo (que ha descollado en este arte) ha utilizado su grande y extraña inteligencia en la tarea; y también ha hecho falta utilizar polvo de diamante para ponerlo encima. En el interior hay, en la mitad del cielo, un gran y fino topacio de gran valor y estima; en el exterior, sobre el conjunto, una figura de Nuestro Salvador y, todo alrededor, en nichos y sobre las peanas, pueden verse doce figuras de los apóstoles de metal muy ricamente doradas y dispuestas en un orden armónico. En el medio y dentro de esta custodia, hay también otra más pequeña, pero no de menor estima y valor. Su forma es cuadrada. La peana es de bronce dorado y tiene debajo algunas pequeñas y secretas ruedecitas, sobre las cuales es posible atraerla a uno mismo con poco esfuerzo. Esta peana está muy bien elaborada según el arte de la arquitectura, y muy ricamente adornada todo alrededor con pequeños cuadraditos de jaspe fino. Sobre ella se asienta la custodia de plata, que es de orden dórico. Son sus columnas de un jaspe rojo parecido al coral y están muy bien pulimentadas. Detrás de las columnas, hay gruesos pilares cuadrados de plata entremezclada con jaspe, cuyas basas y capiteles son de fino oro esmaltado. El conjunto está muy bien elaborado, pues hay



por el friso algunas particiones con muchas y bellas piedras preciosas, como esmeraldas, rubíes y otras. Lo que hay encima también está muy bien elaborado: un cielo todo él también de plata completamente repleto de bellas piedras. Sobre el conjunto hay un hermosísimo pináculo, todo él de plata y sobre cada columna una pirámide muy ricamente provista de oro y muy curiosamente esmaltada. Y esta custodia tiene, a todo su alrededor, una pedrería de fino cristal de roca, cuyas piezas más pequeñas tienen una superficie de más de un palmo de grande.

Es una pieza inestimable, pues dentro de ella está inserto un gran vaso artificiosa y cuidadosamente hecho con una piedra fina muy extraordinaria. Finalmente, dentro de este estuche, hay otro vaso de oro fino, en el que descansa Jesucristo, nuestro gran soberano, redentor y única consolación. A ambos lados del altar mayor, pueden verse bellísimas puertas también de la misma piedra, que no son menos dignas de estima que lo que hemos descrito, pues están hechas de la misma materia. Por ellas se entra al santuario. Y en la bóveda de esta sala y lugar sagrado, están pintadas visiones celestiales, con varias historias de santos del Antiguo y Nuevo Testamento, que representan figuras místicas de este santo, divino y admirable misterio. La luz que penetra allí, por un fino y clarísimo cristal se muestra tan clara y resplandeciente a los ojos de quienes la ven desde lejos (me refiero a los que miran a esta custodia desde fuera, pues hay que decir que esta luz traspasa y penetra las mencionadas vidrieras de cristal de roca, que hemos dicho hay en esta custodia), que esto parece ser cosa difícil de comprender, pues no es posible concebir lo que sea en verdad. Todos creen que debe tratarse de algunos diamantes, carbunclos y otras piedras preciosas de diferentes colores, que se ponen en esa custodia todos los días que en la iglesia se cambian los adornos del altar, pues los días de fiesta (como se dirá más adelante) se mudan y cambian de color. A este color corresponde también este resplandor que sale de este santuario que, pensándolo detenidamente, es un misterio de poca consideración. Puede verse allí una sola cortina de tafetán, del color correspondiente a los mencionados ornamentos. Dicha cortina

se corre delante de la vidriera de esta ventana que, siendo toda ella de cristalino y las de la pequeña custodia (a las que ya me he referido) todas de cristal de roca por las que penetra la claridad del sol, da una reverberación contra el color de la cortina. De lejos produce una impresión admirable a los ojos de todos y en especial de quienes ignoran el mencionado misterio.

Oratorios en los aposentos del Rey y la Reina.— La zona de la casa que está detrás de este altar corresponde al Rey. Hay allí, a ambos lados, dos bellísimos oratorios: uno de Su Majestad; el otro de la Reina (cuando hay) y actualmente de Sus Altezas. Como explicaré mejor en otro lugar, desde allí, donde oyen misa todos los días, pueden acceder a sus dormitorios. Estos oratorios son dos de las tres puertas que se ven a uno y otro lado debajo de las arcadas, donde también pueden verse las estatuas de las tumbas de los reyes. Y son estos dos oratorios de la misma fábrica, arquitectura y materiales que todo lo demás, a saber, de mármol, jaspe y otras bellas piedras.

La tumba del Emperador y el Rey.— Encima de los mencionados oratorios, hay espacios libres que están entre bellísimas y riquísimas columnas de fino jaspe, con sus arcadas, que forman allí una bella y magnífica estructura, donde las figuras y las estatuas del Emperador, a un lado, en compañía de su mujer, hija y hermanas, y Su Majestad, al otro lado, y la de sus mujeres e hijos, están colocadas en un armonioso orden, fundidas todas ellas en bronce y doradas muy ricamente con los escudos de su descendencia, cuyos blasones o colores son del mismo color que la piedra viva y natural. Son de oro y plata, y los colores están tan bien aplicados según el blasón de las armas, que parecen estar verdaderamente pintados con los colores ordinarios que acostumbran a usar los pintores.

Es esto una de las cosas más ricas y no menos curiosas de las que pueden verse aquí. Y en lo más alto de esta pequeña

máquina, de uno a otro lado, se ven las armas imperiales con su sello y sus armas, y al otro lado las del Rey dispuestas de la misma forma, todas hechas y blasonadas con los mismos colores de la piedra y (como se ha dicho) de oro y plata, sin que se haya aplicado ningún color de los pintores. No sería posible detallar aquí el inestimable dinero que todo esto habrá costado, dado que, por lo que he oído decir a algunos, únicamente por las dos armas imperiales y reales, con el adorno de sus enseñas y armas, se ha pagado más de 40.000 escudos, que es la mínima parte de estas tumbas. Por eso dejaré que quienes contemplan esta obra calculen discretamente el total. Baste aquí que, para esclarecer el asunto, me haya esforzado por describirlo de forma tan minuciosa y en su verdadera forma.

Reliquias y relicarios de los altares de Nuestra Señora y san Jerónimo.— Y para no detenerme aquí (quiero decir para discurrir un poco sobre lo restante), volvamos nuestra atención hacia los detalles que hemos dejado en la iglesia. Empezaremos por los altares colaterales al altar mayor al que acabo de referirme. Descubriremos que allí reposa un grande e inestimable tesoro. Un altar, al lado derecho, está dedicado a la Anunciación de Nuestra Señora; el otro, a la izquierda, al feliz y glorioso padre san Jerónimo, patrón de esta orden, al que se consagra el mencionado tesoro del cielo, que está formado por una infinidad de santas reliquias que se guardan allí con toda la solemnidad que requieren y cuya relación hago aquí con las limitaciones de mi flaca memoria. En primer lugar, las reliquias que descansan en el relicario del altar de Nuestra Señora, todas ellas colocadas allí por orden en bellísimas cajas de oro, plata, cobre dorado, cristal y otras materias parecidas, guarecidas con bellísimas y preciosas piedras preciosas y de otras cosas que sería imposible describir aquí en detalle. Hay en este relicario seis pisos sobrepuestos y, entre cada uno de ellos, seis largas cavidades colocadas unas encima de otras y equidistantes, y una que está situada entre el primero y el segundo piso, donde están insertas las reliquias más pequeñas. Y todo este re-

licario está forrado por dentro con terciopelo violeta, y tiene dos grandes puertas, cuyas llaves guardan los padres más venerables del monasterio.

Todas estas reliquias reposan en dos relicarios de los mencionados, en otros dos altares colaterales de Nuestra Señora y san Jerónimo. Se colocan allí con bastante orden. Además de éstas, había muchísimas otras, que se iban reuniendo en un cuarto pequeño según iban llegando. Cuando había suficientes, se formaban otros dos relicarios, los cuales se hacían encima de los que ya había. Y llegó un benedictino que llevó allí gran provisión, pues había estado fuera de España y con esta finalidad había recorrido todo el mundo durante más de doce años, y en concreto había ido a la búsqueda de la cabeza de san Lorenzo que, por lo que se dice, reposa en una abadía en la comarca de Juliers llamada Mumchglabbach, y no la pudo obtener a causa de algunos obstáculos que se le presentaron, pero trajo en cambio de estos lugares otras piezas bellísimas y muy raras. Con ellas se empezaron a formar enseguida otros dos nuevos relicarios.

Reliquia muy rara de uno de los Santos Inocentes.— Trajo, entre otras reliquias, un niño de la Matanza de los Santos Inocentes, con el cuerpo completo, con su camisita y las cicatrices de las heridas perfectas y visibles en su cuerpo, y todos los pequeños miembros tan perfectos como si acabase de morir, una reliquia muy rara y admirable de ver. Y puede muy bien decirse que si estas dos reliquias se realizan con perfección, serán las dos mejores piezas que podrán verse en todo el mundo.

Bellas pinturas. Cuatro órganos.— Hay por todo el resto de la iglesia pinturas bastante bellas y excelentes cuadros de diestros pintores, sobre todo uno realizado por el mencionado Juan Fernández el Mudo que representa a los doce apóstoles. Estos cuadros son muy bellos y excelentes. Hay además allí cuatro grandes órganos de un tamaño grandísimo y

una estructura muy bella que tienen más de 40 registros diferentes, y son tales que pienso que no hay otros parecidos en todo el mundo, pues cuando los cuatro armonizan sus acordes, y se los toca al unísono (como ocurre bastante a menudo, sobre todo en las fiestas principales), parece como si toda la iglesia se sumiera en la gran armonía que sale de ellos. Hay además otros, y entre ellos uno muy bello y rico, todo él de plata, que sólo se toca el día del Santo Sacramento, cuando se entra en el claustro en procesión; el que tiene cuatro caras, muy ricamente construido y adornado, cuando el Santo Sacramento se para delante de cuatro altares que hay allí en las cuatro esquinas. También pueden verse muchas cruces hermosas, candelabros, lámparas de plata y otros objetos pequeños que sirven para el culto divino de gran valor y estima.

La Sacristía.— Hay allí cerca una estancia muy bella y rica, que es la Sacristía. También se conoce con el nombre de guardarropa, o guardajoyas del cielo, por el gran tesoro y riqueza de adornos de iglesia que alberga. La bóveda de esta estancia está completamente pintada al temple. Está además adornada por bellas pinturas originarias de los Países Bajos, de las cuales Su Majestad tiene gran provisión, y que se cuentan entre las mejores que recuerdo haber visto en mi vida. Las cajas o armarios donde se guardan estos ornamentos son muy bellos y curiosos. Estos ornamentos son los mas hermosos, ricos y numerosos que jamás hayan podido verse reunidos. No hay día de fiesta en que todos los altares, desde el mayor hasta el más pequeño (hay en total unos cuarenta y cinco, como hemos dicho), no cambien su apariencia, añadiendo nuevos ornamentos que presentan diferentes colores según la cualidad del santo del día, a saber: si es de virgen, blanco; si mártir, rojo; si es confesor, violeta; para algunas obsequias, negro y blanco, y así sucesivamente, y los días ordinarios se utiliza el color verde; y de vez en cuando, en Adviento, los adornos de los sacerdotes del oficio del día. Y siempre el altar mayor y los dos colaterales donde descansan las reliquias, y el del santo cuya festividad se cele-

bra, son más ricos que los demás; se los adorna entonces con bordados de perlas, piedras preciosas, oro y plata, y las obras son tan raras y gentiles, que sería imposible deducirlo, y parece cosa increíble que un arte y ciencia de esta naturaleza haya anidado en el entendimiento humano, así como que los divinos y celestiales espíritus se hayan dignado poner la mano en él.

Zona real, o donde la persona del Rey tiene sus aposentos.— Como se ha dicho, el Rey tiene reservada una zona que está detrás del altar mayor. Se compone de una parte superior y otra inferior, ambas perfectamente acondicionadas para ser el habitáculo de un príncipe. Se entra allí por una puerta pequeña del gran patio de la zona real, junto a la puerta por donde se entra a la iglesia, por un pasadizo largo, tortuoso y un poco oscuro. Está allí la primera habitación donde los paseantes se detienen; la segunda es aquella donde se celebran las audiencias ordinarias; la tercera, una bellísima galería en la cual Su Majestad acostumbra a pasearse con sus hijos por la tarde. Hay colgadas allí, a todo alrededor de las paredes, que tienen la altura de un hombre, pequeños planos o descripciones cartográficas de diferentes países; serán unos 70, casi todos los que puede haber en el *Gran Teatro* de Abraham Ortelius. Más arriba hay diversos paisajes de los que se laman *lienços de Flandes*, entre ellos seis bellas piezas de paisajes pintados al natural, concretamente algunas comarcas de entre las más notables del Bosque de Soingne, cerca de Bruselas, tales como Botsfort, donde caza el Rey, Groenendael, Royenclooster, Ter Cameren, Ter Vueren, y algunos otros cuyo nombre ahora no recuerdo.

Cátedras que giran sobre una punta.— Y a ambos extremos hay dos cátedras con respaldo bastante bajas y cómodas, que tienen un pie en forma de pilar, sobre el cual toda esta cátedra se desliza libremente por encima de una punta de hierro que hay a la mitad de este pilar, de tal modo que la



persona que se sienta dentro puede volverse a uno y otro lado con la mayor facilidad del mundo presionando un poco los pies contra el suelo y haciendo muy poco esfuerzo. Es una invención muy agradable y cómoda, y de la cual Su Majestad se ha servido bastantes veces, y allí se sienta casi siempre para contemplar de frente la bella campiña. La cuarta habitación es aquélla donde Su Majestad acostumbra a comer. Hay allí, a todo alrededor, muchas piezas de jardinería puestas en perspectiva con muchas y bellas plantas, hierbas y flores de las Indias, y muchas especies de diversos animales terrestres y aves traídos también de estos lugares. Han sido reunidos allí por un religioso muy erudito de este monasterio, que se inspiró en algunos libros que trataban de esta materia y que fueron enviados de las Indias y ahora están en la biblioteca. Entrando más adelante, se penetra en la misma habitación donde Su Majestad acostumbraba a dormir, que es el lugar donde tiene su cama.

Admiración que suscita esta obra maestra.— Así terminada y perfecta, la fábrica se muestra con un esplendor y excelencia admirables; y es a causa de la muy cumplida perfección que se ve en el conjunto, no sólo en lo que toca a la estructura y fabricación del edificio, sino también en la provisión abundante que hay de todo lo necesario, tanto para la comodidad del servicio divino, como para la del convento. Todas estas cosas son tan perfectas y abundantes, como digo, que me sería imposible describirlas. Pero lo que suscita mayor admiración es que el conjunto apareció y, por mejor decir, nació como en un mismo día y hora. Me refiero a la terminación de la casa y de lo demás para servicio divino y humano, como si el conjunto hubiera sido engendrado y dado a luz por un solo padre y madre; o bien como si en un mismo día e instante algún ángel del cielo lo hubiera plantado todo junto, lo que en verdad se puede decir que fue así, visto el gran cuidado que Su Majestad tomó para la debida terminación de todas las cosas. Porque mientras la fábrica se construía —la cual no se interrumpió nunca, siguiendo siempre su primer proyecto y traza—, Su Majestad iba pro-

veyendo lo necesario, con objeto de que todo se terminara al mismo tiempo, y que luego pudiera él tener la satisfacción de gozar del conjunto en reposo y placer, como efectivamente lo ha hecho ya algunos años y podrá seguir haciéndolo todavía muchos más por la inmensa bondad de Dios. Y es una de las excelencias de esta fábrica, que aquél que la ve y contempla desde fuera, la ve tan entera, bien equipada y proporcionada en todos sus miembros, que allí no se encuentra cosa alguna, por mínima que sea, que hiera el gusto y ofenda a la vista. Se lee o se oye hablar de grandes edificios, tanto antiguos como modernos, y se ven diariamente muy bellas y raras cosas. Pero yo estimo que jamás, desde que el mundo es mundo, se ha visto ni encontrado un conjunto de perfección semejante, y que haya sido concluido en vida de un solo hombre y en tan pocos años .

Suelen otros grandes y soberbios edificios –hay muchos ejemplos– abandonar la carrera a mitad de su recorrido, de tal suerte que, después de muchos dispendios y de consumo de tiempo y dinero, no sirven para nada, y semejan a viejas ruinas de un tiempo pasado, por donde llegan a perder de un golpe, para vergüenza e infamia suya, la primitiva gloria adquirida, la cual, al contrario, se ofrece aquí inmortal, como la maestría de la obra testifica por sí misma y que merecería estar colocada y unida junto a las siete maravillas del mundo llamándose octava.

El contorno de este edificio.– Por lo que toca ahora al exterior, hay que saber que, por el lado poniente y norte, hay una bella explanada, que rodea ambos lados, circundados por murallas bajas, y que tiene por el lado poniente la puerta principal, y por el lado norte otras dos puertas. Una sirve de acceso a la zona real y la otra al colegio. Por el lado levante y mediodía hay, a todo alrededor, unos jardines bellísimos adornados con flores, que son agradabilísimos a la vista y que diariamente riegan doce fuentes dispuestas a su alrededor. Por unas gradas se baja a unos amplios jardines con hierbas y frutas y a un gran vivero desde el cual se riegan todos los días los árboles frutales de estos jardines, pero

que, a pesar de todo, crecen bastante poco, pues el suelo es bastante áspero y pedregoso. Por eso no hay buenas salidas, ni paseos por los campos, como no sea un bosquecillo cercano.

Hay todavía otra casa situada fuera del recinto de esta fábrica, que es una especie de corral, y que aquí llaman la *Compañía*, en la cual permanecen todos los criados con su ganado así como gentes de todos los oficios. Es esta casa bastante grande y amplia y presenta una bella estructura. Ha costado quince mil escudos. Se hizo cuando estábamos de viaje en Tarragona, y desde nuestro regreso se construyó allí un molino de agua de curiosa y rara invención, que no costó menos de ochenta mil escudos, y que sólo funciona tres o cuatro meses al año, a saber, los meses de invierno, cuando el agua baja desde las montañas, aunque siempre lo hace en pequeñas cantidades. El agua primeramente confluye en un gran receptáculo, adonde cae desde un canal con grandísima furia sobre las ruedas de este molino que, por este único medio, llega a moler, pues de otro modo quedaría inmóvil a causa de la escasez de agua.

**Institución, gobierno y policía.**— Hay todavía muchas más cosas a las que podría referirme, pero por ahora dejaré estas minucias para más adelante y volveré directamente a algunas otras observaciones que me vienen a la memoria en relación a las generalidades, gobierno y policía de esta casa.

Los religiosos que hay en este convento, según su institución (si bien ésta no es tan estricta que no pueda infringirse) llegan hasta unos ciento cincuenta; de ellos cien son sacerdotes, diez diáconos y subdiáconos de la primera tonsura, que habitualmente asisten al coro, y los otros son veinte hermanos legos que sirven a la misa y se ocupan del servicio del convento. Hay en el colegio (además de los que hemos mencionado anteriormente) cincuenta colegiales seculares que frecuentan allí las escuelas y viven de la limosna fuera del convento. Estudian gramática durante cuatro años seguidos, al final de los cuales empiezan otros cuatro años para ser ad-



mitidos al colegio durante los ocho años siguientes, durante los cuales estudian terminando sus cursos en letras, y después en teología, y pueden más tarde graduarse en la universidad española que prefieran. La principal obligación de estos religiosos consiste en decir tres misas cantadas todos los días del año. La primera al alba, a la cual asisten los niños del seminario. Esta misa se dice para Su Majestad, como fundador. La segunda es el réquiem y la ofician los religiosos de la disciplina, que habitualmente son veinte o treinta, y está consagrado este sufragio a los cuerpos muertos de los reyes que están enterrados allí. Y la tercera es la gran misa, que es oficiada para todo el mundo que quiera asistir, y que se canta con tanta solemnidad y ricos ornamentos, y ello según las fiestas de los santos, que no creo que haya iglesia en el mundo que en esto la pueda igualar. Algunos pontífices han concedido a esta iglesia grandes indulgencias y jubileos, y en concreto tres con tales privilegios, que se afirma que siempre que se dice misa allí, se libera del purgatorio a un alma en pena.

(Jehan Lhermite, *Los Pasatiempos*, publicado según el manuscrito original, editado por Ch. Ruelens, conservador de la Biblioteca Real de Bélgica, E. Ouverleaux y J. Petit, Amberes, 1890-1895, 2 vols.)

### **Impresiones generales de viajeros ingleses: Lord Roos, James Howell, Robert Bargrave, Lady Anne Fanshawe y James Wadsworth**

*El prestigio del Monasterio del Escorial movió a muchos de los viajeros ingleses que llegaban a Madrid a dedicar unos días a visitar lo que Howell llamó «la octava maravilla del mundo». Dejan constancia de esta visita Lord Roos, James Howell, Richard Wynn, Willian Edgeman, Robert Bargrave, Francis Willughbby, Lady Anne Fanshawe, William Bromley y James Wadsworth.*

He omitido hablar del Escorial deliberadamente; pues quien empieza a hablar del monasterio, no sabe cuándo



va a terminar. Es un edificio tan grande, rico e imperial, que ni siquiera en toda Italia hay nada que merezca compararse con él, y ¿de no existir en Italia dónde podría haberlo?

(Lord William Cecil Roos, *Carta de 1610, Discurso del Conde de Roos, Sus viajes por España*, Londres, 1838.)

Lo que he visto en toda Italia y en otros lugares, no son más que bagatelas en comparación con el Escorial[...] El principal propósito de Felipe II fue convertir a este edificio en una ofrenda a la eternidad y en digno rival de los meteoros y del mismo tiempo. Para visitar todas las dependencias de la casa, hace falta andar diez millas.

(James Howell, *Epistolae Ho-Eliaanae*, Londres, Moseley, 1645.)

En fin, nunca he visto edificio parecido, y creo que habrá pocos en el mundo que puedan comparársele. Fue fundado por Felipe II. Todos los reyes españoles introducen alguna mejora en él, de manera que si España continúa siendo durante mucho tiempo un país tan poderoso, es probable que se convierta en el edificio más glorioso del mundo.

(Robert Bargrave, *Relación de diversos viajes y jornadas*, 1654.)

No quisiera que, al leer este libro, os extrañéis de que no haya descrito con más detalle este edificio sin paralelo en el mundo; pero omito deliberadamente dar detalles, pues están exactamente descritos en un libro escrito por los frailes, que se vende en este sitio, con grabados de todas las partes del lugar y que encontraréis entre los libros de vuestro padre.

(Lady Anne Fanshawe, *Memorias*, Londres, 1905.)

Un edificio increíblemente costoso y glorioso, del que no ha habido paralelo en tiempos pasados, de manera que pue-

de con justicia considerársele una de las mayores maravillas del mundo.

(James Wadsworth, *El Estado presente de España*, Londres, Ambrose Ritherdon, 1630.)

UNA VISIÓN IMPRESIONISTA DEL PALACIO MONASTERIO:  
WILLIAM LITHGOW

*La relación de viaje del escocés William Lithgow (1582-1645) contiene observaciones precisas sobre la geografía y monumentos españoles. Diecinueve años de viajes por todo el mundo, entre ellos uno a España en 1620, en el que destaca el episodio de su detención y tortura por la Inquisición en Málaga acusado de protestantismo, configuran la personalidad polémica del viajero inglés.*

Bajé por la vertiente sur de las montañas y llegué al Escorial, donde el difunto monarca Felipe III tuvo su residencia.

Este edificio se levanta aislado, y está situado sobre la falda de una colina perpendicular al Guadarrama. Forma un cuadrado en la ladera de una montaña y tiene una amplia perspectiva hacia las montañas del sur. El monasterio palaciego del Escorial es un cuadrilátero de cuatro pisos de alto. La parte trasera presenta tres filas de amplias ventanas que rodean todo el cuadrado. En cada esquina puede verse erigida una alta torre cada una de cuyas cimas soporta un globo dorado. En el centro de los patios se erige una iglesia con una ancha cima de plomo, y a cada lado de ellos un campanario. Afuera, en los muros, no hay ninguna entrada, como no sean las dos puertas del undécimo patio de claustro. Las *casas de oficios* están aisladas. Debe ser llamado este edificio monasterio antes que palacio real, pues viven allí ciento cincuenta monjes cartujos de la Orden de san Jerónimo, mientras que los aposentos reales apenas ocupan una esquina privada del edificio. Eran tan privados, que me costaba trabajo creer que el soberano de una monarquía tan poderosa pudiese llevar una vida tan recoleta. Confieso que la casa

real superaba en belleza al Harén del gran Turco en Constantinopla, no ya en divisiones o en distancias de suelo, sino por el hecho de ser una casa incorporada al edificio. Fue construida por Felipe II a nueve leguas de Madrid adonde yo llegué.

(William Lithgow, *Relación total y raras aventuras y dolorosas peregrinaciones de diecinueve años de viajes desde Escocia a los más famosos reinos de Europa, Asia y Africa*, Londres, 1632.)

#### UN NOBLE POLACO EN EL ESCORIAL: JACOBO SOBIESKI

*Jacobo Sobieski, padre de Juan III de Polonia, visita de regreso a su país el Monasterio del Escorial tras su estancia en Madrid. La descripción es sucinta y escasamente pormenorizada.*

El Escorial, a nueve millas de Madrid, es, como se sabe, fundación de Felipe II, Rey de España. Fue construido en acción de gracias a Dios por la célebre victoria obtenida en san Quintín. En el sitio de esta población, la iglesia de san Lorenzo se convirtió en un bastión inexpugnable. En acción de gracias al santo, cuyo templo había sido profanado durante la batalla, edificó otro, un monasterio de tanta magnificencia que, desde la otra parte del Océano, los geógrafos lo pintan y describen en sus mapas como un milagro del mundo.

El edificio tiene forma de parrilla, a imitación de aquélla en la que san Lorenzo sufrió su martirio. No cabe duda que es una obra magnífica, costosa y digna de admiración. Es un edificio grande, con un soberbio monasterio de la Orden de san Jerónimo, una preciosa iglesia y un palacio que sirve de residencia al monarca y a toda su familia cuando van allí. Las divisiones entre la casa real, servidumbre de los monjes, legos y artesanos están muy bien trazadas. El colegio posee un edificio independiente. Hay un seminario junto al claustro, dos bibliotecas y boticas.

El conjunto de este monumento parece constituir por sí mismo una buena ciudad. Los jardines están cercados por

tapias de piedra. No faltan varias fuentes ni tampoco paises. La iglesia es grande por dentro y por fuera y costosísima. Está llena de hermosos mármoles y varias piedras, especialmente en el presbiterio y altar mayor, que es admirable construcción. Allí tienen los Reyes de España sus panteones, donde están los sepulcros de Carlos V y Felipe II, hijo suyo, con lápidas e inscripciones.

La sacristía es hermosísima, rica en oro, plata y piedras preciosas así como en ornamentos. Las galerías están adornadas con admirables pinturas. En el monasterio existe una biblioteca, gran salón pintado por dentro, con libros de varias ciencias y retratos en los lados de las celebridades literarias. En el centro de este salón, se encuentra una gran esfera, hermosa y bien hecha, y dos globos, uno terrestre y otro celeste. Había muchos libros, y el corto tiempo de mi estancia fue insuficiente para examinarlos. Hubiera sido preciso quedarme allí al menos una semana. Existe también una biblioteca privada, que contiene muchos manuscritos con hermosas pinturas dibujadas a pluma. Hay en ella mucho que ver y admirar, sobre todo obras manuscritas miniadas.

(Jacobo Sobieski, *Diario de Viaje por España desde 1607 a 1613*, Posnania, 1833.)

#### UNA GUÍA DE VIAJE SOBRE EL MONASTERIO DEL ESCORIAL: BALTHASAR DE MONCONYS

*Balthasar de Monconys recorrió Europa, Asia Menor y Egipto. Su descripción del Escorial tiene un marcado carácter de guía de viaje con pretensiones enumerativas y exhaustivas. La veracidad descriptiva del texto prevalece sobre la impresión subjetiva o la glosa.*

Siete leguas separan Madrid del Escorial. El Escorial o san Lorenzo –pues el primer nombre es el del pueblo que está abajo a un cuarto de legua de allá– es un Palacio o convento habitado por doscientos religiosos de la orden de san Jerónimo y que se halla situado en la falda de una gran montaña. Desde allí puede verse Madrid. Es un edificio cuadra-



do un poco más largo que ancho. Tiene doscientos ochenta pasos de longitud y casi la misma anchura. Está construido enteramente en piedra extraída de la roca que existe allí mismo. Está tan bien cortada, que semeja a una especie de tosco mármol. El edificio está flanqueado por cuatro grandes torres cubiertas de plomo en las cuatro esquinas. En el centro emerge una gran cúpula, que es la de la iglesia. Pueden verse además cuatro torrecitas, dos delante y otras dos detrás. Hay cuatro hileras de ventanas. Habrá en total unas dos mil dispuestas en cuatro pisos.

La entrada principal del edificio está orientada hacia una montaña rocosa, no hacia el pueblo, imperfección que no pudo evitarse, pues se quiso que el altar de la iglesia mirase a Oriente. Esta entrada tiene cuatro grandes pilares de una altura extraordinaria. Arriba, dentro de un nicho, hay una gran estatua marmórea de san Lorenzo, que sostiene en su mano una parrilla. A ocho pasos de esta entrada, a ambos lados, hay dos grandes puertas adornadas también y con sus respectivas columnas. Este conjunto es tan alto, grande e imponente, que uno, al llegar, no puede dejar de sentirse sorprendido.

Son dignas de admiración las grandes explanadas que hay alrededor del edificio. Todas están pavimentadas y tienen gruesos pilares entrelazados por una gran cadena de hierro. A su alrededor hay cuatro cuerpos de dependencias para el Rey cuando viene a vivir a este lugar.

El patio bajo es cuadrado y está pavimentado con losas. A ambos lados de este patio, hay dos grandes cuerpos de viviendas de cuatro pisos, donde viven parte de los religiosos. Al fondo está la entrada de la Iglesia embellecida por seis grandes estatuas de mármol, que representan a los seis Reyes del Antiguo Testamento. David y Salomón están acompañados por mil pequeños detalles y por una torre a cada lado. Precisamente en este lugar el edificio se divide, pues la iglesia está aproximadamente en el centro. A la izquierda se halla la zona de los alumnos, que son todos religiosos. A la derecha, la de los religiosos. Detrás, el palacio del Rey.

Todo el edificio está compuesto por veintiún patios, todos bien pavimentados con cuatro cuerpos de aposentos de tres

pisos que tienen galerías sostenidas por tres filas de arcadas en medio de una bella fuente de cuatro canales.

La iglesia es muy grande. Ha sido construida siguiendo el modelo de san Pedro de Roma y está sostenida por cuatro filas de columnas. En el centro está la gran cúpula, que es muy bella. Está cubierta con grandes losas cuadradas de color negro y blanco de mármol; a ambos extremos del crucero hay dos bellos órganos adornados con ricas listas de bronce dorado. Pueden verse además cuarenta altares completamente adornados con sus ornamentos y candelabros de plata. El retablo es de una piedra de valor inapreciable. La gran bóveda o la gran capilla que ocupa todo el fondo de la iglesia es de jaspe, desde el suelo hasta la bóveda, que es también de jaspe.

La arquitectura del altar mayor está dividida en doce grandes nichos, todos adornados con dos pilares de bronce dorado. Hay encima de ellos bellísimos bustos de tamaño natural, todos de bronce. Entre estos pilares, que son de jaspe, es posible ver cuadros muy raros. Encima hay un crucifijo grande y bello, entre la Virgen y san Juan, todo él de mármol.

El tabernáculo que está encima del altar forma una especie de cúpula sostenida por dieciocho columnas sobre las cuales hay dieciocho estatuillas de la misma materia. Por encima de la cúpula hay también una especie de torrecilla sobre la cual hay una figura. En la pequeña custodia, que está dentro de la grande, donde reposa el Santísimo, puede verse encima una gran esmeralda del tamaño de un huevo y que tiene un valor incalculable. Esta custodia tiene la altura de un hombre y el grosor de dos brazos. Es de una piedra más rica que el pórfido y está valorada en quinientos mil escudos. Los Padres aseguran que los orfebres tardaron veintiún años en hacerla, y que cien personas trabajaron en ella todos los días puliéndola con puntas de diamante.

A ambos lados de esta bóveda, hay dos capillas encima de las cuales se ve una escultura bronceína que representa a Carlos V hincado de hinojos, vestido con los atuendos de la realeza y con todas sus hijas esculpidas a tamaño natural. Al otro lado está Felipe II en la misma postura y acompañado de todos sus hijos. Lleva también armas de bronce.

Debajo están los gabinetes de jaspe, donde el Rey y la Reina pueden oír misa desde sus aposentos. Las pilas de agua bendita de esta gran tribuna real son dos grandes piedras preciosas, del tamaño de una boca y cubiertas de oro.

Se sube al altar mayor por una veintena de gradas que tienen la longitud de la capilla. Todas ellas son de jaspe. Al pie de estas gradas, hay habitualmente doce grandes candelabros de plata más altos que un hombre. Esta capilla está valorada en cinco millones.

Debajo está el Panteón, que es la gruta en la que se entierra a los Reyes y que tiene la misma extensión que la gran capilla. Todo el panteón es de jaspe y bronce dorado. Presenta forma redonda. Grandes pilares dividen diez o doce nichos grandes en los que hay cinco sepulturas unas encima de otras: el capitel de la piedra es de bronce. Sobre él, a todo alrededor del Panteón, se extiende una platabanda de bronce dorado trabajada con motivos ornamentales vegetales con pequeñas cornisas de dos pies de anchura. Desde estas cornisas comienza la bóveda, toda ella de jaspe mezclada con pequeñas placas de bronce. El altar todavía no está terminado.

La Sacristía es bellísima y de apariencia muy rica. Hay allí armarios, vajilla de plata y lienzos originales de grandes pintores y estandartes para las procesiones. Hay que subrayar que estos estandartes son redondos y están salpicados con toda suerte de perlas y piedras preciosas, o repletas de personajes, con adornos infinitos que se han abastecido de todo el boato y magnificencia de los bordados.

El gran claustro tiene un pavimento de mármol blanco y negro. A su alrededor se ha pintado al temple grandes personajes, la vida de Nuestra Señora y, en las cuatro esquinas, hay cuatro grandes cuadros cerrados en cuyas puertas están pintadas las mismas figuras que hay dentro. Está sostenido por grandes arcadas por el lado del jardín, en donde hay pequeños parterres muy agradables. Los deambulatorios están cubiertos de mármol.

En el centro de este jardincillo, hay una gran cúpula toda ella de jaspe, adonde se llega por cuatro bellas puertas adornadas con sus respectivos pilares. En las cuatro esquinas del exterior, pueden verse cuatro evangelistas de már-

mol de tamaño natural, cada uno con un símbolo o animal que arroja agua por la boca en cuatro grandes depósitos de mármol.

El lugar donde se reúnen los religiosos es una sala de grandes dimensiones dividida en el centro por dos arcadas. En la bóveda hay pequeñas figuras con mil filigranas doradas embellecidas con infinidad de bellos cuadros, todos originales de los mejores maestros. Algunos lienzos están sin terminar y nadie se ha atrevido a completarlos.

Saliendo de esta sala del claustro, se puede subir arriba por una escalinata imponente provista de dos alas. Sus peldaños tienen una longitud de siete pasos y son de una sola pieza. La bóveda de esta subida y sus balaustradas están pintadas al temple con figuras de tamaño natural de diferentes personajes.

No digo nada de los peldaños, de sus dos subidas, de sus cuadros, claustros, dormitorios de mármol blanco y negro.

Desde este claustro, por una gran galería, se entra en el Coro. En la bóveda está pintado el Paraíso. El maestro que lo representó está a un lado, de rodillas. Hay asientos para doscientos religiosos con columnas que los separan. La madera está tan bien pintada, que se la estima más que el marfil y el ébano. A ambos lados de este coro, encima de la sillería, hay dos bellos órganos parecidos a los que ya he descrito. El gran facistol, que está en el centro, es todo él de bronce dorado. Los libros son tan grandes, que un solo hombre no los puede transportar. Son de vitela, están iluminados y han sido encuadernados con marroquín traído de Flandes. Se les ha reservado una habitación especial.

La puerta de la Biblioteca es de una madera preciosa con piezas ensambladas. La Sala se orienta, por un lado, hacia la entrada del Palacio; por el otro, hacia el gran patio, que es el primero que se encuentra nada más entrar. Tiene veinte grandes ventanas, entre las cuales hay cuatro gabinetes abiertos y una puerta. En cada uno de ellos hay ocho hileras de libros encuadernados, dorados del mismo modo y cuya marca es una parrilla dorada.

Esta biblioteca tiene un suelo de mármol blanco y negro. Encima de los mencionados gabinetes se ha pintado al

natural a todos aquéllos que han destacado en las diversas ciencias con una cartela debajo que da razón de sus actividades.

En la bóveda, arriba, se representan a las Siete Artes Liberales, cada una con un jeroglífico y allí se han observado tan bien las reglas de la perspectiva, que parece que, al mirarlos, se desprenden de la bóveda. Cambiando de lugar para verlos desde otro ángulo, producen en el espectador un efecto diferente.

Diez o doce mesas de jaspe engastado unas veces en ébano, otras en marfil están en esta sala junto con grandes instrumentos de matemáticas y una gran Esfera de bronce que representa los movimientos celestes.

Desde esta gran biblioteca llegamos, por otra galería, a otra biblioteca que destaca más que la primera, pero no por su belleza externa, sino a causa de la infinidad de bellos libros antiguos que reposan en sus plúteos. Hay allí catorce o quince mil volúmenes, o libros pequeños, todos manuscritos, en diversas lenguas, encuadrados en terciopelo raso y dispuestos todos del mismo modo en sus estanterías.

En el centro de la sala, contra la pared, hay un bellissimo gabinete de ébano lleno de antigüedades, estatuas, medallas y animales.

Al otro lado, justo enfrente, hay otro, en el cual puede verse un libro manuscrito por san Agustín, otro de Santa Teresa, objetos antiguos traídos de China y un libro de hojas de palma. Olvidaba decir que, encima de una gran mesa de jaspe, están dos grandes fanales de bronce que don Juan de Austria trajo de la Galera Capitana del Gran Turco cuando ganó la memorable batalla de Lepanto.

La Botica está bien surtida y es bella. Hay dos árboles de maderas preciosas para curar el mal francés.

En la zona de los aposentos reales, pude ver cuarenta y cinco patios parecidos a los que ya he descrito, todos con cuatro cuerpos de aposentos en los que es posible ver largas galerías, donde se representan las batallas que libró Carlos V, entre ellas la de Lepanto contra el Turco. Siguen varias bellas salas ricamente revestidas, enriquecidas con

varios cuadros. Los aposentos del Rey y la Reina no tienen tapices porque son muy caros. Hay allí, en cambio, abundantes cuadros.

De la zona de los aposentos reales se pasa a la zona de los alumnos, que está enfrente de los cuartos de los religiosos. Esta parte del edificio ha sido construida del mismo modo que las demás. Allí se imparten todas las ciencias. Las clases son bellísimas. Las salas y galería están adornadas y embellecidas con cuadros espléndidos. El refectorio está lleno también de pinturas muy hermosas.

Desde este soberbio Palacio, por una gran galería, se llega a una zona que semeja a una ciudad pequeña. Allí están los religiosos. Todos están ocupados en sus deberes. Los religiosos tienen muchísimos sirvientes cuyas rentas sobrepasan todos los años los cien mil escudos.

(Balthasar de Monconys, *Viajes por España*, París, Pierre Deaulne, 1695.)

## Alcalá de Henares

*Alcalá de Henares es durante el Renacimiento el paradigma de la ciudad humanista castellana. La población se componía de dos núcleos urbanos construidos en torno a la iglesia colegiata y el palacio arzobispal. Entre 1495, cuando el Cardenal Cisneros comienza la construcción de una ciudad universitaria moderna y funcional, y 1531, fecha en que comenzaron los trabajos del Colegio Mayor de san Ildefonso y siete Colegios Menores, un hospital y viviendas para estudiantes, tiene lugar la ampliación y transformación definitiva de la villa. La ciudad universitaria de Cisneros y la prolongación de las calles con trazados rectilíneos según una planificación racional anuncian en estos años un despertar urbano de la antigua Complutum que la construcción en el siglo XVII de nuevos colegios y conventos no hizo sino confirmar.*

*Los viajeros extranjeros que pasan por Alcalá –lugar de tránsito entre Madrid y Guadalajara– destacan en la*

*ciudad sus tradiciones histórico-culturales (leyenda de los santos Justo y Pastor), urbanismo (calle Mayor), arquitectura civil y religiosa (Colegios Mayores, monasterios, iglesias parroquiales y palacio arzobispal), vestigios arqueológicos, fertilidad del suelo, situación de la ciudad y sobre todo una vida cultural que, vinculada a la Universidad y a los Colegios Mayores, tiene sus mejores exponentes en el legado humanista del Cardenal Cisneros y Antonio de Nebrija.*

EL CAMPO ALCALAÍNO VISTO POR UN NATURALISTA ALEMÁN:  
JERÓNIMO MÜNZER

El día veinticinco de enero emprendimos el camino de Zaragoza, que es de cincuenta y una leguas largas. Al salir por las puertas de Madrid, vimos a dos hombres colgados por los pies y con los genitales atados al cuello, lo cual denotaba que eran reos de sodomía. Cabalgamos por una llanura, y, a las seis leguas, llegamos a Alcalá, ciudad que pertenece a la iglesia de Toledo y que el arzobispo don Alfonso Carrillo dio como residencia a don Fernando y doña Isabel cuando eran pobres todavía. El campo de Alcalá es llano y fértil, especialmente en gualdas, plantas tintóreas.

(Jerónimo Münzer, *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*, 1494-1495.)

SITUACIÓN DE ALCALÁ DE HENARES: ROBERT BARGRAVE

Está situada en la mitad del campo, en una llanura regada en su totalidad por el río Henares. La ciudad es tan rica, ancha, agradable y fértil, que no sólo sobrepasa todo lo que he visto hasta ahora en España, sino que sería apreciada incluso en el mejor de los países.

(Robert Barchrave, *A Description of my Voyage into the Streights began in Anno 1654 and of my Land Journeys accruing thereon*, *Gentlemen's Magazine*, octubre de 1836.)



## NOTICIAS ERUDITAS SOBRE ALCALÁ: GASPAR BARREIROS

*En 1546 el portugués Gaspar Barreiros, nieto del navegante Joao de Barros, fue enviado por el infante don Enrique ante el Papa Pablo III. Barreiros describe el itinerario de su viaje entre Badajoz y Milán en una Chorographia (Coimbra, 1561) que contiene abundantes datos eruditos, noticias geográficas, histórico-anticuarias y toponímicas sobre las ciudades que visitó.*

*A medio camino entre Toledo, cuya situación oro-hidrográfica se describe, y Madrid, que da lugar a una digresión sobre su antigua denominación de Mantua Carpetana, y Guadalajara, Barreiros se detiene en Alcalá de Henares.*

Alcalá de Henares es una villa con buen pan, vino y animales domésticos. Esta cercada por murallas. Pasa junto a ella el río Henares, de donde la ciudad toma su nombre. Fue llamada antiguamente *Complutum*. A este nombre se refieren Plinio y Tolomeo. El emplazamiento actual de Alcalá fue el que antaño tuvo *Complutum*. Quedan aún, junto al río, algunos vestigios antiguos. Nace este río a veinte leguas de la villa, poco más o menos junto a las tierras de Atienza, y confluye con otro río llamado Jarama, a una legua de la venta de los Viveros, que está a tres leguas de Alcalá. Pasa por esta venta este río Jarama que más adelante se mete en el Tajo.

La villa se extiende en el campo en forma oval, y tiene en general mejores casas que las comunes de Madrid, aunque, como antes dije, las casas privadas de los nobles madrileños sean muy suntuosas.

Tiene una calle muy larga con soportales a ambos lados, debajo de los cuales hay toda clase de comercios, riqueza principal de esta ciudad. Dice un conocido proverbio aludiendo a esta calle: «Alcalá de Henares menos pareces de lo que vales, si no hubiese una calle en ti, no valdrías un maravedí».

En tiempos de Alfonso X de Castilla y León, se llamaba a esta villa Alcalá de san Justo, porque este santo, junto con su hermano Pastor, siendo ambos niños que iban a la escuela, sufrieron aquí martirio perseguidos por Daciano y fue-

ron degollados fuera de los muros de *Complutum* el día seis de agosto. A este hecho se refiere el poeta Prudencio en los siguientes versos:

*Sanguinem Iusti Pastor haeret  
Ferculum duplex, geminumque donum  
Ferre Complutum gremio iuuabit,  
Membra durorum.*

Esta villa pertenece al arzobispado de Toledo, porque, en tiempos del rey don Alfonso VI de Castilla y León, hubo un religioso en Francia natural de dicho reino, llamado Bernardo, fraile de la Orden de san Benito, el cual fue traído del monasterio de Arlés, donde Hugo, abad de la mencionada casa, en la cual llevaba santa vida, le pusiera el hábito cluniacense. Queriendo después el rey don Alfonso reformar el monasterio de san Facundo y Primitivo, pidió al mencionado abad cluniacense que le mandase algún religioso para hacer la mencionada reforma. Le fue enviado Bernardo, por ser hombre de vida edificante y santas costumbres. Bernardo reformó el monasterio de tal manera, que era muy amado de todos y tenido en mucha estima. Por ello, cuando el rey don Alfonso tomó Toledo a los árabes, le hizo arzobispo. Fue el primero que en esta villa hubo después de la última destrucción de España, y gracias a él fue hecho arzobispo de Braga el bienaventurado san Gerardo, a quien trajo de Francia e hizo chantre de la sede de Toledo. Durante el asedio de Jerusalén, iniciado por el papa Urbano II, marchó este arzobispo a Roma para participar en esta guerra sirviendo a nuestro señor. Pero, no permitiéndoselo el Papa Urbano, volvió a su arzobispado de Toledo, y reuniendo gente armada fue en persona a cercar Alcalá, que aún estaba ocupada por los árabes, los cuales, no pudiendo resistir el hambre y las otras penalidades del largo asedio, rindieron la villa, que él tomó e incorporó a su jurisdicción, quedando desde entonces la sede en la ciudad de Toledo, de la misma manera que quedó la ciudad de Arronlhes adscrita al monasterio de santa Cruz de Coimbra, por haberla tomado a los árabes don Teotón, prior de la mencionada casa, aunque

el rey don Alfonso Enríquez no le quisiera dar después la jurisdicción secular de la ciudad.

Como ya dije, el emplazamiento antiguo de *Complutum* se hallaba en la otra ribera del río, en lo que hoy llaman *Alcalá la Vieja*, en donde hay vestigios y ruinas de edificios antiguos y es posible encontrar medallas y otros objetos del tiempo de los romanos. Entre ellos está un pozo tallado en la piedra viva.

Fue *Complutum* ciudad episcopal, porque, en el octavo concilio de Toledo que tuvo lugar en tiempos del rey Recesvinto, fue elegido presbítero Asciscus, y en el decimosegundo concilio que se celebró en tiempos del rey Flavio Eringio fue presbítero de esta iglesia Subdemerio.

Fue ennoblecida entonces la villa de Alcalá con una ilustre Universidad. A ella se agregaron después muchos colegios que allí fundó don Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Sede Apostólica. Y también con algunos monasterios e iglesias y con casas magníficas que algunos arzobispos toledanos fueron construyendo así como con algunos colegios a los que luego me referiré.

La iglesia colegiata es conocida con el nombre de los bienaventurados mártires Justo y Pastor. Tiene treinta beneficiados y seis dignidades cuyos beneficios valen ciento cincuenta ducados. Sólo pueden ser proveídos por quienes hayan alcanzado el grado de Doctores. Los beneficiados han de ser, por los menos, maestros en artes y los capellanes bachilleres. La mayor parte de la renta de esta iglesia proviene del mencionado Cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, el cual, como dije, fundó esta Universidad así como el colegio de san Ildefonso con treinta y tres colegiales, doce capellanes y doce familiares, al que dotó con diez mil ducados de renta, que ahora valen catorce mil. Esta renta se recibe en este colegio. Mandó allí edificar una suntuosísima capilla con su hermosa sepultura y la mandó labrar. Dejó también renta para que todos los años se celebrasen en dicha capilla misas por el sufragio de su alma. Mandó que a los sacerdotes que las dijesen se diese por cada misa una limosa de medio real de plata para su manutención y estudios, y que fuesen estudiantes. Fundó en este colegio un edificio, a modo de teatro



muy bien hecho, para hacer actos públicos y para que allí se representasen comedias. Este edificio tiene asientos repartidos en orden para doctores, maestros, licenciados y bachilleres. Dejó asimismo su importante biblioteca, en la cual había infinidad de libros de todo género de ciencias y lenguas. En este colegio se impartieron todas las disciplinas, excepto gramática latina. Fundó otro colegio para teólogos en el que había veinticinco colegiales y ciento quince teólogos y diez médicos, llamado *Madre de Dios*. Fundó el mencionado Cardenal otro colegio de Sumulistas en el que había veinticinco colegiales. Hizo otro colegio de Metafísica, con veinticuatro colegiales bajo la advocación de santa Catalina. Dentro del colegio mayor hizo otro de Frailes Menores, en el que hay diez colegiales de todas las provincias de España de esta orden. Fundó después otro colegio que lleva el nombre de san Jerónimo, llamado trilingüe, de treinta y seis colegiales: doce de hebreo, doce de griego y doce de latín. Fundó el colegio de san Isidoro, en el que hay treinta colegiales gramáticos. Otro de san Bernardo con otros tantos colegiales gramáticos. Otro de san Leonardo del mismo número de colegiales gramáticos. Hizo, además, en esta villa un monasterio de monjas llamado de san Juan de la Penitencia, al cual se incorporó otro de monjas legas, las cuales, si quieren ser hermanas, tienen que pasar al monasterio de san Juan.

Dejó a esta villa doce mil fanegas de trigo para las épocas de penuria. Hizo imprimir a sus expensas toda la Sagrada Escritura en hebreo, caldeo, griego y latín, una de las mejores obras de la imprenta. Restauró en Toledo las capillas de los mozárabes que estaban abandonadas y mandó imprimir los libros y dotó a las capellanías para que no se perdiera aquella memoria.

Esta villa se ennoblece con el cuerpo de Antonio de Nebrija, varón doctísimo, de saberes universales en todas las artes y disciplinas, que tiene su sepultura en la iglesia de san Ildefonso.

Exceptuando los colegios de gramática, todos los demás, con los estudiantes que en la villa están aposentados, van a oír sus lecciones al Colegio Mayor. Unos me dijeron que eran más de mil estudiantes, y otros que había cerca de tres mil.



La ciudad tiene poco más de mil vecinos, y hay en ella tres iglesias parroquiales, cinco monasterios de frailes, en los cuales hay colegios de los que dos son de religiosas. Los aires de la tierra no eran buenos, ni el sitio, pero, después de que cegaran algunas lagunas que había alrededor, se hizo más salubre, aunque en este tiempo es muy caliente, por lo que la mayoría de los estudiantes se van a sus lugares de origen.

Entre Alcalá y Guadalajara median cuatro leguas largas.  
(Gaspar Barreiros, *Chorographia*, Coimbra, 1561.)

#### TRADICIONES COMPLUTENSES: ENRIQUE COCK

*Enrique Cock nació en Gorcum en 1554. Reside en 1581 en Madrid, donde entra al servicio del Duque de Feria. Vive también en Cádiz y Salamanca. Colabora con su amigo Schott en la confección de una bibliografía de escritores españoles. En noviembre de 1584, entra en el cuerpo de Archeros de la guardia de Felipe II como parte de su séquito. En 1585, con motivo de acompañar al rey a Zaragoza para asistir al matrimonio de su hija Catalina con el duque de Saboya y estar presente en las Cortes de Monzón, Cock escribe La Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia. La descripción de la llegada a Alcalá de Henares de la comitiva real, camino de Zaragoza, permite al humanista holandés referirse a las tradiciones e historia complutenses.*

Eran ya casi las cuatro antes de que salieran de la villa, y mandó a todos los caballeros que abandonaran el camino de Alcalá y volviesen a sus casas. Sólo el embajador del Emperador, con quien trata familiarmente, le acompañaba, hasta que también le mandó regresar. De esta manera llegó hasta el pueblo que se llama Cañalejas, el primero en el camino. Su Majestad pasó la primera noche en la villa del Presidente de España, que se llama Barajas y que da también nombre a su condado. La hija del Conde casó esa noche con el hijo del Conde de Osorno, y hubo un sarao de damas hasta bien entrada la media noche en honor de los desposados.



Habiendo oído misa Su Majestad, continuó su camino después de comer y llegó hasta Alcalá, villa situada al norte del río Henares, de donde viene el nombre que tiene hoy en día de Alcalá de Henares. En esta villa hay una Universidad muy afamada que fundó, en tiempos de los Reyes Católicos, Francisco Jiménez de Cisneros, cardenal y arzobispo de Toledo. Florecieron en ella casi todas las ciencias, si bien su mayor honra se la proporcionaron los estudios en teología. Gobierna esta Universidad un rector, que detenta casi la máxima autoridad de toda la villa si exceptuamos la de la justicia secular, que administra Su Majestad. A ésta compete juzgar los delitos. Las rentas y ganancias de la villa pertenecen al primado de España, que tiene aquí un oficial que se ocupa de los pleitos eclesiásticos y cuyo tribunal resuelve los recursos interpuestos por los clérigos que viven en esta ciudad, aunque la apelación se reserva a la autoridad eclesiástica de Toledo.

Es también esta villa muy célebre por poseer las reliquias de los santos Justo y Pastor, hermanos en sangre y martirio, cuyos sagrados cuerpos reposan en la iglesia colegiata. Fueron éstos dos jóvenes estudiantes que Daciano, emperador de los romanos, mandó degollar por haberse negado a ofrendar sacrificios a los ídolos, a lo que se opusieron invocando el nombre de Cristo. Trocaron así lo terreno en celestial consagrandolo la villa de Alcalá con su sangre. En la iglesia colegiata de estos santos mártires no se admite a ningún canónigo que no tenga el grado de licenciado o doctor por la misma Universidad y por ello la mayoría de ellos son del Colegio.

Hay también en esta villa monasterios de casi todas las órdenes y colegios, cuyos religiosos no solamente vienen aquí para aprender teología, sino también animados por el saludable cielo y fertilidad de la buena tierra. En el centro de la villa se abre una plaza muy grande, donde se celebran juegos de cañas, toros y otras fiestas públicas, y en ella hallará todo el mundo todo lo que necesite para comer. Al norte de esta plaza, arranca una calle larguísima en la que viven los demás oficiales. El Palacio del Arzobispo es un edificio muy antiguo situado al oeste de la villa.

Hacia el sur, pasado el río, pueden verse unas ruinas a las que el pueblo llama *Alcalá la Vieja*, y se dice que, en



otros tiempos, estuvo asentada aquí la ciudad. Sobre ellas se alza un alto collado donde está la ermita de la Veracruz, muy frecuentada por los devotos del lugar.

Habiendo llegado Su Majestad a la villa bastante tarde, fue recibido con mucha alegría por el rector, doctores y por sus vecinos. Al día siguiente, rezó una oración en latín el señor Ascanio Colonna, caballero romano, a quien la Universidad había dado este cargo. Sabedor el monarca de ello, mandó que la misma oración se dijese en romance para el príncipe y las infantas, y por esta razón se encaminó Su Majestad con todos los suyos al estudio y oyó al señor Colonna decir la mencionada oración en ambas lenguas. Simultáneamente, un bedel dio, como es su oficio, a Su Majestad un par de guantes y dos reales de plata, que el monarca recibió con buena disposición y solicitud. Cuando las infantas terminaron de rezar a los santos patronos de este lugar, y habiendo visitado el sepulcro del santo fray Diego de la orden de San Francisco, en su iglesia, en cuyo regazo dejaron unos pedazos de pan de rosas, marcharon hacia Guadalajara, ciudad situada sobre el mismo río Henares en la cual fueron recibidos con gran regocijo por los regidores y vecinos y más tarde fueron conducidos al palacio del Duque del Infantado, donde descansaron.

(Enrique Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, Madrid, imprenta de Aribau, 1876.)

#### HUMANISMO COMPLUTENSE: ENRIQUE COCK Y LUCIO MARINEO SÍCULO

*La Jornada de Tarazona de Enrique Cock es un itinerario cronológico que describe el viaje del Rey Felipe II a las Cortes celebradas en esa ciudad en 1592. Cock se muestra en este libro como un testigo ocular bien informado que evita los juicios de valor limitándose a suministrar datos fijos y observaciones exactas sobre lugares que ha visto. La aceptación de leyendas, sobre todo referentes a monasterios (monasterio de san Francisco), peregrinaciones y santos*

*(fray Diego, santos Justo y Pastor) no perjudica la veracidad de la observación.*

Lunes siguiente, a catorce de diciembre, después de haber almorzado, se puso la compañía en orden y prosiguió su camino. Después de recorrer dos leguas, pasó junto a la ciudad de Guadalajara, y haciendo allí otras cuatro leguas sin descansar, llegó después de vísperas a la villa de Alcalá de Henares, así nombrada por el río que pasa por ella y por otras villas que tienen semejante nombre de Alcalá. Los romanos llamaban a esta villa *Complutum*, y era en tiempos antiguos obispado, como se desprende de la división de Constantino, aunque estuvo en otra parte, más allá del río, como se ve por las ruinas que aún existen. Ahora tiene tan sólo una iglesia colegiata dedicada a los santos Justo y Pastor, quienes fueron martirizados en esta ciudad en tiempo de los emperadores romanos. Está bajo la jurisdicción del arzobispo de Toledo, que tiene en ella un buen palacio. Fundó aquí el cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros una bella Universidad de todas facultades y señaladamente de teología, con un famoso colegio dedicado a san Ildefonso con veinticuatro colegiales, que eligen entre ellos al rector de dicha Universidad cada año. Está el cardenal Cisneros enterrado en la iglesia de este su colegio. En el monasterio de san Francisco de esta villa está el cuerpo del santo fray Diego, canonizado hace poco, quien murió en él, y era natural de Andalucía. La comarca produce mucho pan y buenos vinos, y en ella se recolecta mucha uva moscatel, con la que los vecinos hacen buen vino.

(Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela*, publicada por Alfred Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa, Madrid, imprenta y fundición M. Tello, 1879.)

En medio de Madrid y Guadalajara está la muy noble villa de Alcalá, que por otro nombre llaman *Compluto*. Muy abundante de las cosas que son necesarias a la vida humana.



Por donde pienso que fue llamada *Compluto* por el cumplimiento que tiene de cada cosa. Porque sin que le vengan provisiones de otras partes, ella las tiene todas sin faltarle cosa alguna. La cual fue en nuestros tiempos muy ennoblecida por Don Francisco Jiménez Cardenal de España que la adornó con los colegios, y otras grandes obras inmortales que fundó. La cual ha sido también muy ilustrada de los profesores de las disciplinas y artes liberales y de los muy claros ingenios de los estudiantes que en ella mucho florecen y alaban en sus actos y ejercicios que hacen muy excelentes. Por lo cual yo en la conmemoración de este excelente lugar soy breve. Solamente diciendo de ella tres cosas memorables: que son la plaza muy grande, las calles muy largas, anchas y con muchas fuentes...

(Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España, Libro II, De las regiones y pueblos de España*, Alcalá, 1539.)

#### CRÍTICAS A LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE EN LOS VIAJEROS INGLESES: ROBERT BARGRAVE Y WILLIAM BROMLEY

Alcalá es la segunda Universidad de España. Salamanca, la principal. Valladolid, la tercera. En Alcalá hay dieciséis Colegios. En Salamanca, sólo catorce. En Valladolid, si no recuerdo mal, no hay tantos. Pero, por lo que veo y oigo, aunque todas las cualidades se diesen juntas en una sola Universidad, no podría, ni así siquiera, compararse con Oxford o Cambridge. Según el reglamento general de la facultad, cada estudiante tiene que pasar un determinado número de años cursando Gramática, otros tantos cursos estudiando Lógica y otros tantos Filosofía, y así, antes de poder iniciar estudios nuevos; este reglamento es bastante bueno, pero no sirve de gran cosa, porque aquí apenas se preocupan de cómo pasan los estudiantes esos años obligatorios; es más, cada uno hace lo que le viene en gana, ya sea estudiar, ya sea holgazanear. De ahí que tantos individuos ignorantes (pues sólo han vivido, que no estudiado, tantos años en la Universidad) adquieran el rango sacerdotal, cuando, muchos de





Detalle de la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares.

ellos, apenas saben nada de latín, salvo lo que (como el griego ciego) pueden decir en la Misa sin libro. En Alcalá hay muchos jóvenes de familias notables, cuyos indulgentes padres creen que es un castigo tenerlos a cuatro leguas de distancia; y si están a veinte o treinta leguas, creen que es una verdadera peregrinación. De ahí que los españoles tengan ministros de estado tan inexpertos como los eclesiásticos.

(Robert Barche, *A Description of my Voyage into the Streights began in Anno 1654 and of my Land Journeys accruing thereon, Gentlemen's Magazine*, octubre de 1836.)

Fui de Madrid a Alcalá de Henares, llamada en latín *Complutum*. Con este nombre se ha hecho célebre en el mundo de la sabiduría, pues los complutenses descollaron por sus escritos filosóficos.

Es ésta una de las universidades más célebres de España. Ha sido fundada por el gran Cardinal Ximenes (sic), y, excepción hecha de Salamanca, es la más grande. Hay aquí muchos Colegios y conventos. La arquitectura de la ciudad es muy corriente.

El gran Colegio, llamado la Universidad, fue construido por aquel gran guerrero y prelado que fue el Cardenal Ildefonso. En este colegio están las facultades donde se celebran todos los actos públicos y las disputas. Los nombres de los otros colegios son los siguientes: el Colegio *de la Madre de Dios*, el Colegio *de Malca* (sic), el *de las Tri Linguae* (sic), el Colegio *del Rey*, el Colegio *de Nena* (sic), el Colegio *Manrique* (sic), el Colegio *de San Clemente*, el Colegio *de Lugo* (sic), el Colegio *de Aragón*, el Colegio *de Verdes* (sic), el Colegio *de san Ambrosio* y el *de santa Catalina*, el Colegio *de san Denis*, el *de los Rufines*, el Colegio *de san Jorge*, construido por un conde portugués para uso de los irlandeses y generosamente dotado. La intención era alojar en él a unos treinta estudiantes, pero murió el Conde y la obra no se terminó nunca. Sucedió, sin embargo, que el Rey se apropió de la mayor parte de las rentas. En ese momento sólo tenía ocho estudiantes, quienes vivían con escasos medios. Cuando vienen por primera vez al Colegio se obligan, mediante

juramento, a volver a predicar el Evangelio en alguna región del norte, después de siete años (de estudios). (Además están) los Colegios *de san Pedro y san Pablo* y el Colegio *de los Gramáticos*. Oí algunas de sus disputas, que me parecieron un poco raras, pues quien contestaba, después de repetir el silogismo de su contrincante, no hacía la distinción en latín, sino en su lengua materna.

(William Bromley, *Varios años de viajes por Portugal, España, Italia, Alemania, Prusia, Suecia, Dinamarca y las Provincias Unidas*, Londres, 1702.)

## Aranjuez

*En la ribera del Tajo, entre Toledo y Madrid, el Real Sitio de Aranjuez es un oasis en medio del abrupto paisaje de la meseta. Aranjuez entra a formar parte del patrimonio real con la incorporación, en 1489, del maestrazgo de Santiago a la Corona. Carlos I crea en 1534 el Bosque Real. Felipe II inicia la construcción, junto a la antigua casa de los maestros de Santiago, de un Palacio digno de recibir a los embajadores extranjeros. Convertido en residencia real, el jardinero Juan de Olveque diseña el Jardín de La Isla, de calles hermosamente trazadas, macizos de flores y plantas decorativas, naranjos y mirtos. Paralelamente, se incrementa la riqueza forestal con la plantación de chopos y álamos negros. Felipe III embellece los jardines con estatuas, fuentes y estanques con aves acuáticas. La celebración de justas, torneos, representaciones teatrales, corridas de toros, pero sobre todo la riqueza cinegética, convierten a Aranjuez en un atractivo paraje de esparcimiento cuyas bellezas naturales seducen a los viajeros extranjeros de paso por Madrid o invitados por el Rey.*

ARANJUEZ, «LOCUS AMOENUS»: FEDERICO ZUCCARO

*Invitado por Felipe II en junio de 1585, el pintor manierista italiano Federico Zuccaro viaja al Escorial para par-*



*ticipar en los trabajos del Monasterio. De su estancia en España nos ha quedado una larga epístola donde reflexiones sobre el arte de la pintura conviven con una descripción del Escorial y con las impresiones de sus viajes al Real Sitio de Aranjuez y a la ciudad de Toledo. De Aranjuez destaca Zuccaro el privilegiado emplazamiento natural del paraje, sus bellezas naturales así como la perfección del trazado de los jardines.*

Ahora voy a describiros el bellissimo palacio de Campo y jardín de Aranjuez que dista de aquí unas catorce leguas, y de Madrid siete. Está situado en un valle feraz regado por diversos riachuelos, y, especialmente, por dos grandes ríos, uno llamado Jarama, que viene de la parte de Madrid y otro el Tajo, río famosísimo. Estos dos se juntan en el fondo del valle. El Tajo conserva el nombre, mientras que el Jarama lo pierde, y así, engrosado, serpentea plácido por la amenísima campiña y pasa por Toledo y toda Castilla la Nueva y llega hasta Portugal, va a parar a Lisboa y de allí al mar; acaba su curso a más de cien leguas de aquí.

Aranjuez tiene una extensión de entre seis y siete leguas. Se compone de jardines, plantaciones, bosquecillos de árboles frutales altísimos, calles, o, digamos mejor, caminos bellísimos y anchos; hay uno que está entre árboles y que es llamado la *calle de Alpagés*. Tiene doce mil árboles a sus lados, grandísimos y bellos que llegan hasta las estrellas y a cuya savia sólo le falta nutrirse y salir por encima de las nubes. Nunca los vi tan hermosos. En medio de este amenísimo paraje está la Casa Real, de la que hasta ahora sólo se ha construido la cuarta parte, pero que ya es muy bella y cómoda. Hay un jardín secreto dentro del palacio. Es ésta una construcción que, con el tiempo, se convertirá en un nuevo Escorial. Aquí, como allí, trabajan muchos hombres.

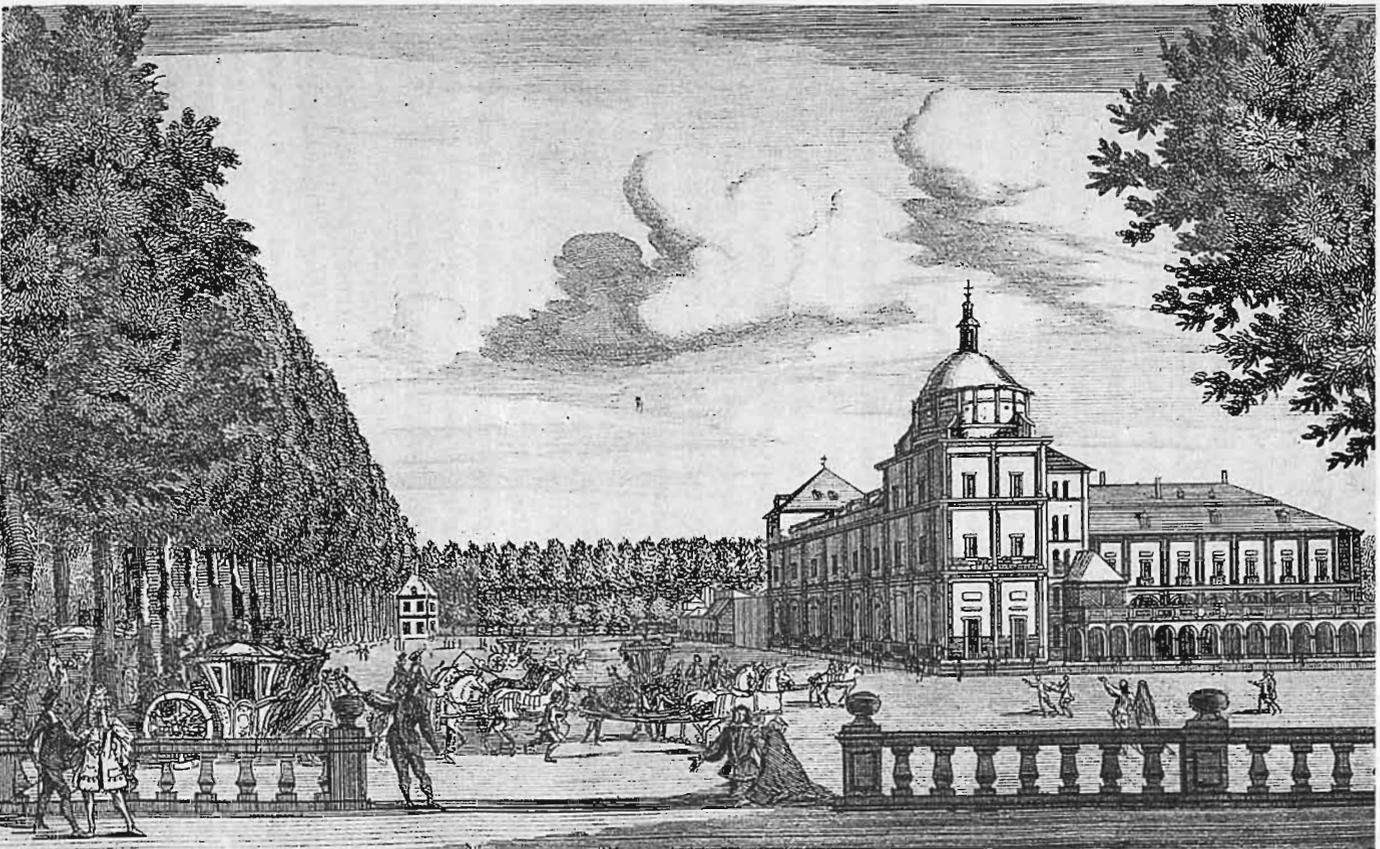
Antes de llegar a este lugar, se pasa por un gran puente de madera sobre el río Jarama. Junto a este puente se descubren cuatro grandes caminos cubiertos completamente de árboles grandísimos que proporcionan vista y frescura admirables y que son excelentes para cabalgar; por uno de ellos se llega al puente levadizo de la Isla, y por otro se pasa,

de igual modo, a la Casa Real; por uno de los lados baña los cimientos de la Casa Real el mencionado río Tajo hacia levante; a poniente un brazo grueso de este río forma la citada Isla, que tiene unas dimensiones de más de dos veces la Isla de San Bartolomé de Roma. Esta Isla es bellísima, y su lugar más atractivo es el jardín, dentro del cual hay diversos compartimentos y jardines de sencillas flores y otras cosas con piezas raras para verter agua, y lugares para gallinas y otros animales extravagantes; tiene también pesquerías. Es, en suma, el paraje más hermoso y delicioso que pueda verse, con fuentes, grutas, secretos y burlas para remojar damas y señores, para que no les falte cosa alguna en este lugar. Hay también aquí dos estatuas de bronce, antiguas y muy buenas.

Desde la Casa Real se pasa a esta Isla atravesando el río por un puente levadizo y por otro al mencionado brazo; y de aquí a otro jardín grandísimo lleno de toda suerte de frutas imaginables. Se llama este jardín *Guerta de la Sgiuntas* (sic), que quiere decir «donde se juntan dos ríos». En el extremo de este jardín hay un cenador, o pabellón bellísimo, y bajando unos pocos escalones es posible coger con ambas manos de una y otra agua. A aquella hora fluía clara, por lo que vimos mejor su mezcla.

De este lugar pasamos a los huertos y jardines llamados *las guertas todas de sottopelas con los planteles* (sic).

Es éste también un paraje grandísimo donde crecen también innumerables árboles frutales y *los planteles*, que son plantas jóvenes, cuyas innumerables especies se trasplantan allí donde sea necesario por falta de alguna planta seca de frutos, u otras y para aumentar siempre la plantación. Entramos después en la calle y *plaza de Sottopelas*, donde hay asimismo árboles y calles anchísimas y desde allí llegamos a la *Casa de Vacas*, donde se ceban las terneras. Es este lugar un establo donde hay vacas para engordar becerras para la mesa particular del Rey; y, contiguos, lugares para cebar gallinas y pavones de la India y toda suerte de pollos, también para la mesa de Su Majestad. También hay en este lugar guanos de seda, que gustan a la Señora Infanta y a la Emperatriz. Y aquí, haciendo una parada, comimos y reposamos



Vista del Palacio de Aranjuez, en *Theatrum Hispaniae*, Amsterdam, s.a.

tranquilamente entre aquellas frescas sombras hasta que se pasó la hora del enojoso día.

Después, reemprendido el camino por aquellas frescas avenidas, llegamos a la plaza de las doce calles y a la calle larga. Esta plaza de las doce calles es cosa notable y bellísima y acaso jamás vista en ninguna parte. Es una plaza redonda, circundada también por árboles, en la que confluyen doce paseos. Desde el centro de la plaza, se ven estos paseos con sus dos o tres hileras de árboles. En este amplio lugar, entre estas larguísimas calles, hay diversas plazas para recreo de la vista. Son cuadradas, redondas, ovaladas o presentan otras formas. Como ocurre en nuestros altos *cantoni* de Roma, cuatro paseos terminan en esas plazas. Pero en la que vi, sorprendentemente, confluían doce calles, esto es, doce paseos, en cuyo centro se alza un árbol muy alto y bello. Con no poca dificultad lo van protegiendo, por ser todavía nuevo, para mantener su fuste enhiesto y dirigido hacia las estrellas. Y no imaginéis que estos doce paseos están acotados por caminos. Son, por el contrario, calles tan anchas como nuestra *via del Populo*; y la más corta de ellas tendrá una distancia semejante a la que separa el arco de Portugal de la puerta del Populo. Creo que, con todo esto, ya podréis imaginar la belleza de esta perspectiva de doce avenidas de esta traza, que, en vez de casas y palacios, se guarecen con anchos pórticos y doble fila de columnas de madera, esto es, con hermosísimos árboles que se ven por aquellas galerías a cuyo alrededor pude ver huertos, jardines y prados bellísimos llenos de frutas delicadísimas, que son tantas y tan abundantes que su producto basta para abastecer este lugar mientras que antes requería mil escudos para sostenerse. Ahora, en cambio, se abastece por sí mismo y además da con sus propios frutos buena y crecida renta para la edificación así como para recreo y alimento del Rey y de toda su Corte. Por lo cual éste es verdaderamente un lugar de esparcimiento y placer, utilidad y contento.

Y desde aquí, acompañados siempre por el mayordomo y gobernador del lugar, tomamos la calle más corta y volvimos al Palacio del Rey, porque el sol ya se había puesto, y terminamos la primera jornada todos a caballo, pues este lugar

no se puede ver de otra manera. Habiendo marchado Su Majestad el día antes a Toledo, ordenó que yo y toda mi compañía fuésemos obsequiados con toda suerte de cortesías.

A la mañana siguiente, siempre montados a caballo, con la misma guía del mencionado Señor, entramos por la *calle de Alpagés*, que dicen tiene doce mil árboles y mide una legua. Esta calle, por su longitud, es vez y media más ancha que todas las demás. Arranca en el Palacio y se dirige hacia levante cubierta por la fresquísima sombra que dan sus propias plantas. En el principio de esta calle vimos la *Guerta de arriva* (sic), que es también jardín y huerto grandísimo con variadas frutas y flores. Después, a gran distancia de ésta, pasamos a la *Guerta de las Moredas* (sic), que es el lugar más bello y hermoso que pueda imaginarse. Aquí vimos muchísimos pavos de todas las clases, y gallos y gallinas, gallináceas del Nuevo Mundo y de la India, todos ellos extravagantísimos y entre los cuales hay algunas dignas de ser destacadas: una de ellas se llama Carcambe y tiene una forma semejante a la cigüeña. Tiene el cuello largo de la grulla y el plumón de la cabeza de color negro, como velludo; las orejas como de perro de caza, partes rojas y partes blancas, el pico de gallina; el cuello, las alas y el pecho pardos; la punta de las alas, parte leonada y parte blanca; la cola, negra; muslos y patas, semejantes a la cigüeña, negros; anda con una gravedad admirable; tiene en la cabeza una cresta de rayos dorados que semejan al cordoncillo retorcido de una diadema. A la otra se le ha puesto el nombre de Pauris; tiene cuerpo y forma semejante a una oca grande de color oscuro, negruzco; tiene en la cabeza una cresta azulada y dentro de ella una piedra parecida a un gran huevo de color ceniciento; el pico, rojo y grueso, como la corneja.

En suma, es éste un paraje delicioso y bello, y el mayor creo que tenga señor alguno en el mundo, aunque los haya bellísimos en Italia y fuera de ella y en cualquier lugar muchos comparables. Éste, sin embargo, es considerado, a causa de su extensión, por todos cuantos lo ven tanto el mayor como el más bello, puesto que sólo en él hay todo lo que pueda haber en todos los demás. Y para colmo de esparci-

miento y deleite, además de fuentes y jardines de flores variopintas, y huertos de frutales, y prados, y bosquecillos, y caza doméstica como ya sabéis, muy cerca hay además bosques salvajes y jabalíes y fieras, de modo que se reúne allí todo cuanto conviene a una casa de campo y jardín para recreo, pasatiempo y ejercicio de grandes príncipes y señores. No es éste lugar que pueda verse completo en dos o cuatro días, sino que hace falta permanecer en él varias semanas e incluso meses, y cambiar de lugar y pasatiempos todos los días.

(Federico Zuccaro, *Relación de un viaje al Escorial, Aranjuez y Toledo*, San Lorenzo El Real, 29 de Mayo de 1586.)

#### ORÍGENES ITALIANOS DEL PALACIO DE ARANJUEZ: CAMILLO BORGHESE

Y fuera de Madrid hay muchos lugares, entre ellos el principal es Aranjuez, cuyo nombre lo describe muy bien, pues esta palabra significa en Italia recreación.

Este lugar tiene un circuito de seis leguas, que son dieciocho millas de las nuestras y cinco de una barrera de árboles. Hay en medio un palacio imperfecto. Pasan por allí, por el centro y alrededor, dos ríos. Uno de los dos es el famoso Tajo, río regio que desemboca en el mar de Lisboa. Con el agua de estos ríos se han hecho muchas fuentes que, además de amenizar el lugar, sirven también para regarlo. Hay allí diversos jardines llenos de flores de todas las clases que se pueda desear y en especial hay infinitos árboles traídos de las Indias. Abundan también en el lugar toda suerte de frutas, y ninguna de las especies es igual a la otra. Hay también anchas y largas avenidas con árboles a ambos lados que las preservan del sol; y esos paseos, que son cincuenta y ocho, están llenos de árboles diversos, y tanta es la abundancia de los frutos que se obtiene de este lugar, que Su Majestad lo arrienda por cincuenta mil escudos al año, aparte de lo que necesita la Casa Real. Fue empezado por Carlos V, que se inspiró en Mamirolo, del duque de Mantua, lugar que le im-



presionó tanto, que se decidió a empezar éste, que después el rey Felipe, su hijo, ha dejado reducido al estado actual. Sus jardines no son sólo los más bellos que puedan verse en España, sino tal vez en todo el mundo. Dista de Madrid, en dirección a Toledo, seis millas, donde hay cazaderos bellísimos.

(Camillo Borghese, *Diario del año 1594 en relación al viaje desde Roma hasta España. En España en los siglos XVI y XVII, documentos históricos y literarios*, publicados y anotados por Alfred Morel-Fatio, París, Madrid, 1878.)

#### CASA REAL, JARDINES Y ORNATO DE ARANJUEZ: BALTHASAR DE MONCONYS

Saliendo de esta ciudad, nos encaminamos hacia Aranjuez, jardín real, a siete leguas de Toledo y a otras siete de Madrid. El lugar está situado en una hermosa llanura de unas cinco leguas rodeada de pequeñas colinas con bosques muy bellos repletos de caza. Abundan sobre todo en el lugar los ciervos, jabalíes, conejos y otros animales. Todavía es posible ver pasar por el bosque a doscientos o trescientos camellos, que sirven aún para el trabajo cuando es necesario. Por cualquier lado por el que se penetre en el jardín, el viajero encuentra grandísimos y largos paseos bordeados de grandes árboles que dificultan la entrada de los rayos del sol.

El jardín está repleto de infinidad de frutos de entre los más bellos que existen en España y de cuya explotación el rey obtiene pingües beneficios.

Para llegar a la Casa Real, hay que atravesar dos o tres puentes de madera pintada bajo los cuales fluyen dos o tres arroyos que convierten a este lugar en un paraje lleno de encanto.

El jardín está rodeado de agua. Dos ríos, Tajo y Jarama, aíslan el lugar y confluyen bajo dos puentecillos de madera pintada. Se entra allí por el lado del agua. A todo alrededor se levanta una muralla. Allí uno puede pasearse y, al mismo

tiempo, disfrutar de los placeres del agua, la pesca y el jardín. Hay en el jardín pequeñas galerías pintadas que avanzan hacia el río en diferentes lugares: en este lugar los paseos, las boyas y los puentes son espléndidos.

En un gran patio cuadrado, cuyo pavimento es de mármol, se levanta la estatua broncea del emperador Carlos V provista de todas sus piezas. Tiene a su pies a la herejía, personificada por cuatro o cinco infieles esculpidos en el mismo metal. Es una fuente de una belleza inusitada de la que brota abundante agua. Cuando el viajero sale de este jardín, descubre un paseo flanqueado por dos hileras de árboles, todos semejantes, y tan altos, que con sus ramas cubren el paseo convirtiéndolo en una especie de cuna, aunque tenga veintidós pasos de anchura y una legua larga de longitud; pero es tan derecho y los árboles están tan bien plantados, que la vista termina por perderse en el horizonte. No cabe la menor duda de que es una de las cosas más notables de este lugar, en el cual también proliferan multitud de pequeños estanques, donde habitualmente nadan los cisnes y, a una legua de la casa, hay un estanque cuya agua es salada como la del mar y del mismo color.

(Balthasar de Monconys, *Los viajes del Señor Monconys a España, París*, 1695.)

# Bibliografía

## Bibliografía sobre los autores de la presente antología

ALCIDE DE BONNECASE, Robert d': *Relation de Madrid, ou remarques sur les moeurs de ses habitants*, Colonia, 1665.

AULNOY, Marie-Catherine d': *Mémoires de la Cour d'Espagne*, París, Barbin, 1690. Entre 1690 y 1693 aparecen seis ediciones. En 1716 se publica la séptima edición. Reeditada en 1876.

AULNOY, Marie-Catherine d': *Relation du Voyage d'Espagne*, París, Barbin, 1691. Hay once ediciones posteriores: la última, París, Plon, 1874. Catorce traducciones al inglés: la primera, 1961; la última, París, Barrois, MDCCLXXIV. Cinco traducciones al alemán: la primera, Leipzig, 1696; la última, 1785. La primera versión castellana: Madrid, M.G. Hernandez, 1891. Además, Madrid, Tipografía Franco Española, 1892; en *La España Moderna* (septiembre, 1897). Última edición española en el año 1986, según la edición de García Mercadal en Akal Bolsillo con prólogo de Lorenzo Díaz. Edición rigurosa es la de Foulché-Delbosc en *Revue Hispanique*, 1926, LXVII, pp. 153-569.

- ANÓNIMO: *Carta de un cortesano de otro tiempo que se halló en la calle para una grande que le escribió le avisase cómo se hallaba la Corte y qué le parecía de ella.* Escribióse esta carta por los años 1586 según conjetura el Secretario Lupercio Leonardo de Argensola.
- ANÓNIMO: *Entrada en público del príncipe Carlos de Inglaterra en la Corte de Madrid. Grandioso recibimiento que le hizo la Católica Majestad del Rey don Felipe III nuestro señor. Acompañamiento de Títulos, Señores y Caballeros que le siguieron, y costoso presente que le envió aquella misma noche la Reina nuestra señora,* Sevilla, Francisco de Lyra, 1623. 2 hs 31,5 cm.
- ANÓNIMO: *Segunda relación de la suntuosa entrada con palio en Madrid del Príncipe de Inglaterra...*, Sevilla, Juan Serrano de Vargas, 1623.
- ANÓNIMO: *Relación de lo sucedido en esta Corte sobre la venida del Príncipe de Inglaterra: desde el 16 de Marzo hasta la Pascua de Resurrección,* Valencia, Miguel Sorolla, 1623, 4 h.
- ANÓNIMO: *Relación de la embajada y solemne recibimiento que se hizo en la villa de Madrid a Pablo de Altarriba, conceller en cap y embajador de la muy insigne, rica y leal ciudad de Barcelona, en la corte del invictísimo rey y señor nuestro D. Felipe IV,* 1622.
- BARBERINO, Francesco: *Journal de voiage fait par Monseigneur l'Ilème cardinal François Barberino, nepveu du pape Urbain 8, el par luy designé en l'an 1625.* Ms. 24917 de la Biblioteca Nacional de París.
- BARGRAVE, Robert: *A Relation of Sundry Voyages and Journeys made by mee Robert Bargrave. Younger Sonn to Dr. Bargrave, Dean of Isaacke, Canterbury.* La parte referente a España lleva el subtítulo de *A Description of my Voyage into the Streights began in Anno 1654 and of my Land Journeys accruing thereon.* *Gentlemen's Magazine*, octubre de 1836.
- BARREIROS, Gaspar: *Chorographia de alguns lugares que stam em hum caminho, que fez Gaspar Barreiros ó anno de M.D.XXXXVI começado na cidade de Badajoz em Castella, te á de Milam em Italia, co algúas outras*

- obras, cujo catalogo vai scripto com os nomes dos dictos lugares, na folha seguinte*, Coimbra, 1561. Hay traducción de J. García Mercadal.
- BASSOMPIERRE, François de, Mariscal de: *Journal de ma vie. Mémoires du marechal de Bassompierre. Première edition conforme au manuscrit original publiée avec fragments inédits pour la Société de l'histoire de France par le marquis de Chanterac*, París, Ve Jules Renouard, 1870-1877.
- BERTAUT, François: *Relation d'un voyage d'Espagne*, París, Claude Barbin, 1664; París, Billaine, 1664.
- BERTAUT, François: *Relation de l'état et Gouvernement d'Espagne*. Es la misma obra que la anterior con distinto título. Cologne, P. Marteau, MDCLXVI; Cologne P. Marteau, MDCLXVII; *Etat de l'Espagne* (la misma obra), París, Billaine, 1669; París, Thierry, 1669.
- BERTAUT, François: *Journal du voyage d'Espagne; contenant une description fort exacte de ses Royaumes, et de ses principales Villes; avec l'Etat du Gouvernement, et plusieurs Traités curieux, touchant les Regences...*, París, Claude Barbin, 1669. Ha sido reimpressa por F. Casab en *Revue Hispanique* (XLVII, 1919. pp. 1-137). Hay traducción de J. García Mercadal de ambas obras, en *Viajes.. II* (citada), pp. 550-687.
- BORGHESE, Camillo: *Diario in relatione del viaggio di Monsigr. Camillo Borghese. 1594. En Relation du voyage de Camillo Borghese auditeur de la chambre apostolique, en L'Espagne au XVI et au XVII siècle*, publiés et annotés par Alfred Morel-Fatio. Heilbronn, 1878.
- BROMLEY, William: *Several Years Travels through Portugal, Spain, Italy, Germany, Prussia, Sweden, Denmark and the United Provinces Performed by a Gentleman*, Londres, A. Roper, 1702.
- BUENAVENTURA DE HARRACH, Fernando de: *Diario de viaje por España*. Ver también *Ferdinand Bonaventure comte d'Harrach: Mémoires de F. B. d'Harrach á la Cour de Madrid par Monsieur de la Torre*. La Haya, Adrien Motjens, 1735.
- BRUNEL, Antoine de: *Voyage d'Espagne, curieux, historique et politique. Fait en l'année 1655*, París, Charles de

- Sercy, 1665. Hay ediciones posteriores en Colonia, Bruselas y La Haya. Se conservan cuatro manuscritos en la BNP. Lo reeditó C. Clavería en *Revue Hispanique*, 1914, pp. 119-375 y recoge fragmentos J. Beckmann en *Literatur der älteren Reisebeschreibungen*, Göttingen, 1809.
- CAREL DE SAINTE-GARDE, Jacques: *Mémoires curieux envoyés de Madrid. Sur les Festes ou Combats de Taureaux*, París, Frederic Leonard, 1670.
- CASSIANO DAL POZZO: *Diario del viaje a España. Manuscrito de la Biblioteca Vaticana*. Ms. Barb. Lat. 5689 (olim LX, 65).
- CECIL, William, Lord Roos: *Lord Roos Entertainment as Ambassador Extraordinary to the King of Spain*, 1617.
- COCK, Enrique: *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592 pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela*, recopilada por Enrique Cock archero de Su Magd., notario y escribano público. Precedida de una introducción, anotada y publicada de real orden por Alfred Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa. Madrid: Imprenta y Fundición de M. Tello, 1879.
- COCK, Enrique: *Ursaria sive Mantua Carpetana Heroice Descrita*, Madrid, 1584. En Eugenio Hernández Vista: *El Madrid de Felipe II visto por el humanista holandés Enrique Cock*, Madrid, I.E.M., 1960.
- COCK, Enrique: *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y Archero de la guardia del cuerpo real y publicada por real orden, Madrid, Imprenta de Aribau, 1876.
- CONTARINI, Tomás: *Relazione dello stato politico ed amministrativo del regno di Spagna, fatta alla signoria di Venezia da Tommaso Contarini, l'anno 1593, nel suo ritorno dell'ambasceria presso la corte catolica*. Según Marsand, en *I manoscritti della regia Biblioteca parigina*, París, 1835.
- CORNUARO, Giovanni: *Relazioni degli Stati europei*, en García Mercadal: *España vista por los extranjeros*, t. III, pág. 109.

- COSME DE MÉDICIS: *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*. Edición y notas por Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti de Sánchez Rivero, Madrid, Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Centro de Estudios Históricos, s.a., 347 págs.
- CUELVIS, Jacob: *Thesoro Chorographico de las Espannas. Catálogos de manuscritos en lengua española del British Museum*. Manuscrito de comienzos del siglo XVII, 672 f.. British Museum, Harl. 3822.
- EDGEMAN, William: *Journal of the Embassy into Spain*, Bodleian Library, Clarendon, M.S. 137.
- EMBAJADOR MARROQUÍ: *Viaje a España de un Embajador enviado por Muley Ismael a Carlos II y observaciones que hace en todo lo que vio. Hecho por los años 1680 a 1682*. Manuscrito. Biblioteca Nacional de Madrid, Gg. 19, en la BNL y en Biblioteca de Rouen. Existen dos traducciones francesas; la más importante: París, E. Leroux, 1884. Traducción española de J. García Mercadal: *Viajes...* (citada), pp. 1217-1277.
- ESSARTS, Señor des: *Journal du voyage d'Espagne*, París, L. Billaine, 1669 y París, D. Thierry, 1669. Traducción española de García Mercadal: *Viajes...* (citada), pp. 689-694.
- HÉRAULD, Jean, sieur de Gourville: *Mémoires de Monsieur de Gourville concernant les affaires auxquels il a été employé par la cour, depuis 1642 jusqu'en 1698*, París, Etienne Ganneau, 1724; Amsterdam y París, Le Clerc, 1782; París, Foucault, 1826; París, Renouard, 1894-1895. Traducción de J. García Mercadal: *Viajes...* (citada), pp. 710-733.
- FANSHAWE, Anne (Harrison), Lady : *The memoirs of Ann, lady Fanshawe wife of the Right Hon. Sir Richard F. Bart 1600-72*, reprinted from the original manuscript in the possession of Mr. Evelyn John Fanshawe of Parloes. Londres, John Lane; Nueva York, John Lane Company, 1907.
- FANSHAWE, Sir Richard: *Original letters and negotiations of His Excellency Sir Richard Fanshawe, the Earl of Sandwich, the Earl of Sunderland, and Sir William Godolphin.... Wherein divers matters of importance*

*between the three crowns of England, Spain and Portugal, from the year 1663 to 1678, are set in a clearer light than any where else extant*, London, A. Roper and R. Basset, W. Turner, 1699.

GENTILHOMBRE del séquito de Antonio Tiépolo: *Relazione curiosissima della corte di Spagna, fatta l'anno 1572, da un cortigiano dal Tiepolo, ambasciatore della repubblica de Venezia appresso S. M. Filippo d'Austria, re di Spagna*. Biblioteca Nacional de París, ms. 10090, documento VI, cuaderno de 15 hojas. En García Mercadal: *Viajes...* (citada).

GRAMONT, Antonio: *Mémoires du marechal de Gramont, duc et pair de France*. Hay ediciones en Toulouse y Aix, s. a. Una traducción italiana en Florencia, nella stamperia de S. A. S. MDCLIX. Posteriores ediciones: París, M. David. 1716; Amsterdam, 1717. La parte española ocupa las pp. 33-38 del tomo LVII de *Collection de Mémoires relatifs à l'histoire de France*, por M. A. Petitot y Momerque, París, Foucault, 1927. Traducción española: J. García Mercadal: *Viajes...* II (citado), pp. 524-543.

GUDANNES, Marquesa de: *Lettres de la Marquise de Gudannes (1693-1695)*, en *Revue Hispanique*, vol. 47.

HÉRAUD, Jean: *Memorias del señor Gourville relativas a la Historia de Francia desde 1642 hasta 1698*, París, E. Ganneau, 1734.

HEYLIN, Peter: *Microcosmos: A Little Description of the Great World*. Oxford printed by John Lichfield and James Short Printer to the famous Universitie, 1621.

HOWEL, James: *Epistolae Ho-Eliaanae. Familiar letters domestic and foreing divided into six sections, partly historically, philosophically, upon emergent occasions*, Londres, Moreley, 1645. Última edición: Londres, 1907.

HYDE, Edward, Earl of Clarendon: *The Life of Edward, Earl of Clarendon, Lord High Chancellor of England and Chancellor of the University of Oxford. Containing: I. An Account of the Chancellor's Life from his Birth to the Restoration in 1660*. Written by Himself... Impreso a partir del manuscrito original dado por sus herederos al difunto Earl de Clarendon, 3 vols, Oxford, 1759.

- JOLY, Barthélemy: *Voyage en Espagne*. Manuscrito de la BNP 24.917; fol 1-65. Publicado por Barrau Dihigo en la *Revue Hispanique*, tomo XX, n. 58, junio de 1909.
- JOUVIN, A.: *Le voyageur d'Europe, où sont les voyages de France, d'Italie et de Malthe, d'Espagne et de Portugal*. El tomo II comprende los viajes de España y Portugal, París, Thierry, 1672.
- LÉONARD, Jean: *Journal du voyage de la Reine, depuis Neuchbourg jusqu'à Madrid*, Bruselas, Jean Léonard, 1690.
- LHERMITE, Jehan: *Le Passetemps ou Mémoires d'un Gentil homme de la Chambre des Rois d'Espagne Philippe II et Philippe III*. Publicado según el manuscrito II, 1028 de la Biblioteca Real de Bruselas. Editado por Ch. Ruelens, E. Ouverleaux y J. Petit. Amberes, 1890-1895, 2 vol. XLIV- 314 pp. Muerto Ruelens después de la aparición del primer tomo, el segundo apareció editado por E. Ouverleaux y J. Petit, conservadores de la Biblioteca Real de Bélgica, Amberes, 1896, V-384 pp.
- LITHGOW, William: *The Totall Discourse of the Rare Adventures and Painefull Peregrinations of long Nineteen Yeares Travayles from Scotland to the most famous Kingdoms in Europe, Asia and Affrica*, Glasgow, 1906.
- LÓPEZ DE HOYOS, Juan: *Real aparato, y sumptuoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su M.) rescibió a la Sereníssima reyna D. Ana de Austria, viniendo a ella nuevamente después de celebradas sus felicísimas bodas. Pónese su Itinerario. Una breve relación del triumpho del Sereniss. don Juan de Austria. El parto de la reyna nuestra señora. Y el solene baptismo del SS. príncipe don Fernando nuestro señor Madrid*. Juan Gracián, 1572, 8 hs. + 262 fols. + 6 hs. (BN: R-2.859). Aparece un extracto en *El Antiguo Madrid* de Ramón Mesonero Romanos, pp. 352 ss.
- MARINEO SÍCULO, Lucio: *De las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, 1539.
- MARTIN, Bernardin: *Voyages faits en divers temps en Espagne, en Portugal, en Allemande, en France, et ailleurs*. Par Monsieur M\*\*\*. Amsterdam, George Galliet, 1699.

- MONCONYS, Balthasar de: *Les voyages de Monsieur Monconys en Espagne: Avec une Relation exacte sur la mort du Sultan Hibrain...*, París, Pierre Delaulne, 1665, 5 vols, in-12.
- MORIGI, Paolo: *Historia brieve del'augustissima Casa d'Austria... con la descrizione della rara al mondo Fabrica dello Scuriale di Spagna...raccolta dal R.P.F. Paolo Morigi milanese dell'Ordine Giesuati di S. Girolomo, Bérgamo, 1593.*
- MÜNZER, Jerónimo: *Itinerario sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam (1494-1495)*. Traducida la parte referente a la península ibérica por Julio Puyol en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, en el título *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*.
- MURET, Jean: *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667 par Muret, attaché à l'ambassade de Georges d'Aubusson, archevêque d'Embrun*. Lo publica Alfred Morel-Fatio; París, Alph. Picard M.D.CCC.LXXIX. Apareció también en *Cabinet Historique XXV*. Traducción de J. García Mercadal en *Viajes... II* (citada), pp. 710-733.
- NAVAGIERO, Andrea: *Il Viaggio fatto in Spagna, et in Francia, dal mangnifico M. Andrea Navagiero, fu oratore dell'illustrissimo senato veneto, alla Cesarea Maesta di Carlo V. Con la descrizione particolare delli luochi, costumi delli popoli di quelle Provincie*, Venecia, Domenico Farri, 1563. Traducción española: *Viaje por España*, Madrid, Ediciones Turner, con presentación de Angel González, 1983.
- PINHEIRO: *Pincigrafía, Revista de España*, t. CIV, página 506.
- PRIULE, Lorenzo: *Relatione delle cose di Spagna del 1577: Summario de la relatione di Spagna del clarissimo Lorenzo Priule, del 1577*. Biblioteca Nacional de París, Manuscrito. 791, St Germain, folio 269 v. 279.
- ROJAS DE VILLANDRANDO, Agustín: *El viaje entretenido*, Madrid, Imprenta Real, 1603.
- ROOS, Lord (William Cecil): *A Discourse of the Earl of Roos His travails in Spain*, Record Office. S.P. 94/17.

- SAVILLE, Henry: *Correspondence. Letters to and from Henry Saville. Including letters from his brothers, marquess of Halifax*, London, Camdem Society, 1858.
- SOBIESKI, J.: *Dwie Podróże Jakóba Sobieskiego ojca króla Jana III. Obdyte po krajach europejskich w latach 1607-13, i. 1638 wydane z rekopismu przez E. Raczyńskiego*, Spolki, 1833. Hay traducción española que ocupa las pp. 233-267 de *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII*. Colección de Javier Liske. Traducidos del original y anotados por F. (élix). R.(ozanski), Madrid, Medina, 1880.
- TESTI, Fulvio: *Lettere*, Bari, M. Luisa Doglio, 1967.
- TIÉPOLO, Antonio: *Relatione del clarissimo messere Antonio Tiepolo, ritornato ambasciatore dal serenissimo re cattolico, l'anno 1567, a 24 di settembre*. Biblioteca Nacional de París, manuscrito. 10.076, pieza IV. Publicado por Gachard en *Relations des ambassadeurs vénitiens sur Charles Quint et Philippe II*. Bruselas, Gante, Leipzig, 1856, p. 135.
- VILLARS, Marqués de: *Memoires de la cour d'Espagne de 1679 a 1681*. Publicadas y anotadas por Alfred Morel-Fatio, París, 1893. Traducción española de J. García Mercadal: *Viajes... II* (citada), pp. 879-918.
- VILLARS, Marquesa de: *Lettres de Mme de Villars à Mme de Coulanges*. Editadas por A. Courtois, París, 1868. Traducción española de J. García Mercadal: *Viajes... II* (citada), 848-879.
- WADSWORTH, James: *The English Spanish Pilgrime. Or, A new discoverie of Spanish Popery, and Iesuitical Stratagems. With the estate of the English Pentioners and Fugitives under the King of Spaines Dominions, and else where at his present...*, Londres, Michael Sparke, 1630.
- WADSWORTH, James: *The Present Estate of Spanye, or A true relation of some remarkable things touching the Court, and Government of Spayne*, Londres, Ambrose Ritherdon, 1650.
- WYNN, Sir Richard: *Account of the Journey of Prince Charles's Servants into Spain in the Year 1623*. From a M.S. given to the Publisher by Dr. Mead, en *Historia Vitae et*

*Regni Ricardi II. Angliae Regis.* Oxford: E. Theatro Sheldoniano, 1724.

WYTS, Lamberto: *Relación del viaje por España de Lamberto Wyts.* Publicada por Gachard en *Notice des manuscrits concernant l'histoire de Belgique qui existent à la Bibliothèque Imperiale*, Viena, Bruselas, Leipzig, Gante, 1894.

ZUCCARO, Federico: *Relación de un viaje al Escorial, Aranjuez y Toledo, 1586.*

### Fuentes no incluidas en la presente antología

ÁLVAREZ DE COLMENAR, Juan: *Delices de l'Espagne et Portugal*, 5 vols., Leyden, 1707.

AMADOR DE LOS RÍOS, José: *Historia de la Villa y Corte de Madrid, por — y Juan de Dios de la Rada y Delgado*, Madrid, 1862. Hay reproducción facsímil: Madrid, Abaco, 1978.

BARRIONUEVO, Jerónimo: *Avisos de Don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*. Edición y nota preliminar de A. Paz y Meliá. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1968.

CABRERA, Juan de: *Crisis política determina el más Florido Imperio y la mejor institución de Príncipes y Ministros*, su autor el Padre Juan de Cabrera de la Compañía de Jesús, quien la dedica al Serenísimo y Agustísimo Príncipe de las Asturias Don Luis Primero Nuestro Señor. Madrid, 1619.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España, desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1687.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Don Felipe II, Rey de España*, Madrid, 1619.

CARDUCHO, Vicente: *Diálogos de la pintura, su defensa, origen esencia, definición, modos y diferencias...*, Madrid, 1633.

CASSIANO DAL POZZO: *Descripción del Escorial (1626)*. Anajo del Archivo Español de Arte. C.S.I.C. Instituto Diego Velázquez, 1972.



- GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Teatro de las Grandezas de la villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España. Al muy poderoso Señor Rey Don Felipe III. Por el Maestro Gil Gonzalez Dávila su cronista*, Madrid, 1623.
- GUNDLACH, Heremias: *Nova Hispaniae Regnorum Descriptio*, en *Jahrbuch der Kunsthistorischen Sammlungen in Wien*, 56, N.F. XX (1960). Franz Unterkircher (pp. 186-189).
- MEDINA, Pedro de: *Libro de las grandezas y Cosas memorables de España...*, Sevilla, 1548, ed. de A. González Palencia, Madrid, 1944.
- NÚÑEZ DE CASTRO, Alonso: *Libro histórico político. Sólo Madrid es Corte, o el cortesano en Madrid. Dividido en cuatro libros. En el primero se discurren las ventajas que Madrid ya en quanto población, ya en quanto Corte, hace a los demás del orbe. Los tres siguientes instruyen al cortesano con dogmas christianamente políticos para adorno del entendimiento, aliño de la voluntad y perfección de la memoria*. Por D. Alonso Nuñez de Castro, cronista de Su Magestad en estos Reynos, Madrid, 1658.
- LEÓN PINELO, A. de: *Anales de Madrid. Reinado de Felipe III. Años 1598 a 1621*. Editado por Martorell Téllez-Girón, Madrid, 1931.
- LIÑÁN Y VERDUGO, A. de: *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, Madrid, 1620.
- MÉNDEZ SILVA, R.: *Diálogo compendioso de la antigüedad y cosas memorables de la noble y Coronada Villa de Madrid, y su recibimiento que en ella se hizo a su Magestad Católica, con la grandeza de su corte a la princesa de Cariñán, charíssima consorte del Sereníssimo príncipe Tomás, con sus genealogías*, Madrid, 1637.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *El antiguo Madrid*, Madrid, 1861. Nueva edición facsímil: Madrid, 1984.
- PELLICER Y TOBAR, José: *Avisos históricos, que comprenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra Monarquía desde el año 1639...* Publicados por Antonio Valladares en el *Semanario Erudito*, tomos XXXI-XXXIII, Madrid, 1790.



- PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal: *Discurso a la Católica y Real Magestad del Rey D. Felipe, Ntro. Señor, en que se suplica que, considerando las muchas calidades y grandezas de la villa de Madrid, se sirva de ver si convendría honrarla y adornarla de murallas y otras cosas que se proponen, con que mereciese ser Corte perpetua y asistencia de su gran Monarquía*, Madrid, 1597.
- PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal: *A la Católica y Real Magestad don Felipe III nuestro Señor. Suplicando a su Magestad, que atento las grandes partes y calidades desta Villa de Madrid, se sirva no desampararla, sino antes perpetuar en ella la asistencia de su casa y gran Monarchía*, Madrid, 1600.
- PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal: *Amparo de pobres*, Ed. de M. Cavillac, Madrid, 1975. Primera edición: *Amparo de pobres*, Madrid, 1598.
- PORREÑO, Baltasar: *Dichos y hechos del rey D. Felipe II*, Madrid, Cuenca, 1621.
- QUINTANA, Jerónimo de la: *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*, Madrid, 1629.
- RUBENS, Pedro Pablo: *Correspondance et documents épistolaires*, Max Rooses, ed., Amberes, 1900. *Letters*. Traducido con material nuevo por Ruth Saunders. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1955.
- SANTOS, Francisco: *Día y noche Madrid*, Madrid, Melchor Alegre, 1666. Hay edición en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira. T. 33. La edición más reciente: Santos, Francisco: *Día y noche de Madrid*. Comunidad Autónoma de Madrid, Colección clásicos madrileños, Madrid, 1992.
- SANTOS, Francisco de los: *Descripción breve del Monasterio de S. Lorenzo del Escorial...*, Madrid, Imprenta Real, 1657.
- SIGÜENZA, José de: *Historia de la Orden de san Jerónimo*. Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vols VIII y XII, Madrid, Ediciones Atlas, 1907-1909.
- TITELMAN, F.: *Elucidatio in omnes Psalmos iuxta veritatem vulgatae*, Amberes, 1540.



## Bibliografía general

- AGULLÓ, Mercedes: *Bibliografía madrileña*, Madrid, *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid*, 1955.
- ALENDIA, J.: *Relación de solemnidades y fiestas públicas en España*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1903.
- ALVAR, Alfredo: *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*, C.S.I.C., Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1985.
- ALVAR, Alfredo: *Estructuras socioeconómicas de Madrid y su entorno en la segunda mitad del siglo XVI*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, Colección Tesis Doctorales, 1988.
- BONET, Antonio: *El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636*. En *Morfología y ciudad*, Barcelona, 1978.
- BOTTINEAU, Yves: *L'Alcazar de Madrid et l'inventaire de 1686*. En *Bulletin Hispanique*, 58, 1956 y 1958.
- BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1983.
- BRAVO, Jesús: *Notas sobre la inmigración: Madrid, 1670. De Galicia a la Parroquia de San Martín*. En *A.I.E.*, XVI, pp. 239-270, Madrid, 1979.
- BROWN, Jonathan; ELLIOT, J. H.: *A Palace for a King: the Buen Retiro and the Court of Philip IV*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1980. Hay versión castellana: *Un palacio para el Rey: el Buen Retiro y la Corte de Felipe IV*. *Revista de Occidente*-Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- CABELLO Y LAPIEDRA, Luis María: *La Universidad de Alcalá de Henares*. En *Arte Español, Revista de la Sociedad de amigos del Arte*, agosto de 1913, núm. 7, pp. 321-329.
- CALLAHAM, William J.: *Pobreza y caridad en Madrid*. En *Historia 16*, núm. 13, 1977, pp. 49-52.
- CÁMARA, Alicia: *El orbe del Rey y el laberinto de Dios: Madrid, urbe manierista y barroca*. En *A.I.E.M.*, XIX, 1982.
- CARBAJO, María: *La inmigración a Madrid, 1600-1850*, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, número 32, 1985, pp. 67-100.

- CHECA, Fernando: *El monasterio del Escorial y los Palacios de Felipe II. Fragmentos, Revista de Arte*, números 4-5, Madrid, Ministerio de Cultura, 1985.
- CHECA, Fernando; MORÁN, Miguel: *Las Casas del Rey: Casas de campo, cazaderos y jardines*, Madrid, El Viso, 1986.
- CHUECA, Fernando: *Madrid, ciudad con vocación de capital*, La Coruña, 1974.
- CORRAL, José del: *Las composiciones de aposento y las casas a la malicia*, Madrid, 1982.
- CORRAL, José del: *La Plaza Mayor de Madrid*, Madrid, Méndez Molina Editores, 1982.
- COSSÍO, F. De: *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.
- DEFOURNEAUX, Marcellin: *La vie quotidienne en Espagne au siècle d'Or*, París, Hachette, 1964.
- DELEITO Y PIÑUELA, José: *Sólo Madrid es Corte. La capital de los mundos bajo Felipe IV*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- DELEITO Y PIÑUELA, José: *El rey se divierte*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- DELEITO Y PIÑUELA, José: *...también se divierte el pueblo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- DÍAZ, Lorenzo: *Madrid: tabernas, botillerías y cafés (1476-1991)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- DÍEZ BORQUE, José María: *La Sociedad Española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid, SGEL, 1975.
- DÍEZ BORQUE, José María: *Sociedad y teatro en la España de Lope de Vega*, Barcelona, Antonio Bosch, 1978.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *La sociedad española del siglo XVII. Vol. I.*, Madrid, C.S.I.C., 1963.
- ELLIOT, J.H.: *The Count-Duke of Olivares, The Statesman in an Age of Decline*, Yale University Press Haven, 1986. Versión castellana: Madrid, Editorial Crítica, 1991.
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de: *El Madrid de Lope de Vega*, Madrid, I.E.M., 1952.
- EXPOSICIÓN. *Exposición del Antiguo Madrid, Catálogo General Ilustrado*, Madrid, 1926.



- EXPOSICIÓN. *Viajeros impenitentes. Madrid visto por los viajeros extranjeros en los siglos XVII, XVIII y XIX*, Madrid, 7 salón internacional del libro, Liber'89, 27 de junio- 2 de julio de 1989, Comunidad de Madrid, Consejería de Cultura.
- FARINELLI, Arturo, *Viajes por España y Portugal*, Madrid, 1920.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ, Manuel: *Madrid en el siglo XVI*, Madrid, 1960.
- FOULCHÉ-DELBOSC, R.: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, París, Welter, 1896.
- FRADEJAS, José: *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, I.E.M., 1959.
- GACHARD: *Relations des ambassadeurs vénitiens sur Charles Quint et Phillippe II*, Bruselas, Gante, Leipzig, 1856.
- GÁLLEGO, Julián: *L'urbanisme de Madrid au XVII siècle*. En *l'Urbanisme de Paris et de l'Europe, 1600-1680*. Ed. Pierre Francastel, París, 1969.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La Leyenda Negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Universidad, 1992.
- GARCÍA MERCADAL, José: *España vista por los extranjeros*, 2 vols., Madrid, 1919.
- GARCÍA MERCADAL, José: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 3 vols., Madrid, 1952-1962.
- GÉRARD, Véronique: *L'alcazar de Madrid et son quartiers au XVI siècle*, en *Coloquio de las Artes*, diciembre de 1978.
- GONZÁLEZ, Tomás: *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI. Con varios apéndices para completar la del resto de la Península en el mismo siglo y formar juicio comparativo con la del anterior y siguiente, según resulta de los libros y registros que se custodian en el Real Archivo de Simanca*, Madrid, 1829. Reeditado por el Instituto Nacional de Estadística.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín: *Isabel de Valois. Reina de España (1546-1568)*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, Gráficas Ultra, 1949.

- HERRERO, Miguel: *Madrid en el Teatro*, Madrid, I.E.M. y C.S.I.C., 1964.
- HUME, Martín: *Españoles e ingleses en el siglo XVI*, Londres, Madrid, 1903.
- KAGAN, Richard L.: *Ciudades del Siglo de Oro: Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*, Madrid, El Viso, 1986.
- KUBLER, George.: *La obra de El Escorial*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- LE FLEM, Jean-Paul: *Las Cuentas de la Mesta*, en *Moneda y crédito*, 1972, núm. 121.
- LUJÁN, Néstor: *Madrid de los últimos Austrias*, Barcelona, Planeta, 1992.
- LYNCH: *España bajo los Austrias*, Barcelona, Península, 1972.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 16 vols., Madrid, 1846-1850.
- MADRID. *Madrid. Testimonios de su historia*, Madrid, Museo Municipal, 1979.
- MARTÍN, Juan José: *El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*, en *Archivo Español de Arte*, 1962.
- MARTÍN, Juan José: *El Palacio de Aranjuez en el siglo XVI*, en *Archivo Español de Arte*, 1962.
- MARTÍNEZ-KLEISER, L.: *Guía de Madrid para 1656*, Madrid, Imp. Municipal, 1926.
- MAURA, Duque de; GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín: *Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa d'Aulnoy*, Madrid, s.a., 374 pp.
- MILLARES, Agustín: *Contribuciones documentales a la historia de Madrid*, Madrid, 1971.
- MOLINA, Miguel: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1960.
- MOLINIE-BERTRAND, Annie: *Au Siècle d'Or, l'Espagne et ses hommes. La population du royaume de Castille au XVI siècle*, París, 1985.
- OLIVA, José Luis: *Bibliografía de Madrid y su provincia*, Madrid, I.E.A., Biblioteca de Estudios madrileños, 1967.
- PÉREZ PASTOR, Cristóbal: *Bibliografía madrileña*, 3 vols., Madrid, 1907.

- PEYREGNE, Françoise: *Les voyageurs français en Espagne, de 1630 a 1660*, París, Bibliothèque de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1956.
- PFANDL, Ludwig: *Spanische Kultur und Sitte des 16 und 17 Jahrhunderts. Eine Einführung in die Blütezeit der spanischen Literatur und Kunst*, München, Josef Kössel, 1924.
- RINGROSE, David: *Madrid y Castilla, 1560-1850. Una capital nacional en una economía regional*, en *Moneda y Crédito*, núm III (1969), pp. 65-122.
- RINGROSE, David: *Variaciones en la población de Madrid en relación con algunos aspectos de su mercado urbano (siglos XVI a XIX)*, en *Revista de Hacienda Pública Española*, núm 38 (1976), pp. 179-199.
- RINGROSE, David: *Inmigración, estructuras demográficas y tendencias económicas en Madrid a comienzos de la Época Moderna*, en *Moneda y Crédito*, núm 138, 1976, pp. 9-55.
- RINGROSE, David: *Madrid and the Spanish Economy, 1560-1850*, Berkeley, California, 1983. Traducción española: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1985.
- RIOYO, Javier: *Madrid: casas de lenocinio, holganza y malvivir*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- RODRÍGUEZ, Antonio: *La Corte y la Monarquía de España en los años 1636 y 1637*, Madrid, 1836.
- SÁEZ PIÑUELA, María José: *La moda en la corte de Felipe II*, Madrid, I.E.M., 1962.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *Por qué es Madrid capital de España*, Madrid, Aguilar, 1961.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *Breve historia de Madrid*, Madrid, Austral, 1970.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *Motivos que determinaron la exaltación de Madrid a la capitalidad de España*, Madrid, 1932.
- SÁNCHEZ, María Cristina: *Impresos de los siglos XVI y XVII de temática madrileña*, Madrid, C.S.I.C., 1981.
- SHAW, Patricia: *El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época*, A.I.E.M., I, Madrid, C.S.I.C., 1966, pp. 137-145.

- SHAW, Patricia: *Un turista inglés en España a principios del siglo XVII*, en *Homenajes al profesor Alarcos*, t. II. Universidad de Valladolid, 1966.
- SIMÓN, José: *Fuentes para la historia de Madrid y su provincia*, Madrid, Patronato José María Cuadrado del C.S.I.C., I.E.M., 1964.
- SIMÓN, José: *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, Madrid, I.E.M., 1982.
- STOYE, J.W.: *English Travellers Abroad, 1604-1667*, Londres, 1952.
- THOMAS, Hugh: *Madrid a travellers' companion, selected and introduced by Hugh Thomas*, Constable, Londres, 1988. Traducción española: *Madrid: una antología para el viajero*. Selección e introducción de Hugh Thomas, Barcelona, Grijalbo, 1988.
- TORMO, Elías: *Las iglesias del antiguo Madrid. Notas de Estudio*, Madrid, 1927.
- TOVAR, Virginia: *Arquitectura madrileña del siglo XVII*, Madrid, I.E.M., 1983.
- VINCENT, Bernard: *España vista por los viajeros franceses*, en *Historia 16*, mayo de 1992, núm. 193, págs 103-107.
- ZARCO, Julián: *Los pintores italianos en san Lorenzo del Escorial (1575-1613)*, Madrid, 1932.



# Índice de ilustraciones

Anthony van der Wyngaerde, <i>Vista general de Madrid (1563-1570)</i> , Biblioteca Nacional de Viena, Cód. Min. 41 .....	2
Vista de la entrada del Alcázar, en <i>Theatrum Hispaniae</i> , Amsterdam, s. a. ....	28
Títeres delante del Alcázar, ilustración del manuscrito original de <i>Los Pasatiempos</i> , de Jean Lhermite .....	31
Dama del siglo XVI .....	54
Escudo de la villa de Madrid, en Juan López de Hoyos, <i>Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid rescebió a la Sereníssima reyna D. Ana de Austria</i> , Madrid, Juan Gracián, 1572 .....	96
Abraham Bruyn, <i>Retrato de Felipe II con alegoría</i> .....	130
Felipe II recibe en el Alcázar a los embajadores japoneses ..	139
Juan Bautista del Mazo, <i>Retrato de doña Margarita de Austria</i> , Madrid, Museo del Prado .....	151
Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid, anónimo .....	165
Nuestra Señora de la Almudena .....	175
San Isidro, santo de la Contrarreforma .....	180
Vista del Pardo, ilustración del manuscrito original de <i>Los Pasatiempos</i> , de Jean Lhermite .....	193
Félix Castello: <i>La Casa de Campo</i> (detalle) .....	197
Vista de la entrada y fachada principal del Escorial, en <i>Beschryving van Spanjen en Portugal</i> , Leyden, 1707 ...	205

Diseño de las tumbas del Emperador Carlos V y Felipe II en la basílica del Monasterio del Escorial, ilustración del manuscrito original de <i>Los Pasatiempos</i> , de Jehan Lhermite .....	226
Detalle de la fachada de la Universidad de Alcalá de He- nares .....	271
Vista del Palacio de Aranjuez, en <i>Theatrum Hispaniae</i> , Amsterdam, s.a. ....	276



# Índice

<b>Introducción</b> .....	<b>IX</b>
<b>Descripciones e impresiones generales</b> .....	<b>1</b>
Descripción general: Jerónimo Münzer .....	1
Lugares comunes madrileños: Marineo Sículo .....	1
Noticias eruditas sobre la villa de Madrid: Gaspar de Barreiros .....	3
<b>Madrid, ciudad insalubre</b> .....	<b>5</b>
Enrique Cock .....	6
Camillo Borghese .....	6
Lamberto Wyts .....	7
D'Alcide de Bonnacase .....	7
Antonio de Brunel .....	8
François Bertaut .....	8
A. Jouvin .....	9
Pierre Villars .....	9
<b>Diego Cuelbis y los tópicos madrileños: aire sano, cielo sereno, situación privilegiada y exceso de población</b> ..	<b>10</b>
<b>Una visión sesgada sobre la villa de Madrid: D'Alcide de Bonnacase</b> .....	<b>11</b>
El suelo .....	11
Las aguas y el vino .....	11
El Puente de Segovia .....	11

Lubricidad de las mujeres .....	12
La arquitectura .....	12
Loa al río Manzanares del «caballero del milagro»: el viaje ficticio de Rojas de Villandrando .....	12
Generalidades sobre el Madrid de Felipe III según un noble polaco: Jacobo Sobieski .....	14
Impresiones generales de viajeros franceses .....	16
Antonio de Brunel .....	16
Balthasar de Monconys .....	17
A. Jouvin .....	18
Pierre de Villars .....	19
Un embajador marroquí visita la Corte de Madrid .....	20
<b>El paisaje urbano .....</b>	<b>23</b>
Crecimiento urbano de Madrid .....	23
Lord Roos .....	23
Antonio de Brunel .....	24
El hospedaje en Madrid .....	24
Robert Bargrave .....	25
Henri Saville .....	25
Las casas de malicia .....	25
Camillo Borghese .....	26
Richard Wynn .....	26
El Alcázar, edificio emblemático del poder .....	27
Elogio del Alcázar y de la monarquía hispana: Enrique Cock .....	29
El Alcázar visto por un nuncio en visita a Felipe II: Camillo Borghese .....	30
El Alcázar según los viajeros franceses .....	30
A. Jouvin .....	30
Antonio de Brunel .....	33
Balthasar de Monconys .....	34
Pierre de Villars .....	34
La Prisión de Corte .....	35
Antonio de Brunel .....	35
Mme d' Aulnoy .....	36
Paisaje urbano madrileño en Diego Cuelbis .....	36
El Palacio Real .....	36
Caballeriza Real .....	37
Palacio de la Emperatriz .....	38
Iglesia de Santa María .....	38
Iglesia de Constantinopla .....	38

Monasterio de san Jerónimo .....	39
El Prado de san Jerónimo .....	39
El puente de Segovia .....	39
La Casa de Campo .....	39
Calles de Madrid .....	40
<b>Mansiones nobiliarias madrileñas del siglo XVII descri- tas por un coleccionista italiano: Cassiano dal Pozzo .</b>	<b>40</b>
Casa de los Duques de Pastrana .....	41
Casa de los Duques de Frías .....	41
Casa de los Duques del Infantado .....	41
Casa de los Marqueses de Hinojosa .....	42
Casa de los Duques de Peñaranda .....	42
Casa de los Duques de Albuquerque .....	43
<b>La Plaza Mayor: Antonio de Brunel y François Bertaut .</b>	<b>43</b>
<b>El Retiro .....</b>	<b>44</b>
Una descripción general: Fulvio Testi .....	45
El interior del Retiro: Robert Bargrave .....	45
El arte de la pintura en el palacio del Retiro: Jean Muret .....	47
El exterior del Retiro, jardín de recreo de la familia real: A. Jouvin y Robert Bargrave .....	47
Visiones críticas: Corner y Antonio de Brunel .....	49
<b>Usos, costumbres y carácter de los madrileños .....</b>	<b>53</b>
La moda madrileña: Camillo Borghese .....	53
Carácter de los madrileños: Antonio de Brunel .....	55
Costumbres sexuales .....	56
D'Alcide de Bonnacase .....	56
Antonio de Brunel .....	57
Mme d'Aulnoy .....	57
Gastronomía: Mme d'Aulnoy .....	58
La vida ociosa y libertina madrileña: Antonio Gramont .	59
<b>Esparcimientos y diversiones públicas .....</b>	<b>61</b>
Juegos de cañas en la Plaza Mayor: Edward Hyde .....	61
Mascaradas cortesanas en el Madrid barroco: Mme d'Aulnoy y William Edgeman .....	62
Las mujeres en la romería de Santiago el Verde: Antonio de Brunel .....	64
Los paseos, forma natural de esparcimiento .....	66
Jean Hérault .....	67
Antonio de Brunel .....	68
François Bertaut .....	68

Corridas de toros .....	69
La Plaza Mayor como escenario taurino .....	69
Francesco Barberino .....	70
Antonio de Brunel .....	72
Jacques Carel de Sainte-Garde .....	76
Antonio de Brunel .....	83
Bernardin Martin .....	86
A. Jouvin .....	93
Cronología de las fiestas de toros madrileñas: Jean Léonard .....	94
Entradas solemnes de viajeros en Madrid .....	95
Entrada en Madrid de Ana de Austria narrada por un cronista oficial: López de Hoyos .....	95
Entrada en Madrid del príncipe de Gales .....	107
Entrada de un embajador catalán en la villa de Madrid .....	116
<b>La imagen del rey y su entorno cortesano .....</b>	<b>121</b>
Los Reyes Católicos .....	122
Los Reyes Católicos en Madrid (recepción a un viajero alemán): Jerónimo Münzer .....	122
Felipe II .....	126
Una visión desenfadada de la Corte del Rey Católico: un viajero anónimo .....	126
Negociaciones de un diplomático italiano en la Corte de Felipe II: Camillo Borghese .....	128
Semblanzas del Rey Católico según los embajadores venecianos .....	129
Tomás Contarini .....	129
Antonio Tiépolo .....	134
Un gentilhombre de Antonio Tiépolo .....	137
Lorenzo Priule .....	138
Felipe III .....	141
Un noble polaco en la Corte de Felipe III: Jacobo Sobieski .....	141
Retrato de la Reina: Antonio de Brunel .....	144
La persistente comparación entre las cortes francesa y española: Bartolomé Joly .....	145
Intrigas cortesanas en la sucesión de Felipe III: Francisco de Bassompierre .....	146
Felipe IV .....	150
Dignidad real y etiqueta cortesana: Antonio de Brunel y François Bertaut .....	150

La moda en la Corte española: Antonio de Brunel . . . .	152
Afeites de la infanta . . . . .	152
Modo de vestir de la cortesanas . . . . .	152
El gobierno y la administración monárquicas: Robert Bargrave . . . . .	153
Código de honor en la Corte madrileña: Antonio de Brunel . . . . .	153
Recepción de una aristócrata francesa en el Palacio del Buen Retiro: la Marquesa de Villars y la etiqueta cortesana . . . . .	155
Carlos II . . . . .	157
Una espía de Luis XIV en la Corte de Madrid: la Marquesa de Gudannes . . . . .	157
<b>Las instituciones . . . . .</b>	<b>163</b>
Orden público y represión social en Madrid: Enrique Cock . . . . .	163
La Inquisición . . . . .	164
Un auto de fe en la Plaza Mayor: Mme d'Aulnoy . . . . .	164
Naturaleza y competencias de la Inquisición: Mme d'Aulnoy . . . . .	167
Proceso inquisitorial a los judíos: Embajador marroquí . . . . .	168
Los tribunales y la administración de justicia en Madrid. . . . .	169
Trámites burocráticos: Mme d'Aulnoy . . . . .	169
Corrupción de los tribunales: Mme d'Aulnoy . . . . .	170
La administración de justicia en Madrid: Camillo Borghese . . . . .	170
<b>Vida religiosa . . . . .</b>	<b>173</b>
Iglesias y conventos de Madrid: Enrique Cock . . . . .	173
La práctica religiosa en las iglesias madrileñas: Mme d'Aulnoy . . . . .	174
Religiosidad social: frivolidad, hipocresía y ritualismo . . . . .	178
Ritualismo superficial: Giovanni Cornaro . . . . .	178
Doble moral: François Bertaut . . . . .	179
Relajación del ritual religioso: Jean Muret . . . . .	179
Anticlericalismo de las mujeres: Pinheiro . . . . .	181
Hipocresía: un viajero anónimo . . . . .	181
La vida en los conventos madrileños: Mme d'Aulnoy . . . . .	181
El Corpus Christi . . . . .	182
Ornato procesional: Mme d'Aulnoy . . . . .	182
La comitiva procesional y los pasos: Antonio de Brunel. . . . .	183

La Semana Santa .....	183
Pompa de las procesiones de Semana Santa: Jean Muret .....	184
El templo, lugar de galanteo y encuentro entre amantes: Mme d'Aulnoy .....	187
El paso de los disciplinantes: Mme d'Aulnoy .....	187
<b>Las inmediaciones</b> .....	191
El paisaje desolado de las inmediaciones madrileñas: Mme d'Aulnoy y François Bertaut .....	191
Viajeros humanistas en las inmediaciones de Madrid: Andrea Navagiero, Enrique Cock y Marineo Sículo ..	192
La Casa de Campo de recreo de Felipe II en las inmediaciones de Madrid: Camillo Borghese .....	196
La heredad de La Florida y el gusto artístico de la nobleza: Lorenzo Megalotti, Fernando Buenaventura de Harrach y Mme d'Aulnoy .....	196
El Campo del Moro: Antonio de Brunel y François Bertaut .....	201
<b>Los alrededores</b> .....	203
El Escorial .....	203
El punto de vista de un pintor manierista: Federico Zuccaro .....	204
Artistas milaneses en el monasterio del Escorial: Paolo Morigi .....	209
Testimonio documental de un cortesano flamenco: Jehan Lhermite .....	219
Impresiones generales de viajeros ingleses: Lord Roos, James Howell, Robert Bargrave, Lady Anne Fanshawe y James Wadsworth .....	250
Una visión impresionista del palacio-monasterio: William Lithgow .....	252
Un noble polaco en el Escorial: Jacobo Sobieski .....	253
Una guía de viaje sobre el Monasterio del Escorial: Balthasar de Monconys .....	254
Alcalá de Henares .....	260
El campo alcalaíno visto por un naturalista alemán: Jerónimo Münzer .....	261
Situación de Alcalá de Henares: Robert Bargrave .....	261
Noticias eruditas sobre Alcalá: Gaspar Barreiros .....	262
Tradiciones complutenses: Enrique Cock .....	266

Humanismo complutense: Enrique Cock y Lucio Marinero Sículo .....	268
Críticas a la Universidad complutense en los viajeros ingleses: Robert Bargrave y William Bromley .....	270
Aranjuez .....	273
Aranjuez, «locus amoenus»: Federico Zuccaro .....	273
Orígenes italianos del Palacio de Aranjuez: Camillo Borghese .....	279
Casa real, jardines y ornato de Aranjuez: Balthasar de Monconys .....	280
<b>Bibliografía</b> .....	282
<b>Índice de ilustraciones</b> .....	301



Este libro, *Madrid en la prosa de viaje I*,  
se acabó de imprimir el día 5 de noviembre  
de 1992, en la imprenta de la  
Comunidad de Madrid.













## MADRID EN LA PROSA DE VIAJE I

La Comunidad de Madrid, a través de esta colección, pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular de su región en la literatura.

Este volumen, el primero dedicado a la prosa de viaje, se compone de escritos de diplomáticos como Pierre de Villars o Antoine Gramont, anticuarios como Barreiros, literatos como Mme D'Aulnoy o simples curiosos como Lhermite, llegados a la villa en los siglos XVI y XVII. Sus libros describen las transformaciones de la capital en un momento en que acaba de convertirse en la ciudad más importante de España y en gran urbe europea del barroco. Los textos de estos viajeros dosifican con sabio equilibrio la grave descripción de la vida oficial con coloristas evocaciones de la vida cotidiana.

**Comunidad de Madrid**  
Consejería de Educación y Cultura



9 788445 105290